

DRAMATURGAS MEXICANAS DEL SIGLO XX

TOMO II

Gabriela Ynclán
Compiladora



Universidad Autónoma
del Estado de México



Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctor en Ciencias Computacionales

José Raymundo Marcial Romero

Secretario de Docencia

Doctora en Ciencias Sociales

Martha Patricia Zarza Delgado

Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Doctor en Ciencias de la Educación

Marco Aurelio Cienfuegos Terrón

Secretario de Rectoría

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Ciencias del Agua

Francisco Zepeda Mondragón

Secretario de Extensión y Vinculación

Doctor en Educación

Octavio Crisóforo Bernal Ramos

Secretario de Finanzas

Doctora en Ciencias Económico Administrativas

Eréndira Fierro Moreno

Secretaria de Administración

Doctora en Ciencias Administrativas

María Esther Aurora Contreras Lara Vega

Secretaria de Planeación y Desarrollo Institucional

Doctora en Derecho

Luz María Consuelo Jaimes Legorreta

Abogada General

Maestra en Salud Animal

Trinidad Beltrán León

Secretaria Técnica de la Rectoría

Licenciada en Comunicación

Ginarely Valencia Alcántara

Directora General de Comunicación Universitaria

Doctor en Ciencias Sociales

Luis Raúl Ortiz Ramírez

*Director de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales Región A
y Encargado del Despacho Región B*

Dramaturgas mexicanas del siglo xx

Tomo II

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Director de Publicaciones Universitarias

Gabriela Ynclán
Compiladora

**DRAMATURGAS
MEXICANAS DEL SIGLO XX**

TOMO II



Universidad Autónoma del Estado de México

"2024, Conmemoración del 60 aniversario de la inauguración de Ciudad Universitaria"

Primera edición, julio 2024

DRAMATURGAS MEXICANAS DEL SIGLO XX

Tomo II

Gabriela Ynclán

Compiladora

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote., Col. Centro

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas (Reniecyt): 1800233



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-886-5

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las personas autoras.

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Edith Díaz Porras

Coordinación de diseño y portada: Luis Maldonado Barraza

Corrección de estilo: Edith Muciño Martínez

Diseño y formación: Jarini Toledano Gil



Contenido

MARÍA LUISA ALGARRA	9
Edna Ochoa	
CASANDRA O LA LLAVE SIN PUERTA	13
María Luisa Algarra	
CONCEPCIÓN SADA	107
Edna Ochoa	
UN MUNDO PARA MÍ	111
Concepción Sada	
MARÍA LUISA OCAMPO	197
Artemisa Téllez	
AL OTRO DÍA	199
María Luisa Ocampo	
MARGARITA URUETA	267
Artemisa Téllez	
EL SEÑOR PERRO	269
Margarita Urueta	

MARÍA LUISA ALGARRA

EDNA OCHOA

La dramaturgia de María Luisa Algarra se sitúa en la historia de la literatura dramática española y mexicana del siglo xx. Nació en Barcelona, el 23 de enero de 1916, y murió en la Ciudad de México en 1957. Su inicio como autora teatral empezó en 1953 al obtener el premio del Concurso Teatral Universitario en la Universidad Autónoma de Barcelona, con su obra escrita en catalán *Judith*, mientras estudiaba derecho. Esta obra fue estrenada al año siguiente por la compañía de Enrique Borrás en el teatro Poliorama de Barcelona.¹

Después de la Guerra Civil Española se exilió en Francia en 1939, donde colaboró con la Resistencia durante la Segunda Guerra Mundial, tras haber pasado por cárceles y el campo de concentración en Vernet. A finales de 1942, llegó a México como asilada política y en poco tiempo se incorporó al teatro mexicano. La obra que marca su entrada a los escenarios mexicanos fue *La primavera inútil*, estrenada el 3 de agosto en 1944 por Proa Grupo, bajo la dirección de José de Jesús Aceves en el Sindicato de Electricistas.

Las obras de Algarra abordan diversos temas, entre los que se incluyen la situación de la mujer en la sociedad, los conflictos familiares, el exilio, el fascismo, la amistad, el amor, las relaciones de pareja y la revolución obrera.

¹ Heras González, Juan Pablo. "María Luisa Algarra, una autora de exilio: trayectoria dramática", *Signa* 15 (2006): 325-339.

Su dramaturgia se caracteriza por centrarse en figuras femeninas que chocan con los preceptos exigidos por la sociedad. Para Pilar Nieva de la Paz, en el teatro de Algarra “predominan unas protagonistas que trabajan, son por tanto económicamente independientes, tienen un carácter fuerte, son decididas, políticamente activas y mantienen un doble compromiso ideológico, con la igualdad de clases y con la igualdad entre mujeres y hombres”.²

*Casandra o la llave sin puerta*³ de María Luisa Algarra es un drama realista, dividido en tres actos, cuyo estreno fue en la Sala Molière en la Ciudad de México en 1953, bajo la dirección de Pedro Galván.

Algarra retomó la figura mitológica griega de Casandra a través del personaje de Juana, resignificando el personaje mítico para representar la problemática de la mujer y de la sociedad contemporánea en la época en que la autora vivía. La obra la sitúa en una ciudad industrial, desde la perspectiva de una familia burguesa, un poco antes del estallido de una revolución proletaria.

Juana, al igual que la trágica Casandra, es una joven con el don de vaticinar el futuro y con la maldición de no ser escuchada, no por el castigo de un dios, sino por el egoísmo de su familia burguesa, quien es la causante del levantamiento de los obreros. Al interior de la familia, Juana es una mujer incomprendida, rechazada. Como Casandra, la

² Pilar Nieva de la Paz, “Mujer moderna, compromiso político y cambio social en ‘Primavera inútil’ (1944), de Ma. Luisa Algarra”, en *Género y exilio teatral republicano: entre la tradición y la vanguardia*, Francisca Vilches de Frutos, Pilar Nieva de la Paz, José Ramón López García y Manuel Aznar Sole, Eds. Amsterdam/New York, NY: Rodopi, 2014. 45-58.

³ María Luisa Algarra, “Casandra o la llave sin puerta”, en *Tramoya. Cuaderno de teatro de la Universidad Veracruzana* 30 (1992) 79-13.

protagonista no es escuchada aun y cuando pueda hacer uso de la palabra. La verdad que profiere y su comportamiento no se ajustan a los esquemas sociales prescritos de su clase, ni de la sociedad en general, las mujeres deben ser dulces, pensar en la riqueza y en el matrimonio. La autora parece señalar que aún no se ha creado una sociedad que dé cabida a este tipo de mujeres lucidas y contestarias.

Los años de prueba fue la última obra que escribió María Luisa Algarra en su breve vida. Se estrenó en el Teatro Ródano, el 27 de octubre de 1954, con el Grupo Sagitario, bajo la dirección de Jorge Landeta. Ese mismo año obtuvo el Premio Juan Ruiz de Alarcón, uno de los galardones más importantes de teatro en México.

Para ganarse la vida, escribió guiones de radio, cine, novelas rosas, además de adaptar obras de teatro, usando el seudónimo de Blanca White.⁴

⁴ Alejandra Herrera y Vida Valero, "El fenómeno teatral y María Luisa Algarra. Análisis de *Sombra de Alas*", en *Tema y Variaciones de Literatura* 23 (2004): 239-262.

CASANDRA O LA LLAVE SIN PUERTA

MARÍA LUISA ALGARRA

PIEZA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

JAIME CIRERA, gran industrial

GERTRUDIS, su mujer

Sus hijos:

CORDELIA

ALEJANDRO

JUANA

LILIA GÁLVEZ, una amiga cursi

FÉLIX GONZÁLEZ, un empleado de Jaime

MADAME RENEEÉ, una modista francesa

DOCTOR ROBLES, un psiquiatra

LA DONCELLA

HOMBRE 1º

HOMBRE 2º

ESPACIO Y TIEMPO

Cualquier ciudad industrial, de cualquier país, antes de estallar cualquier revolución obrera.

EL TERCER ACTO, EN PLENA REVOLUCIÓN.

PRIMER ACTO

Gabinete en casa de los Cirera. Una gran puerta-vidriera al fondo. Más hacia la derecha levemente esquinada, la puerta del cuarto de Cordelia. Lateral derecha, ventanal encristalado, con sugestión de árboles exteriores. Lateral izquierda, primer término, una chimenea; segundo término, una puerta que se supone comunica con el despacho de Jaime.

Muebles lujosos, caros, de mal gusto. Derecha e izquierda, las del actor. En escena Cordelia, Gertrudis y Madame Renéé. Cordelia, de unos veinticinco años, escasamente agraciada, está probándose un hermoso traje nupcial, de raso blanco, Madame Renéé prueba, arrodillada frente a la joven. Ésta mira frente a sí, como si el espejo estuviera en la cuarta pared. Gertrudis, de pie junto a ellas, observa.

CORDELIA: *(Después de observarse en el espejo, en un francés bastante correcto.) Vous ne trouvez pas, madame, que ça descend trop de ce côté-la?*

MADAME RENÉÉ: *O... oui, peut-être... Mais, en fin, cela peut s'arranger facilement...*

GERTRUDIS: ¿Qué dijiste, Cordelia?

CORDELIA: *(Tono aburrido.)* La falda cuelga un poco de este lado.

GERTRUDIS: ¡Un poco! No, un poco, no: ¡Muchísimo! Y es por el corte que es defectuoso. Lo noté desde un principio.

CORDELIA: *(Con sorna.)* ¿Sí? ¿Y no has dicho nada hasta ahora? Entonces es que estás haciendo progresos.

GERTRUDIS: Naturalmente, tú preferirías que yo me callara. Pero debo vigilar mis intereses y protestar cuándo hay algo que me parece mal. Este traje nos va a costar una fortuna y no es justo que a fin de cuentas resulte un adefesio.

- CORDELIA: Por favor, madre: madame Reneé conoce perfectamente su oficio (*A Madame Reneé.*)
Veillez bien excuser ma mère, madame...
- MADAME RENEÉ: *Maís, naturellement, ca n'a pas aucune importanse.*
- GERTRUDIS: (*A Cordelia, con la desconfianza de los sordos.*)
¿Qué dijiste ahora?
- CORDELIA: (*Seca.*) Nada.
- GERTRUDIS: Si crees que porque no comprendo francés vas a poder burlarte de mí...
- CORDELIA: (*Suspirando.*) ¡Oh...!
- GERTRUDIS: La culpa no es tuya, de acuerdo, sino de tu padre. De tu padre, que en lugar de reprenderte cuando me faltas al respeto, lo celebra como si fuera lo más gracioso del mundo.
- MADAME RENEÉ: (*Con un terrible acento francés.*) No se preocupe, madame Cirera: el vestido va a quedar precioso, *très chic.*
- GERTRUDIS: Y si no queda no podrá usted engañarme, porque yo entiendo de eso. Me basta un ojeada para darme cuenta de los defectos de confección.
- CORDELIA: (*Sin hacerle ningún caso a Gertrudis, a madame Reneé, amable.*) Ahora, la manga, ¿verdad?
- MADAME RENEÉ: (*Satisfecha, toma una manga suelta de la silla y empieza a colocarle en el brazo de Cordelia.*) ¡Justement!
- GERTRUDIS: (*Con expectación maligna.*) ¡La manga, eso es! ¡Ahí es donde se ve si hay buena mano! He conocido modistas muy caras, muy famosas, de mucho postín, pero incapaces de pegar una manga como es debido. A mí, en cambio, las mangas es lo mejor que me queda siempre.

Entra como una tromba Alejandro, veinte años.

ALEJANDRO: ¡Mamá!

GERTRUDIS: *(Transición. A tono tiernísimo.)* Sí, hijo mío.

ALEJANDRO: *(Furioso.)* ¡Tiene que haber sido ella! ¡Esa imbécil que despediste! ¡No encuentro por ninguna parte mis apuntes de Faleografía!

GERTRUDIS: *(Consternada.)* ¿Qué dices, Alejandro?

ALEJANDRO: Seguramente, antes de largarse, los usó para calentar el baño. Esa bestia... Esa retrasada mental... ¡Esa Cromagnon...! ¡Esa...!

GERTRUDIS: No te exaltes, hijito, por favor, no te exaltes. Ante todo: ¿los has buscado bien?

ALEJANDRO: Hasta debajo de las alfombras. Por todos los rincones. ¡Maldita sea...! *(Va y viene, dando alguna que otra patada a los muebles.)*

CORDELIA: *(Calmada y sarcástica.)* Sigue, sigue buscando. A lo mejor encuentras también por ahí la urbanidad que extraviaste desde hace tanto tiempo.

ALEJANDRO: ¿Y qué demonios me importa la urbanidad, maldita sea? ¡Eso se queda para la gente vacía como tú! ¡Urbanidad! ¡El caso es que yo necesitaba ese material para mi conferencia! ¿Y cómo voy a poder dar mi conferencia ahora?

CORDELIA: *(Idem anterior.)* No la des. Será tu máxima cooperación a la ciencia.

ALEJANDRO: *(Con desdén.)* ¡Estúpida!

GERTRUDIS: Alejandro tiene razón, Cordelia. Ha perdido unos papeles importantísimos y es natural que esté furioso.

- CORDELIA: (*Riendo.*) ¡Mamá considerando a la Faleografía como una cuestión de vida o muerte! ¡Lo único que me quedaba por ver!
- GERTRUDIS: Sí, ya sé que tú me consideras muy inculta. Pero a pesar de ello soy tu madre, ¿sabes?
- CORDELIA: Es una lástima que ya se haya dicho la última palabra sobre este asunto.
- ALEJANDRO: ¡Cordelia! ¡Mucho cuidado de cómo le hablas a mamá!
- CORDELIA: Tengo mucho cuidado. Nunca le digo nada que no haya antes meditado perfectamente.
- ALEJANDRO: (*En el colmo de la furia.*) ¡Voy a tener una conversación muy seria con papá acerca de tus insolencias, Cordelia!
- CORDELIA: Como si la estuviera oyendo. Papá te va a decir que me dejes en paz, y que o te das prisa en hacerte sabio, o te mete en la fábrica a trabajar con él.
- GERTRUDIS: (*Horrorizada.*) ¡Cordelia!
- ALEJANDRO: (*Desdeñoso y superior.*) Déjala, madre. Lo lamentable es que lo que gastaron ustedes en su educación, es como si lo hubieran tirado a la calle.

Sale de la misma manera que entró. Cordelia ríe, burlona, y todavía riendo se dirige a Madame Renéé.

- CORDELIA: *Des ennuis de famille, madame.*
- MADAME RENÉÉ: (*Riendo, tratando de quitarle importancia al asunto.*) *Oui, je vois bien... C'este tout natural...*

También por la puerta-vidriera del fondo, entra Juana. Es una muchacha de dieciseis años, sin nada de coquetería aún, desgali-

chada y feúcha sin exagerar —y con esa pereza de vivir que tienen a menudo los adolescentes. Va vestida con un pantalón minero, azul, y una camisa a cuadros. El pelo sujeto de cualquier modo en unas trenzas cortas casi ridículas. Se queda parada en el umbral, observando la escena que componen Gertrudis, Cordelia y madame René. Gertrudis que iba a intervenir para seguir disputando con su hija mayor, vuelve la cabeza hacia la puerta, ve a Juana y se queda callada. Lo mismo hace Cordelia. Desde ese momento, toda hostilidad desaparece entre los dos personajes.

- JUANA: *(Tras la pausa, sin gran interés.)* ¿Y ese traje?
- CORDELIA: *(Burlona.)* ¿Te das cuenta, mamá? Juana, que constantemente anda haciendo vaticinios, no sabe para qué es ese traje.
- JUANA: *(Encogiéndose de hombros.)* Quizá es por eso...
- CORDELIA: *(Agresiva.)* ¿Ya vas a empezar a hablar en clave?
- JUANA: *(Indiferente.)* Yo, no. *(Adelanta hacia primer término y se deja caer, de cualquier modo, en un sillón, frente a la chimenea.)* Ni en clave, ni de otro modo... A mí tu boda no me importa... ¡ni esto! *(Hace sonar entre los dientes las uña de su dedo pulgar.)*
- GERTRUDIS: *(Indignada.)* ¿No te importa la felicidad de tu hermana? ¿No te importa lo que ocurra en el seno de tu propia familia, lo que les suceda a los que llevan tu misma sangre, verdad?
- JUANA: *(Con una chistosa emisión de voz muy cortada.)* No.
- GERTRUDIS: *(Frenética a Cordelia.)* ¿Has visto? *(A Juana.)* ¡Eres la criatura más desapegada e insensible que he conocido!
- JUANA: *(Tranquila.)* Bueno, cada cual se defiende como puede...

- GERTRUDIS: (*Grito en el cielo.*) ¿Qué es lo que estás insinuando? ¿Qué tienes que defenderte de nosotros? ¿Que tu padre, tus hermanos y yo, somos unos monstruos?
- JUANA: No sé cómo son los monstruos. Nunca he visto ninguno.
- CORDELIA: (*Furiosa.*) ¡Basta, deslenguada...! ¡Yo, en tu lugar, tendría bien cerrada la boca!
- JUANA: Yo, en tu lugar, también. Así esa señora (*Señalando a madame Renéé.*) no se enteraría de pleitos de familia de los que no tiene por qué enterarse.

Un momento de desconcierto en Cordelia y Gertrudis que se miran, sin saber qué decir de momento. Madame Renéé carraspea.

- MADAME RENEEÉ: *Oh, je vous en prie.* Yo soy, en este momento, como de casa...
- JUANA: Sí, en este momento... Pero cuando sale de aquí ya no lo es. A eso le llamo yo suerte. (*Sin levantarse, estirándose, alcanza una revista que hay sobre la mesita.*)
- GERTRUDIS: (*Suspirando.*) Dios mío, Dios mío, esta niña es un problema sin solución. Siempre haciendo o diciendo algo desagradable, dando vueltas por las habitaciones y molestando a los demás. No estudia, no lee, no trabaja, no le interesa nada.
- MADAME RENEEÉ: ¡Es tan joven! Ya se enmendará, madame Cirera. Esto es muy propio de su edad.
- GERTRUDIS: ¡No, no, no, no, perdóneme! Cordelia también ha tenido la edad de Juana. Y sin embargo estudió canto, pintura, ha tenido ilusión por ir a

fiestas, a reuniones. Se ha apasionado por los deportes, aprendió inglés y francés... Nada hay tan bonito como los idiomas, ¿no cree usted? Ese ha sido el sueño de mi vida: que mis hijos hablaran muchos idiomas. Ahora, Cordelia va a casarse con un hombre distinguidísimo, que tiene además una gran posición.

Juana levanta los ojos de la revista que está hojeando y mira a su madre un instante, burlona, con cejas levantadas.

GERTRUDIS: *(Que no se ha interrumpido.)* ...Y en cuanto a Alejandro...

CORDELIA: Mi hermano Alejandro tiene mucho talento. A los veinte años, está a punto de terminar una carrera difícilísima. Le han conseguido una beca para la Universidad de Oxford y sus maestros aseguran que llegará a ser una autoridad en Faleografía.

MADAME RENEÉ: *(Dando coba, admirada.)* Pero... *c'est merveilleux!* ¡Debe estar usted muy orgullosa de sus hijos, madame!

GERTRUDIS: *(Oronda.)* Lo estoy. Puede usted imaginarse. *(Nuevamente patética.)* Pero las satisfacciones que me proporcionan siempre los dos mayores no llegan, sin embargo, a consolarme de los disgustos e inquietudes que me da esa pequeña. Juana es para mí un motivo de preocupación constante.

JUANA: *(Sin levantar los ojos de la revista.)* Haz concha como yo, mamá, haz concha... *(Vuelve a arrojar la revista lejos y coloca una pierna en el brazo del sillón.)* Va a llover. *(Bosteza.)*

CORDELIA: Y por si todo fuera poco, tiene la manía de predecir el tiempo. (*Transición. Burlona.*) No va a llover, Juana, desengáñate. El cielo está absolutamente azul, y las hojas de los árboles no se mueven ni un milímetro. Además, nunca llueve en esta época.

JUANA: Bueno. A mí me da lo mismo que llueva o no. Pero va a llover.

Por la puerta del fondo, vuelve a entrar Alejandro, como un ciclón, y sin decir palabra, comienza a registrar los cajones de una pequeña cómoda, abriéndolos y cerrándolos violentamente. Su ataque de mal humor continúa.

GERTRUDIS: Pero hijo, ¿qué te pasa? (*Alejandro no contesta.*) ¿No lo has encontrado aún? (*Alejandro, sin responder, sigue buscando frenéticamente.*) ¿Pero... cómo van a estar ahí, hijito?

ALEJANDRO: ¡En algún lugar tienen que estar!

JUANA: ¿Qué buscas?

ALEJANDRO: (*Grosero.*) ¿Quién te mete a ti?

JUANA: (*Tranquila.*) ¡Con tal de que no sigas fastidiando! Tus apuntes están debajo del cojín del sofá.

Un momento en que todos —Cordelia, Gertrudis y Alejandro— se miran desconcertados. Un silencio.

ALEJANDRO: (*Reaccionando.*) ¡Ah, sí, claro! ¡Tú lo sabes todo!, ¿no? Yo he estado todo el día volviendo la casa al revés, sin dar con ellos. Y ahora tú por inspiración de la musa, y sin más ni más, adivinaste dónde estaban.

Pero a pesar del tono desdeñoso y sarcástico, ha ido caminando hacia el mueble indicado por Juana, sin dejar de hablar ni mirarla. Se inclina ante el diván y levanta uno de los cojines. Allí están los apuntes. Se queda con ellos en la mano, parado, tieso, desconcertadísimo. Un silencio.

GERTRUDIS: *(Severa.)* ¡Juana! Si sabías que estaban ahí, ¿por qué no lo dijiste?

JUANA: *(Encogiéndose de hombros.)* Yo no sabía nada. Ni siquiera estaba enterada de que había perdido sus papeles.

CORDELIA: ¡Farsante! ¿Quieres hacernos creer qué...? ¿Cómo, pues, tenías esa seguridad del lugar en que estaban?

JUANA: *(Levantándose con pereza.)* Se me ocurrió de pronto. Cuando se me ocurre algo, es siempre seguro.

ALEJANDRO: ¡Ella los escondió mami, para que yo reventara de rabia!

JUANA: *(Saliendo por la puerta del fondo, se detiene y se vuelve un instante para decir:)* Pues he sido una tonta. La próxima vez me callaré, y esperaré a que esa cosa maravillosa, ocurra de veras. *(Sale lenta y perezosamente.)*

ALEJANDRO: *(Tras una pausa, grave y decidido.)* Mamá: hay que hablarle seriamente a papá con respecto a esa chica. Es anormal.

Sale también por el fondo, muy precipitado, con sus apuntes en la mano.

CORDELIA: Alejandro tiene razón, mamá. Juana está loca.

GERTRUDIS: (*Gran dama.*) ¡Jesús, Jesús! ¡Pero cuando se acabarán los conflictos y los contratiempos por culpa de esa mocosa!

Madame Renéé hace un movimiento, como dando la prueba por terminada.

GERTRUDIS: ¿Ya, madame Renéé?

CORDELIA: ¿Listo?

MADAME RENÉÉ: *Presque...* Ahora probaremos el velo *pur voir l'ensable...*

Toma el gran velo blanco que estaba sobre el sillón y empieza a colocarlo sobre la cabeza de Cordelia. Lili Galvez, treinta y dos años mal disimulados, bien vestida; pero intrínseca e irremediablemente cursi, asoma su cabeza por la puerta del fondo.

LILÍ: ¿Se puede?

CORDELIA: (*Sonriente.*) ¡Lilí! Pasa, mujer.

GERTRUDIS: ¡Qué sorpresa! ¡Adelante, Lilí, adelante!

LILÍ: ¡Pero si es que estoy petrificada de admiración!
¡Cordelia... qué belleza...! ¡Estás hecha un sueño!

CORDELIA: Gracias, gracias. Pero, en justicia, no es a mí a quien deben ir dirigidas las alabanzas, sino a madame Renéé.

MADAME RENÉÉ: (*Modestamente.*) ¡Oh, no...!

GERTRUDIS: (*A Lilí que ha avanzado, indicando a madame Renéé.*) Madame Renéé, la famosa modista francesa, ya habrás oído hablar de ella. Francesa auténtica. (*Transición. Rápida.*) ¿No es cierto, Lilí, que el traje está maravillosamente hecho?

LILÍ: ¡Es divino! ¡Simplemente divino!

GERTRUDIS: El corte, sobre todo. Fíjate, qué perfección. No se le puede poner un pero.

LILÍ: ¡Precioso!

MADAME RENEÉ: (A Lili.) Merci, madame.

LILÍ: ¡Oh, madame Reneé! ¿Hay que hacer algo heroico para ser admitida entre sus clientes?

MADAME RENEÉ: (Riendo.) ¡Mais non...!

GERTRUDIS: Sólo pagar la cuenta...

Todas ríen, Lili un poco forzada.

LILÍ: (Hipócrita.) ¡Bueno! ¡Me imagino la cara de éxtasis que pondrá Raymundo cuando te vea avanzar, del brazo de tu padre, hacia el altar, Cordelia. Si tenía alguna duda...!

CORDELIA: (Sonriendo, irónica, muy segura de sí misma.) Te aseguro que no tiene ninguna.

LILÍ: Por supuesto que no, pero... Ya sabes cómo son los hombres. Hablan de su independencia como si de veras tuviera un gran valor. (Trans.) Lo que quise decir, es que tu prometido se sentirá, cuando te vea así, más enamorado que nunca.

GERTRUDIS: A mí me parece que eso ya es imposible: Raymundo ya no puede estar más enamorado de lo que está. Nunca había visto a un hombre tan loco por una mujer, como él lo está por Cordelia.

MADAME RENEÉ: (A Cordelia.) *Je crois que c'est tout, mademoiselle...*

CORDELIA: ¿Ya puedo quitármelo? (Empieza a despojarse del velo, madame Reneé lo toma en sus

manos, lo dobla ligeramente y recoge todo lo que estaba sobre las sillas.) ¿Me perdonas un momento, Lili?

LILÍ: ¡Claro, chatita!

Cordelia y Madame Renéé empiezan a caminar hacia la puerta del cuarto de la primera.

LILÍ: *(Casi sin interrumpirse.)* Me moría de ganas de hacerles una visita, para enterarme de cómo se iban desarrollando los solemnes acontecimientos. Así es que esta tarde, no aguanté más y vine. Pero con tan mala suerte, que no hice más que poner un pie en la calle y se soltó la lluvia.

CORDELIA: *(Se detiene en seco en el umbral.)* ¿La lluvia?

GERTRUDIS: *(Mismo tono de gran sorpresa. Rápido.)* ¿Está lloviendo?

LILÍ: Ah, ¿pero no lo habían notado? Sí, había un cielo sin una sola nube, pero en diez minutos se encapotó y empezó a llover... Quería venir dando un paseo, pero tuve que tomar un taxi.

Cordelia desaparece por la puerta de su cuarto. Madame Renéé la sigue. Quedan solas Gertrudis y Lili.

GERTRUDIS: *(Nerviosa.)* El tiempo está de lo más variable en estos días.

LILÍ: *(Sin pensar en lo que dice.)* Sí, muy variable... *(Trans.)* ¿Y por fin, la boda, cuándo, Gertrudis?

GERTRUDIS: *(Satisfecha.)* ¡El diez del mes próximo, ya en firme!

- LILÍ: ¿En firme?
- GERTRUDIS: (*Orondísima.*) Sí. Tuvimos que vencer muchas dificultades. También costó mucho dinero, pero ¡los casa el Cardenal Ramini!
- LILÍ: ¿El cardenal Ramini? ¿Viene desde Roma?
- GERTRUDIS: (*Asiente con la cabeza, muy seria, luego en una transición de actitud.*) Como comprenderás hubiera sido muy fácil conseguir al Arzobispo, pero Jaime dijo: “¿Para qué sirven los Cardenales, sino es para casar a Cordelia?” Ya sabes cómo es él: siempre quiere lo mejor.
- LILÍ: (*Con mala intención, pero suavemente.*) En ese caso... el mejor es el Papa...
- GERTRUDIS: (*Humilladísima.*) Sí, claro, eso sí.
- LILÍ: (*Envalentonada con ese pequeño triunfo, sigue con el mismo sistema.*) Ah... Me pongo en tu lugar... y me doy cuenta del alivio que deben sentir ustedes ahora.
- GERTRUDIS: (*Algo calmada.*) Alivio ¿Por qué?
- LILÍ: Por Dios, Gertrudis... todos los padres lo sienten cuando se casa bien a una hija, es lo más natural... Y como Cordelia ya había llegado a la edad...
- GERTRUDIS: (*Severamente incómoda.*) Cordelia no se ha casado antes porque no ha querido... y porque nosotros no se lo hemos aconsejado.
- LILÍ: (*Suavizando.*) Ya lo sé, ya lo sé... Pero es lo que te estoy diciendo. Ella... y ustedes también han sido quizás demasiado exigentes con respecto a los muchachos que se le acercaban...
- GERTRUDIS: (*Ya muy picada y sin poder contenerse.*) ¡No íbamos a dársela a un vulgar cazador de dotes!

Siendo quienes somos, teníamos que andarnos con cuidado.

LILÍ: *(Con sorna velada.)* Y si se anduvieron... *(Transición, y rápidamente.)* Yo estoy de acuerdo contigo, Gertrudis... Es preferible que una hija se case bien a los veintiséis años, que mal a los veinte...

GERTRUDIS: *(Rápidamente.)* Cordelia no ha cumplido aún los veinticinco. *(Otra transición.)* Claro, qué disparate habría sido entregarla a quien no lo mereciera... por una estúpida prisa. Ahora, lo de Raymundo Darnell es diferente. Tiene tanto dinero como nosotros.

LILÍ: *(Otra vez melosa e hipócrita.)* ¡Así es, todo perfecto! *(Transición.)* Me imagino que Jaime estará emocionadísimo. Cordelia ha sido su hija favorita.

GERTRUDIS: ¡No, no, no! ¡No te puedes hacer una idea! Anda como... como loco, como fuera de juicio... Yo nunca lo había visto así.

LILÍ: *(Riendo.)* ¡No me digas!

GERTRUDIS: Él siempre tan metódico, tan ordenado... hace cosas que no había hecho jamás. Mira, durante muchos años enteros, ha estado saliendo a las ocho de la mañana para ir a sus fábricas, y no ha vuelto a casa hasta las once de la noche.

LILÍ: Es admirable que sea tan trabajador, que lo siga siendo, teniendo lo que tienen.

GERTRUDIS: Por eso lo tienen, Lilí, porque ha trabajado mucho para tenerlo... Y ahora trabaja para conservarlo. Pues, como te decía.... Salía a las ocho de la mañana y no regresaba hasta las

once de la noche. Ahora, con lo del casamiento de Cornelia, sale a las nueve, las nueve y media a veces y regresa antes de las diez.

LILÍ: *(Admiradísima.)* ¡Oh...!

GERTRUDIS: ¡Y se da sus escapadas! En tres ocasiones, ha venido a comer.

Se interrumpe y tuerce el gesto porque Juana ha reaparecido por la puerta del fondo con su aire acostumbrado.

LILÍ: *(Volviéndose y viéndola.)* ¡Hola, Juanita!

JUANA: Hola.

GERTRUDIS: ¿Qué quieres ahora?

JUANA: La cocinera me encarga que te diga que Miguel, uno de los mozos de la fábrica de Santa Rosa, tiene una hija. Que es muy buena muchacha y muy arregladita, y que podría venir a ocupar el puesto de doncella que está vacante.

GERTRUDIS: ¿Y crees que éste es el momento más oportuno para darme el recado? *(A Lili con pose de víctima.)* ¡No me dejan vivir! *(A Juana.)* Dile que sí. Que venga, para que yo la vea.

JUANA: *(Derrumbándose de nuevo en el sillón.)* Va a venir de todos modos. A las siete.

GERTRUDIS: *(Alarmada.)* ¿Cómo lo sabes?

JUANA: *(Sonriendo.)* No... eso... la cocinera me lo dijo... *(Se abstrae un momento, mirándose las uñas.)*

GERTRUDIS: *(A Lili.)* Hemos estado unos días sin doncella. Tuve que despedir a la última. Una perfecta inútil. No sabía planchar un vestido ni coser un botón. Y por si no bastara con eso, le escondía

- a Alejandro, en los lugares más inverosímiles, sus apuntes de Fa... (*Vacila un poco.*)
- JUANA: (*Desde su sillón, saliendo inmediatamente al quite.*) Leografía.
- GERTRUDIS: (*Tras pausa leve, mirando severamente a su hija.*) Sí. Eso. (*Transición. A Lili.*) El servicio está imposible en estos tiempos que corremos.
- LILÍ: (*Que ha empezado a jugar con su collar de perlas.*) Con lo que las criadas se hacen pagar. Antes, ganaban menos de la mitad, y podía uno fiarse de ellas.
- GERTRUDIS: ¡Y si fuera sólo las criadas! Pero no: el desbarajuste es general. Antes, los obreros eran obreros, gente humilde, pero decente. Cobraban menos y les alcanzaba para más. Trabajaban jornadas de doce horas y nadie se quejaba nunca.
- LILÍ: Se mantenían en el lugar que realmente les corresponde.
- GERTRUDIS: Ahora, en cambio... Imagínate si sabremos nosotros de eso. ¡Con más de mil obreros en las fábricas de Jaime! Sindicato, seguros para todo, huelgas, pliegos de peticiones, despidos... Todo empezó a ir de cabeza desde que cambiaron su nombre de trabajadores por el de "proletariado".
- LILÍ: (*Disgustada.*) Es una palabra horrible. A mí me suena a ordinariéz.
- JUANA: (*Que mira a Lili desde hace rato, interviene rápidamente.*) Lili... Se te va a romper el collar.
- LILÍ: ¿Cómo...? (*Reaccionando.*) ¿El collar? Oh, no, Juanita, no te preocupes tiene un hilo muy

fuerte. Precisamente, hace poco se lo pusieron, y... *(El collar se rompe y las perlas ruedan por el suelo con un grito.)* ¡Oh...!

GERTRUDIS: *(Reprendiendo muy severa.)* ¡Juana!

JUANA: *(Irónica y tranquila.)* No, mamá, no confundas... Yo le dije que se iba a romper... pero no tengo la culpa de que se le haya roto...

LILÍ: *(Se levanta, se inclina y empieza a buscar por el suelo.)* No, las encontraremos enseguida, ya verás.

GERTRUDIS: *(Transición. Muy enojada.)* ¡Pero Juana! ¿Pienzas quedarte sentada? Ayuda a Lilí a buscar sus perlas.

JUANA: *(Suspira. Se levanta del sillón, con mucha pereza.)* Esto también lo sabía, por eso avisé. *(Se arrodilla en el suelo y busca.)*

LILÍ: No son muchas las que cayeron... Unas cinco o seis, a lo sumo... *(Trans.)* ¡Pero mira que ha sido coincidencia! En el momento exacto en que Juanita me dijo... *(Juana, de rodillas, yergue el cuerpo y mira un instante, con sorna, a su madre.)*

GERTRUDIS: *(Severamente, y sosteniendo la mirada de Juana.)* Una coincidencia, eso es... Una simple coincidencia... *(Lilí y Juana se levantan.)*

GERTRUDIS: ¿Las encontraron todas?

JUANA: Yo tengo dos.

LILÍ: Y yo, cuatro... Sí, no hay más. Gracias, Juanita. *(Recoge las perlas y guarda el collar en su bolsa, Vuelve a sentarse, suspirando. Juana vuelve a su sillón.)* ¡Ah...! Bueno, eso no tuvo la menor importancia... Me estaba contando, Gertrudis... ¿Van a invitar a mucha gente al banquete de boda?

GERTRUDIS: No. Sólo unas seiscientas personas. Pero muy elegidas. (*Entra Jaime Cirera por la puerta del fondo. Cincuenta años, corpulento. Siempre ceñudo. Modales bruscos.*)

JAIME: (*Hosco.*) ¿En dónde está Cordelia, Gertrudis?

LILÍ: (*Alborozadamente.*) ¡Jaime...! ¡Buenas tardes, Jaime!

JAIME: (*Muy seco.*) Buenas tardes. (*A su mujer, repite.*) ¿En dónde está Cordelia?

GERTRUDIS: En su cuarto, Jaime. Con madame Reneé, la modista, que acaba de probarle su traje de novia, y...

JAIME: Tengo que hablar con ella enseguida. Y contigo también. Es un asunto urgente.

GERTRUDIS: (*Hace un movimiento para levantarse.*) Voy por ella.

JAIME: (*Mira a Lilí muy significativamente, dice, seco.*) Después.

LILÍ: (*Levantándose como si la hubieran pinchado.*) ¡Ya es tardísimo! Tengo que marcharme... (*Jaime Cirera se empieza a pasear de un lado a otro, con las manos a la espalda, la cabeza baja y el ceño fruncido.*)

LILÍ: ¡Se me había olvidado completamente que tengo que ver hoy mismo a Carmela Alcázar para lo de la Tómbola de la Cruz Roja!

GERTRUDIS: Te acompañaré hasta la puerta.

Inician movimiento hacia la puerta del fondo.

LILÍ: Buenas tardes, Jaime... (*Jaime no hace el menor caso, sigue paseando. Pausa.*)

- GERTRUDIS: *(Tímida.)* Jaime... Lili se está despidiendo...
- JAIME: *(Sin detenerse.)* Buenas tardes.
- LILÍ: ¡Adiós, Juanita!
- JUANA: *(Hace un movimiento de despedida con la mano.)*
- GERTRUDIS: *(Desapareciendo con Lili por la puerta del fondo.)* Dale muchos recuerdos a Carmela de mi parte, y le dices que... *(Desvanece.)*

Jaime se sigue paseando, con los ojos fijos en la punta de los zapatos y Juana, hundida en su sillón, no lo pierde de vista, observándole. Una de las veces, Jaime Cirera llega frente al ventanal, extremo opuesto de donde se halla Juana, al volverse para reanudar su paseo, clava los ojos en su hija menor.

- JAIME: ¡Ah! ¿Estabas tú ahí?
- JUANA: *(Tras pausa. Lentamente mirándolo.)* Sí, papá.
- JAIME: *(Vuelve a pasearse. En voz lo bastante alta, pero como para sí.)* ¿Tanto tiempo se necesita para despedir a esa cursi?

Dos o tres paseos más de un extremo a otro de la escena, dando ahora rápidas chupadas a su cigarrillo. Juana sigue mirándolo. Por donde desaparecieron, entran nuevamente a escena Cordelia y madame Reneé.

- CORDELIA: *(Cariñosa.)* ¡Padre...! ¿En casa tan temprano? *(Jaime Cirera besa a su hija en la frente: su expresión es grave.)*
- CORDELIA: De haber venido todavía un poquito antes, me hubieras visto con el vestido de novia... ¡Está precioso, papá! madame Reneé me hizo hoy la

última prueba... (Trans.) ¿Conoces ya a madame René?

La francesa sonriente, avanza un paso, muy dispuesta a ser presentada; pero Jaime ni siquiera se vuelve a mirarla. Mira muy serio a su hija.

JAIME: Cordelia... hay algo importante... muy importante... que tengo que comunicarte...

CORDELIA: (Le mira. Se pone seria también. Pausa.) ¿Qué es, papá?

JAIME: Vamos a mi despacho. Avisé también a tu madre. (A Juana.) Cuando ella vuelva, Juana, le dices que estamos esperándola.

JUANA: (Asiente con un movimiento de cabeza y sin moverse de lugar.)

JAIME: (Inicia movimiento hacia la puerta de la izquierda.) Vamos, Cordelia. (No se detiene.)

CORDELIA: (Vacila un poco.) Sí, papá... (Se vuelve hacia madame René.) Vous m'excusez, n'est ce pas, madame?

MADAME RENÉ: (Desconcertada.) Mais, bien sûr, mademoiselle. (Jaime traspone el umbral y desaparece.)

CORDELIA: (Rápida y casi siseando.) J'irai chez vous demain, l'après midi, pour les robes de voyage.

MADAME RENÉ: Quand vous voudrez.

JAIME: (Fuera de escena, pero su voz suena muy cerca de la puerta.) Cordelia.

CORDELIA: (Levantando también la voz.) ¡Ya voy, papá! (A Madame.) A demain, madame.

MADAME RENÉ: A demain, mademoiselle.

Cordelia sale apresuradamente. Madame René se queda un instante desconcertada en el centro de la escena. Juana la mira, pero no dice una palabra.

MADAME RENÉ: *(Tras la pausa, desconcertada, mira a Juana y sonríe.)*

Eh... bien! Il faut que je' m'en aille...

JUANA: *(Otra pausa. Mirándola fijamente y con cierto tonillo burlón.)* Yo no hablo francés.

MADAME RENÉ: ¡Oh... es cierto! *(Entra Gertrudis muy nerviosa, por el fondo.)*

GERTRUDIS: ¿Y tu padre, Juana? *(Viendo a madame.)* ¿Acabó usted ya con Cordelia, madame René?

MADAME RENÉ: Sí, madame. Recibirán ustedes la “roba” terminada pasado mañana.

GERTRUDIS: *(Nerviosa.)* Perfectamente. *(A Juana.)* ¿En dónde están los dos? ¿En el despacho?

JUANA: Sí. Me encargó papá que te dijera que allí te esperaban.

MADAME RENÉ: *(Ya en la puerta del fondo.)* Si usted no dispone otra cosa, madame Cirera... *Au revoir...*

GERTRUDIS: Sí, adiós. Ya conoce usted el camino, ¿verdad?

MADAME RENÉ: Uh, sí, no se moleste. Buenas tardes.

GERTRUDIS: *(Sin mirarla ni hacerle caso.)* Sí, buenas tardes. *(Madame René sale. Gertrudis va disparada hacia la puerta izquierda.)*

GERTRUDIS: ¡Algo realmente muy grave tiene que ocurrir... para que esté en casa a las siete menos cuarto!

Sale. Juana queda unos instantes sola en escena. Suspira y mueve la cabeza de un lado a otro. Se levanta perezosamente del sillón y

va hacia la ventana. Unos instantes después, Alejandro entra por el fondo y como una tromba, como acostumbra.

ALEJANDRO: ¿En dónde está mamá?

JUANA: Por lo visto, esa utilidad si se me reconoce. Soy el buró de localización familiar. (*Transición rápida. Indica la puerta con un movimiento de cabeza.*) En el despacho, con papá y con Cordelia.

ALEJANDRO: ¿Reunidos? ¿Los tres?

JUANA: Y la puerta cerrada con llave por dentro.

Alejandro que había dado unos cuantos pasos en dirección a ella, se detiene en seco al oír las últimas palabras de Juana. Se vuelve hacia ella.

ALEJANDRO: ¿A qué viene tanto misterio?

JUANA: (*Mirándose los pies.*) Consejo de familia.

ALEJANDRO: ¿Ah, sí? Pues si se ha presentado algún problema, me parece que yo tengo derecho a expresar mi opinión sobre él. Yo soy de la familia también.

JUANA: Sí, pero a papá tú te le olvidas tanto como yo.

ALEJANDRO: (*Desdeñosamente.*) ¿Cómo te atreves a comparar?

JUANA: Bueno. La única diferencia está en la Faleografía. Y como a don Jaime la Faleografía le importa un pepino...

ALEJANDRO: (*Enojado, empieza a pasearse de un lado a otro.*) Estoy cansado de que me humille. No quiere darse cuenta de que ya no soy un mocoso. Tengo que hablar seriamente con él de esto.

- JUANA: *(Mirándole, compasiva.)* Tú siempre tienes que hablar muy seriamente de algo con papá. Lo malo es que él, a ti, nunca tiene nada que decirte.
- ALEJANDRO: *(Sigue paseando.)* Finge que no me toma en cuenta. Pero lo que pasa es que le molesto. Sí, le molesto, porque soy distinto a él. Porque tengo otras ambiciones, otro concepto de vida, y otra mentalidad. ¡Es incapaz de aceptar que haya porvenir en algo que no sea fabricar telas y que alguien que no conozca al minuto las alzas y bajas del precio del algodón, no sea un perfecto idiota!, ¡Y que alguien diferente a don Jaime Cirera, pueda tener talento! Bueno, pues yo tengo un futuro completamente a parte de sus cochinos telares y talento también. ¡Y soy diferente a don Jaime!
- JUANA: Pero te paseas igual. Siéntate.
- ALEJANDRO: ¡Sí quiero! *(Se deja caer bruscamente y de muy mal humor en el sillón que ocupó Juana anteriormente...)*
- JUANA: *(Deja transcurrir una larga pausa. Se aparta despacio de la ventana, casi suave, dice:)* No te preocupes. Mamá te lo contará todo con todos los detalles. Sólo que tendrás que esperar a que salgan... *(Se sienta en el sofá.)*
- ALEJANDRO: *(Furioso.)* ¡Para lo que me importa! *(Lanza una mirada incendiaria a la puerta.)* *(Unos segundos más sin diálogo. Juana lo mira.)*
- JUANA: *(Suavemente.)* Alejandro... *(Él no hace caso, no se vuelve siquiera.)* Alejandro... Tú que sabes tantas cosas...
- ALEJANDRO: *(No puede resistirse a eso se vuelve un poco olímpicamente hacia ella.)* ¿Eh...?

- JUANA: *(Otra pausa. Luego, sentada como está, abre las piernas, y adelanta el torso. En un tono grave y sincero, casi infantil.)* Si nos viéramos envueltos en una guerra, ¿qué clase de guerra podría ser?
- ALEJANDRO: *(La mira, muy sorprendido, frunciendo las cejas.)* ¿A qué viene esa pregunta absurda?
- JUANA: Eso no importa. Contéstame, Alejandro: ¿Qué clase de guerra?
- ALEJANDRO: Interplanetaria.
- JUANA: *(Sorprendida.)* ¿Cómo?
- ALEJANDRO: *(Chanceándose.)* Sí... Los habitantes de Marte pueden invadir la tierra. Tienen un solo ojo en medio de la frente, que lanza rayos supersónicos. Y tentáculos de acero inoxidable en lugar de manos. *(Transición. Con burla.)* ¿No era eso lo que querías que te respondiera? Sigues fiel a tus lecturas favoritas, por lo que estoy viendo...
- JUANA: *(De nuevo sarcástica.)* Por lo que estoy viendo, tú les eres todavía más fiel que yo. Estás muy bien documentado.
- ALEJANDRO: *(Turbado. Se enoja.)* ¿Crees que me sobra el tiempo para dilapidarlo en esas porquerías?
- JUANA: *(Grave.)* Yo quería hablar en serio, Alejandro. En serio. *(Con cierta angustia, sin mirarle.)* ¿Una guerra...? ¿Con quién...? ¿Por qué? No entiendo...
- ALEJANDRO: *(Suficiente.)* No. El día que alguna potencia quiera algo de lo que tenemos aquí, lo tomará tranquilamente y listo. Eso han hecho siempre. Declarar la guerra... ¿para qué? Bonito papel haríamos en el campo de batalla. No hemos nacido para guerreros heroicos: somos industriales.

JUANA: Pero...

ALEJANDRO: *(Sin hacerle caso.)* Y nosotros, felices con que sea así y no de otro modo. Lo preferimos y también los demás lo prefieren. Si todo el mundo derrama su sangre y muere en las trincheras, ¿quién va a fabricar las piezas de tela kaki para los uniformes de los soldados? No. Nosotros neutrales, siempre neutrales, y trabajando para que ellos puedan hacer su guerra cómodamente. Ellos suspiran porque se acabe, pero para nosotros, cuanto más dura, mejor. Se firma el armisticio, los pueblos beligerantes quedan desnutridos y nosotros, en cambio, estamos más gordos que nunca.

JUANA: *(Como angustiada, sin mirarle.)* Sin embargo...

ALEJANDRO: ¿Qué? ¿Tú estás empeñada en que a pesar de todo esto, tengamos una guerrita, no?

JUANA: *(Se levanta, despacio.)* No entiendo... no entiendo...

ALEJANDRO: *(Perdiendo la paciencia.)* ¡Yo tampoco! Que tú, de golpe y porrazo, no te preocupes por la alta política internacional, ya es demasiado ridículo... *(Se levanta también, impaciente. Transición. Brusca.)* ¡Y el cónclave sigue! ¿De qué diablos pueden estar hablando tanto?

JUANA: *(Que ha ido hacia el ventanal, quedando de espaldas al público. Se vuelve lentamente y mira a Alejandro. Pausa.)* ¿Quieres saber?

ALEJANDRO: *(Sorprendido.)* ¿Qué dices?

JUANA: ¿Quieres saber de qué hablan? ¿Quieres saber por qué papá ha llegado tan nervioso... y ha llamado inmediatamente a mamá y a Cordelia al despacho?

- ALEJANDRO: (*Asombradísimo.*) ¿Tú... lo sabes?
- JUANA: (*Lenta.*) Cordelia no se casa.
- ALEJANDRO: ¿Eh..?
- JUANA: Cordelia no se casa con Raymundo Darnell... porque lo único que a él le interesaba de ella, era su dinero.
- ALEJANDRO: (*Alborozado, dejándose llevar por un entusiasmo malsano.*) ¿De veras...? ¿De manera que...? ¡Oh, esto es espléndido! (*Ríe divertidísimo.*) Con que muy enamorado ¿no? Con que loco de amor... Con que besando el suelo que ella pisaba... Y ahora resulta que el tal Raymundo es igualito a los anteriores. (*Vuelve a reír, golpeándose en las rodillas.*) ¡Es divertidísimo! ¡Naturalmente! ¿Qué otro gancho puede tener esa odiosa, fatua, egoísta, que los millones del papá? ¿Quién se va a enamorar de ella desinteresadamente? ¡Si era lógico! ¡Me alegre, me alegre y me alegre! ¡Qué aprenda...! ¡Qué se le bajen los humos! (*Pausa. Su excitación decrece visiblemente. Se vuelve, para mirar a Juana con desconfianza.*) ¿Y tú, cómo sabes eso?
- JUANA: (*Que no le ha quitado la vista.*) Lo sé ¿No basta?
- ALEJANDRO: ¿Has estado escuchando detrás de la puerta?
- JUANA: (*Muy natural.*) ¿Cuándo?
- ALEJANDRO: ¡O ellos dijeron algo delante de ti, antes de encerrarse!
- JUANA: Se guardaron muy bien.
- ALEJANDRO: ¿Quieres tomarme el pelo? (*Transición. Desdeñoso.*) ¡Bah! Acabas de inventar un cuento precioso, ¿no? Con esa imaginación que te

cargas... ¡Embustera! ¡Que Cordelia no se va a casar con Raymundo Darnell...!

Se abre la puerta del “Cónclave”. Sale primero Cordelia oprimiéndose la boca con un pañuelo. Cruza rápidamente la escena y se mete en su cuarto dando un portazo. Detrás de ella, aparece Gertrudis, hecha un mar de lágrimas. Va hacia Alejandro.

GERTRUDIS: *(Llorando y casi a gritos.)* ¡Alejandro...! ¡Oh, Alejandro, hijo mío...! ¡Qué cosa tan horrible... tan horrible!

Juana mirándoles, sale por la puerta del fondo, lenta.

ALEJANDRO: ¿Qué pasa, mamá?

Gertrudis lo abraza. Luego se separa de él y casi se derrumba en el sofá.

GERTRUDIS: *(Con furia, pero sin dejar de gimotear.)* ¡Miserable, sinvergüenza, canalla!

ALEJANDRO: ¿Pero quién, mamá, quién?

GERTRUDIS: ¡Raymundo Darnell...! El exprometido de Cordelia... Digo exprometido, porque, naturalmente ya no se casa con él.

ALEJANDRO: *(Desconcertado y hecho un idiota.)* ¿No?

GERTRUDIS: ¿Sabes lo que ha descubierto tu padre? ¡Que el tal Raymundo es también un caza-dotes vulgar... un muerto de hambre! ¡Cargado de deudas... sin tener en qué caerse muerto!

ALEJANDRO: ¿Y papá se entera de eso cuando sólo faltaban tres semanas para la boda?

GERTRUDIS: ¡Es lo que me asombra a mí también! ¡Cómo pudo engañarnos a todos... y a Jaime, especialmente... durante tanto tiempo!

ALEJANDRO: ¡El colmo!

GERTRUDIS: Tu padre dice que él conocía la firma Darnell... exportaciones e importaciones... de oídas nada más, porque es un negocio muy distinto al suyo y establecido en otra ciudad... completamente fuera de su círculo... Pero sabía que era una firma muy antigua, prestigiosa y sólida...

ALEJANDRO: ¿Entonces...?

GERTRUDIS: Lo que Jaime ignoraba, es que cuando el padre de Raymundo murió y le dejó el negocio, él, que es un vicioso, un derrochador y un irresponsable, hizo mangas y capirotas. Se dio prisa en echarlo todo a rodar. Quebró y tiene un déficit de más de medio millón... Ahora, la razón Darnell está en manos de los acreedores, que están como buitres por cobrar lo que se les debe. Y ese bandido se vistió muy bien, vino a vivir aquí y a vivir como un príncipe, y escogió a Cordelia como la más indicada para sacarlo del apuro.

ALEJANDRO: (*Algo sarcástico.*) ¡Qué suerte, de veras!

GERTRUDIS: Dice tu padre que últimamente, él notó algunas cosas que le hicieron sospechar y mandó a un investigador. Y ese lo descubrió todo, a pesar de que los acreedores eran los primeros interesados en que nada se supiera. Raymundo les había prometido pagarles en el plazo de un año, y como es lógico, también a ellos les convenía que se casara con Cordelia.

- ALEJANDRO: ¡Claro como la luz!
- GERTRUDIS: (*Llorando.*) Oh, Alejandro, ¡qué situación tan desairada, tan ridícula! No es tanto por Cordelia, si estaba enamorada de Raymundo, ya se le pasará... Pero... ¿Y la gente? ¿Qué va a decir la gente? Que ya son varias las veces que esto ocurre... aunque nunca habíamos ido tan lejos, como ahora, con los preparativos de la boda. ¡Cómo se van a reír de nosotros! ¡Con los enemigos que tenemos...! ¡Con lo que nos odian! El traje de novia... Las notas en los periódicos... Las invitaciones al banquete... (*Ya en el colmo de la desesperación.*) ¡El Cardenal Ramini!
- ALEJANDRO: (*Que ya no puede disimular que se está divirtiendo mucho.*) De veras... ¿Qué haremos con el Cardenal Ramini cuando llegue? Bueno, que aproveche el viaje y case a otros.
- GERTRUDIS: ¡Pero, Alejandro! ¿Cómo puedes bromear con una cosa tan terrible? (*Entra Juana por la puerta del fondo.*)
- JUANA: Mamá...
- GERTRUDIS: (*Violenta, hacia ella.*) ¿Qué quieres?
- JUANA: La muchacha para el puesto de doncella. Está aquí.
- GERTRUDIS: (*Violenta.*) ¡Pues si está, que se vaya y vuelva en otro momento más oportuno! Pues sí que estoy yo ahora, para... (*Reaccionando.*) No... no, dile que pase... La despacharé rápidamente...

Juana vuelve a salir.

GERTRUDIS: (*Secándose las lágrimas.*) Hay que estar en todo, aunque cueste trabajo. No podemos continuar sin doncella ni un día más (*Transición.*) ¡Qué disgusto, Dios mío, qué disgusto! ¡Todo el mundo se burlará de nosotros, todo el mundo!

Por el fondo, Juana entra, da unos pasos y se coloca a un lado. Gertrudis carraspea, se yergue. Toma una pose muy digna de gran señora y mira hacia la puerta del fondo. Aparece la doncella. Se queda enmarcada por la puerta y sin avanzar. Va humildemente vestida, pero es extraordinariamente bonita.

DONCELLA: (*Tímida, con voz dulce.*) Buenas tardes, señora Cirera... Buenas tardes, señor...

GERTRUDIS: (*Examinándola.*) Eres la hija de Miguel, el mozo de la fábrica de Santa Rosa, ¿no?

DONCELLA: Sí, señora.

GERTRUDIS: ¿Has trabajado de sirvienta alguna vez?

DONCELLA: No, señora, nunca... Pero puedo aprender aprisa... creo... Mi padre...

GERTRUDIS: Sí, lo conocemos bastante. Es un buen hombre. Bien, yo no tengo inconveniente en probarte. Puedes empezar mañana...

DONCELLA: Sí, señora. Gracias, señora.

GERTRUDIS: Vendrás a las ocho con tus cosas. Engracia —la cocinera— te instruirá sobre todo lo necesario.

DONCELLA: Sí, señora.

GERTRUDIS: Puedes retirarte.

La doncella hace un movimiento como para obedecer. Gertrudis la detiene.

GERTRUDIS: Espera... Se me había olvidado preguntarte...
¿Cómo te llamas?

DONCELLA: Helena, señora...

TELÓN.

SEGUNDO ACTO

Misma decoración y muebles del acto anterior. Han transcurrido tres meses.

En escena, Jaime Cirera y Félix González, tipo de empleado de confianza, servil. Quiere estar decentemente vestido pero sus pantalones no tienen raya; la corbata, mal anudada, es casi raída y las puntas del cuello de la camisa tienen la tendencia a levantarse. Permanece sentado en el borde del sofá; Jaime, que lleva una chaqueta de pijama de seda sobre el chaleco del traje y está más sombrío y malhumorado que de costumbre, recorre la estancia a grandes zancadas mientras habla.

JAIME: ¿Qué es lo que quieren? ¿Ganar tanto como yo, verdad? ¿Como yo o más que yo! ¡Convertirse en “señores” de la noche a la mañana! ¡Tener casa propia y coche a la puerta y abono a la ópera! ¡Y muchas otras cosas que a mí ni siquiera se me ocurren! Los que tienen muchas ideas para vivir como príncipes, son siempre aquellos que no tienen ninguna sobre lo que cuesta reunir dos pesos, y a esos dos, otros dos. Formar un capital a costa de esfuerzo y sacrificios.

FÉLIX: Así, así es...

JAIME: ¿Acaso heredé yo mi fortuna? ¡No, señor!
¡Tampoco me la encontré tirada en la calle!

¡Trabajé para hacerla! Trabajé como no han trabajado ellos, todos juntos, en toda su vida. Para mí, desde que era un mocoso, no ha habido más que trabajo y trabajo. ¿Una película... un teatro? ¡Hasta hace pocos años yo no sabía ni qué era eso! El dinero que podía costar la entrada, lo ahorra. Así empecé. Ellos, en cambio: siempre en la miseria, siempre llorando. ¡Pero van al cine hasta dos veces por semana!

FÉLIX: Cierto. Cierto, muy cierto.

JAIME: Y luego, a pedir adelantos porque tienen enferma a la mujer... Y aumentos, porque con el salario que ganan, no les alcanza para mantener a sus hijos...

FÉLIX: Eso es.

JAIME: Si no despilfarraran tanto, y no fueran al cine y no se emborracharan los sábados, cubrirían decentemente todas esas necesidades. Y aún quizás podrían hacer lo que yo hice: independizarse, levantar una fábrica. Y después de eso, si seguían trabajando y fastidiándose, como trabajé y me fastidié yo... otra... y otra... y otra... Para que ya no les diera envidia JAIME CIRERA... y se enteraran de lo que le ha costado a Jaime Cirera ser quien es.

FÉLIX: (*Moviendo la cabeza.*) En los tiempos que corremos, no hay uno solo capaz de eso. Cobran, lo gastan todo en dos días. A media semana, ni un centavo... Y entonces, ¡a quejarse!

JAIME: Se quejaban antes, Ahora amenazan. ¡Todas esas monsergas de última hora... la "dignidad

del trabajador” y esas cosas... y los latiguillos baratos de esos líderes obreros! Obreros... ¿de qué? Los más vagos, los más ineptos... los que todo el mundo ha tenido que echar, porque no servían más que para hacer cundir el desorden. ¡Esos son los líderes obreros! O bien, mandantes sin oficio ni beneficio, que únicamente buscan la manera de vivir sin trabajar. ¡Y lo peor del caso, es que la encuentran!

FÉLIX: Exactamente, don Jaime. Ni más ni menos.

JAIME: ¡Garantías! ¡Ah, sí...! Quieren garantías que yo mismo no tengo. Si uno de esos imbéciles se distrae, porque está charlando con otro imbecil... en lugar de estar atento a lo que hace, cumpliendo con su obligación... y se agarra la mano en un telar... hay que pagarle las curaciones y pasarle una pensión... Tenerlo asegurado desde antes, por si algún día, con un accidente así, se demuestra que no sirve para nada... que es un mal operario... ¡Sólo a un mal operario puede ocurrirle eso! ¡Y las pólizas del seguro... tengo que pagarlas yo!

Félix ya no dice nada. Se limita a resoplar, pero siempre asintiendo.

JAIME: Se enferman. Tantas veces como quieren. Dejan de trabajar tantas veces como quieren. Pero siguen cobrando. Yo pago. Una obrera va a tener otro hijo. Yo no he tenido nada que ver en el asunto. ¡Pero no importa! ¡Pago también!

FÉLIX: *(Está a punto de echarse a reír, pero ve que Jaime continúa muy serio paseándose: reprime su risa;*

logra de nuevo su gravedad de circunstancias, y sigue asistiendo.)

JAIME: Garantías: contratos para asegurarse el sueldo por equis tiempo. En ese equis tiempo yo puedo dejar de necesitarlos por mil causas distintas. Es posible que no me convenga fabricar, porque desee descongestionar el mercado, o especular con un artículo. O simplemente porque haya crisis y los pedidos de los detallistas disminuyen. Puedo tener una mala época y perder dinero. Y encima de esto, ¡a perder más, pagándoles salarios a zánganos que cobran por estar mano sobre mano! ¡Es el colmo! *(Da unos cuantos pasos más, saca un cigarro, lo enciende. Sigue paseando.)*

FÉLIX: *(Tímidamente, tras la pequeña pausa.)* Y es la petición que encabeza el pliego, ¿no, don Jaime? La de los contratos...

JAIME: A mí me da igual. Que sea la de la cabeza como que sea la de la cola. No pienso aceptarla.

FÉLIX: Lo malo es que la huelga se ha extendido ya a todo el ramo. A la una de la tarde pararon García Hermanos. Y a las tres, Ibert, S. A., que eran los únicos que continuaban trabajando.

JAIME: Aunque sean muchos, todos, toda la industria textil en masa: no se saldrán con la suya. Anoche, en la junta patronal quedó bien decidido: no accederemos ni a uno solo de los puntos del pliego de peticiones. Y me parece que también nosotros somos una parte bastante importante de la industria textil. ¿No se trabaja? ¡Pues no se trabaja! ¡A ver quién resiste más!

- FÉLIX: ¿Pero... y la huelga general? La Federación de Sindicatos la tiene anunciada para hoy, a las seis... Falta... (*Saca un reloj de bolsillo.*) ...mmm, apenas media hora...
- JAIME: No se preocupe González que la huelga general no se declarará. Verá usted, cómo se arregla todo en el último momento. Trataron de asustarnos, pero ya advirtieron que no lo han logrado. Cuando falten cinco minutos, se agarrarán de un pelo para dar marcha atrás. (*Transición. Ferozmente.*) ¡Ja! ¡huelga general! Se quejan de la desocupación... de que no tienen trabajo. Y cuando lo tienen... ¡van a la huelga! ¡Gandules!

Por la puerta del fondo entran Gertrudis y Alejandro.

- GERTRUDIS: (*Entrando.*) Jaime... (*Transición. A Félix.*) ¡Oh, González! ¿Está usted todavía aquí?
- FÉLIX: (*Se levanta presuroso.*) Sí, señora Cirera... Pero ya voy a retirarme... Eso es... si don Jaime no ordena otra cosa...
- JAIME: No, Félix. Esto es todo por ahora. Muy útiles, sus informes, muy útiles...
- FÉLIX: Ya sabe, don Jaime, que estoy para servirle.
- JAIME: Si se entera de algo más en los corrillos, comuníquemelo enseguida. Sobre todo, vigíleme a los alborotadores de siempre. Usted ya los conoce.
- FÉLIX: ¡De sobra!
- JAIME: ¡Tengo muchas ganas de darles un susto bueno cuando esto acabe!
- FÉLIX: Se lo merecen.

JAIME: Por el momento, no hay más que quedarse quieto y observar, observar... A ver qué pasa... (*Transición.*) Bien... Ya puede usted retirarse, Félix.

FÉLIX: (*Iniciando movimiento hacia el fondo, pero caminando de espaldas.*) Con su permiso, don Jaime... Buenas tardes, señora...

GERTRUDIS: Adiós, González.

FÉLIX: Buenas tardes, don Alejandro.

ALEJANDRO: Adiós.

JAIME: (*Acompañando un poco a Félix hasta la puerta.*) Y si por una de esas cosas... absurdas... pues hay que esperarlo todo de ese desbarajuste en que vivimos... se declarara la huelga general... no deje de avisarme inmediatamente. Usted andará en la calle, tiene que enterarse antes que yo.

FÉLIX: Sí, don Jaime, pierda cuidado, don Jaime...

Hace una última reverencia y desaparece por la puerta del fondo.

JAIME: (*Rezongando, malhumoradísimo y como para sí.*) ¡Huelga general! ¡Lo único que nos faltaba! ¡Que declaren la huelga general! (*Habla mientras se dirige a la puerta izquierda, que se supone comunica con su despacho.*)

GERTRUDIS: (*Tratando de atajarle en todo, casi suplicante.*) Jaime...

JAIME: (*De mal modo, volviéndose.*) ¿Qué quieres?

GERTRUDIS: Alejandro quiere hablar contigo...

JAIME: (*Ya con la mano en el tirador de la puerta, enojado.*) ¡Decididamente, Alejandro posee el don

de la oportunidad! ¡Como si yo no tuviera, en este instante, otra cosa que hacer que hablar con él!

GERTRUDIS: ¡Pero, Jaime...! ¡Se trata de un asunto importantísimo que sólo tú puedes resolver!

JAIME: Da la casualidad, de que los asuntos importantísimos que sólo yo puedo resolver, son muchos... demasiados. (*Abre la puerta, sale, vuelve a cerrarla, con un portazo sonoro.*)

Pausa chica, para dar tiempo a que Gertrudis y Alejandro reaccionen contra la férula incontestable de Jaime y pasen de la timidez a la indignación. Alejandro es, naturalmente, el más excitado.

ALEJANDRO: ¿Has visto, madre? ¡Cuando se trata de mí, nunca tiene tiempo! ¡Siempre hay algo muchísimo más trascendental que hablar conmigo... con su hijo!

GERTRUDIS: (*Mirando hacia la puerta de la izquierda.*) La verdad es que acaba de comportarse groseramente.

ALEJANDRO: ¡Groseramente! No, mamá: es darle a esa palabra un significado demasiado amplio. ¡Se ha portado como una bestia!

GERTRUDIS: ¡Alejandro! ¡No digas esas barbaridades! ¡Date cuenta de que tu padre tiene muchas preocupaciones!

ALEJANDRO: (*Alzando la voz, furioso.*) ¡Ninguna de ellas soy yo! ¡Ninguna de ellas he sido jamás yo!

GERTRUDIS: Pero, hijito... Los negocios, ya sabes... Los obreros en huelga desde hace tres días... Los telares parados... y todas las horribles cosas que pueden suceder todavía. Debes comprenderle.

ALEJANDRO: (*Voz alta.*) Comprenderle... ¡un cuerno! Puesto que a mi padre no le interesan mis problemas... tampoco a mí me van a interesar los suyos. No sólo no lo comprendo, sino que me alegro de que lo joroben. Y me da un gusto enorme cuando algo le sale mal. (*Excitándose más y más.*) .. ¡Ojalá lo hundan!

GERTRUDIS: (*Horrorizada.*) ¡Alejandro!

Se abre la puerta del cuarto de Cordelia y aparece ésta también con aspecto agresivo y malhumorado. Trae puesta una blusa de mangas largas, con hileras de botones que van desde la muñeca hasta el codo. Está tratando de abrocharse los botones inferiores.

CORDELIA: (*Muy áspera, a su hermano.*) Vociferando como de costumbre, ¿no? Algo muy grave te pasaría, si no, no pegarías alaridos constantemente.

ALEJANDRO: (*Gritando.*) ¡Pego los alaridos que me da la gana, que para eso estoy en mi casa!

CORDELIA: Te equivocas. Estás en casa de tu padre, y por si fuera poco, despotricando contra él.

GERTRUDIS: (*A Cordelia.*) ¡Alejandro tiene razón!

CORDELIA: (*Encogiéndose de hombros, desdeñosa.*) Quizás sí, pero si papá lo oye es capaz de echarlo a la calle a patadas, como si no la tuviera. (*Transición. Sarcástica.*) Por supuesto que él es muy valiente. Grita de ese modo porque papá debe estar encerrado en el despacho y Alejandro sabe perfectamente que desde allí, con la puerta y las paredes revestidas de corcho, no se oye nada. (*Transición.*) Pero yo no me

confiaría tanto, de todos modos... (*Va hacia un timbre y lo pulsa.*)

ALEJANDRO: (*Le echa a la puerta de la izquierda una furiosa mirada de soslayo y baja ostensible la voz para decir*): ¡Me importa muy poco que me oiga!

CORDELIA: Sí, como no. Muy poco. Ya lo estoy viendo.

GERTRUDIS: (*Indignada.*) ¡Eres muy egoísta, Cordelia! ¡Tú, tú, tú...! ¡Es lo único que te interesa!

CORDELIA: (*Desdeñosa.*) ¿Tiene éste que interesarme también? ¿Su Faleografía, su beca, su Oxford? ¡Bah...! ¡Hasta ahí podría yo llegar!

GERTRUDIS: ¡Cordelia!

ALEJANDRO: (*Meloso.*) No le hagas caso, mamá. Cordelia es una amargada y sin motivos. Realmente ha de ser terrible para una mujer descubrir que, si no se conforma con ser “amada” por sus encantadoras fábricas textiles... tendrá que quedarse a vestir santos.

CORDELIA: (*Se vuelve hacia él pálida; con los dientes apretados escupe la palabra*): ¡Víbora!

GERTRUDIS: (*Asustada.*) ¡Basta, Alejandro, por favor, basta! Cordelia, ¿qué palabras son esas? ¿Es que no pueden dejar de pelearse?

Entra la doncella por la puerta del fondo. Al verla, Alejandro cambia rápidamente de actitud. Se amarga visiblemente.

DONCELLA: (*Dirigiéndose a Gertrudis, modosa, tímida y dulce.*) ¿Me llamaba, señora?

CORDELIA: No. Te llamé yo. Abróchame la blusa. Y ten la bondad de no hacerte esperar tanto cuando te necesitan.

DONCELLA: Dispéñseme.

(Cordelia extiende sus brazos. El derecho primero, luego el izquierdo para que la doncella abroche sus mangas. Mientras tanto, la escena continúa.)

GERTRUDIS: Hay que ponerle coto a esto. No podemos continuar así.

ALEJANDRO: ¿Y por qué no se lo dices a papá? Él es el primero en sembrar la discordia.

GERTRUDIS: Sí, sí, es cierto... También él ayuda... *(Transición.)* Alejandro iba a plantearle un problema gravísimo a su padre, Cordelia... Y él le dio con la puerta en las narices.

CORDELIA: Me parece que, en su lugar, yo haría lo mismo, Papá está ya harto de los “problemas gravísimos” de Alejandro...

GERTRUDIS: No sabes de lo que se trata, Cordelia, y hablas por hablar... Alejandro tenía que partir a principios del mes próximo para Inglaterra...

CORDELIA: “¿Tenía?” ¿Quieres decir con eso que ya no tiene? *(A la doncella. Transición. Brusca.)* ¡Oh, torpe, ándate con cuidado, me estás pellizcando! *(Transición. A Gertrudis.)* ¿No se va por fin?

ALEJANDRO: *(Triunfal, echa a la doncella una casi imperceptible mirada de reojo.)* No. No me voy.

CORDELIA: Eso sí que es un desastre ¡Y yo que me prometía unas vacaciones tan felices! ¿Y por qué no se va? ¿Los de Oxford opinan que es demasiado “sabio” para ellos?

GERTRUDIS: *(Severa.)* Cordelia, este es un asunto serio. Habrá que escribir a la Universidad pidiendo

que cancelen la beca para el año entrante, que harán todos los trámites de prórroga, etcétera, etcétera, etcétera. ¡Ya ves lo estrictos que son los ingleses! Y es precisamente tu padre quien debe escribir para arreglar todas esas cosas, porque Alejandro no está considerado todavía como mayor de edad.

CORDELIA: Lo que no entiendo, es la razón de ese cambio tan súbito. (A Alejandro.) ¡Estabas que te morirías por largarte!

ALEJANDRO: (Un poco turbado.) Sí... Pero luego... Reflexioné...

CORDELIA: (Irónica.) ¡Vaya!

GERTRUDIS: (Presurosa.) Dice que no se siente lo bastante preparado.

ALEJANDRO: No es eso, sino que... un año más de estudio aquí no me vendría mal. Los que van a Oxford, llegan allí considerándose ya eminencias. Claro está que no los son, pero... Hay que presentarse con una base muy sólida, y...

CORDELIA: (Burlona.) En menos palabras: tienes miedo de que te revuelquen a las primeras de cambio. Pues te felicito por tu prudencia. (A la doncella.) Bueno, ya terminaste, ¿no? ¿Por qué entonces te quedas mirando los botones, como idiotizada? Puedes retirarte.

DONCELLA: Sí, señorita. (Inicia movimiento hacia la puerta del fondo.)

CORDELIA: (Deteniéndola.) No, ve a mi cuarto, está toda la ropa de cualquier modo, arréglala.

DONCELLA: Sí, señorita.

Se dirige al cuarto de Cordelia, entra en él y cierra la puerta tras de sí.

- GERTRUDIS: *(Que sigue hablando, sin hacer caso de la salida de la doncella.)* Estoy segura de que Alejandro sabe más que cualquiera de los que van beca-dos a Oxford.
- CORDELIA: *(Con mucha sorna.)* Sí desde luego, y más que los profesores también ¡El amor de madre es algo grandioso!
- ALEJANDRO: Y el de hermano, no se diga... Porque lo que es oportunidades de echarte cianuro en el café, he tenido muchas...
- GERTRUDIS: *(Escandalizada.)* ¿Van a empezar a otra vez? Si seguimos así, ¿a dónde iremos a parar? *(Cordelia ríe, da unos pasos.)* En una familia debe reinar la armonía... la comprensión...

Juana entra silenciosamente por la puerta del fondo, con un traje femenino de color claro, sencillo y propio de su edad. No va peinada de trenzas. Su presencia no es notada por Gertrudis que sigue hablando, sin interrumpirse.

- GERTRUDIS: Bastante son las contrariedades que nos llegan de fuera, sin que nosotros mismos tengamos que amargarnos la existencia unos a otros, comportándose como enemigos... *(Se vuelve. Ve a Juana. Gran transición de tono. Apuradamente.)* Y a ti, ¿quién te ha llamado? Tus hermanos y yo estamos tratando de algo que no te incumbe.
- JUANA: Sí, Peleándose como perros y gatos hasta el momento en que yo entro.
- ALEJANDRO: *(Burlón.)* ¿Lo sacas por deducción lógica... o te lo dijo tu don profético?

- JUANA: La experiencia. Dieciséis años de vivir con ustedes.
- CORDELIA: (*Suspira.*) ¡Hubiera jurado que eran más! Se me han hecho eternos.
- JUANA: Pero yo no tengo la culpa de eso: con tener que cargar contigo misma, es más que suficiente para que los minutos se te hagan siglos.
- GERTRUDIS: (*El grito en el silencio.*) ¡Ah, lo único que nos faltaba! ¡Aguantar impertinencias de la niña! Bueno, pues no creas que ahora estamos de humor para ello. ¿Qué es lo que quieres? ¿A qué vienes?
- JUANA: (*Turbada, inquieta, baja los ojos. Pausa marcada.*) No lo sé.
- GERTRUDIS: (*Recalcando mucho las palabras.*) ¡No lo sabes!
- CORDELIA: ¿Pero, cuándo ha necesitado Juana un excusa para ir a fastidiar a alguien?
- JUANA: (*Tras pausa, turbada, como angustiada, secamente.*) No quería estar sola. Eso es todo.
- ALEJANDRO: (*Burlón, con grandes aspavientos.*) ¡Mamá, Aleluya! ¡Aleluya! Por fin Juana ha comprendido los encantos de la sociedad familiar. Renuncia a su aislamiento y corre a reunirse con su adorada madre y sus amadísimos hermanos.
- JUANA: (*Seca.*) No. Eso no.
- ALEJANDRO: (*Irónico y natural.*) Claro que no, idiota. Ya lo suponía.
- JUANA: (*Sombría. Mirándolo.*) A veces uno no quiere estar solo. Quiere hallarse entre los demás, aunque sepa que la compañía no va a ser muy agradable... (*Impulsiva como sin poder contenerse.*) No se quiere estar solo cuando... (*Se interrumpe.*)

- CORDELIA: *(Espera un poco. Luego entre burlona y sorprendida, con interés), ¿Cuándo qué?*
- JUANA: *(Pausa larga. Lentamente como contra su voluntad). Cuando se tiene miedo.*
- ALEJANDRO: *¿Miedo? (A Cordelia.) Espera, espera, que esto parece que se va a poner divertido. (A Juana.) ¿Miedo de qué? ¿Miedo de qué, mi nunca bastante bien ponderada Sibila de Cumas?*
- GERTRUDIS: *(Regañando.) ¡Alejandro, basta! No vamos a empezar con las tonterías de siempre, por favor.*
- ALEJANDRO: *¡Pero, mamá! ¿Cómo puedes calificar de tonterías, a las verdades profundas que se revelan a un cerebro luminoso y privilegiado? (Transición.) Anda, Juana, sé buenita y dinos de qué tienes miedo.*
- JUANA: *(Transición. Pausa larga. En un tono extraño, aislado y mirando frente a sí.) Algo va a hundirse, ¿saben? Algo va a hundirse para siempre. Y no quedarán más que escombros. Dicen que los huracanes redoblan su furia contra lo que más resistencia les opone... Una espiga puede quedar en donde estaba...*

Gertrudis escucha atenta; pero con la expresión de quien oye desbarrar a un loco. Cordelia y Alejandro cambian miradas burlonas. Juana continúa sin interrumpirse.

- JUANA: Los terremotos transforman el paisaje: un abismo en donde había un camino y una llanura en donde había una colina. Y luego, la tierra que parecía más firme se abre como una boca... y lo traga todo...

- CORDELIA Y ALEJANDRO: *(Simultáneamente, ya no pueden seguir conteniéndose y estallan en una carcajada.)*
- GERTRUDIS: *(A quien por el contrario, el asunto no ha hecho ninguna gracia.)* Vamos, vamos, vamos... Ya es demasiado.
- CORDELIA: *(Riendo todavía, a Juana.)* ¿Es de eso de lo que tienes miedo? ¿De un terremoto?
- ALEJANDRO: ¡Pero tranquilízate, Juana, que no corremos ningún peligro! Un terremoto como el que describiste, sólo en Japón.
- CORDELIA: ¡Y todavía habrá quien dude de que está chiflada!
- GERTRUDIS: Afortunadamente, Jaime no ha hecho caso en eso, y después de mucho insistirle, ha consentido en lo del psiquiatra. El doctor Robles viene esta misma tarde, a las seis, para empezar el tratamiento. Es una eminencia, cobra carísimo y tiene que ponerle un “hasta aquí” a esas extravagancias.
- ALEJANDRO: Yo le apostaría al doctor Robles libras esterlinas contra naranjas, a que no puede convertir a Juana en una persona normal.
- JUANA: *(Como despertando, actitud sarcástica de siempre.)* Yo haría lo mismo si se tratara de convertirte a ti en una persona normal. Pero no he pensado en lo que haría después con tantas naranjas.
- GERTRUDIS: Vale más que te calles, Juana. Tú estarás muy satisfecha de ser como eres, pero para nosotros, es una verdadera desgracia. En consecuencia, harás bien en mostrarte dócil con el doctor Robles, contestar a todo lo que te pregunte y hacer cuanto él te diga. *(Tran-*

sición. *Mira su reloj de pulsera.*) Ya son las seis y me advirtió que él era muy puntual. No debe tardar.

JUANA: *(Con sorna, mirándola y soltando poco a poco las palabras, como si saboreara de antemano el efecto que va a producir.)* Si viene en su coche... no tardará.

GERTRUDIS: ¡Naturalmente que viene en su coche! Un médico de su categoría siempre... *(Se interrumpe.)* ¿A qué viene eso? ¿Qué quieres decir?

JUANA: Nada de particular... Que podría retrasarse en el caso de querer venir hasta aquí en un taxi...

GERTRUDIS: ¿Y por qué había de retrasarse?

JUANA: Porque se acaba de declarar la huelga general.

CORDELIA: *(Casi dando un brinco.)* ¿Eh...?

ALEJANDRO: ¡Adiós...! ¡El ojo mágico vuelve a hacer de las suyas!

GERTRUDIS: *(En el colmo de la furia, nerviosísima.)* ¡Juana! ¡Esto no se puede soportar ya! ¡No quieres poner nada de tu parte! ¡Es más! ¡Fomentas ese horrible defecto tuyo de hacer profecías acerca de todo! *(Transición. Indignada.)* Me parece que tu padre entiende esos asuntos algo más que tú. Y él dijo que la huelga general no se declararía, que era una cosa absurda y que...

La puerta del despacho se abre bruscamente. Jaime cierra. Sale por ella, como un ciclón, y se dispone a cruzar la escena hacia la puerta del fondo.

GERTRUDIS: *(Sobresaltada.)* ¡Jaime!

CORDELIA: *(Ídem. Levantándose.)* ¿Qué ocurre, papá? ¿A dónde vas?

JAIME: ¡A Santa Rosa! Félix acaba de telefonarme y a media conferencia nos cortaron la comunicación. Se ha declarado la huelga general.

Gertrudis se levanta también. Ella y Cordelia siguen a Jaime, muy excitadas.

GERTRUDIS: Pero no ha de ser por eso. Tal vez solamente se interrumpió la línea.

JAIME: *(Ya en la puerta del fondo.)* ¡No! ¡Félix me llamó para anunciarme que la huelga se hacía!

CORDELIA: ¡Papá! ¡No vayas a la fábrica ahora! ¡Puede ser peligroso!

JAIME: *(Saliendo.)* ¡No puedo quedarme en casa! ¡Tengo que ir a ver qué es lo que está pasando!

GERTRUDIS: *(Saliendo tras él, muy agitada.)* ¡Jaime, escucha!

CORDELIA: ¡Es una imprudencia, papá, no vayas!

GERTRUDIS: *(Ya fuera de escena.)* ¡Jaime...!

Las voces de los tres se pierden. En escena, Juana y Alejandro. Un silencio largo. Se miran. Ambos, después de un instante, vuelven a desviar los ojos.

JUANA: Alejandro...

ALEJANDRO: *(Tras pausa, como de mala gana.)* ¿Qué...?

JUANA: ¿Te acuerdas que hace cosa de... de tres meses, te pregunté algo de... de una guerra? ¿Una guerra en la que nosotros pudiéramos vernos envueltos?

ALEJANDRO: *(Ídem anterior.)* Creo que sí... No estoy muy seguro.

JUANA: *(Tranquila, seria, lenta.)* Bueno pues era esto.

Todo va tomando forma y yo voy reconociéndolo. Era esto. Ha empezado ya.

ALEJANDRO: *(Fastidiado, de cuando en cuando lanza miradas impacientes a la puerta de la recámara de Cordelia.)* ¿De qué rayos estás hablando? ¿Qué es lo que ha empezado?

JUANA: La guerra.

ALEJANDRO: ¡Se necesita ser estúpido para confundir una guerra con una huelga! *(Transición.)* Y mira, ya es mucho: déjame en paz, ¿quieres? Vete a oír voces celestiales a otro cuarto, anda.

JUANA: *(Algo burlona, con intención.)* ¡Pero, es que ahora... las voces están sonando precisamente aquí!

ALEJANDRO: *(Ya un poco escamado, mirándola.)* ¡Qué encanto! ¿De veras?

JUANA: Aquí. Y tú deberías oírlas también. ¿Sabes lo que dicen? “¡Cuidado Alejandro! ¡Cuidado Alejandro...!”

ALEJANDRO: *(Comprende la alusión. Se enoja más. Pero finge sorna.)* Con que eso dicen, ¿eh...?

JUANA: *(Imita “las voces” un poco burlona.)* “Esto es peligroso, peligrosísimo... Cuidado, Alejandro...” *(Pausa. Transición.)* ¿Cómo es posible que no la oigas? ¡Suenan tan claras!

ALEJANDRO: *(Ya enojado.)* ¡No, no oigo nada! Y escucha: sería bueno que tú, que tienes tanta influencia con ellas, les advirtieras que es mejor que no se metan conmigo, porque a mí no hay voz celestial ni hermana entrometida que me tenga que venir a dar consejos sobre lo que he de hacer.

- JUANA: *(Camina despacio hacia la puerta del fondo. Se detiene en el umbral.)* Lo que vas a hacer... lo harás a pesar de todo. ¿No, Alejandro?
- ALEJANDRO: *(Sarcástico.)* ¡Por supuesto! ¡Aunque sea preciso llevarle la contraria a todo un coro de ópera!
- JUANA: *(Asienta.)* Era lo que me imaginaba. Me has quitado un peso de encima. Ahora ya estoy convencida de que, pase lo que pase, yo puedo lavarme las manos.

Da media vuelta y sale. Alejandro se queda mirando un instante el lugar por donde Juana desapareció.

- ALEJANDRO: *(Entre dientes.)* ¡Fisgona!

Se abre la puerta del cuarto de Cordelia. La doncella va a salir; pero al advertir la presencia de Alejandro, sentado en el sofá, que la mira sonriente, se detiene y queda apoyada en la pared, mirándolo también. Una pausa larga, muy marcada.

- ALEJANDRO: *(Tras la pausa, sonriente, entre burlón y cariñoso.)* Bueno ¿qué te pasa? ¿Por qué me miras así? Di algo, mujer...
- DONCELLA: *(Otra pausa. Voz casi baja.)* ¿Es verdad?
- ALEJANDRO: ¿Qué...?
- DONCELLA: Lo que dijeron tu madre y tú. Que no te vas. Que renuncias a tu beca.
- ALEJANDRO: Claro que es verdad. *(Ella baja la cabeza rápidamente.)* ¿Vas a llorar, tonta? *(Bromeando, un poco fanfarrón.)* ¿Te disgusta el no poder deshacerte de mí tan fácilmente?

- DONCELLA: *(Tragando lágrimas.)* ¡Idiota!
- ALEJANDRO: ¡Ah, entonces es de alegría! Es muy difícil interpretar los sentimientos de las mujeres, como por todo lloran...
- DONCELLA: *(Conmovida aún, pero tratando de dominarse.)* Es que, ¡yo no creía que tú llegaras a hacer eso por mí!
- ALEJANDRO: ¡Pero si no lo he hecho por ti, Helena! Lo he hecho por mí mismo. No tengo ninguna gana de irme a Inglaterra, las tenía pero se me han quitado. Al diablo, Inglaterra. ¡Tú estás aquí, y aquí me quedo!
- DONCELLA: *(Transición. Pausa chica como en un arranque.)* ¡Es un disparate, Alejandro! Es un disparate.
- ALEJANDRO: *(Sonriente.)* ¡Hipócrita!
- DONCELLA: No, en serio... No tiene ni pies ni cabeza. Tú y yo... Son muchas las cosas que nos separan. Nunca podremos llegar a nada.
- ALEJANDRO: *(Con malicia.)* Hipócrita, y además, embustera. Está ampliamente comprobado que tú y yo podemos llegar a bastante.
- DONCELLA: *(Turbada.)* No me refiero a eso, y tú lo sabes... *(Reacciona.)* Sin ir más lejos... Hace un rato, cuando tuvieron esa conversación delante de mí... sentí una alegría muy grande... Pero el miedo de que se me notara, y por ella dedujeran que yo tenía que ver en el asunto, era mayor aún ¡Temblé con la sola idea de que tu hermana pudiera llegar a darse cuenta de todo!
- ALEJANDRO: Para que veas lo que son las cosas... Tú tiemblas y yo me regocijo nada más de pensar la cara que pondrá esa antipática cuando se entere.

- DONCELLA: No, Alejandro, no...
- ALEJANDRO: Como que no... Si ese es otro de los alicientes. ¡La cara de Cordelia... los bufidos de don Jaime y hasta los aspavientos de mamá! Porque Jaime Cirera anduvo de alpargatas hasta veinticinco años. ¡Doña Gertrudis de Cirera era modista, hija de un urdidor, pero comprenderás que eso ya se les ha olvidado! Si ahora les preguntas que de dónde salieron, te contestan que de uno de los huevos de Leda.
- DONCELLA: ¿Entonces... piensas... decírselo?
- ALEJANDRO: ¡Naturalmente! El haber renunciado a mi beca, no es más que el primer paso... al que seguirán los demás... para culminar, a su debido tiempo, encarándose yo con mi familia y diciéndoles: “Querido míos... Tanto si les gusta como si no les gusta... me tiene completamente sin cuidado... Voy a casarme con Helena”.
- DONCELLA: *(Da unos pasos hacia él.)* ¿Harás eso, Alejandro?
- ALEJANDRO: Lo han hecho varios reyes. ¿Por qué no he de poder hacerlo yo? Y entre una familia real y la nuestra, todavía hay alguna distancia... Será un golpe muy duro para Cordelia el tener que reconocerlo, pero no se lo voy a evitar.
- DONCELLA: *(Desvía la mirada y se retuerce las manos.)* Todo eso es muy arriesgado... no sé... Sigo pensando que es absurdo.
- ALEJANDRO: Oyéndote, cualquiera diría, Helena, que tú fuiste quien me enamoró, me persiguió, me sedujo... y ahora le pones peros a cumplir la palabra empeñada.
- DONCELLA: *(Ríe a pesar suyo.)* No digas tonterías.

- ALEJANDRO: Yo era un muchacho inocente y puro antes de conocerte, creía que tus intenciones conmigo eran buenas, pero ahora, empiezo ya a dudarlo. ¡Oh...! No me abandonarás en el fango, ¿verdad? ¿Repararás mi honor? ¿Te casarás conmigo?
- DONCELLA: (*Ídem anterior, riendo.*) ¡Eres un payaso!
- ALEJANDRO: (*Bromeando, muy patético.*) Di, Helena, di. ¿Te casarás conmigo?
- DONCELLA: Sí... si tú lo quieres.
- ALEJANDRO: (*Sonriente.*) ¡Por fin! (*Transición, nuevamente a naturalidad.*) Bueno, pues entonces, lo demás corre de mi cuenta. Deja que yo me enfrente con el dragón de tres cabezas... Pero no hay que hacer las cosas con precipitación... Primero se tantea el terreno... Y poco a poco.
- GERTRUDIS: (*Aún fuera de escena.*) Por aquí, doctor Robles... Por aquí, si me hace el favor.
- DONCELLA: (*Sobresaltada.*) Es tu madre... Me voy.

Rápidamente, Alejandro tira de las manos de la doncella y le da un veloz beso en la mejilla. La muchacha camina hacia la puerta. Alejandro, con pasos naturales, cambia de lugar en la escena. Cuando la doncella sale, se aparta un poco para dejar entrar a Gertrudis, al doctor Robles y a Juana que viene algo rezagada. Luego se escurre por la puerta.

- GERTRUDIS: Aquí es donde estarán más cómodos... Mi marido prefiere que nadie entre a su despacho... Vamos, Juana, pasa... (*Transición.*) ¡Oh! ¿Estás tú ahí, Alejandro? Mi hijo Alejandro... El doctor Robles...

- ROBLES: (*Inclinándose.*) A sus órdenes...
- ALEJANDRO: Mucho gusto...
- GERTRUDIS: Alejandro, hijo mío... El doctor Robles viene por lo de... por lo de Juana ya sabes... Va a examinarla aquí...
- ALEJANDRO: (*Algo burlón.*) Magnífico, magnífico...
- GERTRUDIS: Y dice el doctor que la entrevista de ellos dos, tiene que ser en privado. De manera que... vamos a dejarlos solos.
- ALEJANDRO: No tengo inconveniente... (*Inicia movimiento hacia puerta fondo.*) Hasta luego, doctor...
- ROBLES: (*Hace una ceremoniosa inclinación de cabeza. Alejandro sale.*)
- GERTRUDIS: (*Seca.*) Juana, espero que te habrás dado cuenta de que esto no es juego y de cómo tienes que comportarte. (*Amable a Robles.*) Y ahora, me retiro, doctor, para que pueda usted hablar con Juana con toda libertad.
- ROBLES: Gracias, señora.
- GERTRUDIS: No tengo ni la más remota idea de cómo podrá entablarse con ella una conversación sensata. Juana no es capaz de pronunciar dos palabras seguidas con sentido común... Pero en fin... si lo fuera, no lo habríamos llamado a usted. Queda usted en casa, doctor.
- ROBLES: Gracias, una vez más.
- GERTRUDIS: (*Viendo hacia el fondo.*) Si necesita algo, no vacile en pedirlo. El timbre está aquí.
- ROBLES: Perfectamente.

Gertrudis se detiene un instante en el umbral de la puerta del fondo. Lanza una mirada severa a Juana y desaparece. Una

pausa. Juana y Robles están sentados en extremos opuestos. La muchacha mira al psiquiatra con la actitud de un reo que espera el interrogatorio; pero está muy tranquila y hasta parece divertida. Robles saca una pitillera y de ella un cigarro. Luego, la detiene en dirección a Juana. Está observando a la chica; pero como con reserva, disimulando, para no asustarla.

ROBLES: ¿Un cigarrillo?

JUANA: *(Con cierta sornita.)* No gracias. No estoy en edad de fumar.

ROBLES: Podría hacerse una excepción, dadas las circunstancias... *(Enciende.)* Necesitamos que se sienta usted muy tranquila, muy cómoda... y un cigarrillo ayuda a calmar los nervios.

JUANA: Entonces, ofrézcaselo usted a los de mi familia. Son ellos los que están nerviosos: no yo.

ROBLES: Pero es a usted a quien yo debo examinar.

JUANA: Sí, porque ellos son los que tienen con qué pagarle. Si lo tuviera yo, usted los examinaría a ellos. Sólo que a mí me saldría más caro, porque ellos son cuatro.

ROBLES: *(Bastante divertido.)* ¿Cree, realmente, que a sus familiares les haga también falta ser examinados?

JUANA: Como hacerles falta, desde luego les hace falta. Aunque no tengo confianza en que pudiera usted curarlos. Ni usted, ni nadie. Así son y así serán hasta que mueran.

ROBLES: *(Con interés inclinándose hacia ella.)* ¿Cómo son?

JUANA: No me diga que no lo ha notado. Si es usted uno de esos doctores que estudian el carácter de las personas y después de haber hablado

- con mi madre, dos veces por lo menos, todavía no sabe cómo es... Me parece que haría usted bien dedicándose a otra cosa.
- ROBLES: (*Algo desconcertado.*) Bueno, no es eso, no es eso exactamente... Lo que me interesa... es saber la opinión que usted tiene de los miembros de su familia.
- JUANA: ¿La opinión que yo tengo de ellos? (*Seria.*) ¿Quiere usted decir que encima de que les cuesta su dinero, vamos a ponerlos aquí de vuelta y media? No. Esto no sería honrado.
- ROBLES: Sea honrado o no lo sea, es preciso. Usted debe mostrarse absolutamente sincera conmigo. Por supuesto, no ha de temer que yo les repita nunca sus palabras.
- JUANA: ¿No les repetiría a ellos lo que yo hubiera dicho?
- ROBLES: (*Grave.*) Claro que no. Es secreto profesional.
- JUANA: Pues es una lástima. ¿Qué gracia puede tener el que yo diga lo que pienso de ellos, si ellos no se van a enterar?
- ROBLES: (*Casi riendo.*) Bien, entonces, si usted se empeña, y por hacerle un favor...
- JUANA: No, no se moleste, no tiene tanta importancia... (*Transición.*) Y no me hable de usted. A mí nadie me habla de usted.
- ROBLES: ¿Por qué no?
- JUANA: (*Natural, encogiéndose de hombros.*) Yo no soy de respeto. La señorita Cordelia... el señorito Alejandro... y "Juana". Los criados dicen: "El señorito Alejandro está estudiando en su cuarto: ordenó que no se le molestara". "La señorita Cordelia duerme todavía: no hay que hacer

- ruido". "Juana, quítate de ahí porque vamos a barrer esta habitación".
- ROBLES: Y eso, ¿te molesta?
- JUANA: ¿Molestarme? ¿Por qué? A mí me da igual estar en una habitación que en otra.
- ROBLES: ¿Pero no te humilla el ser tratada de una manera distinta a tus hermanos?
- JUANA: Tienen que tratarme de manera distinta. Yo soy distinta también.
- ROBLES: ¿En qué sentido?
- JUANA: (*Suspira.*) En muchos... Pero ahora estamos hablando de por qué a mí todos me tutean... y yo estoy tratando de explicar a usted la razón...
- ROBLES: (*Rápido.*) Sí, sí, naturalmente, continúa.
- JUANA: Me tratan así, y me tutean porque soy la menor. ¿Comprende?
- ROBLES: Pero eres hija de tus padres, como los otros. Y el que seas la menor, no justifica por completo que...
- JUANA: (*Interrumpiéndole.*) Sí, señor, sí lo justifica, verá cómo sí.... Cuando nací yo, cuatro años después de Alejandro, nadie contaba con que fuera a nacer otro hijo. Cordelia tenía toda la predilección de papá y Alejandro todo el favoritismo de mamá. Era un asunto definitivamente resuelto.
- ROBLES: Pero... esos asuntos nunca se resuelven definitivamente... Los padres siempre encuentran cariño que darle a un tercer hijo... y a un cuarto... y a un quinto.
- JUANA: Los padres en general, pero no los míos. A ellos, la vena de dar se les acaba pronto. Todo lo que sea dar tiene pocas simpatías con ellos....

Y mucho menos, repartir. Eso va en contra de sus principios. La prueba está en que papá tiene cuatro fábricas textiles. Y las tiene él solo. Háblele usted de repartirlas con alguien.

ROBLES: Ajá. Entiendo.

JUANA: Le decía que al nacer yo, como llegué tarde y no se me esperaba, ya no quedaba nada para mí. Hasta los nombres rimbombantes se habían acabado. A mí me pusieron Juana.

ROBLES: Juana es un nombre bonito.

JUANA: *(Sonriendo.)* ¡Oh, pero puede estar seguro de que a ellos no se los parece! *(Transición.)* Cordelia aprendió música, pintura, francés, inglés... Tiene mala intención y no dice más que impertinencias... pero a papá se le cae la baba oyéndola. Alejandro estudia Faleografía... y con sólo eso, podrá usted darse cuenta de lo tonto que es. Pero cuando él habla, mamá lo escucha extasiada... *(Pausa. Transición.)* Juana se atreve a abrir la boca para dar su opinión sobre algo... y en seguida mandan a buscar un médico de locos.

ROBLES: *(Sorprendido carraspea un poco.)* Bueno, bueno, pero... Pero parece ser que las cosas que tú dices, son poco... un poco extrañas...

JUANA: Porque las digo yo. Yo, Juana, la que se llama Juana y no es favorita de nadie. Si las cosas que yo digo las dijera Cordelia, serían sentencias indiscutibles: las creería papá. "Cordelia tiene tanto sentido..." Si las dijera Alejandro, ese muchacho que a los veinte años ya es sabio, las creería mi madre: "Él sabe por qué dice lo que dice... Con lo que ha estudiado..." Pero las dice

- Juana, y no hay para qué creerlas, ¿entiende usted? Yo no toco el piano, ni hablo francés, ni pinto, ni sé nada de Faleografía... Ni quiero, además. ¿Por qué habrían de creerme... a mí?
- ROBLES: *(Un tanto severo, haciendo un gesto con la mano, como para detenerla.)* Vamos por partes, Juana... Esas cosas que tú dices, son... ilógicas, fuera de lo normal.
- JUANA: ¿Y qué quiere que le diga? ¿Qué culpa tengo yo? Si son ilógicas, son ilógicas y yo no puedo cambiarlas por darles gusto a ellos.
- ROBLES: Escucha, Juana... Me ha contado tu madre que tú tienes la tendencia de profetizar... de anunciar acontecimientos...
- JUANA: *(Sonríe, irónica.)* Sí... es verdad. Una tendencia... bastante marcada.
- ROBLES: Entonces, ella y todos los demás, están inquietos por esa... diremos manía tuya, y preocupados por tu salud mental.
- JUANA: *(Ladea la cabeza.)* Usted cree que es mi salud mental lo que les preocupa.
- ROBLES: ¿Qué otra cosa podría ser?
- JUANA: No, señor, no. Están inquietos y preocupados, porque lo que yo anuncio... ¡sucede!
- ROBLES: ¿Cómo?
- JUANA: ¡Sucede todo! Y ellos no quieren dar su brazo a torcer. Nunca lo darán. Se ponen cada vez más nerviosos... más irritables... más agresivos conmigo... *(Se encoge de hombros.)* Vivirían mucho más tranquilos si se decidieran a aceptar la realidad... Pero no: cualquier cosa antes que eso... *(Pausa. Transición más lenta.)*

- La mía es una facultad inútil que no tiene a qué aplicarse... Como una llave que no tuviera qué abrir... la llave de una puerta inexistente.
- ROBLES: *(Tras una pausa paternal.)* Veamos, Juana, veamos... dices que tus avisos se cumplen... Ponme un ejemplo. ¿Cuál es, concretamente, el que se ha cumplido?
- JUANA: *(Moviendo lentamente la cabeza.)* No... no me va usted a pedir demostraciones, como a los niños pequeños delante de las visitas... Yo no tengo ningún interés en darles pruebas... ni a usted, ni a nadie... *(Más lenta.)* Si unos meses atrás usted me hubiera pedido, quizás lo hubiera hecho... Como se lo hice a ellos varias veces, por juego... Pero ahora ya no tengo ganas de jugar.... Es como si hubiera envejecido muchos años en pocos días...
- ROBLES: Exactamente, Juana... Ya no eres una niña, y puedes ser razonable... Comprende que esas predicciones tuyas, no tienen ninguna base científica y que...
- JUANA: *(Le interrumpe, admirada.)* ¿Y a mí qué me cuenta? yo no me voy a poner a buscársela, no me corresponde. Si eso no tiene ninguna base científica, porque ustedes, los que estudian esas cuestiones, no se la han encontrado, la culpa es de ustedes, no mía.

Voces alteradas fuera de escena. Se reconocen las de Cordelia, Gertrudis y Alejandro. No se distingue aun lo que dicen pero van acercándose, Juana y Robles vuelven la cabeza en esa dirección. Se miran de nuevo.

- JUANA: (Sonriendo.) Lo único que le faltaba a usted para formarse una idea completa... Ahí lo tiene.
- ROBLES: ¿Una discusión familiar?
- JUANA: Sí, se queda en eso. Nadie se atreve a romper el hielo clavando el primer cuchillo... (Las voces más cerca.) Vienen para acá...
- CORDELIA: (Lejos, gritando muy áspera.) A la calle, ¡a la calle!
- ALEJANDRO: (Alto, algo más cerca, gritando también.) ¿Y quién eres tú para echarla?

A partir de ese instante, se desarrollan dos diálogos simultáneos, las voces de los que todavía están fuera de escena y el de Juana y Robles. Éste toma su gabardina y su portafolio como disponiéndose a partir.

- CORDELIA: (Fuera de escena. Vociferando.) En nuestra misma casa... ¡Qué poca vergüenza!
- ALEJANDRO: (Ídem. A Cordelia). ¿Y qué te importa a ti, imbécil?
- GERTRUDIS: (Voz suplicante, llorosa.) ¡Por favor, Cordelia, por favor!
- CORDELIA: ¡Es lo que te estoy haciendo, mamá! Un favor... ¡Si tú no tienes energía para echarle a patadas, la echaré yo...!
- ROBLES: Supongo que es mejor que me vaya...
- JUANA: Váyase si quiere, pero no estorba. A ellos no les estorba nadie para pelearse. Siguen haciéndolo en presencia de quien sea.
- ROBLES: Sin embargo... es sumamente violento.
- JUANA: Usted es psiquiatra, ¿no?

Ya está el grupo del pleito visible por la puerta del fondo. Lo forman Cordelia, Gertrudis, Alejandro y la doncella, que llora

cubriéndose la cara con las manos. Desde el primer término de la lateral derecha, Robles y Juana miran al grupo. El psiquiatra tiene ya todos sus efectos como preparado para irse. Después de las últimas palabras de Cordelia, no hay pausa. Alejandro toma a la doncella por el brazo y la empuja hacia el interior de la escena.

ALEJANDRO: *(Gritando, con una gran excitación.)* ¡Tú no echas a nadie a patadas! ¡Helena no sale de esta casa porque tú la eches!

Ya están Alejandro y la doncella en escena, tras ellos entran también muy excitados Cordelia y Gertrudis. Van moviéndose lentamente del fondo hacia el centro.

CORDELIA: *(Gritando.)* ¡Estoy en mi derecho! ¡Ella es una cualquiera! ¡Mosquita muerta, si nunca llegó a engañarme del todo!

ALEJANDRO: *(Gritando.)* ¡Cállate!

CORDELIA: ¿Por qué me he de callar? ¿No los vi con estos ojos? Pegados el uno contra el otro... restregándose y besándose en un rincón del pasillo. ¡Qué asco! ¡Qué asco! Tú eres un puerco, un indecente y ella es una cualquiera.

ALEJANDRO: *(Da un paso hacia ella con los dientes y los puños apretados.)* ¡Si no te callas, te juro que te rompo la boca!

El doctor Robles, ante la violencia creciente de la situación mira a Juana, como si esa mirada fuera una despedida y por detrás del sofá, procurando escabullirse sin llamar la atención, avanza lentamente hacia la puerta del fondo; cuando

llega a ella, sale, sin que ninguno de los demás le haga el menor caso. El diálogo se ha interrumpido y Juana, sigue en el mismo lugar, de pie tras un sillón, mirándolos fijamente y escuchando todo.

GERTRUDIS: *(Inmediatamente después de la última palabra de Alejandro, con un grito, interponiéndose.)* ¡Alejandro!

CORDELIA: *(Enardecida, sarcástica, gritando.)* ¡Hazlo, anda, hazlo...! ¡Encima, pégame! ¡Encima de que te mofas del respeto que te merece esta casa! Encima de que ni siquiera te has molestado en salir de ella para hacer tus cochinas. Ya no tienes que ir a buscar las mujerzuelas a la calle. ¡Las tienes aquí mismo!

ALEJANDRO: *(Grita más, y la domina.)* ¡No voy a aguantar que la sigas insultando! Me voy a casar con ella, ¿sabes?

Gran silencio. Todo el mundo se detiene en sus gestos paralizados por la consternación. Juana, en su lugar, está cada vez más tensa y expectante. Su rostro va tomando una expresión dramática y llena de ansiedad.

GERTRUDIS: *(Tras la pausa, es la primera en reaccionar.)* ¿Qué has dicho, Alejandro? ¿Qué es lo que has dicho?

ALEJANDRO: *(Lento, contento del efecto obtenido.)* ¿No lo oíste, mamá? Me voy a casar con Helena.

GERTRUDIS: *(Horrorizada, con un grito.)* ¡Pero, Alejandro! ¡No es posible que hables en serio! ¿Casarte tú... con una criada?

- ALEJANDRO: Quería esperar un momento oportuno para decirlo... (*Sarcástico.*) Pero puesto que Cordelia, con su olfato infalible de solterona puritana e histérica, nos ha descubierto, ya no hay para qué seguir ocultando nada.
- CORDELIA: (*Con rabia y desdén.*) Debes de estar loco.
- GERTRUDIS: (*Gritando otra vez.*) ¡No, no puede ser! ¡Es absurdo, absurdo!
- ALEJANDRO: (*Un poco ridículo, ampuloso.*) ¡Nos queremos, mamá! ¡Estamos enamorados!
- CORDELIA: (*Ríe forzosamente, sarcástica.*) Es el colmo.
- GERTRUDIS: (*Casi simultáneamente a Cordelia, gritando.*) ¡Enamorados! ¿Pero cómo puedes haberte enamorado de una criada, Alejandro? ¡No comprendes que es una monstruosidad!
- CORDELIA: (*Ídem anterior.*) ¡Pero qué cosa tan ridícula!
- GERTRUDIS: (*Mismo juego, simultánea a Cordelia, gritando.*) ¡Bromeas, hijo mío! Bromeas o estás mal de la cabeza. No puede ser que...

Por la puerta del fondo, Jaime Cirera con rostro de tormenta.

- JAIME: ¿Qué pasa aquí? ¿Qué escándalo es éste?
- CORDELIA: (*Sarcástica.*) Una noticia sensacional, papá, que seguramente te dará mucho gusto: Alejandro ha decidido casarse.
- GERTRUDIS: (*Suplicante excitada.*) Te lo suplico, Cordelia. No, esta no es la manera de...
- CORDELIA: (*Sin hacerle caso.*) ¿Y a que no sabes con quién? (*Señalando a la doncella.*) Con la hija de Miguel, tu mozo.

JAIME: *(Frunciendo más el ceño, como si no entendiera bien.)* ¿Cómo?

Por el fondo, rápidamente, Félix González, pálido y demudado.

FÉLIX: *(Casi sin aliento.)* ¡Don Jaime...!

JAIME: *(Volviéndose a él.)* ¿Qué ocurre, Félix?

FÉLIX: *(Adelante.)* No sé si ya se enteró usted, don Jaime... Pero por si no lo sabía, vine escapado a decírselo. Ha habido choques entre la policía y los huelguistas en el barrio industrial... Y han resultado cuatro obreros muertos.

JAIME: ¿Era lo que buscaban no? Entonces, no tiene nada de particular. A ver si así aprenden.

FÉLIX: *(Ídem anterior.)* ¡Pero es que ya se está hablando de que va a estallar una revolución obrera, don Jaime!

JAIME: *(Indicando.)* ¿Una revolución? ¡Qué sandeces! ¿Con qué van a hacerla esos pobres diablos? *(Transición rápida.)* Mire, Félix... Pase usted a mi despacho y espéreme allí... En seguida estoy con usted...

FÉLIX: *(Caminando hacia la puerta lateral izquierda, rápidamente.)* Sí, don Jaime.

Félix desaparece por la puerta indicada. Jaime se vuelve de nuevo hacia el grupo.

JAIME: *(Muy tranquilo.)* ¿Con que... qué era eso?

CORDELIA: Que tu hijo Alejandro, ha elegido esposa entre la mejor sociedad, papá... *(Señala a la doncella.)* Quiere casarse con la criada.

- JAIME: *(Pausadamente, tranquilo.)* ¿Ah, sí? Muy bien.
¡QUE SE CASE!
- ALEJANDRO: *(Retador.)* Por supuesto, papá... Eso ya lo había decidido yo.
- JAIME: *(Yendo, puerta izquierda.)* Sólo que de mí no va a volver a ver un solo centavo... *(Se vuelve a Gertrudis.)* Ni de ti tampoco. *(Abre la puerta lateral izquierda.)*
- ALEJANDRO: *(Se consterna, cambia de actitud y avanza algunos pasos.)* Pero... papá... escúchame... papá...

Un portazo. Pausa breve. Alejandro baja los ojos. Está desazonado y confuso. La doncella le observa, inquieta, pendiente de sus expresiones. Cordelia se echa a reír burlonamente.

- GERTRUDIS: *(Casi llorando.)* ¿Oíste Alejandro? Si haces esa barbaridad tu padre se desentenderá de ti por completo y me prohibirá ayudarte.
- CORDELIA: *(Riendo.)* No habías pensado en eso, ¿verdad? Que si tú decidías casarte, él decidiría dejarte sin un cuarto. Y ya sabes que él nunca habla por hablar.
- ALEJANDRO: ¡Pero... pero esto es monstruoso! ¡No va a abandonar así a un hijo suyo!
- GERTRUDIS: *(Llorosa.)* ¡Ha dicho que lo haría y lo hará, Alejandro! ¡Si tú te empeñas en cometer esa locura!
- ALEJANDRO: *(Espantado.)* ¡Madre...! ¡Pero es que sin dinero no se puede vivir!
- CORDELIA: ¡Oh, qué descubrimiento! *(Se sienta en un sillón riéndose a carcajadas.)*
- GERTRUDIS: *(Muy dramática y conmovida.)* Claro que no...

Un muchacho como tú, tan inteligente, con tantísimo talento. Truncarías tu carrera. No podrías seguir estudiando, hijito.

ALEJANDRO: *(Con los ojos bajos y bajando la voz.)* ¡Oh...! ¡Qué complicación! *(Se mesa los cabellos.)* ¡Qué complicación!

CORDELIA: *(Riendo.)* Para enfriar tu gran amor rápidamente, no se necesitaron más que tres palabras: “¡Ni... un... centavo!”.

GERTRUDIS: *(Ídem anterior.)* Es lógico, Cordelia. Es lógico... Alejandro es muy impulsivo, se ofusca. Pero... ¿verdad que ya vas comprendiendo, hijo mío, que era un disparate? ¿Verdad que ahora, que reflexionas, te das cuenta? *(De repente se vuelve hacia la doncella. Toda la dulzura se transforma en rudeza. Se yergue, aspira, agresiva.)* Y tú... desagradecida... arribista... creías poder salirte con la tuya, ¿no? ¿No te da vergüenza?

CORDELIA: *(Levantándose, como una fiera, áspera.)* ¿Vergüenza? ¡Cómo si la conociera!

DONCELLA: *(Vuelve a llorar, mira a Alejandro, como esperando que salga en su defensa.)*

ALEJANDRO: *(Efectivamente, tiene un movimiento para hacerlo.)* ¡Déjenla en paz!

CORDELIA: *(Rápida.)* ¡Anda, sí! ¡Sigue de su parte! ¡Ahora ya sabes lo que esto te va a costar!

Alejandro se muerde los labios, baja los ojos y retrocede avergonzado, confuso y sin fuerzas para tomar otra actitud. El diálogo, rapidísimo, no se ha interrumpido.

- GERTRUDIS: *(Inmediatamente después de las últimas palabras de Cordelia, durísima, erguida.)* ¡Ahora mismo te vas a la calle! ¡Ahora mismo!
- CORDELIA: *(A la doncella.)* Y poco voy a poder yo, si tu padre no se queda también sin trabajo.
- DONCELLA: *(Solloza fuerte mientras va retrocediendo hacia la puerta, cubriéndose la cara con las manos.)*
- GERTRUDIS: *(Sobre ella, casi empujándola hacia la puerta de fondo.)* ¡Ni un minuto más en esta casa!
- DONCELLA: *(Entre sollozos, lanza un último grito, en demanda de auxilio.)* ¡Alejandro!
- CORDELIA: *(Ensañándose, sobre la doncella y casi empujándola.)* De nada va a servir que lo llames. Se acabó la farsa y él ya no sacará más la cara por ti. Así es que ¡fuera! ¡Fuera!

La va echando, empujándola hacia la puerta del fondo. La Doncella va saliendo llorando cada vez más fuerte y con mayor desconsuelo. Alejandro se queda en donde estaba, confuso, avergonzado y con los ojos bajos. Juana, que como indicamos, ha ido excitándose a medida que avanzaba la escena, está aferrada al respaldo del sillón, tras el cual se encuentra, con los ojos muy abiertos, aterrados, fijos en el grupo que forman su madre, su hermana y la doncella. El diálogo se ha interrumpido.

- CORDELIA: *(Sin pausa, después del parlamento anterior.)* A la calle. ¡Fuera!
- GERTRUDIS: ¡Y que te sirva de lección!
- JUANA: *(De improviso lanza un grito desgarrador, sobre las voces de los demás, que siguen en lo suyo, sin hacerle caso.)* ¡No! ¡No lo hagan! No hagan eso, no la echen. ¡Ahora es cuando va a empezar

todo! ¡Y no habrá salida! ¡No la echen así! ¡No la echen así! (Y sobre los gritos de Juana, cada vez más vibrantes y desesperados, que no logran, sin embargo, atraer la atención de los otros, va cayendo lentamente el...)

TELÓN

ACTO TERCERO

Misma decoración y muebles. Ha transcurrido una semana desde el acto anterior. Son alrededor de las nueve de la noche. Desorden. Hay petacas, maletines y un baúl, esparcidos por la escena. El sofá y los dos sillones del grupo de muebles de la derecha, están atestados de prendas de vestir, en general, arrojadas en montón, de cualquier modo. La puerta del cuarto de Cordelia está abierta. Gertrudis toma algunas de las prendas amontonadas y vuelve a dejarlas. No parece que lo que está haciendo sea de ninguna utilidad. Está sumamente nerviosa y agitada.

En la mesita de la izquierda, cerca de la chimenea, Félix González sentado, revisa unos papeles. Destruye algunos, rompiéndolos y dejándolos aparte. Juana, vestida con un traje oscuro, está de pie ante la ventana, mirando hacia lo que se supone es el exterior. No se mueve. Se oyen tiroteos espaciados, lejanos y el estallido de alguna bomba de mano cuando se indica.

GERTRUDIS: (No habla sino hasta después de algunos segundos de levantado el telón —su nerviosidad va aumentando—. Por fin: deja la ropa que sostenía y se tapa los oídos con las manos.) ¡Me voy a

volver loca, me voy a volver loca! ¿No acabarán nunca esos disparos, Dios mío?

Nadie le contesta. Juana sigue mirando hacia afuera, inmóvil... Félix hace un movimiento de pesadumbre, y suspira, pero no levanta los ojos de lo que está haciendo.

GERTRUDIS: *(Tras la pausa, voz convulsa.)* ¡Dos días así! Dos días enteros... ¡Me retumban en el cerebro! ¡No puedo soportarlo!

FÉLIX: *(Filosófico, sin distraerse de su tarea.)* Cálmese, señora. Cálmese. De nada sirve perder el control. Al contrario: ahora es cuando más falta hace la serenidad. *(Afuera, lejos, un estallido sordo, más poderoso.)* Eso fue una bomba de mano.

GERTRUDIS: *(Estallando también.)* ¿Pero, cómo es posible todo esto? ¿De dónde han sacado esos desarrapados todas las armas, y las municiones y las bombas? ¿Cómo pueden estar dando tanto quehacer? Eran cuatro gatos... Y ninguno de ellos tenían dónde caerse muerto.

FÉLIX: Ya no hay duda de que reciben ayuda, señora. Una ayuda importante.

GERTRUDIS: *(Apretando los dientes.)* Canallas. Asesinos.

FÉLIX: Los apoya una potencia extranjera.

GERTRUDIS: ¡Traidores! ¡Todo, todo lo tenían perfectamente planeado... y desde hace quién sabe cuánto tiempo! Y nosotros, confiados, sin sospechar nada. *(Empieza a llorar de nuevo.)* Han comido gracias a nosotros ¡y ahora, muerden la mano que les ha dado el pan!

Por la ventana, empieza a entrar un resplandor rojo, que se inicia tenue, para irse haciendo más intenso. Parece proceder de un punto lejano.

JUANA: *(Como un simple comentario, sin levantar mucho la voz.)* ¡Otra...!

GERTRUDIS: *(Volviéndose, sobresaltada.)* ¿Qué, Juana?

JUANA: *(Sin volverse.)* Debe ser la del parque. El fuego es cerca de aquí.

GERTRUDIS: *(Corre, agitada, hacia el ventanal.)* ¿Qué estás diciendo, Juana? *(Se detiene y mira hacia afuera, temblorosa.)* ¡Oh...! *(Se tapa un instante la boca con la mano.)* ¿La parroquia? ¿Crees que sea la parroquia?

JUANA: *(Sin matices.)* No hay otra iglesia en esa dirección.

GERTRUDIS: *(Indignada, entre lágrimas.)* ¡Herejes, sacrílegos! ¡Quemar los templos! ¡Todos, sin dejar uno! ¡Vándalos! ¿Qué tiene que ver Dios con todo lo que ocurre?

JUANA: *(Tranquila, lenta, triste.)* Nada. Tú lo has dicho.

GERTRUDIS: *(Avanzando de nuevo hacia el centro de la escena, más desazonada que nunca.)* ¡Y pensar que pueden salirse con la suya! ¿Qué hace el gobierno? ¿Para qué sirve el ejército?

FÉLIX: Esta mañana, rindieron otro cuartel: el del sur.

GERTRUDIS: *(Agitadísima.)* Seguramente, todo fue una comedia, una farsa innoble. Los de adentro estaban de acuerdo con los de afuera, y éstos no tuvieron más que llegar y disparar al aire, para que el cuartel se rindiese.

FÉLIX: *(Tristemente.)* Hubo muchos muertos, señora.

GERTRUDIS: *(Con rabia.)* ¡Pues me alegro! Si los soldados,

cuyo sostenimiento nos cuesta tanto dinero, no sirven para defenderlos cuando se necesita, ¡es mejor que los maten! *(Se deja caer llorosa en el sillón y las ropas amontonadas sobre él.)* No puedo hacer nada, Dios mío, no doy pie con bola. ¡Y tendría que darme prisa! Pero no puedo, no puedo.

FÉLIX: Un esfuerzo, señora. No disponemos de mucho tiempo.

GERTRUDIS: Ya lo sé, ¿pero cómo voy a tener cabeza para arreglar maletas y llenar baúles? Y luego... *(Señalando hacia la ropa revuelta.)* ¡Ese desbarajuste!

FÉLIX: Elija sólo lo más necesario, señora.

GERTRUDIS: *(Casi en un brinco, con indignación.)* ¿Qué está diciendo? ¡Lo más necesario! ¿Cree que hay una sola cosa en esta casa que no necesitamos? *(Llorando.)* ¡Y tener que abandonarlo todo...!

Entra rápidamente Cordelia, procede de su cuarto. Trae un montón de prendas de vestir en las manos. Las vuelca bruscamente sobre el sofá.

CORDELIA: *(A Gertrudis, ásperamente.)* ¿Sigues llorando? Qué perseverancia... *(Mira hacia las petacas abiertas, vacías.)* ¿Eso es todo lo que arreglaste?

GERTRUDIS: *(Llorosa.)* ¡No puedo hacer nada! No tengo ganas más que de llorar.

CORDELIA: ¿Qué habrá que hacer para que salgas de esa cascada de lágrimas y te muevas un poco? *(Transición, más dura.)* ¿Y Juana? ¿Por qué no te ayuda?

- JUANA: (*Se vuelve lentamente.*) He querido hacerlo, Cordelia, pero ella no ha dejado... No está muy segura de lo que tiene que ir en las maletas.
- CORDELIA: (*Agria a Gertrudis.*) ¿Has seguido con tus vacilaciones de... “esto sí, esto no...”, y luego al revés, metiendo las cosas y volviéndolas a sacar mil veces?
- GERTRUDIS: (*Hecha un mar de lágrimas.*) ¡Han incendiado la parroquia, Cordelia! ¡También la parroquia!
- CORDELIA: ¿Te habías hecho ilusiones de que la iban a dejar en pie sólo porque tú ibas a oír misa allí todos los domingos? ¿Pero por qué no despiertas, mamá, y procuras darte cuenta de lo que está pasando?
- GERTRUDIS: Pero sí me doy cuenta... ¡Me doy cuenta!
- CORDELIA: ¡No! Si te la dieras, ya estaría todo empaquetado y listo, para que pudiéramos salir tan pronto como llegara el coche.
- FÉLIX: (*Con algo de timidez, pero remachando.*) Que ya no puede tardar... Supongo que será cuestión de minutos...
- CORDELIA: (*A Gertrudis.*) ¡Y tú sentada y lamentándote! ¡Como si se tratara de salir de viaje para ir a tomar las aguas de un balneario! ¡Y no! Se trata de escapar antes de que nos maten, ¿comprendes?
- GERTRUDIS: (*En un grito.*) ¡Cordelia, por favor, no digas eso, no hables así! ¡Me horrorizas!
- CORDELIA: ¡Eso es precisamente lo que quiero...! (*Empieza a manipular rápida y bruscamente entre la montaña de prendas que hay sobre el sofá.*) Yo arranqué toda mi ropa de los closets... y voy a decidir rápidamente qué es lo que me llevo y

- qué es lo que dejo a esa chusma... (*Con el pie, se acerca una maleta.*) ¿Puede usted ayudarme?
- FÉLIX: Lo siento, señorita Cordelia, pero su papá me ha encargado que revise muy cuidadosamente estos papeles, es muy importante.
- CORDELIA: Está bien, siga haciéndolo. (*Transición. Áspera.*) Ven tú, Juana.
- JUANA: (*Avanzando lentamente, dócil.*) Sí, Cordelia.
- CORDELIA: Yo te iré dando las prendas... y tú las colocas ahí... dobladas... Sin muchos miramientos... Sólo para que no ocupen más lugar que el debido...
- JUANA: Sí...

Va hacia la maleta y se arrodilla ante ella. Agarra al vuelo lo que Cordelia le lanza, una por una, va doblando rápidamente las prendas y acomodándolas en la maleta.

- CORDELIA: (*Muy rápida, saca del montón del sofá lo que va enumerando, y se lo lanza a Juana.*) Dos faldas... Otra más... Eso siempre sirve... Un suéter... Dos blusas blancas... Date prisa.
- JUANA: (*Obediente y trabajando rápida.*) Sí.
- CORDELIA: (*Saca un traje muy elegante, como de coctel, lo hace a un lado desdeñosamente, lanzándolo al otro sillón.*) Eso se queda... (*Otro traje elegante, movimiento idéntico.*) Y eso también.
- GERTRUDIS: (*Reaccionando, brinca y se pone en pie.*) ¡Pero... Cordelia! ¿Vas a dejarlo?
- CORDELIA: ¿De qué me servirían?
- GERTRUDIS: ¡Son de Patou! ¡Los dos!
- CORDELIA: (*Sarcástica, con crueldad.*) ¿Y qué es lo que quieres? ¿Qué me fusilen con ellos puestos?

- GERTRUDIS: Cállate, cállate. (*Casi llorando otra vez.*) Te gozas en exagerar... porque sabes que me asustas... y me atormentas con ello.
- CORDELIA: No tengo ningún interés en atormentarte. No me divierten nada tus aspavientos. Digo lo que digo porque lo pienso. No sabemos a dónde vamos ni lo que va a ser de nosotros. Puede ser lo peor... (*Aparta un abrigo de pieles.*) Tampoco es... (*Lo hecha al sillón.*)
- GERTRUDIS: (*Escandalizada.*) ¿Vas a dejar el abrigo que te regaló tu padre?
- CORDELIA: (*Hablando fuerte y recalcando las palabras.*) Sí, lo voy a dejar.
- GERTRUDIS: Pero si costó una fortuna.
- CORDELIA: Más nos costará si nos detienen y lo encuentran entre nuestras cosas. En una revolución de desarrapados, un abrigo de pieles como éste basta y sobra para mandar al paredón. (*Impacientándose.*) ¿Pero, por qué no piensas con la cabeza, mamá? (*Ha metido la mano entre el montón de ropa y ha sacado algo blanco. Como estaba hablando con Gertrudis, y mirándola, no se da cuenta casi cuando tira de ello. Es el traje de novia.*) (*Una pausa, Cordelia mira el traje que tiene en la mano, consternada. Palidece, todos los personajes en escena, incluyendo a Félix, quedan con los ojos fijos en ella; la explosión temida no se produce aún y la pausa se prolonga.*)
- CORDELIA: (*Tras la pausa, lentamente, con una voz tensa, pero dominada.*) ¿Y esto?
- GERTRUDIS: (*Confusa, balbuceante.*) ¿Qué? ¿En... en dónde estaba?

- CORDELIA: (*Apretando los dientes más tensa, pero lenta sin levantar la voz.*) ¡Poco importa en dónde estaba! ¿No te dije que no quería volver a verlo? ¿No te lo di para que lo quemaras?
- GERTRUDIS: (*Confusa.*) Pero...
- CORDELIA: (*Va alterándose progresivamente y subiendo el tono y la voz.*) ¡Y me dijiste que lo habías hecho! ¿Por qué lo conservaste? (*Gritando más y más.*) ¿Por qué he tenido que encontrarlo otra vez?
- GERTRUDIS: (*Balbuzeante.*) No te pongas así, por favor, Cordelia. ¿Cómo crees que hubiera podido quemarlo? Un traje tan bonito... que costó tanto y sin estrenar.
- CORDELIA: (*Furiosa, casi histérica.*) Sin estrenar eso es. ¡Sin estrenar! Un traje que no ha servido... ni servirá nunca. Un traje que es una burla, un escarnio y un insulto. Y tú quisiste conservarlo a pesar de todo; porque es muy posible que encuentre todavía a un hombre que me merezca... y me case con él... toda cubierta de velos y azahares... un hombre que no venga por dinero de mi padre... sino por mí, ¡por mí! Es posible, ¿no? ¡Todavía es posible! (*Histérica, vuelve a tomar el traje que dejó en el sillón, lo agita.*) Mira, ¡mira lo que hago con él!
- CORDELIA: (*Haciendo un violento esfuerzo, desgarrando el traje y se ensaña, destrozándolo. A cada tirón, como enloquecida.*) ¡Mira...! ¡Mira...! ¡Mira...!

Cordelia arroja el traje lejos. Todo hecho jirones. Luego se cubre la cara con las manos y rompe a llorar convulsivamente. Una

pausa que llenan solamente los sollozos de Cordelia que van apagándose poco a poco.

FÉLIX: *(Tras la pausa, levantándose despacio, con unos papeles arrugados en las manos.)* Bueno... Estos pueden quemarse ya. *(Se agacha ante la chimenea. Coloca en ella los papeles arrugados. Les prende fuego.)*

JUANA: *(También, tras una pausa, cierra la petaca ya llena.)* Ya no cabe aquí nada más... Ahora el baúl... *(Se levanta y se dirige hacia él. Lo acerca con pies y manos.)*

Lentamente, Gertrudis, impresionada por lo ocurrido, se pone a elegir prendas sin decir palabras. Las va echando a Juana, como hizo Cordelia, quien va tranquilizándose también; se seca los ojos, se levanta sin hablar y se pone a la tarea, junto con su madre.

GERTRUDIS: *(Tímidamente, tras otra pausa, mira hacia la ventana. Sigue viéndose el resplandor rojo.)* La parroquia arde todavía...

Silencio.

GERTRUDIS: *(Tras la pausa, tímida, y casi dirigiéndose a Félix.)* Me han dicho que... que en el Divino Rostro, esa gentuza, antes de quemar las imágenes... las ató con sogas y las arrastró por las calles.

FÉLIX: *(En cuclillas, quedando los papeles.)* Es cierto, señora, a mí me lo dijeron también.

GERTRUDIS: *(Indignándose, va regresando poco a poco a su estado normal.)* Mal nacidos. Salvajes. ¿Por

qué no los fulminó un rayo del cielo? Es lo que no me explico. Y si no respetan las cosas sagradas, ¿cómo van a respetar lo demás? (*De improviso, con un sobresalto, trans.*) ¡Oh, Félix! ¡Y ahora que recuerdo!

FÉLIX: (*Levantándose porque ya terminó y volviéndose hacia ella.*) ¿Qué, señora?

GERTRUDIS: ¡La estatua de la Virgencita, que hay en la alca-
ba de mi esposo!
Usted la conoce, ¿verdad?

FÉLIX: Sí, señora.

CORDELIA: (*Hosca, como incorporándose de mala gana a la conversación.*) No pensarás llevártela también. Pesa demasiado.

GERTRUDIS: ¡Como que es de plata maciza! ¡Y tanta devo-
ción como yo le tengo! (*Decidida.*) No per-
mitiré que caiga en manos de esos vándalos.
(*Estremeciéndose.*) No, no, no. Sólo la idea me
pone los pelos de punta.

FÉLIX: Lo comprendo, señora.

GERTRUDIS: ¿No podríamos ocultarla, González? Aquí mis-
mo, en la casa... Después de todo y a pesar de
la opinión de Cordelia... no creo que estemos
ausentes mucho tiempo...

FÉLIX: (*Poco animado.*) No, claro...

GERTRUDIS: Sería absurdo suponer que esos miserables
pueden haber ganado la batalla definitiva-
mente. Hasta ahora han tenido suerte, pero
la gente de orden acabará por dominarlos. ¡Y
entonces les darán su merecido! A todos ellos,
a todos les huele la cabeza a pólvora!

FÉLIX: Sin duda, sin duda.

- GERTRUDIS: (*Como reflexionando.*) Si escondemos la imagen en un lugar seguro... no nos la tendremos que llevar... y la encontraremos a nuestro regreso...
- FÉLIX: Sí, señora, es una buena idea.
- GERTRUDIS: Déjeme ver, déjeme ver... Hay que pensar en un buen escondite... para que nunca den con ella, sin llegar a entrar en esta casa... (*Estremeciéndose.*) ¡Oh, qué horror! ¡Con lo que yo venero esa imagen! (*Más horrorizada aún.*) Y con lo que vale... (*Trans.*) ¡Ya sé! ¡En los depósitos de agua, en la parte trasera del jardín! No puede pasarle nada, es plata pura. ¿Qué opinas tú, Cordelia?
- CORDELIA: (*Se encoge de hombros.*) Sí, está bien.
- GERTRUDIS: ¿Verdad que sí? Pues voy a meterla allí ahora mismo. Sí, sí, ahora mismo es lo más urgente de todo. Cordelia, ¿quieres ayudarme? Hay que desenroscarla de su paena.
- CORDELIA: Vamos. (*Caminan ambas hacia la puerta del fondo.*)
- GERTRUDIS: (*Volviéndose hacia Félix.*) Usted no se interrumpa, González, siga trabajando. Y tú. Juana, termina de llenar el baúl... con lo que ya está sobre el sillón de la derecha.
- JUANA: (*Obediente.*) Sí, mamá.
- GERTRUDIS: (*Saliendo con Cordelia y dirigiéndose a ésta.*) La envolveremos bien con un lienzo, ¿comprendes? Y la empujaremos hacia el fondo del tanque. La compuerta no descubre más que la mitad del depósito, y... (*Se pierde.*)

Gertrudis y Cordelia han salido; en escena, solos Félix y Juana, cada uno en su tarea. Pausa.

FÉLIX: *(De nuevo sobre la mesita, clasificando papeles, suspira profundamente.)* Vivir para ver, señorita Juana. ¡Vivir para ver!

JUANA: *(Se interrumpe en su labor, se yergue sobre sus rodillas y le mira fijamente... Otra pausa.)* No. Vivir para tener los ojos cerrados... siempre cerrados, y no ver nada.

FÉLIX: *(Moviendo la cabeza, asintiendo.)* Quizás tenga usted razón... Pero... ¿quién hubiera podido imaginarse nada de esto? Ha sido tan rápido... y las cosas se han ido complicando de un modo tan terrible... ¡Le confieso, que a mí también me da vueltas la cabeza! Si me hubieran dicho que lo que empezó con una huelga textil iba a terminar con esta matanza... y esos saqueos... y esos incendios...

JUANA: *(Mirando a su alrededor, las cosas en desorden.)* Y esta huída.

FÉLIX: *(Apesadumbrado.)* Sí... Han sido cosas de mala suerte... Porque, como se dice vulgarmente, llovió sobre mojado. La verdad es que a don Jaime ya se lo traían entre ojos desde hacía mucho... pero lo de esa chica Helena vino a empeorar la situación...

Una pausa. Juana vuelve a fijar los ojos en Félix. Lo mira atentamente. Al cabo dice con resto de su antigua impulsividad infantil.

JUANA: Félix...

FÉLIX: Mande usted, señorita Juana.

- JUANA: ¿Es usted rico?
- FÉLIX: ¿Yo, rico? (*Le sorprende tanto la pregunta que casi le hace gracia.*) ¡Válgame, señorita, si con lo que gano apenas me alcanza para vivir!
- JUANA: ¿Cuánto gana usted?
- FÉLIX: (*Baja la cabeza, un poco avergonzado.*) Trescientos, señorita Juana.
- JUANA: ¿Como un obrero?
- FÉLIX: (*Más avergonzado y en voz más baja.*) No. Menos. Los obreros trabajan a destajo. Yo tengo un sueldo fijo. (*Recobrando su orgullo y su dignidad.*) Soy empleado de almacén.
- JUANA: ¿Y tiene usted hijos?
- FÉLIX: Sí, señorita, tengo tres. (*Suspira.*) ¡Ah, si supiera usted los apuros que hay que pasar para criarlos, educarlos y vestirlos como les corresponde! No pueden andar desarrapados como los hijos de cualquier tejedor... ni ir a una escuela gratuita... (*Vuelve a suspirar.*) Es duro señorita, es duro.
- JUANA: (*Tras una pausa. A quemarropa.*) Félix. ¿Por qué no está usted con ellos?
- FÉLIX: ¿Con quiénes, señorita?
- JUANA: (*Haciendo un gesto con la cabeza que indica la ventana.*) Con ellos... Con los que viven mal, como usted, pero que se han cansado de vivir mal. Con los que han perdido la paciencia. ¿No la ha perdido usted también, Félix?
- FÉLIX: (*Sin entender nada aún, pero ya desconcertadísimo balbucea.*) ¿La paciencia?
- JUANA: Sí... ¿No tiene usted los mismos motivos que ellos tienen? ¿De qué está usted hecho?

FÉLIX: *(Ha entendido ya y se escandaliza horrible. Se levanta de un brinco.)* Señorita Juana, ¿qué es lo que está usted diciendo? ¿Yo... de parte de esos criminales?

JUANA: No son criminales. Es que están enojados. Pero comprendo que una masa puede parecer criminal cuando se enoja.

FÉLIX: ¡Oh, no, señorita, no, son asesinos vulgares! ¡Cometen desmanes de todas clases, queman los templos y matan inocentes!

JUANA: La rabia y el malhumor se les han ido acumulando... ¿Comprende usted, Félix? Han tenido que morderse la lengua durante años, durante generaciones enteras. La sangre les hierve de un coraje antiguo que no ha podido desahogarse, y ahora los ciega... Cometen desmanes y crímenes, sí, es lógico. Mi padre podía vengarse y hundir a un hombre con sólo dejarlo sin trabajo. No le costaba más que dar una orden y todas las puertas se cerraban para él. Pero, ellos... *(Mueve la cabeza hacia la ventana.)* No tienen dinero ni poder ni influencias como mi padre. No tienen más que la violencia. Y la violencia no se puede medir. Es fácil dejar de firmar papeles... ¡pero no lo es tanto dejar de matar, cuando ya se ha empezado!

Por la puerta izquierda entra rápidamente Jaime Cirera, trae un maletín chico y un abrigo al brazo.

JAIME: ¿Listo, Félix? ¿Ha terminado ya?

FÉLIX: *(Apresuradamente, tragando saliva.)* Sí, don Jaime... Es decir... Me falta revisar... *(Señala todavía un fajo de papeles sobre la mesita.)* Todos estos... *(Jaime los toma, los hojea rápido, se los da a Félix.)*

JAIME: Puede quemarlos todos. No importa que entre ellos vaya algo inofensivo. Y dese prisa, el coche debe estar por llegar.

Félix va hacia la chimenea, se agacha y prende fuego a los papeles. Jaime se vuelve hacia Juana.

JAIME: *(Casi sin interrumpirse después de lo dicho anteriormente, señala el montón de ropa que hay sobre el sillón de las prendas desechadas.)* ¿Falta todo eso aún?

JUANA: No, papá. Eso es lo que no quieren llevarse. *(Señala el baúl y las petacas llenas.)* Lo demás ya está ahí.

JAIME: ¿Tu madre y tus hermanos?

JUANA: Mamá y Cordelia se fueron a esconder la virgen de plata. Alejandro está en su cuarto, arreglando también sus cosas.

JAIME: Ya no hay que pensar en seguir arreglando nada: Nos iremos tan pronto como llegue el coche. *(Trans.)* ¿Usted habló personalmente con ese individuo, verdad Félix?

FÉLIX: Sí, don Jaime. Y me dijo que procuraría estar aquí a las nueve en punto.

JAIME: *(Mira su reloj de pulsera.)* Faltan diez minutos. Y por fin, ¿en cuánto lo arregló usted?

FÉLIX: En cinco mil, don Jaime.

- JAIME: ¡Perfectamente! (*Sarcástico.*) Tenemos que agradecerle su consideración. En circunstancias como éstas hubiera podido cobrar más. (*Más sarcástico.*) ¡Ideales! ¡Tienen ideales y hacen revolución! ¡Pero están dispuestos a dejar escapar a un pez gordo como soy yo, por cinco mil pesos! ¡Basura! ¡Basura! (*Entran Gertrudis y Cordelia por la puerta del fondo. Gertrudis procede y avanza rápidamente hacia Jaime.*)
- JAIME: (*Volviéndose a ellas.*) ¡Vaya, ya era hora de que aparecieran ustedes, hasta para que las ayuden a salvar el pellejo se hacen esperar!
- GERTRUDIS: Es que, de improviso, se me ocurrió algo de muchísima importancia Jaime y...
- JAIME: Sí, sí, ya me contó Juana. Dentro de unos minutos vendrán por nosotros. ¿Dónde está Alejandro?

Alejandro entra, con dos petacas cerradas en las manos y un abrigo en el brazo, por la puerta del fondo.

- ALEJANDRO: Aquí, papá.
- JAIME: Bueno. Pues cierren todos esos equipajes. Pónganse los abrigos y estén preparados. Nos repartiremos las maletas. Usted Félix, bajará el baúl.
- FÉLIX: Sí, don Jaime. (*Todos se movilizan, cerrando petacas, poniéndose los abrigos, etcétera.*)
- JAIME: Irá con nosotros, en el coche, hasta la primera garita, por lo que pueda ofrecerse. ¿De acuerdo? (*Félix asiente.*) Sólo que, después, tendrá que regresar a pie.

FÉLIX: No importa, don Jaime, no faltaba más. (*Tran-sición. Yendo hacia el baúl.*) Voy a empezar a adelantarme.

Va empujando el baúl hacia la puerta del fondo, hasta desaparecer. Mientras tanto, la escena continúa sin interrupción.

GERTRUDIS: (*Llorosa, y dando unos pasos hacia Jaime.*) ¡Jaime! ¿Quieres decir que... que ya ha llegado el momento de irnos? De dejar esta casa... ¿quizás para siempre?

JAIME: (*Áspero.*) Sí, eso es lo que quiero decir. Y no se ha hablado de otra cosa en las últimas cuarenta y ocho horas. Así es que ya podrías haberte enterado, Gertrudis.

GERTRUDIS: (*Llorosa, desazonada.*) ¡Oh...! La verdad es que... (*Traga saliva, hace un puchero.*) Ahora que lo veo tan próximo... me doy cuenta de que nunca pensé... de que nunca creí que pudiera llegar. Tenía la esperanza de que todo esto no fuera más que una horrible pesadilla, y...

JAIME: (*Duro, sarcástico.*) ¿Por qué no te pellizcaste? Es lo que se acostumbra a hacer en estos casos... Te habrías convencido antes de que no soñabas y todos habríamos salido ganando. (*Trans.*) Ponte el abrigo, Gertrudis, y deja de lloriquear.

GERTRUDIS: (*Obedeciendo, toma uno de los modestos abrigos colocados aparte. Se lo pone.*) Confiaba en que todo iba a arreglarse... Que no sería necesario hacer nada de todo esto que proyectábamos...

¡porque habrían logrado antes derrotar a esa gentuza...!

JAIME: (Seco.) Pues no lo han logrado. Al contrario, parece que la cosa va de mal en peor. La resistencia que se les opone es cada vez más débil. Están apoderándose de todos los organismos oficiales... (Trans.) Bajaremos y partiremos tan pronto como oigamos el claxon. Esa fue la señal que el individuo convino con Félix. Una sola vez y muy suavemente. Él tampoco quiere llamar la atención.

Se vuelve, como dando por zanjado el asunto. Alejandro, que ya tiene su abrigo puesto, adelanta un paso hacia él, como dominando a viva fuerza su timidez.

ALEJANDRO: Papá, ¿tienes confianza en ese hombre?

JAIME: (Que ya estaba pensando en otra cosa, se vuelve y le mira, ceñudo.) ¿En quién?

ALEJANDRO: En el que va a llevarnos. ¿Estás seguro de que podemos fiarnos de él?

JAIME: (Lo mira fijamente. Deja transcurrir una pausa. Dice al cabo sarcástico.) No, no estoy seguro. Ni siquiera lo conozco. Todos los tratos se hicieron a través de Félix, que lo ha visto también sólo dos o tres veces.

GERTRUDIS: (Da un brinco, escandalizada.) ¡Pero... Jaime! Entonces... ¿Qué garantía tenemos de que no vaya a hacernos una mala jugada?

JAIME: (Casi gritando.) ¡Ninguna! ¡No tenemos garantía, ninguna! ¿Comprenden todos? ¡No tenemos garantías de nada! ¡Tenemos que arries-

garnos, sin haber pedido informes, y sin poder tomarnos tiempo para reflexionar y decidir si nos conviene o no! ¡Vamos a aventurarnos... porque no hay otro camino ni se puede hacer otra cosa! ¿Comprenden?

GERTRUDIS: (*Desalentada, angustiada.*) ¡Oh, Jaime!

JAIME: Ese sujeto que va a venir a buscarnos, trae un coche de uno de los Comités Revolucionarios... con placas y distintivos que lo ponen al margen de toda sospecha. Por eso se le ha sobornado. De habernos ido en uno de nuestros automóviles nos hubieran detenido y descubierto a la vuelta de la primera esquina. En el suyo, probablemente nada de eso ocurrirá... y llegaremos sin percances hasta la frontera... ¡pero no puedo jurar nada!

ALEJANDRO: (*Despectivo.*) ¡Pues es un panorama como para animar!

CORDELIA: (*Saltando como un gato.*) ¿Y quién tiene la culpa más que tú? ¿Quién sino tú, nos ha metido en esto?

GERTRUDIS: (*En un grito.*) ¡Cordelia!

CORDELIA: ¡Tus donjuanismos baratos! ¡Tus alardes de seductor de criadas!

ALEJANDRO: (*Gritando.*) ¿Quieres dejarme ya en paz?

CORDELIA: (*Incontenible.*) Si tú no hubieras sido un indecente y cochino... ahora estos canallas no tendrían la excusa que tienen para echarse encima.

JAIME: (*Sin gran energía.*) Cordelia, cállate.

CORDELIA: (*Más furiosa cada vez.*) “Deshonraste” a la mascota de Santa Rosa. A la niña mimada de

la colonia obrera. Va a tener un hijo “tuyo”. Eso es lo que ellos dicen, al menos. Es una perdida, una prostituta... y ese hijo puede ser de cualquiera... pero a ellos les conviene hacerla pasar por santa y por víctima. Tú les ayudas. Santa y Víctima... ¡Semejante perdón!

GERTRUDIS: (*Horrorizada.*) ¡Cordelia! ¡Recuerda que eres una señorita!

CORDELIA: (*Sin hacer caso, embalada.*) Ella llegó a su casa, hecha una Magdalena y diciendo que la habíamos echado a patadas después de que tú la habías deshonrado. Y no hacía falta más para que el odio rebozara. Y aún te atreves a exigir, a protestar, a poner condiciones... A levantar los ojos del suelo... cuando es por ti que se han agravado las cosas hasta el extremo de tener que huir para que no nos maten. La culpa es tuya, sólo tuya. (*Calla sin aliento.*)

JUANA: (*Aprovechando la pequeña pausa para hacer un movimiento hacia adelante, habla muy serena, con una voz profunda, mesurada y triste.*) No... sólo de él no.

Todos se vuelven a mirarla. Una pausa de consternación, quizás porque Juana se ha atrevido a opinar. Ella tiene puesto un amplio abrigo de viaje. Tras la pausa, sigue hablando.

Si bien Gertrudis, Cordelia y Alejandro escuchan e interrumpen a Juana con grandes muestras de agresividad e impaciencia, Jaime presta atención a las palabras de su hija menor en silencio y mirándola fijamente, como si la viera por primera vez y no dejara de interesarle su punto de vista. Con todo, su actitud no está exenta de cierta ironía.

- JUANA: La culpa es de todos nosotros... y de los que son como nosotros. Hemos trabajado tenazmente, durante años, para que esto ocurriera. No hemos desperdiciado una sola oportunidad para precipitarlos, para acercarnos a ello rápidamente. Pues bien, ya hemos llegado.
- GERTRUDIS: ¿Qué estás diciendo tú? ¿Quién te ha dado permiso para...?
- JUANA: Este es el fin del camino y no hay más allá. Nos hemos quedado sin nada para seguir adelante. Lo que hubiera podido darnos derecho a seguir existiendo está destruido. Lo hemos destruido nosotros.
- ALEJANDRO: (*Sarcástico.*) ¿Qué es esto? ¿Un *mane thecel fares*? Siempre ha sido una tentación demasiado fuerte para las sibilas... Y no eras tú quien la iba a resistir.
- GERTRUDIS: (*Nerviosa, impresionada, pero sin dejarse dominar por ello.*) ¿Te has vuelto loca, Juana? Cállate, ¿me oyes?
- JUANA: (*Imperturbable, hablando lentamente, casi sin matices.*) A pesar de todo el dinero, somos pobres, miserables... porque no tenemos una sola razón para vivir... Nos apoyamos en bases que nosotros mismos hemos carcomido... la familia, la religión, la sociedad... Siempre nos hemos llenado la boca con esas tres palabras. Cada vez que las pronunciábamos, era como si nos burláramos de ellas.
- CORDELIA: ¿Pero... de qué hablas? ¿Qué es lo que dice?

- GERTRUDIS: ¡Te burlarías tú, que eres una insolente y no tienes respeto a nada! Jaime: ¿quieres hacer el favor de ordenar a Juana que...?
- JUANA: (*Momentáneamente a Gertrudis.*) ¡Y tú también! Tú también te burlabas. ¡La familia! Cuándo ha habido entre estas paredes algo que no fuera odio y disputas y discordia y pequeños clanes formados para luchar unos contra otros. ¡Cuándo ha habido algo que no fueran palabras agrias y malas intenciones! Hubiéramos confiado nuestros sentimientos al primer desconocido, antes que a cualquiera de nuestra propia familia.
- CORDELIA: (*Sarcástica.*) Naturalmente que sí. Sobre todo, teniendo en cuenta que tú formabas parte de ella.
- JUANA: ...Esa religión... que nos ha permitido conservar todos nuestros defectos mezquinos... y nuestras crueldades, y nuestros egoísmos... Y la sociedad, a la que hemos detestado siempre... unos porque son más que nosotros, y otros porque son menos... Pero todos enemigos. Despreciando a unos y siendo despreciados por otros. No. No queríamos conservar la sociedad: queríamos hacerla pedazos y escupir sobre ella.
- CORDELIA: (*Gritando, trata de dominarla, está furiosa.*) ¿Por qué hablas de lo que no entiendes? ¡Esto es repugnante!
- JUANA: (*Gritando, hablando, nadie es capaz de detenerla.*) El dinero, el dinero. Eso era lo único que tenía verdadera importancia. Mamá lo valoraba todo por su precio en dinero. No había otra

vanidad, ni otra categoría, ni otra aristocracia que la que procedía del dinero.

GERTRUDIS: ¿Pero la estás oyendo, Jaime?

JAIME: (*Que escucha sin inmutarse.*) Déjala que siga.

JUANA: (*Ensañándose.*) Hemos creído que la abundancia de dinero podría suplir la escasez de todo lo demás. Que Alejandro, sin talento, podía llegar a ser sabio. Y que Cordelia, áspera, desagradable, sarcástica, dura, no necesitaba corregir sus defectos, ni siquiera disimularlos, para conseguir un marido, porque era la hija de un hombre de dinero.

CORDELIA: ¡No te metas conmigo!

JUANA: Y en justa venganza, interpretándola bien, todos los que se acercaron a ella, lo hicieron pensando exclusivamente en la fortuna de su padre. Puesto que el dinero era lo más importante, habían aprendido la lección y sólo el dinero les interesaba.

JAIME: (*Muy tranquilo, algo irónico, aprovechando la pausa.*) Juana... El coche está por llegar... (*Mira su reloj.*) Y sentiría que te interrumpiera a la mitad de alguna de tus... brillantes parrafadas. Luego podrás continuar el mitin, si quieres...

JUANA: (*Se vuelve lentamente hacia él, y habla despacio.*) Luego no habrá tiempo... Y falta que hable contigo. Es quizás la primera vez en dieciséis años. ¿Te das cuenta, papá? Tú y yo no hemos tenido nunca mucho que decirnos.

JAIME: (*Burlón, magno.*) Yo tenía otras ocupaciones. ¿Lo reconoces?

- JUANA: (Asintiendo lentamente con la cabeza.) Eso es: las fábricas. Los grandes pedidos, las piezas de tela... Ellos te conocen bien. Nosotros, no. Han transcurrido días y semanas sin que te viéramos y sin que oyéramos tu voz. Al final, has venido resultando un perfecto extraño.
- JAIME: (Algo confuso, pero con la voz firme.) Soy tu padre, Juana.
- JUANA: (Vuelve a asentir.) Es lo que me han dicho. Por eso lo sé.
- CORDELIA: (Lloriqueando.) Pero no es posible. Dios mío, no es posible tener una hija tan desnaturalizada. ¿Qué motivos tienes para hablar así? ¿Acaso él te ha maltratado? ¿Te ha molido a golpes alguna vez? ¿Te ha levantado la mano siquiera?
- JUANA: (Lentamente.) No. No lo ha hecho nunca. Ni a mí ni a ninguno de nosotros. Tampoco a ti, mamá. No era cosa que hicieran los hombres de su clase; eso se queda para la gente baja, para la chusma. (Otra vez a Jaime.) Hay hombres, de esa chusma, que llegan borrachos a casa y golpean a su mujer. Pero la quieren más que tú a la tuya. Vociferan y maltratan a sus hijos, sí... luego se arrepienten, y desean congraciarse con ellos... los sacan de paseo... les compran dulces y juguetes de a diez centavos... porque los quieren más de lo que tú nos has querido nunca a nosotros.
- JAIME: (Transición. Pausa. Algo turbado.) Eres injusta. Si me he separado de ustedes, ha sido por ustedes mismos. Por ustedes he trabajado.

JUANA: No es cierto. Tú has trabajado por trabajar. El trabajo por el trabajo como un vicio, como una aberración. Mamá, Cordelia y Alejandro pensaban en el dinero. ¡Tú no! Tú sólo en el trabajo. ¡Y querías que todos fueran como tú! No comprendías cómo podían existir otras diversiones. Despreciabas a los que consideraban el trabajo únicamente como el pasaporte a necesidades distintas a las tuyas. Y creías tener razón al negar cuando ellos pedían. ¡Nunca la tuviste! Puesto que ellos lo necesitaban todo sin poseer nada y tú poseías todo lo que ninguna falta te hacía. La razón era de ellos, siempre de ellos.

Se oye muy lejano y suave, una sola vez, el claxon de un automóvil.

ALEJANDRO: ¡El claxon!

CORDELIA: ¡Por fin!

GERTRUDIS: (*Nerviosísima.*) ¿Es él? ¿Están seguros?

ALEJANDRO: ¡Oyó la señal convenida!

JAIME: (*Rápido, algo agitado.*) ¡Vamos, de prisa!, recojan todo... No hay que hacerle esperar...

Todos se movilizan, pero Juana se queda inmóvil; cuando ella habla, todos los demás vuelven a detenerse un instante en su acción.

JUANA: (*Lentamente.*) Ese hombre va a traicionarnos...

GERTRUDIS: (*Impaciente, frenética.*) ¡Oh, Juana, ya basta!

- JUANA: (*Imperturbable.*) Nos dejan creer que todavía podemos salvarnos para burlarse de nosotros. Pero ese hombre nos ha entregado ya.
- JAIME: (*Severo.*) Escucha, Juana. Me parece que ya he demostrado demasiada paciencia... Ahora cállate y toma las maletas que te corresponden.
- JUANA: (*Automáticamente, tras una breve pausa.*) Sí... (*Lo hace.*)

Van hacia la puerta del fondo, y salen lentamente, en silencio. Han desaparecido y la escena queda sola unos instantes. Se oyen fuera, lejanos, los tiroteos espaciados. Luego un motor de automóvil que se pone en marcha. Casi inmediatamente, cuando se supone que el coche está arrancando, entran en escena, por la misma puerta del fondo, dos individuos mal vestidos, de aspecto obrero, rostros torvos y sin rasurar, cabellos en desorden, cananas y pistola enfundada. Mientras el automóvil arranca y se aleja, ellos se acercan sigilosamente a la ventana y miran hacia el exterior, bajando los ojos, procurando ocultarse tras las cortinas, cambian una mirada burlona y sonríen. Uno de ellos se separa, atraído por el sofá y los sillones llenos de ropa. El otro permanece en el mismo lugar, junto a la ventana, como siguiendo con los ojos el coche que se aleja.

- HOMBRE 1º: (*Tras la pausa indicada, mirando hacia el exterior, dice con desdén y bajo, como para sí.*) ¡Burgueses de mierda!
- HOMBRE 2º: (*Al lado del sillón, saca el traje de "coctel" que rechazó Cordelia. Lo levanta, extendiendo el brazo. Silba admirado. Una pausa breve.*) ¡Lo bonita que se va a ver Lola con esto encima...!

TELÓN

CONCEPCIÓN SADA

EDNA OCHOA

A partir de la segunda década del siglo xx, nuestro país entra en una fase de estabilidad política y, poco a poco, la burguesía nacional y la clase media empiezan a consolidarse.

En 1929⁵ apareció La Comedia Mexicana, agrupación informal de dramaturgos, que dio a conocer una gran cantidad de autores y autoras nacionales en los escenarios de la Ciudad de México. El grupo de autores aglutinados alrededor de esa asociación compartía intereses comunes y exponía valores morales similares que apoyaban la ideología de las clases medias y altas. Era un tipo de teatro de conflictos familiares, dirigido a la pequeña burguesía, cuyos temas predilectos eran el divorcio, el matrimonio, la infidelidad, la pérdida de las virtudes tradicionales y, donde abordaba también, la emancipación y la igualdad de la mujer frente al hombre.⁶

La Comedia Mexicana hizo posible la entrada de las dramaturgas a los escenarios disputados como masculinos, permitiendo que, mediante sus obras y personajes femeninos, mostraran la problemática del papel de las mujeres en la sociedad mexicana de su época. Bajo esta agrupación estrenaron sus obras Catalina D'Erzell, María

¹ Para John B. Nomland, La Comedia Mexicana surgió en 1922, mientras que para Magaña Esquivel fue en 1929.

² Wilberto Cantón (1982), "Prólogo" a *Teatro de la Revolución Mexicana*, México, Aguilar, p. 27.

Luisa Ocampo, Amalia Castillo Ledón y, años más tarde, Concepción Sada,⁷ quien se afilió a La Comedia Mexicana en 1936 y desde entonces se dedicó al teatro. Ese mismo año hizo su debut como autora con *El tercer personaje*, obra que estrenó el 8 de agosto en Bellas Artes.

Concepción Sada fue una gran promotora de teatro. En 1939 elaboró el proyecto de teatro infantil en la Secretaría de Educación Pública. En 1942 tuvo la jefatura de la Sección de Teatro del Departamento de Bellas Artes. Organizó las temporadas anuales de teatro infantil para llevar teatro a las escuelas privadas y oficiales, así como a los barrios más pobres del país, auspiciadas por Bellas Artes. Colaboró en la fundación de la Escuela de Arte Teatral. Tradujo, adaptó y escribió teatro infantil.⁸

Como dramaturga, Concepción Sada se distinguió por “una discreta pasión con que elige y compone sus temas de intriga sentimental y expresa reivindicación femenina; sus obras siguen la línea del teatro español”.⁹

Un mundo para mí es obra realista en tres actos, ubicada en México entre los años de 1930 y 1937. Fue escrita en 1937 y estrenada al siguiente año en el Teatro Ideal. El tema central es el amor entre hombre y mujer. Esta obra aborda la situación de la mujer en la sociedad moderna del siglo xx en la clase alta. Liana, la protagonista, es una huérfana rica

⁷ Concepción Sada nació en Saltillo, Coahuila, el 20 de agosto de 1899 y murió en la Ciudad de México en 1981.

⁸ Sus dos obras para niños son *Marujita* y *CRI-CRI, rey del bosque esmeralda*, pero se desconoce la fecha de su escritura, fueron firmadas con el seudónimo de Diana Compecson. Desde 1932 había usado ese seudónimo para publicar sus artículos periodísticos, cuentos y novelas.

⁹ Antonio Magaña Esquivel, “Concepción Sada”, en *Teatro mexicano del siglo xx*, México, FCE, 1956, p. 442.

con problemas mentales, víctima de un joven ambicioso que después de casarse la encierra en un manicomio para apoderarse de su fortuna. La joven recobra la razón, busca el divorcio y recuperar sus bienes. Termina por dispararle al esposo. Un joven abogado que la amaba desde hacía siete años la defiende ante la ley. Finalmente, la protagonista acepta el amor del joven.

Un mundo para mí expone que en el México moderno están surgiendo nuevas identidades femeninas que se apartan de los valores anteriores reservados a la mujer por su género, como el ser sumisa, sufrida, prolífica madre y católica. Liana no tiene hijos ni hay interés en ello, busca el divorcio y recuperar su fortuna, se educa, recurre a los abogados, incluso toma un arma y le dispara al marido. Sin embargo, por otro lado, se advierte que socialmente está imposibilitada para tomar las riendas de su propio destino, aun teniendo independencia económica, pues subyace la idea atávica de que la mujer solo puede realizarse a través del amor romántico y la dependencia del varón, quien la protegerá del mundo exterior que es una amenaza.

La producción dramática de Concepción Sada incluye también la *Hora del festín*, *Como yo te soñaba* y *En silencio*, escritas, respectivamente, en 1936, 1937 y 1941.

UN MUNDO PARA MÍ

COMEDIA DRAMÁTICA EN TRES ACTOS

CONCEPCIÓN SADA

PERSONAJES

MÁXIMO, de 26 a 30 años

LIANA, de 23 a 30 años

MISS GRANDELL, de 55 a 60 años

LICENCIADO ROLDÁN, de 30 a 37 años

SERGIO, de 25 a 32 años

BERTA, de 18 a 25 años

CARLOTA, de 45 a 52 años

EULALIA, de 40 a 45 años

DOCTOR CAMPERO, de 55 a 60 años

DOCTOR MADARIAGA, de 40 a 50 años

EUGENIA, de 20 a 27 años

FISCAL, de 40 a 45 años

JACOBO, de 30 a 35 años

YOLLY, de 25 a 30 años

SECRETARIO

DONCELLA

ENFERMERAS Y AGENTES DE POLICÍA

El primer acto en 1930.

El segundo acto en 1937.

La acción en México.

ACTO PRIMERO

Sala humilde; una puerta al fondo y dos laterales. Muebles sencillos. Escritorio, libreros. A la derecha un gran sillón antiguo, restos de alguna herencia. Sobre el escritorio una lámpara de pantalla. Atardecer, plena luz primero; luego luz crepuscular. La acción en 1930.

Al levantarse el telón, Berta y Eugenia discuten contemplando unos figurines.

- EUGENIA: Éste es un bonito figurín.
- BERTA: No me satisface, prefiero este otro.
- EUGENIA: ¡Lleva tanta piel!...
- BERTA: No importa.
- EUGENIA: (Sorprendida.) ¡Ah... no importa!... creí que...
- BERTA: ¿Ves este modelo? Igual, en piel de chinchilla, lo tendré yo.
- EUGENIA: ¿Cómo éste? (Con malicia.) Temo que no te quedará bien. Una piel aquí, otra allí. (Delineando sobre el figurín con un lápiz.) No sería de gran efecto.
- BERTA: ¡Chica, remiendos no! Yo tendré un abrigo como el de Paquita, la sobrina del General. De aquí, a aquí. (Señalando del hombro a la rodilla.) Con una sola piel, así es el suyo, ella misma me lo dijo.
- EUGENIA: ¡Imposible! Las chinchillas son así (señalando 30 a 35 centímetros.)
- BERTA: ¡Ah! ¿Pero tú supones que yo voy a usar una chinchilla cualquiera? ¡No!... yo compraré una chinchilla gigante; cuando sea rica no tendré nada que no sea excepcional.

- EUGENIA: ¿Seriamente? ¿No deliras? ¿Crees que serás rica algún día?
- BERTA: ¿Crees?... ja, ja, ja. Podría decirte que lo soy ya.
- EUGENIA: Y yo podría decirte que lo dudo.
- BERTA: Haces mal. En esta casa no se oye hablar sino de terrenos petroleros. Que si en el lote A-29 surgió un géyser enorme como una catedral; que si el pozo B-5 rindió un millón de barriles.
- EUGENIA: ¿No exageras?
- BERTA: Ni un medio barril. Te aseguro que todo esto es fantasmal, tendremos dinero bastante para ir a Europa, a Asia, a América del Sur; para darle la vuelta al mundo.
- EUGENIA: (*Burlona.*) No te recomiendo los dirigibles son peligrosos.
- BERTA: (*Riendo de sí misma.*) Perdóname, pero es que llevo varios meses de no oír hablar sino de grandes fortunas, algo inesperado...
- EUGENIA: Que todos esperan. ¿Una herencia?
- BERTA: Tal vez. Bueno, hablemos de otra cosa; mira mi boleta de inscripción en Filosofía y Letras. (*Mostrándole un papel.*)
- EUGENIA: ¡Cómo! ¿Y entonces el comercio?
- BERTA: Renuncié a él. No es una carrera de altura, ¿sabes? Lucinda me aseguró que era de gran porvenir y muy elevada...
- EUGENIA: ¿Elevada?... ja... ja... ja...
- BERTA: No te rías, era bastante elevada, como que estaba en el décimo piso... pero nada más. Y luego ser taquígrafa o secretaria es muy poco para mis aspiraciones; hay que ir con la época... o sobrepasarla... la mujer del mañana...

- CARLOTA: *(Entrando por la puerta del foro.)* Pase, pase usted, señor, mi hijo tendrá mucho gusto en atenderlo. *(Mutis.)*
- MÁXIMO: *(Muy cohibido presentándose solo.)* Máximo José Escontría de Gavaldón. A sus órdenes...
- BERTA: *(Después de hacer un guiño burlón a Eugenia.)* Gracias, tome usted asiento, aquí... o aquí, si le parece.

(Máximo se sienta encogido en el extremo de la silla. Enormes cuadernos, una carpeta, el sombrero y su paraguas le impiden cualquier movimiento. Berta le quita el sombrero.)

- MÁXIMO: *(Balbuciente.)* Gracias... gra... cias... *(Pausa.)*
- BERTA: ¿Llueve afuera?
- MÁXIMO: No, no, señorita...
- BERTA: ¿Está nublado?
- MÁXIMO: No, no señorita... pero como este México es así... hay sol y cuando menos se espera viene la lluvia... *(Silencio.)*
- BERTA: Es verdad... viene la lluvia cuando menos se espera... *(Pausa.)*
- EUGENIA: Sí, cuando viene la lluvia... *(Pausa.)*
- BERTA: ¿Me permite usted su paraguas? *(Él no se muestra muy entusiasmado con aquella atención.)* ¿Me permite sus cuadernos?
- MÁXIMO: Sí, señorita, aunque si usted no tiene inconveniente, iré colocándolos en aquel escritorio.
- BERTA: Desde luego.
- MÁXIMO: *(Colocando los cuadernos y sacando varios papeles.)* Ordenaré estos documentos, antes de que llegue el licenciado Roldán.

- BERTA: Instálese con comodidad. (*Nuevo silencio.*)
- EUGENIA: (*Compadecida de su timidez.*) Sin duda es usted abogado.
- MÁXIMO: Pues... diré a usted: propiamente no, pero lo seré pronto.
- EUGENIA: Bonita carrera.
- MÁXIMO: Magnífica.
- BERTA: Se ganará mucho dinero.
- MÁXIMO: ¡Dinero!... más, mucho más. Un abogado es un ser superior, puede ser un apóstol o un demonio. (*Exaltándose.*) Un abogado tiene la vida, el honor, la fortuna de sus semejantes en sus manos; puede hundir o elevar a un desdichado; (*se pone de pie y gesticula con entusiasmo*) volver la honra y la reputación a una mujer; salvar a un inocente del presidio. En la política puede hacer con su palabra un trono para un hombre o un cadalso para un gobernante. Es un ser poderoso, magnífico, omnipotente; un amo del mundo; un semidiós; si quiere con su palabra...
- CARLOTA: (*Desde la puerta.*) ¿El señor Máximo Gavaldón?
- MÁXIMO: (*Al oírse nombrar se empequeñece, vuelve a introducirse en su personalidad medrosa.*) ¿Decía... decía usted?...
- CARLOTA: Lo llaman allá abajo.
- MÁXIMO: ¿En dónde?
- CARLOTA: En la puerta, señor mío, ¿dónde ha de ser?
- MÁXIMO: (*Muy cortado.*) Con permiso, señora... con permiso, señoritas. (*Mutis.*)
- EUGENIA: (*Desde la puerta del fondo imitando la voz de Máximo.*) Un amo del mundo... un semidiós... ¡Ja... ja... ja...!

- BERTA: ¡Un semidió este pobre *mínimo!*...
- EUGENIA: Eres la mordacidad en forma de mujer. *Mínimo!*...
- BERTA: ¡*Mínimo* José Escontría de Gavaldón...! ¡Ja... ja... ja...!
- CARLOTA: (*En voz baja a Berta*). ¿Puedes llevarte a Eugenia? Tu hermano tiene que tratar un negocio aquí, ahora mismo...
- BERTA: ¿Nos vamos, Eugenia? Quiero darle una vueltecita a mi zorra plateada. (*Muestra una piel que de zorra no le restan sino vagas reminiscencias.*) Mira, hace mucho tiempo que tengo un solo guante; compramos un par entre Marianita y yo. Ella presume con uno, yo con el otro, y ¿quién puede imaginárselo?
- EUGENIA: ¿Y si alguien te preguntara?
- BERTA: Sobra tiempo para decir: “lo acabo de perder en este instante”... Pero ya llegará la mía y entonces compraré guantes de piel de avestruz....
- EUGENIA: ¡Pero, chica, qué imaginación! ¿Cómo inventaste eso?
- BERTA: ¡Inventar!... Los he visto, Paquita la sobrina de General tiene unos.
- EUGENIA: (*Riendo.*) Oye, en confianza ¿no crees que la sobrina del General se está burlando de ti?
- BERTA: Discutiremos eso por el camino. Adiós, hasta luego, madre. (*Se despide Eugenia también y hacen mutis.*)
- CARLOTA: (*Limpia apresuradamente con su propio delantal un mueble, coloca el sillón grande en su sitio, va y viene nerviosa, luego se acerca a la puerta derecha y dice sin gritar:*) Eulalia... Eulalia... ya vienen, ¿estás lista? (*Se quita el delantal, lo*

arroja al cuarto.) Vaya una hora inoportuna que escogiste para este asunto.

EULALIA: *(Desde adentro.)* Es la hora en que Liana está mejor. Iremos enseñada.

(Llega Máximo acompañado del Lic. Roldán, hombre correcto, distinguido, amable, sin afectación, de regular edad, 30 años.)

MÁXIMO: *(Haciendo las presentaciones.)* Señora, el licenciado Adolfo Roldán G., representante del tutor de la señorita Gándara, para esta diligencia.

CARLOTA: Siéntese usted, licenciado, siéntese. *(Con visibles anhelos de satisfacer.)*

(En este momento llegan el Dr. Madariaga y el Dr. Campero; simpático éste, reposado, de ademanes serenos. Cabeza blanca y majestad en la sonrisa. Madariaga nervioso, petulante, muy cuidadoso de su figura, flor en el ojal y bastón. Sonrisa de circunstancias en sus labios, que se pliegan con un gesto peculiar.)

ROLDAN: *(Presentando.)* El doctor Campero, el doctor Madariaga, la señora Sánchez. *(Se saludan con una ligera inclinación de cabeza.)*

CARLOTA: Sírvase usted tomar asiento. Eso es, aquí estará cómodo. *(Al Dr. Campero ofreciéndole el sillón.)*

CAMPERO: Estaré perfectamente. No se moleste usted más.

ROLDÁN: *(A Máximo.)* ¿Está todo listo?

MÁXIMO: Falta la señorita, no ha llegado todavía.

CARLOTA: No tardará. *(En la puerta de la derecha.)* ¡Eulalia, Eulalia...!

(Máximo se posesiona del escritorio y empieza a remover papeles. Lápiz en mano, queda en actitud de paciente espera. Entra Eulalia, un poco exagerada en el vestir, sin llegar a ridícula. Desenfadada, alharaquenta. Liana trae un libro bajo el brazo.)

- EULALIA: Aquí estoy, aquí estoy, señores. *(Caravana.)* A sus órdenes: Eulalia Gándara viuda de Riestra, y ésta es Liana... digo Juliana, mi sobrina, hija de mi difunto hermano que en paz descanse. *(Baja la cabeza y toma respiro.)* Sí, ésta es Juliana María Gándara; Liana, la llamamos con cariño, es una chica muy dócil, un poco tímida, pero muy inteligente. Sí, muy inteligente, todo lo comprende con una seña, con un guiño, nada escapa a su sagacidad, observadora como no conozco otra. *(Liana mientras tanto ha hecho un ligero saludo y se sienta en el sillón de la derecha que el Dr. Campero le ofrece.)* En la escuela, las maestras se admiraban de su portentosa imaginación y tiene una memoria... que...
- CAMPERO: *(Impaciente, hace ademán de callarla.)* Muy bien, muy bien, señora, vayamos por orden.
- ROLDÁN: Demos principio a este asunto con las formalidades del caso.
- MÁXIMO: *(Leyendo.)* Los abajo firmantes doctor Juan Antonio Campero y licenciado Adolfo Roldán G., comisionados por el tutor de la señorita Juliana María Gándara; y el señor doctor Arturo Madariaga en representación del señor Sergio Sánchez, procedieron a...
- CAMPERO: Si les parece a ustedes interrogaremos desde luego a la señorita.

- EULALIA: (*Muy discretamente hace que Liana se ponga de pie y le dice en voz baja:*) No olvides nada y después, ya sabes, lo que te prometí.
- CAMPERO: (*Haciendo sentar a Liana nuevamente.*) No se molestó, señorita, está bien así. ¿Desea alguno de ustedes presentar algún plan especial?
- MADARIAGA: Yo tengo uno magnífico; pero, ante todo, si ustedes no se oponen, quisiera hacer a la señorita algunas preguntas aisladas. (*Ante la aquiescencia de Campero.*) ¿Señorita, recuerda usted haberme visto antes... alguna vez?
- LIANA: (*Con voz tímida, un poco amedrentada, pero segura en su respuesta.*) No.
- MADARIAGA: (*A Max.*) Que conste en el acta esta declaración.
- MÁXIMO: Muy bien, doctor.
- MADARIAGA: ¿Cuántos años tiene usted en México?
- LIANA: Diez.
- MADARIAGA: ¿Y antes, en dónde vivía usted?
- LIANA: En Tampico.
- CAMPERO: ¿Podría relatarnos sus impresiones de aquel lugar?
- MADARIAGA: (*Viendo que Liana no contesta.*) Por supuesto que recuerda usted algo de Tampico.
- LIANA: Sí, vivíamos en una casa hermosa, grande, con un bosquecillo de palmas y un campo de tulipanes y magnolias que se extendía hasta la orilla de un río. Íbamos con frecuencia al mar. (*Como bajo una ensoñación.*) Me encantaba el mar, de niña juntaba caracoles para mi pecera, tenía una pecera con pescaditos rojos, dorados, blancos. Cerca de mi casa había una escuela...

- CAMPERO: ¿Iba usted a la escuela?
- LIANA: Sí.
- CAMPERO: ¿Conserva usted sus calificaciones?
- EULALIA: (*Precipitadamente.*) ¡Calificaciones! ¡Si usted supiera la tragedia que hay en la vida de esta muchacha, comprendería por qué no hubo nunca nadie que se preocupara por conservarlas!
- CAMPERO: (*Acercándose a Liana cariñosamente.*) Pero lo que usted aprendió no lo habrá olvidado. (*Eulalia se pone nerviosa.*) ¿Le gusta a usted la historia? (*Eulalia respira hondamente.*)
- MADARIAGA: Me parece muy bien esa pregunta. ¿Quiere decirnos lo que le gusta más de nuestra historia?
- LIANA: (*Con voz suave, flexible, como si actuara bajo el poder de una evocación.*) La entrada de Cortés a Tlaxcala. El terrible combate de Xicotécatl en las cercanías cuando la carne y la sangre india quedaron mezcladas con el barro, bajo los cascos de los corceles españoles... el rendimiento forzoso de los grandes señores tlaxcaltecas. Admiraba el arrojo y valentía de Xicotécatl; si hubiera vivido entonces, lo hubiera amado.
- EULALIA: ¿Lo ve usted? Es de una imaginación asombrosa.
- MADARIAGA: Siga usted, señorita, siga usted.
- LIANA: Yo hubiera vendado sus heridas, curado su cuerpo sangrante, besado sus pies adoloridos... yo hubiera ido con él ante los grandes señores, le hubiera alentado para que nunca se rindiera con vida al conquistador.
- ROLDÁN: Es usted valiente y de gran corazón. (*Liana no contesta.*)

(En este momento llega Sergio y saluda a todos desde la puerta. Buen tipo, arrogante, cínico, expresivo, con toda la simpatía y atractivo que caracteriza a los bribones.)

CARLOTA: *(Presentándolo.)* Mi hijo, el doctor Campero, el licenciado Roldán, el doctor Madariaga.

(Máximo se pone en pie en espera de una presentación que no llega; modestamente se vuelve a sentar.)

LIANA: *(Corriendo hacia Sergio.)* ¡Sergio... Sergio...!

SERGIO: *(La rechaza instintivamente diciendo:)* ¡Liana... Liana! *(Luego reprimiéndose, la atrae hacia sí y prosigue con entonación dulce.)* Liana, sé discreta, estos señores son extraños.

LIANA: ¡Te quiero, Sergio... te quiero...!

SERGIO: Discúlpennla ustedes...

MADARIAGA: *(Con precipitación.)* ¡Disculparla! ¿Por qué? ¿Cuándo nos da una muestra de esa valiosa conquista de la presente generación, que se llama espontaneidad?... La espontaneidad es franqueza y honradez. La nueva juventud es espontánea en gestos y ademanes, cariños y odios. Opuesta a nuestra juventud que siempre actuaba con un ojo en el “debes hacer esto; debes hacer lo otro”, que ataba nuestra voluntad y nuestros deseos a otra voluntad envejecida.

MÁXIMO: *(Con sorna.)* ¿Debo tomar también esto...?

MADARIAGA: *(Sin prestarle atención.)* La mujer del día tiende su mano y sus labios con generosa espontaneidad...

CARLOTA: Yo le llamaría a eso impudor.

- CAMPERO: *(A quien ha contrariado la extemporánea parrafada de Madariaga.)* El interrogatorio se desvía... nos hemos alejado lamentablemente de nuestro asunto.
- CARLOTA: Perdone... tiene usted razón.
- SERGIO: Liana, sé juiciosa, permíteme acompañarte a tu asiento. *(La hace sentarse cariñosamente, con una mano abraza su cintura, con la otra acaricia la cabeza de Liana.)*
- CAMPERO: *(A Liana.)* ¿Desea usted, verdaderamente, unirse a este caballero? Quiere su tutor saber su voluntad, su expresa voluntad.
- MADARIAGA: ¿Ha decidido usted casarse con él? ¿Lo quiere?
- LIANA: Sí; lo quiero... lo quiero. Él es muy bueno conmigo, como nadie hasta ahora.
- CAMPERO: Muy bien. Muy bien. Es una buena razón.
- ROLDÁN: Con su venia, doctor. ¿Recuerda usted algo de su enfermedad?
- LIANA: *(Lo ve fijamente sin contestar, luego vacilante.)*
Sí... Sí...
- MADARIAGA: ¿Cuánto tiempo estuvo usted enferma?
- LIANA: Diez años... no quisiera hablar de eso... perdóneme usted.
- ROLDÁN: Muy bien. No es forzoso hablar de eso. Hablaremos de otra cosa. ¿Recuerda usted a su tutor?
- CAMPERO: Es interesante saberlo.
- MADARIAGA: ¡Vaya si es interesante! ¿Qué piensa usted de su tutor?
- LIANA: Es bueno, muy bueno... pero se opone a que me case con Sergio, teme que mi dinero salga de sus manos... seguramente pensó que él lo administraría siempre... siempre...

ROLDÁN: Se equivoca usted, señorita. Él no tiene interés en su dinero, y en prueba de ello, estamos aquí. Yo lo represento y esté segura de que no me opondré a este matrimonio si puede efectuarse, si el doctor Campero lo acepta. Su tutor está enfermo, disgustado por las acusaciones que en su contra ha lanzado usted pero no se opondrá, no tema.

(Liana permanece en silencio con la cabeza baja.)

EULALIA: Es natural que ella desconfíe de usted al saber que viene de parte de su tutor; yo, que soy su tía, tuve que librar una lucha terrible con él, para que le permitiera pasar unos meses en mi casa. Liana se ha encontrado bien en ella y no ha querido separarse de mi lado. Aquí conoció a Sergio y se enamoró de él. ¿Saben ustedes? Yo vivo en el piso alto y así fue como...

CAMPERO: Entendido, señora. Se conocieron, se amaron, pidieron la autorización del tutor y éste negó su consentimiento. Todo eso lo sabemos ya.

EULALIA: Él rabiará, naturalmente, cuando se le escape el dinerito de sus manos.

ROLDÁN: También usted está en un error, señora. A él no le importa el “dinerito”.

SERGIO: Entonces... ¿Por qué se opone, por qué exigió un examen médico por demás inútil, por qué todos estos requisitos?...

ROLDÁN: Porque desconfía de la salud de la señorita. Eso es todo...

- SERGIO: ¡Gran perspicacia! ¡Generosa preocupación de su parte!...
- ROLDÁN: Cumple con su deber y su conciencia.
- CARLOTA: (*Interviene con voz melosa.*) Puede entonces tener tranquila su conciencia, usted ve que ella está perfectamente.
- SERGIO: (*Acariciando una mano de Liana.*) Perfectamente; de otra manera, señores, usted, (*a Campero*) usted (*a Roldán*) ¿se casarían con ella?
- CAMPERO: No... ¡No!... (*Roldán no contesta.*)
- MADARIAGA: Yo estoy casi convencido.
- ROLDÁN: Es usted fácil de convencer. (*Con tono cortante.*)
- MADARIAGA: Interróguela usted si tiene alguna duda. (*Hace un guiño significativo a Eulalia.*)
- EULALIA: ¿Por qué no le pregunta usted algo de su vida pasada?... ¿de sus padres?...
- ROLDÁN: (*Cayendo en la trampa.*) Señorita, perdóneme. (*Con voz dulce.*) Quisiera saber... ¿recuerda usted a su madre?...
- EULALIA: (*Como admirada, pero su voz tiene algo de imperativo.*) ¡Vas a hablar de ella!
- LIANA: Sí;... era bella... era buena. (*Con voz dulce primero, exaltándose poco a poco.*) ¡Yo la quería tanto!... ¡la adoraba!... ¡Qué terrible recuerdo!... ¡Qué espantoso!... sangre, sangre primero. Flores... flores por todas partes después. (*Se pone de pie.*) La casa llena de gente extraña; mi padre entre dos hombres uniformados, se despedía de mí y humedecía mi mano con sus lágrimas... siento aquellas gotas de agua que me quemaban todavía. Murió en la prisión.

- (*Con voz ronca.*) Murió en la prisión... ¡había matado a mi madre!...
- CAMPERO: (*Muy conmovido.*) ¿Es verdad?... ¿Es verdad?
- EULALIA: Absolutamente cierto. Ese choque produjo su... “enfermedad”.
- LIANA: (*Con voz dolorosa, sin alardes patéticos.*) Él mató a mi madre... él; mi propio padre... ella lo engañaba... lo engañaba... se burlaba de él... y él la mató. ¡Él la mató! (*Se deja caer en el sillón llorando. Pausa.*)
- ROLDÁN: ¡Basta, basta... no diga usted más...!
- MADARIAGA: Hablé a ustedes antes de que tengo, para estos casos, una sucesión de preguntas rápidas de gran efecto, que hacen saltar la mente de un tema a otro, demostrando así la flexibilidad y eficacia de las facultades cerebrales.
- CAMPERO: Yo no añadiré una palabra más a este asunto.
- ROLDÁN: Es cruel hacer sufrir a esta señorita, pero otro día, si su tutor lo desea, propondré un nuevo examen con esas preguntas.
- MÁXIMO: (*Se acerca al grupo. Quiere decir algo a Liana, no se atreve y sólo balbucea torpemente.*) ¡Señorita... pobre señorita...!
- CAMPERO: Nada nos queda por hacer. Vámonos, compañero. (*A Madariaga.*) Ella quiere casarse, claramente lo ha expresado; que lo haga, y si algún resto de su enfermedad saliera a flote, cuenta la ciencia con métodos eficaces para curarla nuevamente.
- SERGIO: Mi único deseo es que ustedes estén seguros de su fallo, que no quede una sola duda en sus mentes. (*Acariciando a Liana. Ésta toma la*

mano de Sergio entre las suyas, y la oprime con cariño) ¿Estás contenta, Liana?

LIANA: ¡Feliz... muy feliz!

CAMPERO: Puede usted mandar recoger mi decisión cuando guste, por ahora doy mi aprobación. En cuanto a otro examen, si su tutor lo desea, quedo a sus órdenes.

ROLDÁN: Estoy de acuerdo, que proceda el doctor Campero como lo considere conveniente, firmaré de conformidad.

CAMPERO: *(A Liana.)* Adiós, señorita, y acepte de este viejo, con larga experiencia de la vida y de la profesión, un consejo: procure usted ser un poco menos apasionada, menos vehemente, controle sus nervios, domine su voluntad, hija mía. Hay ejercicios especiales indicados para su caso; véame si gusta, será para mí una satisfacción atenderla. *(Liana se despide con una leve sonrisa.)*

ROLDÁN: *(Hace una gentil reverencia ante Liana, al inclinarse ve el libro que se ha caído al suelo, lo recoge y, cuidando que no lo vean los demás, coloca dentro de él su tarjeta. Con voz emocionada dice:)* Adiós, señorita, quizá no tenga oportunidad de volver a verla, deseo que sea feliz. *(Mostrando a Liana su tarjeta al introducirla en el libro.)*

MADARIAGA: A sus pies, y buena suerte.

(Se despiden los tres. Roldán habla en voz baja con Máximo y luego hacen mutis.)

- SERGIO: Adiós, señores. (*Acompañándolos hasta el pasillo.*)
- MÁXIMO: (*Continuando en voz alta una lectura mental.*)
La fortuna personal de la señorita Juliana María Gándara, asciende a ¡dos millones trescientos mil pesos!
- EULALIA: ¿Es verdad, es verdad, no se equivoca usted?
- MÁXIMO: Cierto, completamente cierto. Lea usted. (*Eulalia lee.*)
- SERGIO: (*Fingiendo sorpresa.*) ¡Es posible!... nunca creí que...
- CARLOTA: (*Dándole un codazo.*) Naturalmente, hijo, tú sabías que tenía un poquito de dinero, pero no esa fortuna.
- MADARIAGA: (*Entrando con sigilo.*) ¿Olvidé por aquí mi bastón? (*A Máximo.*) Lo esperan a usted en el coche, señor Gavaldón. Apresúrese.
- MÁXIMO: (*Después de recoger sus papeles y demás, se acerca torpemente a Liana y le dice:*) ¡Señorita!... ¡señorita!... usted no será feliz nunca, no podrá serlo... tiene demasiado dinero para poder ser feliz. (*Liana tiende su mano con espontáneo gesto de simpatía a Max.*) Quisiera ser su amigo, quisiera poder serlo... (*Besa la mano de Liana y sale haciendo caravanas y tropezando aquí y allí. Todos ríen de él.*)
- EULALIA: (*A Liana.*) Toma, chica, lo que te ofrecí, lo has ganado. (*Le obsequia una caja de dulces.*) Te has portado muy bien. Ahora lee tu libro y déjanos hablar.

(*Liana saborea con infantil deleite los dulces, hojea el libro y ríe ingenuamente de él. A ratos lo muestra ya a uno, ya a otro diciendo:*)

- LIANA: Es Pinocho, ¿verdad?... es Pinocho. ¡Ja... ja... ja...! (*Nadie le concede la menor atención.*)
- MADARIAGA: Salió todo bien. ¿No es así?
- SERGIO: ¡Estupendo!... ¡Estupendo... doctor! (*Dándole expresivas palmadas.*) Aunque... si se efectúa ese nuevo examen, temo que...
- EULALIA: No hay qué temer. Tenemos preparadas varias preguntas que no se hicieron: la descripción de un viaje al norte...
- MADARIAGA: Las frases rápidas que aprendió tan bien. No creo que puedan arrepentirse de haber recurrido a mí.
- SERGIO: ¡Arrepentirnos! ¡Nunca! Ha sido una representación genial, maravillosa, que nos envidiarían los mejores actores del mundo. (*Riendo.*) Usted tan serio, con una oportunidad para hacer las preguntas y desviar la atención cuando era necesario y ella, ella (*señalando a Liana.*) ¡magistral!...
- MADARIAGA: (*Frotándose las manos.*) ¡Magistral!... Talento, chico, talento, una combinación como ésta no la planea cualquier financierillo.
- EULALIA: Ni la ejecuta cualquier maestrilla.
- MADARIAGA: Cierto, prima.
- SERGIO: (*A Eulalia.*) Tu labor fue magnífica. ¡Te confieso que tenía un miedo!...
- CARLOTA: Una sola palabra, un gesto y nos traicionamos.
- SERGIO: Eres admirable, Eulalia.
- MADARIAGA: ¡Bueno!, hablaremos después. ¿Nos veremos, eh? (*Mutis.*)
- SERGIO: Ya lo creo que nos veremos.
- CARLOTA: Es inteligente el doctorcito.

- EULALIA: Ganó bien su tajada.
- CARLOTA: ¿Y ahora qué vamos a hacer con esta joven?
(Indicando a Liana.)
- SERGIO: Lo que gusten, menos tener que verla constantemente a mi lado. No puedo soportarla, es como una pequeña bestia de instintos salvajes.
- LIANA: (Mostrándole su libro y riendo estúpidamente.)
Ja... ja... ja... mira, Sergio, éste es Pinocho... y ésta es la princesa.

(Sergio se retira de su lado.)

- CARLOTA: De todas maneras hay que pasar por la verdadera prueba, el matrimonio. (Ante la muda protesta de Sergio.) No te pongas idiota tú también.
- SERGIO: ¡Casarme! Bueno, no puedo evitarlo, pero no me pidan más.
- CARLOTA: Saldrás en viaje de bodas...
- SERGIO: ¡Nunca!...
- CARLOTA: Saldrás... y nosotros contigo. Iremos a Europa. La muchacha es dócil, haremos de ella lo que queramos.
- SERGIO: ¿Qué... qué...?
- CARLOTA: Viajará con nosotros directamente bajo mi custodia, luego la internaremos en un sanatorio, en Suiza, Alemania o Estados Unidos; quedaremos libres y seguiremos nuestro viaje en paz.
- EULALIA: El tutor no será un peligro para nosotros, sé que está muy enfermo... y con este golpe...
- SERGIO: No estoy tranquilo... a veces temo...

- CARLOTA: Nada hay que temer; (*sentándose con gran satisfacción*) gracias a nuestra buena estrella, todo salió perfectamente.
- EULALIA: A su buena estrella y a mí, si te parece. ¿No me tienes en cuenta?
- CARLOTA: Naturalmente.
- SERGIO: (*Intranquilo.*) Repito que eres admirable. Oye, la escenita esa de la madre asesinada fue magnífica. ¿Mató el padre a su esposa efectivamente?
- EULALIA: Si a darle un balazo y dejarla sin vida le llamas efectivamente, la mató *efectivamente*. ¿Si así no fuera, crees que yo sería capaz de inventar esa historia?
- SERGIO: (*Riendo.*) ¡De ninguna manera! Dime, seriamente, ¿dónde empieza la farsa y dónde termina la verdad?
- EULALIA: Pues te diré, si ella lo engañaba o no, nadie lo supo nunca, pero que él la mató, nadie lo puso en duda. Era extremadamente celoso, violento, brutal, mi pobre hermano, es decir, mi medio hermano, yo apenas lo conocía.
- CARLOTA: Y entonces entre ellas y Madariaga reconstruyeron esas escenas... copiaron párrafos de una novela que recuerdo...
- EULALIA: Para darle sensación al interrogatorio y mayor apariencia de verdad. Además, después de las frases de Liana y de su crisis nerviosa, ¡cualquiera se atreve a hacerle más preguntas!...
- LIANA: (*Volviendo a acercarse con el libro en la mano.*) ¿Cuál es Pinocho, dime...? ¿Y el dragón...? ¿Y la princesa?

- SERGIO: La princesa eres tú... ya lo sabes. (*Le vuelve en seguida la espalda.*)
- CARLOTA: Sinceramente, creo que fuiste demasiado lejos. Liana sufría, sí, en verdad sufría al repetir aquellas palabras.
- EULALIA: Bastante tarde te das cuenta de todo. "Sinceramente" dices... ja... ja... ¿Cómo crees que pueda haber sufrido si sólo repetía la lección aprendida de memoria?
- SERGIO: Mi madre tiene razón, no es eso nada más; llevaste tu crueldad hasta el extremo de despertar en ella instintos femeninos que...
- EULALIA: Yo no hice sino lo preciso para lograr nuestro objeto; preparar cuidadosamente el terreno, hacerla aprender todo de memoria, ensayar sus palabras, sus caricias; tú te prestabas a ello de buen agrado, y ahora...
- SERGIO: Es que ahora la niña está cansada de ensayos y pide la presentación. En sus palabras, en sus caricias hay un ardor, una pasión que no debiste haber provocado.
- EULALIA: De ellas eres el culpable, tú la besabas, recuérdalo... y no siempre con la frialdad de un actor.
- SERGIO: Yo seguía tus planes, obedecía tus deseos. Además Liana es bonita y a veces pues... olvidaba su locura. Pero tú hiciste muy mal en...
- EULALIA: ¿Reproches ahora? (*Colérica.*) ¡Cuando todo, entiéndelo bien, todo se debe a mí!
- SERGIO: (*Arrepentido.*) Lo sé... lo sé; no te enfades. (*Tendiéndole la mano.*) ¿No te decía yo antes que era genial, admirable?...

- EULALIA: (Sin soltarle la mano.) Muy bien, muy bien, chico, me satisface ver que reconoces el valor de mi tenacidad, de mi paciencia en este trabajo... A propósito de valor... esto te costará un poco más de lo que habíamos convenido.
- CARLOTA: ¡Cómo!...
- SERGIO: ¿Qué dices?...
- EULALIA: ¿Sorprendidos? ¡Claro! Así me sorprendí yo cuando supe el monto a que alcanzaban la fortuna de Liana. Trataste de engañarme, nunca me dijiste la verdad y ahora, ustedes comprenden...
- CARLOTA: Insinúas que...
- EULALIA: ¿Insinuar?... ja... ja... ja; exigir, si te parece bien.
- CARLOTA: ¿Exigir... por qué... con qué derecho?
- EULALIA: ¿Y mi “delicado trabajo” no crees que me da derecho a pedir eso y más si me parece conveniente?
- CARLOTA: No hay un solo papel, un solo documento que pruebe...
- EULALIA: ¡No son ustedes tan imprudentes para llegar a eso!
- CARLOTA: Entonces, ¿cómo podrías probar...?
- EULALIA: Olvidas a Liana. Es mi documento. Ella misma es la mejor garantía que tengo a mi favor. ¿Creen ustedes que ella, como un animal cualquiera, podría obedecer a otro que no fuera su propio domador... al que empuña el látigo y obsequia la miel?
- SERGIO: ¡Eres cínica, brutal!...
- EULALIA: Ja... ja... ja, a mí no me presentas un frente moralista, te conozco, canallita ingenuo. ¿Por quién me has tomado? ¿El discípulo tratando de superar a la maestra? No, chico, no lo lograrás, me darás ahora el doble, o...

- SERGIO: *(Con los labios apretados de rabia.)* Eulalia... eres...
- EULALIA: Repito que me darás el doble, una parte por haber amaestrado a la muchacha, me costó más trabajo que si hubiera sido una guacamaya testaruda.
- SERGIO: Sí, pero eso nunca te hubiera producido tanto.
- EULALIA: Y la otra parte *(con voz sorda)* por mi silencio.
- SERGIO: ¿Chantaje?
- EULALIA: ¿Y qué?... ¿Te asombra? ¿Suena mal esa palabra? ¿Desentona en esta sinfonía? ¿Y qué tan armoniosa te parece “presidio”?
- CARLOTA: Calla, calla, mujer. No hay que llegar a ese extremo.
- EULALIA: Es que quiero que se enteren bien; a todos, a todos puedo mandarlos a la cárcel con una palabra.
- SERGIO: *(Con voz nublada.)* Es verdad... y nosotros a ti.
- LIANA: *(Grita con voz exasperada, con su libro puesto sobre el respaldo del sillón y golpeando con los puños cerrados sobre éste.)* Quiero saber quién es Pinocho... ¡Quiero saberlo!...
- EULALIA: *(Se acerca y le dice con voz dura, cortante.)* Vas a callarte, ¿eh? Vas a callarte ahora mismo, o...
- LIANA: ¡No!... ¡No!... ¡No me pegues!
- EULALIA: ¡Calla!... Calla inmediatamente. *(La amenaza como si empuñara un látigo, con su propio cinturón. La muchacha se encoge, toma su libro y se hace un ovillo en el sillón.)*
- CARLOTA: No hay por qué disgustarse, Eulalia, somos amigas. ¿No lo hemos sido siempre? Pues ahora, con una razón mayor nos une un lazo que no debemos romper.

EULALIA: Es verdad, pero lo justo es lo justo. En eso no transijo.

CARLOTA: Transigiremos nosotros, pero no hay para qué enfadarse y gritar por cien mil pesos más o menos.

SERGIO: *(Disimulando su derrota y su furor.)* Está bien, se te dará lo que pides. No vamos a reñir, ¿eh?, entiéndelo. No nos conviene.

EULALIA: No... no... todo es ponerse en razón y ni quien riña. No seré yo la que vuelva a molestarte... sólo que... ¿Recuerdas aquel coche azul oscuro del que hablamos cierto día?... me gustaría tenerlo.

SERGIO: *(Con los dientes apretados de rabia.)* Lo tendrás, lo tendrás.

EULALIA: Todo es ponerse en razón y ni quien grite. Gracias, eres muy amable y muy comprensivo. Ya lo sabía, te conozco desde que naciste, espero que “siempre” te conserves así. Adiós... es decir, hasta luego. Ven, Liana, ven. Nos marchamos ya, diles adiós.

(Liana, embebida en su cuaderno, parece no oírla.)

CARLOTA: Espera, quiero obsequiarte aquel platón antiguo que tanto te gusta.

EULALIA: No te molestes.

CARLOTA: ¿Molestia? No es ninguna, me agrada que quede en tus manos, tú lo sabes apreciar.

(Mutis de ambas. Sergio arroja con rabia al suelo el cigarro que fuma, da dos o tres vueltas por la escena. Corre las cortinas y enciende la lámpara del escritorio, quedando la escena a media luz.)

Al correr las cortinas, Liana, que ha estado sentada e hincada en la alfombra y con el libro en el asiento del sillón, levanta la cabeza y sigue a Sergio con la mirada. Éste, sin prestarle atención, se sienta en el escritorio, saca papel y lápiz y hace cálculos sonriendo con satisfacción. Se acomoda y empieza a escribir ensimismado. Liana, muy despacio, se acerca a él; afectuosa, tiernamente, trata de echarle los brazos al cuello, diciendo con voz emocionada:)

LIANA: (Con afectuosa ternura, sin el menor asomo de erótica exaltación.) Sergio... te quiero... te quiero...

SERGIO: (Sorprendido.) ¡No te acerques! ¡No me toques! (Con voz ahogada.) No me toques... (Se levanta con violencia.)

LIANA: ¡Te quiero, Sergio!... y tú también... me lo dijiste... ¿te acuerdas? me lo dijiste... me lo dijiste...

SERGIO: Estás loca, ¡retírate!... ¡No te acerques! (La coge por ambas manos dominándola con facilidad angustiosamente.) ¡Vete!... ¡Vete!... ¡Ahora no! ¡Vete, vete...!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Hall lujoso, gran escalinata al fondo con barandal a ambos lados que da acceso a un vestíbulo. Una ventana al lado izquierdo y puertas laterales adornadas con grandes cortinas. La de la derecha se comunica a la recámara de Liana y la de la izquierda a la de Sergio. Escritorio a la izquierda, próximo a la ventana. Sobre él un teléfono, portalibros y otros objetos, entre ellos un pequeño gong. Pantallas de pie y de mesa.

Objetos artísticos. Muebles sobrios y elegantes. Por la tarde. Luz viva primero, claridad vaga después. Liana en un cómodo sillón, con la cabeza echada hacia atrás, medita hondamente preocupada, con la vista perdida en el vacío.

MISS GRANDELL: (*Acercándose despacio.*) Liana... ¿te sientes mal?

LIANA: ¿Mal?... ¿mal?... esa palabra no dice nada. Siento que me ahogo, que me muero, que no puedo resistir más esta situación. Llevo tres meses de un tormento peor que el de antes: tratar a toda hora con gentes que me ven como un animal raro, como una fiera salvaje lista a saltar sobre ellos.

MISS GRANDELL: No digas eso, Liana.

LIANA: Sufro horriblemente, sufro al ver cómo nadie se me acerca; algunos porque me creen loca, y otros por temor de que vuelva a enloquecer de un momento a otro.

MISS GRANDELL: Es natural, ellos no pueden conocerte.

LIANA: Y los que me conocen, los que pensando en mi dinero se dicen mis amigos, (*con amargura*) se acercan medrosos, retroceden si doy un solo paso; ellas dicen con tono de conmiseración “es mona, monísima”, con ese adjetivo y esa expresión que oculta todo lo que no puede decirse. Ellos, cuando llegan a oírme, ríen sin comprender mis palabras y murmuran “es ingeniosa, a veces parece inteligente”.

MISS GRANDELL: Pero, hija, ¿qué pueden hacer los cuervos, sino graznar?... No hay que darles importancia.

- LIANA: Quizá tengan razón y realmente esté loca.
- MISS GRANDELL: Liana, no vuelvas a decir eso; ellos, los estúpidos, ¿cómo exiges que piensen?
- LIANA: Es que no sé si son ellos los que piensan... o soy yo.
- MISS GRANDELL: Tú piensas, piensas demasiado y lees demasiado también. El doctor dijo: puede leer lo que guste, pero no será por demás que usted vigile sus lecturas; recuérdalo, y yo no puedo autorizar todos esos libros idiotas que devoras como si tuvieras hambre de algo que, créeme, no encontrarás allí.
- LIANA: Es que quiero nivelarme, recuperar el tiempo perdido o cansarme, cansarme para no pensar.
- MISS GRANDELL: ¡Liana!...
- LIANA: Es que me siento desorientada, me muevo entre una niebla gris que todo cubre y todo oculta.
- MISS GRANDELL: ¿Ves? Ese es el resultado de tantas lecturas.
- LIANA: (*Persiguiendo una idea fija.*) Quisiera aprender a conocerme, conocer a los demás; saber quién soy; por qué estoy aquí; qué lugar ocupo en el mundo.
- MISS GRANDELL: ¡Pides poco! Eso mismo nos preguntamos el noventa por ciento de los habitantes del globo.
- LIANA: ¿No lo sabes tú, Dama Blanca?
- MISS GRANDELL: No... quizá mi gran misión sea cuidarte.
- LIANA: Cuidarme y ayudarme a vivir; ayudarme a comprender todo lo negro que me rodea. Dime, Dama Blanca, ¿cuál es la verdad, lo que yo veo, o lo que ellos dicen? ¿Lo que siento, o lo que los libros enseñan?

- MISS GRANDELL: Espera, espera, hija mía... Ya lo sabrás.
- LIANA: ¿Por qué se engañan todos? ¿Por qué gozan des-
pertando la envidia y el rencor de los demás?
- MISS GRANDELL: ¡Oh!... eso es una gran satisfacción. (*Irónica.*)
- LIANA: Una satisfacción que no comprendo. Dime, ¿tú
eres buena?... ¿eres mala?...
- MISS GRANDELL: Pues... no soy precisamente el prototipo del
bien, ni del mal; soy mala para todos, y sin
embargo, no le hago mal a nadie.
- LIANA: No te entiendo. Entonces... ¿Cuál es el bien,
cuál es el mal?
- MISS GRANDELL: El bien se siente, está aquí (*señalando el cora-
zón*), no se razona.
- LIANA: Creo que no llegaré a comprenderlo nunca. Si
quisieras aconsejarme...
- MISS GRANDELL: Escúchame: hay cosas de las que no se
debe hablar nunca, la religión es una de
ellas. Si crees en algo, ocúltalo. La moral es
también “tabú”.
- LIANA: ¿Y qué es tabú?
- MISS GRANDELL: Lo que no debe mencionarse nunca a menos
de recibir un castigo. Cuando oigas mentir, ca-
lla. Da la razón a aquel en quien tengas interés
de ganar su aprecio. Dar la razón a quien no la
tiene, es siempre un camino seguro de ganarse
un amigo.
- LIANA: Tus palabras me confunden.
- MISS GRANDELL: No he terminado. Cuida de no andar por
ahí enseñando pedazos de tu alma, eso es
estúpido; es como si, teniendo un bello traje,
le abrieras agujeros aquí y allí, para mostrar
tu carne.

LIANA: Me hacen daño tus palabras.

MISS GRANDELL: ¡No me creas, no me creas, Liana! Soy mordaz, me gusta el sarcasmo. Perdóname, éstas son verdades para los demás, no para ti.

LIANA: ¿Hay una verdad para cada uno? ¿A quién creer entonces? ¡Si todos me engañan!

MISS GRANDELL: ¿Todos?

LIANA: Excepto tú. Tú dices la verdad.

MISS GRANDELL: Por eso nadie me quiere.

LIANA: ¿Nadie?

MISS GRANDELL: ¡Bueno! me quieres tú, pero es como si fueras...

LIANA: ¡Nadie!...

MISS GRANDELL: Espera, iba a decir... mi hija.

LIANA: Gracias. Por eso te pido que me enseñes a conocer la verdad, la razón de vivir.

MISS GRANDELL: ¡Pero es que tú pides imposibles! ¡Si es que nadie sabe lo que pretendes saber!

LIANA: Dime, Dama Blanca, tú, mi única amiga: ¿si no soy como los demás, cómo podré vivir entre ellos? ¿Podría vivir de otra manera? ¿Cuál? Tú que has visto cómo pasa mi vida desde mi regreso, ¿es posible sufrir más? Desprecio, aversión... miedo...

MISS GRANDELL: Estás envenenándote, Liana. Ten calma. ¡Conocer la vida! Espero la conocerás demasiado pronto y no por los libros. Ella te atraparé en su engranaje; no temas, no te escaparás. El dolor llega primero, filoso, implacable, despiadado, te herirá...

LIANA: ¿He... ri... rá?

MISS GRANDELL: Te ha herido ya. Después llegará el amor, despacio, muy despacio... después...

- BERTA: *(Entrando apresuradamente.)* Después llegaré yo. *(Corre, se hinca ante Liana y besa su mano. Jovial, espontánea. Tras ella entra Eugenia que se detiene sin saludar.)* Me inclino ante ti... me arrodillo... y beso tu mano...
- LIANA: Atolondrada... revoltosa...
- BERTA: Perdón, Liana, perdón. Aquella bolsa gris que me prestaste... *(suspira ruidosamente)* era bonita la bolsa gris, ¿verdad, Eugenia?
- EUGENIA: *(Saludando levemente.)* Era preciosa.
- MISS GRANDELL: ¿Era?... ¿se la han robado?
- BERTA: No. Tuvo un fin más glorioso. Desapareció bajo una capa de agua mansa y cristalina. Remábamos... en un lago...
- MISS GRANDELL: ¡Naturalmente!
- BERTA: José Antonio trató de besarme... yo... yo...
- MISS GRANDELL: Trató de defenderse.
- BERTA: No... yo perdí la noción de las cosas, solté la bolsa, cayó al agua... pero como José Antonio es un caballero...
- MISS GRANDELL: Se echó al lago y la sacó.
- BERTA: No... me preguntó cuánto costaba para pagártela.
- MISS GRANDELL: ¡Todo un Quijote ese señor!...
- LIANA: No te preocupes, levántate; no valía gran cosa la bolsa gris. ¿Fueron a remar?
- EUGENIA: Sí, fuimos Josefina, Clara, María Enriqueta, Paquita la sobrina del General, Berta, yo y algunos chicos.
- BERTA: Oye, Eugenia, ¿te fijaste en Josefina? Se coloca el lazo de su vestido con tal gusto que luce tan gracioso y elegante como la pistola a un genarme de punto... *(Ríen.)*

- LIANA: ¿Se lo dijiste a ella?...
- BERTA: ¡A ella...! Pero, tonta, ¿cómo había de decírselo a ella?
- LIANA: ¿No era lo natural? así se lo hubiera arreglado mejor. Un día delante de mí, dijeron ustedes a Clara: “Qué bien pintada vas, debías darnos el secreto de tu maquillaje”... y cuando se marchó todas rieron de ella.
- BERTA: ¡Pero Liana!... no íbamos a decirle que parecía un sol de cohetería, que su maquillaje era desastroso; como tampoco podemos decir a Elena que camina como un escarabajo cansado, ni a Emilio, que siempre está en pose de: “nosotros intelectuales” que es un idiota.
- LIANA: (*A miss Grandell.*) Eso no está bien, ¿verdad?
- BERTA: ¡Qué sabes tú de estas cosas! Crees que puedo decirle a Paquita que ya no me presumirá más con “su tío el general”, porque he desenterrado para mi uso exclusivo el nombre de un glorioso antepasado nuestro, que no sé si fue un chinaco o un bandido, pero que suena bien: “General Girón”. Ahora no soy Berta Sánchez, soy María Berta Sánchez Girón.
- CARLOTA: (*Entrando.*) ¿Y ese jirón de dónde lo sacaste?
- BERTA: ¡Bah! Un jirón se saca de cualquier cosa; el mío es de mi tío el General”.
- EUGENIA: ¡Eres fantástica!...
- BERTA: Y ya nadie me hace menos, ni con guantes de piel de avestruz, porque ya he dicho a todas que acabo de recibir de Europa unos de ave de paraíso.
- LIANA: (*A Miss Grandell.*) ¿Y eso qué quiere decir?

MISS GRANDELL: Una estupidez. No hagas mucho caso de este renacuajo.

(Suena el teléfono.)

BERTA: *(Contestando el teléfono.)* ¡Bueno!... ¡Bueno! Sí, soy yo, ¿de veras? ¡Fantasmal! No puedo creerlo. Júramelo... ¿por quién?... pues, por la diosa azteca, la gloriosa Coatlicue. Muchas gracias, ahora sí te creo. Adiós, nos veremos mañana, sí, en la clase, sí. *(Toma su pañuelo extendiéndolo como una banderola, da dos o tres vueltas sobre sí misma y dice alegremente.)* ¡Aleluya!... ¡Aleluya!... obtuve ocho en arqueología, ¿increíble, verdad? ¡Ocho... ocho... ocho!

CARLOTA: ¿Estudias ahora arqueología? ¿Para qué?, ¿puedes decírmelo?

BERTA: Pues, en primer lugar porque nací para el estudio. *(Todos ríen con sorna, ella continúa impertérrita.)* En segundo, porque la mujer del mañana debe estar preparada para las grandes luchas.

MISS GRANDELL: ¿En las pirámides?... ¿En las catacumbas?...

BERTA: *(Con gesto de desdén.)* En tercero, porque en nuestros días, viste más asistir a un curso en la Universidad, que un modelo francés hace treinta años. ¡Aleluya!... ¡Aleluya!...

DONCELLA: *(Desde la puerta.)* El licenciado Roldán pregunta si la señora Liana puede recibirlo.

LIANA: Hazlo pasar en seguida. Puedo suplicar a ustedes que...

CARLOTA: Naturalmente, estás en tu casa. Con permiso, yo tengo mil cosas que hacer ¿Vamos? (A Berta y Eugenia.)

(Mutis de las tres, Miss Grandell avanza hasta colocarse al pie de la escalinata. Allí espera el licenciado con el que cruza algunas palabras en voz baja. Luego dice:)

MISS GRANDELL: No tenga cuidado, yo me quedaré aquí. (Sale al vestíbulo para seguir dando vueltas a pequeños intervalos.)

ROLDÁN: (Saludando efusivamente a Liana.) ¡Liana... Liana...! ¿Está usted bien? ¿Ha seguido bien?

LIANA: No lo sé. Creo que sí. (Le ofrece una silla próxima a su sillón.) Lo esperaba impaciente. ¿Cómo va el asunto? ¿Qué esperanzas me restan?

ROLDÁN: Su asunto va mal. Lo han embrollado de una manera “perfecta”. Su esposo ha hecho ventas, hipotecas, combinaciones, en fin, para ir poniendo a su nombre los bienes de usted. Poco a poco, diestramente, la han ido despojando.

LIANA: Es decir que, ¿si me separo de él, no tendré nada, nada mío?

ROLDÁN: Aún queda algo de valor, pero temo que no saca bastante para asegurar a usted la vida de quietud y tranquilidad que necesita. Por eso le pido que espere. Espere un poco. Si logramos, no una separación que dividiría las propiedades, sino la total nulificación del matrimonio, se le exigirá que restituya cuanto a usted pertenece.

- LIANA: Yo viviré pobre... sola, pero no quiero luchar, tengo miedo.
- ROLDÁN: No vuelva a repetir esa palabra. Sea fuerte, yo la defenderé de todas maneras, en todos los terrenos. Por ahora sólo me falta un testigo, aquella tía Eulalia. ¿Sabe algo de ella?
- LIANA: Nada. Casi la he olvidado, y su imagen va unida en mi memoria a una sensación de golpes y martirios que no quiero recordar.
- ROLDÁN: ¿No ha vuelto a verla aquí, alguna vez?
- LIANA: Nunca, nadie la nombra.
- ROLDÁN: Quizá por Berta lograríamos saber. Si usted quisiera preguntárselo... discretamente...
- LIANA: (*Ofendida.*) Yo no le preguntaré, busque usted por otro medio.
- ROLDÁN: Está bien. (*Pausa.*) Liana, tenga fe en mí. Se lo pido, la necesito. ¿Cómo defenderla si usted me niega su confianza?
- LIANA: ¿Y cómo tenerla... en quién, después de esa horrible pesadilla que ha sido mi vida?
- ROLDÁN: Perdóneme, tiene razón. Pero su vida cambiará, quiero que sepa que, así se pierda el pleito, usted no quedará a merced de ellos.
- LIANA: No... no podría quedar en sus manos.
- ROLDÁN: Valor, valor, unos cuantos días más y todo se arreglará. Es que me indigna, me subleva que usted se doblegue, se humille, la desprecien y aún después de todo esto queden dueños absolutos de lo que han robado.
- LIANA: Sí, de lo que han robado. (*Débilmente.*)
- ROLDÁN: Litigar es “un deber”, sostener la situación actual sería “un crimen”; una mofa a usted, a

mí, a la ley, al mundo entero. Liana, cuando usted me llamó hace tres meses, puso en mí su confianza, sus intereses, quizá su vida. Le agradecí entonces, ahora he contraído con usted una deuda que debo pagar; no quiero declararme insolvente, vencido, antes de empezar a luchar.

LIANA: Es que estoy desconcertada. Me encuentro entre gentes que no comprendo; que me odian y a las que no puedo querer.

ROLDÁN: No agobie su mente más con todo esto. Le aseguro que se arreglará. (*Viendo su reloj.*) Ya Máximo debía estar aquí ¿Tiene usted listos los testimonios que pedí?

LIANA: Se los traeré enseguida. Con permiso. (*Mutis.*)

ROLDÁN: (*Llamando.*) Miss Grandell... ¿Nadie se ha acercado?

MISS GRANDELL: (*Que ha entrado con cautela.*) Nadie.

ROLDÁN: ¿Cree usted que sospechen?

MISS GRANDELL: Sí. Mientras la cotorra y la cacatúa charlaban en el jardín, la lagarta no ha dejado de rondar por aquí.

ROLDÁN: Es usted temible.

MISS GRANDELL: Eso dicen todos.

ROLDÁN: Con razón. Y hablando de otra cosa, ¿cómo ha estado la señora?

MISS GRANDELL: Bastante mal.

ROLDÁN: ¿Ha recibido algún maltrato?

MISS GRANDELL: Propiamente no. ¿Sabe usted? El señor Sergio hace muchos días que no viene a casa. Además quizá Liana sepa lo de... lo de...

ROLDÁN: ¿Lo de la otra mujer?

MISS GRANDELL: Sí. Él no se cuida, no se considera obligado a ocultarse.

ROLDÁN: ¿Y a ella, le afectó eso?

MISS GRANDELL: Sí.

ROLDÁN: Entonces... es que ella lo ama (*Con voz temblorosa.*) ¿Cree usted que ella pueda amarlo? (*Con marcada ansiedad.*)

MISS GRANDELL: ¿Quién puede saberlo? Muchos enfermos conservan profundas impresiones subconscientes de sus días de locura. Él fingió amarla; bien puede haber marcado alguna huella en su mente o en sus sentidos.

ROLDÁN: ¡El infame!...

MISS GRANDELL: Estos días de exaltación y decaimiento me recuerdan los primeros días de su curación. Hace casi dos años. ¡Oh! usted no puede imaginar el gozo de médicos y enfermeras cuando ella empezó a recuperar la razón, a trabajar su memoria como la de un niño. Sus pensamientos eran ingenuos, pero sorprendentemente claros, limpios. Su mente torpe, pero justa. Hablaba de que en sus sueños había grabado la imagen de un hombre, un amigo que llamaba “ausente” y el cual dice que ahora no encuentra.

ROLDÁN: Tiene un sentido exacto de las cosas y una delicadeza...

MISS GRANDELL: Cierta vez me preguntó. ¿Cómo se llama una mujer noble, grande, bella, generosa? Una dama, le respondí y desde entonces me dice Dama Blanca.

ROLDÁN: Muy bien calificada.

MISS GRANDELL: Esa misma delicadeza, esa hipersensibilidad, la hacen sufrir, por eso temo...

ROLDÁN: Yo también ¡El mundo es para ella tan extraño!

MISS GRANDELL: ¡Tan remoto! Su conciencia pura, sin contaminaciones, su sinceridad absoluta, la hacen dar a nuestros defectos proporciones monstruosas.

ROLDÁN: Es un martirio del que debemos apartarla (*Pausa.*) Miss Grandell, no ignora usted mi interés por ella. Si lograra salvarla, quizá, después le propondría que aceptara mi nombre.

MISS GRANDELL: ¡Cómo!, ¿usted la ama?

ROLDÁN: Sí, profundamente; pero por ahora no hay que hablar de eso.

MISS GRANDELL: Estoy satisfecha de haber confiado en usted. Al encontrar la tarjeta de su dirección entre unos papeles de Liana, pensé que alguien ajeno a sus familiares debía enterarse de su restablecimiento, puesto que ellos, a quienes se les había notificado, se conformaron con seguir enviando puntualmente su pensión sin darse por enterados del estado que guardaba su salud. Me felicito ahora de haber acudido a usted.

ROLDÁN: Y yo de haberle indicado cuando recibí su primera carta la conveniencia de que se viniera.

(*Vuelve Liana.*)

LIANA: (*Entregando al licenciado un fajo de papeles.*) Aquí los tiene usted, son todos los documentos que comprueban mi vuelta a... la razón.

ROLDÁN: Liana. No quiero marcharme sin suplicarle que haga un esfuerzo para calmar esa ansiedad de saber, de saber lo que todos ignoramos, de martirizar su mente queriendo penetrar de improviso en la vida. Hay que entrar en ella con calma; aprender a vivir.

LIANA: ¡Aprender a vivir!... Y para lograrlo ¿qué debo hacer?

ROLDÁN: Se lo diré, se lo diré poco a poco; yo la enseñaré a conocer la vida, espere. Por ahora no puedo detenerme más. Adiós, Liana. (*A Miss Grandell.*) No olvide mis recomendaciones. (*Mutis.*)

MISS GRANDELL: No hay cuidado. La lagarta no se enterará.

LIANA: Dama Blanca, ¿no te parece cruel dar a las gentes nombres de animales?

MISS GRANDELL: ¡Terriblemente cruel! ¡Pobres animales! Yo sé que no les hago ningún favor, porque éstos... son peores que ellos. ¿Crees que existe un lobo, por hambriento que esté, que le finja amor a una loba, porque ésta tiene una guarida de esmeraldas?

LIANA: ¡Qué tontería! ¿Pero si la loba tuviera un buen trozo de carne?

MISS GRANDELL: Pelearía con ella, le clavaría garras y colmillos hasta ganar o perder la carne, pero no la engañaría.

(*Aparece Máximo.*)

MÁXIMO: (*Muy bien arreglado, peinado y acicalado, pero tan tímido como siempre.*) Dan ustedes permiso para...

MISS GRANDELL: Pase... pase usted.

MÁXIMO: (Con emoción.) Señora, mi querida señora, qué bella, que interesante está usted y mejorando, ¿verdad?

LIANA: ¿Lo cree usted?

MÁXIMO: No. Esa cara dice que no quiere usted reconciliarse con estos pobres y estúpidos mortales repletos de cordura y sensatez ¿Sufre?

LIANA: Mucho. Usted lo sabe, y sabe también que ya no puedo más, que ya no tengo fuerzas para seguir así más tiempo.

MÁXIMO: Si yo pudiera aconsejarla... si usted pudiera tener en cuenta mi consejo...

LIANA: ¿Qué?

MÁXIMO: Haría a un lado toda consideración de bienes de intereses, de "justicia" como diría el licenciado Roldán, y saldría usted de aquí, dejaría esta casa inmediatamente...

LIANA: Quisiera poder hacerlo. Dejar todo esto y huir... huir muy lejos.

MÁXIMO: Considero que sería prudente hacerlo, tanto por lo que ellos puedan intentar contra usted, como por usted misma, por su propia tranquilidad.

LIANA: Siento el mal que me rodea, tengo el presentimiento de un daño indefinible... tengo miedo... tengo miedo.

MÁXIMO: Yo también, señora; y quisiera poder librarla de ese mal, apartarla de la perversidad que la acecha antes de que sea demasiado tarde.

LIANA: El licenciado Roldán me aconseja luchar, luchar a toda costa.

MÁXIMO: Habla como abogado, como hombre para el cual antes que todo está la ley, el código, el delito, el castigo.

LIANA: Es verdad.

MÁXIMO: Yo le hablo a usted como amigo, como un amigo para el cual antes que nada está usted, su propio bien, su salud, su libertad. Es usted prisionera, prisionera desde hace años en la red que ellos le tendieron y de la cual no podrá escapar fácilmente... a menos que... todo lo abandone... todo lo olvide.

LIANA: (*Tristemente.*) No es posible... no es posible. No dispongo de medios, mi firma no vale nada... mi nombre tampoco. Nadie me toma en serio.

MÁXIMO: ¡Medios!... si pudiera decirle que yo... si usted pudiera comprenderme... si pudiera...

MISS GRANDELL: (*Con tono cortante.*) Si pudiera decir usted de una vez lo que quiere. ¿Qué puede ser que ella no comprenda?

MÁXIMO: (*Cohibido.*) Nada.

LIANA: (*Comprensiva.*) Gracias... gracias... (*Pausa.*)

MÁXIMO: Está bien. Hablemos ahora de lo que importa. Desea el licenciado que firme usted estos documentos inmediatamente.

(*Liana va al escritorio; él le indica dónde debe firmar.*)

MISS GRANDELL: (*Desde la puerta del fondo.*) Recoja usted pronto esos papeles, la cacatúa se acerca... ¡pronto... pronto!

(*Llega Berta, seguida de Eugenia.*)

- BERTA: Licenciado, ¡cuánto gusto de verlo! Somos antiguos conocidos, ¿verdad?
- MÁXIMO: (*Tartamudeando.*) Sí... sí, señorita... muy antiguos.
- BERTA: ¡Y no haber vuelto a vernos desde entonces! Ya sé que usted ha venido algunas veces, pero nunca hemos coincidido.
- MÁXIMO: No... no hemos coincidido.
- EUGENIA: Supongo que usted ya será abogado, podrá con sus palabras construir un trono. ¿No es así?
- MÁXIMO: Sí... sí, señorita. Ya soy abogado, pero no ejerzo. No, no he podido ejercer nunca. ¿Sabe usted? Cuestión de carácter; ¡con este estúpido carácter!... Pero mire usted, aquí tengo mi título, véanlo ustedes: “Aprobado por unanimidad”. (*Con énfasis.*) Tengo esto subrayado con tinta roja. Yo lo subrayé, yo mismo, para verlo de vez en cuando.
- BERTA: ¿Y por qué guarda usted su título en el bolsillo? El lugar indicado es en su despacho, en un bonito marco.
- MÁXIMO: No tengo marco, ni despacho. Además yo necesitaba mi título a mano, no para convencer a los demás de que soy abogado, como lo hacen los otros, sino para convencerme a mí mismo, para darme valor.
- LIANA: ¿Y le ha dado valor?
- MÁXIMO: No. Todo es inútil. Me gusta la defensa; claro que me gusta la defensa; pero para defender hay que atacar, luchar, pelear con los otros... y yo no tenía carácter para hacerlo. Guardé el título y entré al comercio. Pronto me cesaron, cometía el imperdonable delito de decir al

cliente que la mercancía era mala y cara. Al ver la mala fe... y al declararla, ustedes comprenden que...

MISS GRANDELL: ¡Cualquiera comprende!

MÁXIMO: Me cesaban en todas partes. Volví con el licenciado Roldán; para él los litigios escandalosos, para mí el escritorio humilde en un rincón, sin ruido.

MISS GRANDELL: Si está usted contento con ese trabajo, es bastante.

MÁXIMO: No estaba satisfecho, buscaba otro medio de utilizar mi vida. Tengo hace años un socio, estudiamos la estática del radio; es decir, tratamos de hacerla desaparecer, ¡Oh!, esto sí es maravilloso. En silencio devoto, encerrados en un cuarto, estudiamos y experimentamos. Las ondas son siempre amigas. Estamos solos y acompañados, lejos de todo y con el mundo entero en nuestras manos.

LIANA: ¡Maravilloso!

BERTA: ¿Y logró captar las estaciones de lejanos países?

MÁXIMO: Sí, pescamos a Alemania, claramente, suavemente. Temblábamos de emoción, de alegría, de orgullo, sí; y a Italia, y a España y a Rusia.

BERTA: ¡Es posible!... ¡Maravilloso!

MÁXIMO: Maravilloso, esa es la palabra. Nos embargaba una sensación de plenitud, de poder, de elevación a los más altos planos de lo sublime, de lo excelso ¡Tener allí, al alcance de nuestra voluntad, todos los sentimientos del hombre, todos los pensamientos del mundo!

LIANA: ¡Debe ser tan emocionante!...

MÁXIMO: (*Exaltándose poco a poco.*) Escuchaba devotamente, en absoluto recogimiento, día a día, minuto a minuto; pero día a día, también, minuto a minuto, empezó a invadirme un sentimiento de repulsión, de asco. De una parte sólo nos llegaban voces llenas de petulancia, de soberbia, de egoísmo sin límites. De la otra, alardes de poder desenfrenado, brutal; y egolatría, deseos de aniquilar cuanto se interponga en su camino. De más allá rumores de odio desencadenado, invencible, de hermano contra hermano; hambre rugiente y furia de bestias; de los más lejanos, hipocresía, falsedad, mentira y odio también, odio y muerte bajo frases de amor y de fraternidad. Miseria en el mundo entero, no miseria de oro, sino miseria de almas ¿En dónde está la bondad? ¿En dónde la justicia? ¿Y para eso había estudiado noche y día? ¿Era para aumentar la propaganda del odio hacia donde iban encaminados todos los descubrimientos de la ciencia, todos nuestros esfuerzos? ¡No!... ¡No!... Tomé una barra de hierro, golpeé el maldito aparato, lo destruí. Que sean otros, no yo, los que contribuyan a estos crímenes antihumanos. ¡Está loco, decían todos, está loco!...

MISS GRANDELL: En verdad, usted debe estar loco.

MÁXIMO: ¡Si buscar la bondad es locura, estoy loco; si buscar la justicia humana es locura, sí, estoy loco!...

- BERTA: ¡Es increíble!
- MÁXIMO: (A Berta.) No lo creería usted, (a Eugenia) ni usted.
- LIANA: Yo sí, yo sí lo creo, lo comprendo...
- MÁXIMO: (A Liana.) Sí, usted lo comprendería, usted sí. (Transición.) Pero dispéñenme ustedes, debo irme, tengo que llegar al juzgado antes de...
- EUGENIA: Yo me despido también. (Inicia el mutis, Berta la acompaña.)
- MISS GRANDELL: (Escuchando la voz de Sergio.) Viene, lo oigo, no quiero verlo.

(Se encuentran en la escalinata, apenas se saludan. Él alegre, desvergonzado, cínico, burlón y con bastantes copitas encima. Se encamina a sus habitaciones dejando su sombrero por allí.)

- LIANA: ¡Sergio, Sergio!...
- SERGIO: ¿Princesa?, ¿estaba usted ahí? No la había visto.
- LIANA: Sergio, quisiera hablarte.
- SERGIO: No es día de audiencia... lo siento.
- LIANA: Anoche, tampoco viniste a casa.
- SERGIO: ¿Lo notó usted, princesa? ¡Cuánto honor!...
- LIANA: Te esperaba.
- SERGIO: ¿Para qué molestarse? No debe usted volver a hacerlo, le hace mal, le perjudica.
- LIANA: Sergio, hablemos seriamente.

(Acercándose a él, que se coloca al otro extremo de la sala tratando de escapar a una inminente explicación.)

- SERGIO: Muy bien. Hablemos seriamente. ¿Te acuerdas, Liana, cuando me decías hace años: “yo soy una princesa, tú un príncipe”?
- LIANA: ¡Quisiera no acordarme!
- SERGIO: Cuestión de proponértelo. Siempre podemos olvidar lo que queremos olvidar.
- LIANA: No es verdad.
- SERGIO: ¡Bueno! Yo olvidaba que tenía una cita. No me detengas, mi tiempo es limitado. (*Viendo su reloj.*) Diez minutos solamente para cambiar de traje... para... para...
- LIANA: Escúchame, Sergio.
- SERGIO: Imposible. Lo siento ¿Ves? Ya he perdido dos minutos y un asunto es importantísimo.
- LIANA: Espera... espera...
- SERGIO: (*Con dureza.*) No puedo dejar de asistir a esa junta ¿Entiendes?
- LIANA: Sergio, lo que haces es infame...
- SERGIO: Ahora la princesa mancha sus labios con una palabra tan fea. ¿Te he tratado mal?... ¿Te he pegado?
- LIANA: Es algo peor... peor que los golpes.
- SERGIO: ¡Qué dramático!... ¡ja... ja... ja...!
- LIANA: Te burlas... Sergio...
- SERGIO: ¿Y cómo no? ¿En dónde aprendiste eso? o acaso es que... ¿qué estás celosa...? ¡Celosa!... ja... ja... ja...
- LIANA: ¡Celosa!... ¡Celosa de ti!... ¡No, no lo mereces! Estoy desesperada.
- SERGIO: Liana, dijiste antes que querías hablar con seriedad ¿Es esto serio?
- LIANA: (*Se acerca, él retrocede.*) ¿Me tienes miedo?

SERGIO: ¡Yo!... ¿Por qué? Si eres una mujercita adorable, deliciosa, encantadora y te he amado a pesar de todo...

LIANA: ¿Qué quieres decir con ese “a pesar de todo”?

SERGIO: Tú lo sabes. A pesar de que me haces perder el tiempo en discusiones tontas. Ya sólo me restan dos minutos, hasta luego.

(Suena el teléfono. Él contesta. Liana, silenciosa, pensativa, se recarga en el escritorio, él habla a media voz, después la sube de tono.)

SERGIO: ¡Bueno!... sí, Sergio. Dime... ¿dime por qué?... no tienes razón, te juro que no tienes razón, ya sabes que yo, espera... *(Se levanta, busca algo, toma luego el gong, pega en él con el martillo y dice a Liana:)* Mira, qué bonito suena, diviértete con él y déjame hablar, así... así... *(Golpeándolo nuevamente. Liana toma el gong, golpea en él sin darse cuenta, hondamente angustiada.)* Sí, querida, te empeñas en disgustarte y en disputar sin motivo... ¡No!... ¡te digo que no! No vuelvas a decir esas palabras. Estoy dispuesto a todo, tú lo sabes, vida... sí, amor... se hará como quieras... cálmate; óyeme... está bien, si no quieres oírme haz lo que gustes, sólo te pido que... que no olvides que por ti haré “eso”... eso que quieres y más... mucho más. Te adoro... sí, vida, hasta luego... como siempre. *(Cuelga el audífono, va a retirarse, al ver a Liana se detiene.)* Perdóname, te dije que no podía detenerme. No me queda un segundo. Habla-

remos mañana; si no puedes esperar habla con mi madre. Si quieres dinero, dilo, ya sabes que yo no te niego nada. (*Mutis.*)

(*Liana, que ha seguido golpeando el gong maquinalmente queda viendo hacia donde Sergio desaparece. De pronto, deja caer el gong y cubre su cara con ambas manos sollozando.*)

MISS GRANDELL: (*Desde la escalinata.*) ¿Qué ha pasado, qué ha pasado?

LIANA: ¿Qué es eso? (*Señalando el gong que la Miss recoge y coloca sobre cualquier mueble de la derecha.*)

MISS GRANDELL: Esto es un gong. En otras palabras, el recuerdo de una aventura amorosa de tu marido en Asia. Una chinita enamorada se lo obsequió, según dice Berta. Pero eso... eso ¿qué significa para ti?... No puede importarte. Tú no le amas, Liana ¿verdad? Tú no le amas. (*Con marcada ansiedad.*)

LIANA: ¡Amor!... ¡qué sé yo!... ¿Has amado tú alguna vez, Dama Blanca?

MISS GRANDELL: ¡Amar!... ¡Amar yo!... ja... ja... ja...

LIANA: ¿Por qué ríes así?

MISS GRANDELL: No soy sentimental. La época exige eficiencia, no sentimentalismo. Si logras ahogar tus sentimientos como yo, serás feliz.

LIANA: (*Tristemente.*) ¡Feliz!... ¡Feliz yo!... ¡Felicidad!... ¡Amor!... palabras llenas de algo demasiado grande que no alcanzo a comprender. (*Con entonación desgarradora.*) ¿Cómo podré saberlo?... Te lo suplico, dímelo tú... si has amado

lo sabes, ¿qué es el amor?... ¿En qué consiste? ¿Por qué se llama así? ¡Quiero saberlo... necesito saberlo!...

CARLOTA: *(Que se ha detenido al escuchar las últimas palabras de Liana.)* ¿Un nuevo ataque? ¿Ve usted? Si yo lo digo con razón; la loca de un día es loca de siempre, nunca se cura por completo. Así decía antes: “Quiero saber quién es Pinocho... ¿por qué se llama así?”. Espéreme usted, traeré un poco de amoníaco, esto le hacía bien. *(Mutis.)*

(Liana en su sillón llora desesperadamente.)

MISS GRANDELL: *(Se acerca, la emoción anuda su garganta, acaricia la cabeza de Liana diciendo con voz opaca:)* Hija mía... hija mía.

CARLOTA: Aquí están las sales.

MISS GRANDELL: *(Arreatándose las.)* Permítanme, se las daré yo; no hay para qué molestarse cuando se trata de... una loca. *(Carlota, levantando los hombros, hace mutis a la izquierda.)* ¡Pero qué le importa a usted, lechuza!, ¡qué le importa a la parvada! Vamos, Liana, serénate, necesitas reposo, estás temblando, tu pulso está agitadoísimo. ¿Tienes fiebre? ¡Tu carne quema!...

LIANA: No es nada... no tengo nada. *(Mutis a la derecha.)*

(Se escucha un altercado entre la doncella y Jacobo. Sale Sergio, viéndose en un espejo, trata de arreglarse la corbata.)

- JACOBO: Hablaré con él, aunque se oponga el mundo entero.
- DONCELLA: Señor, este hombre parece borracho, no he podido detenerlo.
- SERGIO: Vete, déjanos. ¡Usted!... ¿Qué quiere de mí?
- JACOBO: Sí; soy yo, Jacobo Ayala, me agrada que me reconozca; además, así no tendré que decirle a lo que he venido.
- SERGIO: Lo supongo. Dinero. ¿Cuánto? (*Saca una pistola y la coloca sobre el escritorio.*)
- JACOBO: No me asusta su pistola.
- SERGIO: Así lo creo. Hable. ¿Cuánto?... seré generoso.
- JACOBO: ¡Cuánto!... ja... ja... ja... los que tienen dinero creen que todo el mundo gira alrededor de sus monedas. Conozco su clase... y he oído hablar de su “generosidad”.
- SERGIO: Yo también conozco la suya. Colocan a sus hijas o a sus mujeres de gancho para explotar incautos. Pero yo no soy un incauto y no me dejaré explotar. Daré una sola cantidad, una sola... para siempre. ¿Lo entiende?
- JACOBO: ¡Canalla! ¡Infame! ¿Usted sabe lo que ella era para mí? ¿Lo que ella valía para mí? No, los hombres como usted no pueden comprenderlo.
- SERGIO: Pero sabemos pagarlo.
- JACOBO: ¡Dinero!... ¡Dinero!
- SERGIO: El que todo lo puede, el que todo lo paga.
- JACOBO: No tiene usted bastante dinero para pagarme lo que me ha robado. La honra vale demasiado... o no vale nada.
- SERGIO: ¡Ambicioso! ¡Bah! El que estima un tesoro, por pequeño que sea, o una mujer, por poco que

valga, no la pone en mitad de la calle, donde yo... otro... cualquiera puede tomarla.

JACOBO: ¡En mitad de la calle! Miente, miente usted, ella era decente...

SERGIO: ¿Sabe dónde la conocí? Su ingenuidad o... su desvergüenza dan risa; lo que usted quiere es cobrar a buen precio...

JACOBO: Su cinismo, su perversidad, dan asco. ¡Cannalla! ¡Infame!... *(Se acerca amenazador, Sergio empuña la pistola, luego grita hacia el jardín.)*

SERGIO: ¡Julián!... ¡Julián!... ven... *(Carlota entra, se detiene junto a la puerta. Jacobo al verla se retira paso a paso.)* Ponga usted un precio razonable y nos entenderemos.

JACOBO: Liquidaremos eso otro día. Volveremos a vernos, se lo juro. *(Mutis.)*

(Aparece Carlota.)

CARLOTA: *(Acercándose tras un corto silencio.)* ¿Qué voces eran esas?

SERGIO: No te alarmes, un mendigo un poco insolente, Pero no le temo, de éstos vuelan centenares alrededor del dinero.

CARLOTA: Sergio; el licenciado Roldán vino hoy otra vez. No sé qué juego preparen, sólo sé que debemos desconfiar.

SERGIO: ¡Bah! ¿Qué pueden intentar en mi contra?

CARLOTA: El divorcio.

SERGIO: Mejor; estoy cansado, necesito ser libre. Si no lo pide ella, lo pediré yo.

- CARLOTA: Ten juicio, Sergio. Si se dividen los bienes, ¿qué nos toca? Los pozos no tienen el mismo rendimiento, los negocios de petróleo van mal; además tus calaveradas ¡Si tuvieras paciencia!
- SERGIO: ¡Paciencia! ¡Si esos imbéciles del sanatorio hubieran tenido a bien consultarme antes de enviarla!
- CARLOTA: ¿Qué podías haber hecho?
- SERGIO: Contestarles que iría por ella.
- CARLOTA: Y luego no irías, lo adivino.
- SERGIO: No me conoces. Iría... ya lo creo que iría... para llevarla a otro sanatorio. Si fuera necesario, la misma comedia que nos sirvió para hacer que la declararan cuerda cuando estaba loca, nos servirá ahora a la inversa. Para probar que estaba loca, aunque hubiera curado por completo. El dinero todo lo puede en todas partes del mundo.
- CARLOTA: ¡Si estuviéramos a tiempo!
- SERGIO: Aún estamos a tiempo (*con voz baja*), y sobran medios... otros medios.
- CARLOTA: ¿De qué medios hablas?
- SERGIO: Madre, tuvimos bastante habilidad antes y no vamos a detenernos ahora. Si es preciso... pues... estoy resuelto a todo.
- CARLOTA: Además, ella no ha recuperado la razón por completo. Acabo de comprobarlo.
- SERGIO: Yo nunca he creído en su curación.
- CARLOTA: Hay que proceder con cautela. No la hagas desesperar, trátala bien y no pidas el divorcio. Sé que quieres casarte con esa mujer que tienes por ahí... Óyeme Sergio, sé pru-

dente, no te precipites, no pidas el divorcio, piensa serenamente lo que te conviene... y después...

(En ese momento entra Yolly seguida de la doncella que trata de hacerla esperar en el vestíbulo.)

YOLLY: *(Con altanería.)* Buenas tardes, señora.

SERGIO: *(Muy mortificado.)* Mi madre, mi amiga Yolanda Garcés...

(Carlota hace un ligero saludo y se marcha.)

YOLLY: No le gusto a doña suegra, ja... ja... ja... No intento gustarle tampoco. Oí que te “suplicaba” que no te divorciaras. ¿Qué quiere? ¿Tenerte atado para siempre a esa loca para disfrutar de su dinero? Ahora no lo conseguirá. No sabe que nunca habías hallado una mujer como yo. Las otras pasaron por tu vida como tú quisiste, pero yo no... ¡no!...

SERGIO: ¿Quieres decirme a qué has venido, Yolly?

YOLLY: A conocerla a ella, a ella, ¿sabes? ¿Quiero saber por qué se opone a divorciarse, por qué...? *(Levantando la voz.)*

SERGIO: *(Nervioso.)* Calma, Yolly, ella no se opone, no hay motivo para que te disgustes...

YOLLY: ¡No hay motivo! Estoy cansada de esta situación, de ser siempre la amiga del señor Sergio N. Sánchez y no toleraré...

SERGIO: Acabo de tener un altercado bastante desagradable, y hasta tú me proporcionas una escenita...

YOLLY: No estoy dispuesta a seguir así, indefinidamente. O nos casamos o todo termina aquí. A pesar de que te quiero tú lo sabes...

SERGIO: *(Besándola en el cuello.)* Tú también sabes que te adoro, Yolly mía. Haré lo que quieras *(Besándola nuevamente.)* Y ahora, vámonos, no debemos estar aquí un instante más.

YOLLY: Espera, vas todo despeinado. *(Saca de su bolsa de mano un espejillo y un peine y empieza a peinarlo. Liana muy despacio sale por la derecha. Yolly le da la espalda, Sergio de frente.)* Cuando nos casemos... porque te divorciarás en seguida, ¿eh?

SERGIO: *(Besándola.)* No volveremos a disputar, nos casaremos cuando quieras, como quieras. *(Se pone rápidamente de pie.)* ¡Liana, Liana!

YOLLY: *(Estrechándose en sus brazos.)* ¿Es ella?... ¿Ella?...

SERGIO: ¡Ella!

YOLLY: ¿La loca?

SERGIO: No temas, nada te hará.

(Escudándola con su cuerpo. Liana mientras tanto ha ido acercándose al escritorio; ellos, temerosos, se sitúan al lado opuesto. Sergio busca algo para defenderse.)

LIANA: *(Con voz suave.)* ¿Buscas tu sombrero? Allí lo dejaste...

YOLLY: *(Repuesta ya.)* No es fea, chico; ¡pero vaya un animal peligroso que tienes en tu casa!

SERGIO: No creas, es inofensiva, nunca se pone furiosa, pero no me gusta lastimarla. Vámonos.

YOLLY: *(Acercándose con precaución.)* Bonitos ojos,

bonita boca, ¿sabrá besar? ¿Has besado alguna vez? (*Liana no contesta.*) ¿No...? ¿No? Debe ser triste morirse sin saber lo que es un beso de amor... ¡Pero!... ¿me entiendes?

SERGIO: Yolly... ¡no seas imprudente!

YOLLY: ¡Imprudente! ¿Por qué? ¿No dices que es inofensiva? De todas maneras no me explico cómo pudiste unirme, aunque fuera de nombre, a una mujer idiota. Es una estupidez imperdonable o... (*Liana se apoya en el escritorio, ambos brazos hacia atrás, toca la pistola, la palpa sin verla. Cierra los ojos, Yolly sigue riendo.*) Ja, ja, ja, o una inmoralidad; pero olvido una razón que todo lo explica: el dinero. Vámonos. Me lo voy a llevar, espero que no te disguste. A ti te dará lo mismo, a mí no. Te lo devolveré algún día, ¿cuándo? no lo sé. Cuando me canse de él, pero ahora no. Él es mío, no me lo disputes, porque no te lo daré.

SERGIO: Vámonos Yolly, vámonos...

YOLLY: Antes dime, aquí, ante ella, que nunca la has amado.

SERGIO: (*Con voz temblorosa.*) ¡Nunca... nunca!

YOLLY: Dime que nunca la has besado... que nunca has...

SERGIO: ¿Cómo puedes preguntar tal cosa? Vámonos.

YOLLY: Está bien, vámonos. Adiós, querida...

SERGIO: Adiós, princesa; mi linda, encantadora, adorable princesa. Ella me rapta, ¿ves? ¿Qué puedo hacer yo? Perdóname, nos veremos...

YOLLY: ¡Hasta más ver! (*Mutis.*)

(Se sigue oyendo la risa sarcástica de Yolly. Liana se levanta, se asoma a la ventana. Se retira y al acercarse al escritorio, ve la pistola, la toma, vuelve a la ventana. La risa ha cesado. Se oye partir un coche. Pausa. Liana extiende su mano fuera de la ventana. Se escuchan dos disparos, luego otros tres. Gritos, carreras afuera. Liana muy despacio vuelve al centro del escenario.)

MISS GRANDELL: ¡Qué has hecho!... ¡Qué has hecho!... ¡Tú!...
¡Tú!...

LIANA: *(Sonríe con dolorosa amargura.)* Sí, fui yo... yo...

(Entra Carlota, luego Berta, después la Doncella.)

DONCELLA: ¡Está muerto!... ¡Está muerto!...

CARLOTA: ¡Y fuiste tú!... ¡fuiste tú...!

LIANA: *(Como sonámbula.)* Me engañaba... se burlaba de mí... lo maté.

La pistola escapa de sus manos, cae ruidosamente. Muy despacio baja el...

TELÓN

TERCER ACTO

Cuarto amplio de hospital. Puerta vidriera al fondo que da acceso a un corredor de sencilla arquería. Gran ventana a la derecha. Silla de extensión cerca de la ventana. Mesa con distintos objetos, flores, etc. Resto de mobiliario sencillo, claro, apropiado. De vez en cuando se ven atravesar por el corredor algunas enfermeras. Un agente de policía hace guardia constantemente junto a la puerta. Por la mañana.

Se levanta el telón. Máximo en escena va y viene con los brazos cruzados a la espalda. Miss Grandell arroja con rabia un periódico que lee.

MISS GRANDELL: ¡Premeditación, alevosía, ventaja!... ¡Oh, Dios mío, si ella se empeña en condenarse, quién puede salvarla! ¡Diga usted!...

MÁXIMO: (*Sorprendido.*) ¿Que diga yo qué?...

MISS GRANDELL: ¿Quién puede salvarla?

MÁXIMO: (*Vuelve a sus paseos.*) Nadie.

MISS GRANDELL: Ella es el más temible obstáculo con el que hay que luchar.

MÁXIMO: ¡Sí!... ¿Qué decía usted?

MISS GRANDELL: Que sería injusto condenarla. ¿Qué hubiera hecho usted? ¿Qué hubieran hecho los demás?

MÁXIMO: Yo hubiera hecho lo mismo. No por la última canallada, sino por todo lo anterior, desde el principio. Y si no fuera tan imbécil como soy; yo, yo mismo la hubiera liberado antes de que ella se arrojará... a donde se ha arrojado.

MISS GRANDELL: Usted, que no ejerce su título por no tener que alzar la voz... hubiera sido capaz...

MÁXIMO: De esto sí... sí...

MISS GRANDELL: Es usted desconcertante. (*Pausa.*) ¿Cree usted que ella, la otra, vendrá? ¿No es posible evitar a Liana este tormento?

MÁXIMO: No debemos evitarlo. Ella vendrá.

BERTA: (*Saludando efusiva y cordialmente.*) Buenos días, licenciado. Miss Grandell, conseguí un permiso para venir a hablar con usted. No quiero verla a ella, no podría, sólo quiero saber cómo ha seguido. ¿Desapareció la fiebre?

MISS GRANDELL: Desde hace varios días. Ahora está mucho mejor.

BERTA: (A Máximo.) ¿Qué le harán, licenciado, qué castigo le espera? Un amigo mío dice que si estuviera en Estados Unidos iría a la silla eléctrica... ¡Qué horror!...

MÁXIMO: El Fiscal ha pedido veinte años. Si se tuvieran en cuenta ciertas atenuantes, como su matrimonio, la conducta de su esposo, si Liana quisiera relatar lo que pasó entre ellos aquella tarde... pero ella se niega a hablar, por eso el careo es indispensable.

MISS GRANDELL: Liana no hablará y la otra sabrá aprovecharse colocándose en la mejor posición posible. Es pájara fina.

(Liana aparece en el corredor escoltada por dos enfermeras. Berta, al verla, trata de escapar; como no hay otra puerta de salida, tiene que cruzarse con ella. Ambas se miran unos segundos sin poder hablar.)

LIANA: (Dulcemente.) Buenos días. (Todos contestan excepto Berta.)

MÁXIMO: (Acompañándola al sillón.) ¿Vio a los especialistas, declaró usted ya?

LIANA: Sí, lo que podía declarar.

MÁXIMO: ¿Por qué se obstina en callar?

LIANA: Si está muerto... yo lo maté ¿Para qué decir lo que sólo mancharía su nombre sin borrar mi culpa?

BERTA: (Acercándose muy despacio.) ¡Liana!... ¡Liana!... ¿Cómo hiciste eso? (Los sollozos la ahogan; se arrodilla.) ¡Cómo pudiste tú... tú...!

- LIANA: Perdóname, Berta, soy yo la que debía estar hincada ante ti y explicarte... tú me comprenderías... tú me querías, ¿verdad?... pero es que ya no puedo hablar, siento muertos mis pensamientos, agotadas mis palabras.
- BERTA: Liana... ¡He sabido tantas cosas! Yo lo ignoraba todo, no estaba de acuerdo con los demás. ¿Me crees?
- LIANA: Te creo.
- ROLDÁN: (*Entrando con precipitación.*) Liana, necesito hablar con usted... a solas.
- BERTA: Volveré después. (*Mutis de Berta y Máximo.*)
- ROLDÁN: Miss Grandell, usted puede quedarse. (*Ella se sienta a respetuosa distancia.*) Liana, ¿por qué hizo usted esas declaraciones?
- LIANA: ¿Qué más podía decir?
- ROLDÁN: La aconsejé primero, le supliqué después que, puesto que todos la creían una “enferma mental”, los dejará usted en esa creencia ¡Era tan sencillo! De usted dependía únicamente. Los médicos psiquiatras lo hubieran aceptado así, considerando la fiebre cerebral que acaba usted de pasar; considerando que usted era...
- LIANA: “Era”, usted lo ha dicho. Pero ahora no... ¡No estoy loca!... ¡No estoy loca!...
- ROLDÁN: Nadie lo creía, nadie lo sabía.
- LIANA: Lo sabía usted, lo sabía yo. Con eso basta.
- ROLDÁN: Tenga en cuenta que hubiera sido absuelta inmediatamente. Era nuestra mejor defensa.
- LIANA: Imposible a ese precio.
- ROLDÁN: Liana, ¡hay que saber darle valor a las circuns-

- tancias comprende! callar ciertas cosas, detallar otras, un pequeño esfuerzo y...
- LIANA: (*Exaltándose.*) ¡No sé mentir! ¡No puedo mentir! ¡Y es usted, usted, quien me pide que mienta!
- ROLDÁN: Trate de comprenderme, no es eso lo que pretendo.
- LIANA: Yo lo maté. ¿Con perfecto conocimiento de lo que hacía? No sabría decirlo, pero yo lo maté.
- ROLDÁN: Liana, soy su defensor, más que eso, un amigo que daría su vida por salvarla y me desespera que usted misma haya atado mis manos.
- LIANA: Entonces... es preciso mentir. ¿Es que, aquí también, nadie puede decir la verdad? ¿En esto también sólo hay mentira?
- ROLDÁN: Cálmese... usted tiene razón, pero con ella me ha imposibilitado para defenderla. ¿Ahora qué puedo hacer?
- LIANA: Nada.
- ROLDÁN: ¿Cómo salvarla?
- LIANA: No deseo que usted me salve. Estoy dispuesta a pagar mi culpa. Doce, dieciocho, veinte años... ¡Qué importa!
- ROLDÁN: ¡Liana!... ¡Liana! ¿No se da cuenta de que me importa a mí? ¿De que no estoy dispuesto a dejarla hundirse entre mis manos tan estúpidamente?
- LIANA: (*Arrepentida.*) Sí, me doy cuenta... gracias.
- ROLDÁN: Entonces, ¿por qué dice usted?...
- LIANA: Perdóneme... es que no sé lo que digo.
- MÁXIMO: Licenciado, lo llaman urgentemente al teléfono. Algo importantísimo, según parece...
- ROLDÁN: (*A Máximo.*) Termine esos documentos y búsqueme luego. (*Mutis.*)

(Máximo, ayudado por Miss Grandell, desocupa la mesa y coloca en ella varios papeles, dedicándose a escribir.)

- EUGENIA: (Seguida de Berta.) ¿Puedo ver a la señora?
- AGENTE: Pase usted, no está incomunicada.
- LIANA: ¡Eugenia!... ¡Eugenia! Gracias por haber venido (Saludando con efusión.)
- EUGENIA: ¿Quería verla? ¿Cómo va eso, mal?
- BERTA: Muy mal. El fiscal ha pedido veinte años.
- MÁXIMO: Se ha calificado el caso con todas las agravantes, sin tener en cuenta que...
- LIANA: (Cubriéndose los oídos.) ¡Si pudieran hablar de otra cosa! ¡Premeditación, alevosía, ventaja!... Cada una de esas palabras parece que perfora mi cerebro...
- MISS GRANDELL: (A Berta.) Por favor, hable usted de otra cosa, aunque sea de sus catacumbas. Debemos procurar distraerla.
- BERTA: ¿Qué podría decir?... ¡en este lugar... en estas circunstancias!...
- EUGENIA: Licenciado, ¿es verdad que habla usted cinco idiomas?
- MÁXIMO: Sí, señorita.
- BERTA: ¿Y le han servido de algo?
- MÁXIMO: Sí, para convencerme de que en todas partes se piensan las mismas cosas maravillosas y se hacen las mismas estupideces.
- BERTA: ¡Espléndido descubrimiento!..
- SECRETARIO: (Desde la puerta.) ¿La señora Juliana María Gándara de...?
- LIANA: A sus órdenes, soy yo.
- SECRETARIO: Vengo a notificarle que en seguida se llevarán

a efecto los preliminares de una diligencia importante. El señor Agente del Ministerio Público desea saber si está usted dispuesta a recibirlo. (*Liana hace un gesto de conformidad.*) Además la señorita Yolanda Garcés acaba de llegar, se presentará luego. (*Mutis.*)

MISS GRANDELL: ¡El careo!... ¡El careo inevitable!...

MÁXIMO: No hay por qué alarmarse, se trata de un simple esclarecimiento de hechos, necesario para que la investigación siga su curso.

BERTA: (*A Liana.*) Eugenia quiere despedirse; la acompañaré. Adiós.

(*Mutis de ambas. Liana se acerca a la ventana. Apoya su frente en la vidriera.*)

MÁXIMO: (*A Miss Grandell.*) La madre de Sergio hizo ya sus declaraciones; muy favorables, por cierto. Aceptó sin reservas la tortura mental que sufrió Liana cuando estuvo a su lado. Después fue a vernos, dijo que podemos estar seguros de que nada pedirá en contra de Liana...

MISS GRANDELL: ¿Y cuánto pide por no pedir nada?

MÁXIMO: Eso... lo dirá más tarde.

MISS GRANDELL: La oí el otro día: “Mi hijo ha muerto... yo no sé trabajar, espero que ustedes sabrán comprender mi situación”. Hay que darle algo, licenciado; también las cuervas sienten hambre y tienen derecho a vivir.

FISCAL: (*Entrando.*) Buenos días.

LIANA: Buenos días.

(Entra Yolly haciendo una ligera inclinación de cabeza que sólo Miss Grandell contesta.)

- FISCAL: ¿El licenciado Roldán?
- MÁXIMO: Lo llamaron con urgencia. No debe tardar. Haré que lo busquen. (*Da órdenes a un agente y vuelve en seguida.*)
- FISCAL: (*Dando vueltas nerviosamente y viendo a menudo su reloj. Se dirige a Liana y Yolly.*) ¿Se conocían ustedes? ¿Se habían visto antes de la tarde de la tragedia?
- YOLLY: No, señor. (*Se pone de pie.*)
- FISCAL: Puede usted contestarme sentada, señorita.
- LIANA: Yo conocía un retrato de ella que Sergio tenía en casa.
- AGENTE: (*Entrando.*) El licenciado Roldán salió violentamente. No está en el Hospital.
- FISCAL: Siento verme obligado a suspender esta diligencia. Es indispensable que su abogado esté presente. Cuando el ciudadano Juez tenga a bien citarnos, se llevará a cabo este careo.
- MISS GRANDELL: ¡Suspenderlo ahora!
- LIANA: (*A Máximo.*) Máximo, defiéndame usted, lo necesito... se lo ruego... se lo ruego...
- MÁXIMO: (*Tímidamente.*) Señora, yo... yo... está bien, procuraré hacerlo... (*Casi tartamudeando.*) Señor Agente del Ministerio Público, asumo la responsabilidad de la defensa.
- FISCAL: ¡Usted!... ¡Usted!... ¿Con qué derecho?
- MÁXIMO: (*Temblando muestra un papel al Fiscal.*) Con éste...
- FISCAL: (*Asombrado.*) ¿Tiene usted poder para defenderla?

- MÁXIMO: Sí. Me lo otorgó la señora desde que se inició el proceso.
- FISCAL: (*Con tono burlón.*) Está bien, lo celebro. Empezamos entonces. (*Dirigiéndose a Yolly y a Liana.*) Se odiaban ustedes, por supuesto.
- LAS DOS: No... no, señor.
- FISCAL: (*A Yolly.*) Ella era un obstáculo para sus fines, ¿no es así?
- YOLLY: Sí. . . sí, señor, pero yo no la odiaba.
- FISCAL: (*A Liana.*) ¿Tampoco usted la odiaba, sabiendo que la había engañado con su...?
- MÁXIMO: No, señor Fiscal, ella no engañaba, no podía engañar a nadie, puesto que era lo que todos sabían... era una...
- YOLLY: (*Poniéndose de pie nuevamente.*) No puedo permitir que este hombre me ofenda con insinuaciones mordaces...
- FISCAL: Un momento, un momento. Hágame usted el favor de sentarse. (*A Liana.*) ¿Escuchó usted una disputa por teléfono entre su marido y esta señorita?
- LIANA: Sí, señor Fiscal.
- YOLLY: No es verdad... no es verdad.
- FISCAL: Sabemos que es verdad. ¿Se enteró usted, señora, del motivo de ella?
- LIANA: Lo supe después, se trataba de nuestro divorcio.
- YOLLY: No puedo negarlo. Sergio se empeñaba en que debíamos casarnos... y yo... yo no sabía qué hacer. Le tenía miedo a ella.
- MÁXIMO: ¡Miedo a ella!... ¡Qué ironía!...
- YOLLY: ¿Ironía?... ¿por qué? ¿No fue capaz de matarlo a él?

- MÁXIMO: Espere, espere usted un poco.
- FISCAL: (A Liana.) ¿Cree usted que el motivo de aquella disputa pudo haber sido bastante poderoso para que esta mujer intentara matarlo?
- YOLLY: (Asustadísima y poniéndose en pie.) ¡Yo! ¡Yo!...
- LIANA: (Serenamente.) No... no pudo ser...
- FISCAL: ¿Por qué?
- LIANA: Porque lo maté yo.
- FISCAL: Aceptaremos eso “a priori”. Díganos entonces cómo “casualmente” encontró usted la pistola del occiso sobre el escritorio.
- LIANA: No sé cómo pudo ser, pero allí estaba.
- FISCAL: ¿Y cree usted hacernos aceptar esa fábula ingenua?
- LIANA: Puede usted creerla, porque así fue.
- FISCAL: ¿Quién pudo poner allí, al alcance de su mano, en el instante oportuno, esa arma?
- LIANA: No lo sé.
- FISCAL: La sirvienta y la señora madre del occiso aseguran haber estado allí poco antes del crimen y no la vieron. (A Yolly.) ¿Recuerda usted haberla visto allí?
- YOLLY: No, no había allí ninguna arma... me parece...
- FISCAL: ¿Quiere usted hacernos el favor de precisar?
- YOLLY: Seguramente que no estaba allí. Era un objeto extraño que me hubiera llamado la atención.
- MÁXIMO: Permítame usted una pregunta, señor Fiscal. (A Yolly.) ¿Señorita, vio usted sobre el escritorio algo... espere usted, algo raro... un gong, por ejemplo?
- YOLLY: (Meditándolo y pasándose de lista.) Sí... allí había un gong.

- MÁXIMO: (Mordaz.) Todos ustedes saben que había un gong, pero no estaba allí. Y así como pudo ver un gong que no había, pudo no ver una pistola que allí estaba.
- FISCAL: Admitamos que esa arma estaba allí, ¿cómo explica usted tal “oportunidad”?
- LIANA: No he tratado de explicar nada. He relatado lo que sucedió, sencillamente.
- FISCAL: Pues sencillamente, relátenos ahora lo que sucedió entre ustedes aquella tarde.
- LIANA: (Angustiada.) No, señor Fiscal... no puedo... no puedo...
- FISCAL: Necesito saber, palabra por palabra, lo que allí se dijeron; la disputa, el altercado, el punto culminante de la riña entre los tres.
- LIANA: ¡Señor Fiscal!... (Como implorando piedad.)
- FISCAL: (A Yolly.) Dígalo usted...
- YOLLY: No hubo riña, señor... yo... Sergio, ella, le diré...
- LIANA: ¡No... no puede ella decirlo! Yo fui la ofendida y me callo.
- FISCAL: Es injustificado ese silencio e inútil. Hoy, mañana, pasado, todo se sabrá. (A Liana.) Díganos usted, por lo menos, lo que sintió en los momentos precisos en que se resolvió a matar.
- LIANA: (Parece que va a hablar. Se arrepiente.) No... no podría...
- FISCAL: ¿Por qué?
- LIANA: No sé las palabras que puedan expresarlo.
- FISCAL: Yo sí... y voy a decirlas: odio...rabia... rencor... celos...
- LIANA: (Mansamente.) Tal vez...
- FISCAL: ¿Por qué mente usted?

- MÁXIMO: Le suplico que se sirva usted hablar en otro tono a esta señora.
- FISCAL: Es exasperante tal actitud.
- MÁXIMO: Obedece a su estado de salud. No es amable ni generoso de su parte dirigirse a ella en esa forma.
- FISCAL: (*Arrepentido.*) Retiro mi expresión. Lo diré de otro modo. ¿Por qué se empeña usted en afirmar lo que todos sabemos que es mentira?
- LIANA: ¿Por qué mentira? He dicho la verdad. Lo maté yo, cuando regresaba de la reja después de acompañar a esa mujer. Apunté fríamente, disparé.
- FISCAL: No es verdad. La bala que le causó la muerte penetró por la espalda.
- LIANA: No... no puede ser... él venía... yo disparé. A menos que, ofuscada, mientras disparaba no lo haya visto volverse a la reja.
- FISCAL: Con toda certidumbre sabemos que él se encaminaba a la terraza.
- LIANA: Eso prueba que disparé cuando él estaba de frente. Podría jurarlo.
- FISCAL: Haría usted mal.
- YOLLY: ¡Naturalmente!... y si estaba ofuscada...
- FISCAL: (*A Yolly, bruscamente.*) ¿Y usted qué dice de todo esto?
- YOLLY: ¡Yo!... ¿Qué podría decir? Ya me había marchado.
- FISCAL: ¿No se le ocurrió regresar “por casualidad”?
- YOLLY: Quedó plenamente comprobado que mi chofer me llevó a una casa de modas, luego a un restorán.

- MÁXIMO: No estuvo mal esa coartada.
- FISCAL: ¿Y cuando usted abandonó la casa, no pudo imaginarse las consecuencias de su visita?
- YOLLY: No. Sergio se volvió accidentalmente por algo que había olvidado. Quedamos en vernos más tarde en el restorán. Además, él me aseguró que era inofensiva. ¿Cómo iba a suponer que fuera capaz de cometer un crimen?
- MÁXIMO: (*Rápidamente.*) Le suplico tener en cuenta que la testigo ha incurrido en una notable contradicción. Hace un instante nos dijo que le tenía miedo.
- YOLLY: No tengo por qué contradecirme. Si yo la creía capaz o no de cometer un crimen, ¿qué importa, puesto que ella lo cometió?
- MISS GRANDELL: ¡Crimen!... ¡Crimen!...
- FISCAL: ¡Silencio! (*A Liana.*) ¿A quién pretende usted encubrir?
- LIANA: ¡Yo!... ¡Yo!...

(*Entra un agente de policía y habla en voz baja a Máximo.*)

- MÁXIMO: Con permiso, es algo importantísimo. Volveré en unos minutos. (*Mutis de Máximo y agente.*)
- FISCAL: Repito mi pregunta. ¿Qué pretende usted con su falsa declaración? ¿Quién puso esa pistola en sus manos?
- LIANA: (*Oprimiéndose las sienes, angustiada.*) Nadie... nadie...
- FISCAL: (*En tono agresivo.*) ¿Ha tenido usted un amante?
- MISS GRANDELL: Señor Fiscal, esa pregunta es una impertinencia.
- FISCAL: Responda... ¿Ha tenido usted un amante?

- LIANA: ¡Nunca!... ¡Nunca!...
- FISCAL: Ahora mismo va usted a decirme...
- MISS GRANDELL: Ahora mismo va usted a callarse. No permitiré que siga martirizando a esta mujer.
- FISCAL: ¿Quién ha autorizado a usted para mezclarse en este asunto?
- MISS GRANDELL: ¿Se necesita autorización de la ley para defender a un chico al que todos los del barrio apedrean? ¿A un animal al que la jauría persigue? ¿A una mujer a quien maltrata un “caballero”? (*Con sorna.*)
- FISCAL: Yo no la maltrato, señora. Mi deber es obligarla a confesar la verdad.
- MISS GRANDELL: Ya la sabe usted. Ella la ha dicho. La vi yo, la vimos todos con la pistola en la mano. Si ella dice que lo mató, es porque lo mató; y bien muerto está el muerto, el canalla ese por el que está usted martirizando a una mujer.
- FISCAL: ¡Señora, si usted supiera los recursos a los que puedo acogerme! ¡Si usted supiera el alcance de los artículos de la Ley que me respalda!...
- MISS GRANDELL: ¡Y si usted supiera el valor del sufrimiento humano!...
- FISCAL: ¿Qué pensaría usted si le dijera que hay un tercero en este asunto; que pudo ser un amante de la señora; premeditar el crimen, ser instigador y cómplice y armarla contra su marido?
- MISS GRANDELL: ¡No entiendo...! No entiendo, ¿qué ha dicho usted?
- LIANA: ¡No es verdad!... ¡No es verdad!...
- YOLLY: ¡Señor Fiscal!...

FISCAL: Se explicarían ustedes que busque el “móvil”... el tercero en el triángulo. (*A Liana.*) Y usted lo sabe, señora, usted debe saberlo...

LIANA: (*Desesperada.*) ¡No sé nada!... ¡No sé nada... lo juro! ¡Estoy loca, volví a perder la razón en aquellos momentos, o están locos todos... todos los demás...!

MÁXIMO: (*Que se ha detenido un instante junto a la puerta, avanza acercándose a Liana. Viene alegre, transfigurado.*) Calma, calma, señora. Lo que el señor Fiscal ha dicho es completamente cierto. Se guardó en silencio para no entorpecer las investigaciones. Fueron encontradas las huellas de pasos de un hombre que se ocultó junto a la terraza.

MISS GRANDELL: ¿Y cómo se explica usted que...?

MÁXIMO: Pronto se lo explicaré a usted. Señor Fiscal, tenemos al testigo, nuestro testigo de descargo, el hombre cuya pista me ha hecho trabajar sin descanso desde el día del crimen. El hombre que según la doncella entró exigiendo algo que ella no pudo oír. Esperemos: le pido un momento de tregua.

FISCAL: ¿Por qué perder el tiempo?

(*Una enfermera entra, hace tomar un medicamento a Liana y vuelve a salir. El Fiscal se pone muy nervioso.*)

MÁXIMO: Está bien, sigamos. (*A Yolly, con tono incisivo.*) ¿No tiene usted idea de quién puede ser ese hombre?

- YOLLY: ¿Por qué me lo pregunta? ¿Por qué me habla así? Mi inocencia quedó comprobada...
- MISS GRANDELL: ¡Inocencia! ¡A eso le llaman inocencia!
- MÁXIMO: Mejores coartadas suelen desmoronarse.
- YOLLY: ¿Qué quiere usted decir? Sugiere que yo... ¿Por qué razón lo habría matado? ¿Qué ventajas me resultaban de su muerte? Todos saben que íbamos a casarnos, cuando ella lo hizo víctima de su despecho...
- MISS GRANDELL: ¡Víctima! ¡Quién es aquí la víctima!
- FISCAL: *(A Miss Grandell.)* Le suplico nuevamente que se guarde sus comentarios.
- MÁXIMO: La víctima es ella y sabré probarlo. Hay un tercero en el triángulo, señor Fiscal, pero no es quien usted supone. Tengo mi propia hipótesis...
- FISCAL: ¿En qué se funda usted para sostenerla?
- MÁXIMO: En el proceso lógico de las necesidades, intereses y sentimientos de cada uno de ellos.
- FISCAL: *(Con tono zumbón.)* Según eso, cree usted que hay alguna “razón especial” para...
- MÁXIMO: Sí, señor, hay dos. *(Parece esperar algo con ansiedad. Ve a Jacobo y a Eulalia que atraviesan el corredor. Se llena de satisfacción.)*
- FISCAL: ¿Cuáles son?
- MÁXIMO: *(Tomando a Jacobo y a Eulalia de los hombros y presentándolos.)* ¡Éstas!... *(Jacobo, debidamente esposado, entra seguido de dos agentes de policía que se detienen a la puerta. Eulalia, tímida, vacilante, avejentada, entra con la cabeza baja.)*
- LIANA: ¡Tía Eulalia!...

- MISS GRANDELL: ¡Ella!... la vieja urraca. Que me permitan decirle unas palabras...
- FISCAL: ¡Silencio! (*A Máximo.*) ¿Quién es este hombre?
- MÁXIMO: El testigo de quien he hablado antes, señor Fiscal.
- FISCAL: ¿Y esta mujer?
- MÁXIMO: Ella nos lo dirá. Por ahora, siéntese, señora. (*Eulalia se sienta lo más lejos posible de Liana.*) ¿Me permite usted que los interrogue? (*Al Fiscal, que asiente con un gesto. A Jacobo.*) ¿Conocía usted a la señora... a la señorita?...
- JACOBO: A la señora no. A la señorita la vi entrar, la vi salir de la casa la tarde de... del...
- FISCAL: Del asesinato. ¿Y qué hacía usted por allí... puede decirlo?...
- JACOBO: (*Reticente.*) Rondar... Rondar, únicamente...
- MÁXIMO: No trate de mentir. Usted sabe lo que en aquella casa pasó. Usted lo sabe tan bien como yo. ¡Dígalo!...
- JACOBO: ¡Usted... usted sabe!...
- MÁXIMO: Mucho más de lo que puede suponer. Sé que usted entró por la fuerza. La doncella es testigo de esto. Sé que tuvo un fuerte altercado con el después occiso; que luego lo echaron a la calle; que volvió usted a entrar, llegó hasta la terraza y estuvo junto a la ventana... puedo probarlo...
- JACOBO: ¡No es verdad!... ¡No es verdad!...
- MÁXIMO: Las huellas tomadas lo comprobarán. Es inútil que niegue. ¿Qué fue usted a hacer a aquella casa?

- JACOBO: Tenía con él... una cuenta pendiente. No quiso liquidarla... me insultó, hizo mofa de mí. Yo hubiera soportado su ruindad, su bajeza, pero encima de eso la burla y el insulto, no ¡no!... y lo hubiera matado allí mismo si...
- MÁXIMO: ¿Y lo hubiera matado allí mismo...? a ver repita eso...
- JACOBO: (*Titubeante.*) Quise decir que yo... yo...
- MÁXIMO: Dijo usted “lo hubiera matado” eso quiere decir que intentó usted matarlo. ¿Por qué no lo hizo?
- JACOBO: Señor... yo...
- MÁXIMO: Usted no lo mató porque en ese momento entró una mujer ¿No es así?
- JACOBO: Sí, señor... sí...
- MÁXIMO: Ya ve que sé todo tan bien como usted.
- JACOBO: Le diré. Es verdad. Entró una mujer... la madre del... canalla. Lo supe después, cuando estaba junto a la ventana. Porque es verdad, salté la reja, volví a entrar, llegué hasta la ventana. No puedo negarlo. Los vi, oí lo que tramaban la madre y el hijo para quitar a la esposa de en medio. Según parece les estorbaba mucho. Él no se conformaba con enviarla nuevamente al manicomio. Habló de “otros medios”. Parecía referirse al veneno o algo semejante.
- FISCAL: ¿Podría jurar que hablaron de veneno?
- JACOBO: ¡No! No mencionaron esa palabra para nada, pero era como si la hubieran dicho, se entendía claramente.
- MÁXIMO: (*Radiante.*) Si no hubiera, señor Fiscal, razón mejor para fundar una defensa, la salvaría esta declaración.

- FISCAL: No hay que ir demasiado aprisa, compañero, creo que se precipita usted. (*A Jacobo.*) Díganos, ¿llegó usted a amenazarlo? ¿Llevaba pistola?
- JACOBO: No, desgraciadamente iba desarmado...
- MÁXIMO: ¿Y él no lo amenazó?...
- JACOBO: Sí.
- MÁXIMO: ¿Sacó alguna arma para amedrentarlo?
- JACOBO: Sí, la dejó sobre el escritorio.
- MÁXIMO: (*Al Fiscal.*) ¿Está usted satisfecho?
- FISCAL: Aún no. El señor Sergio Sánchez pudo llevar el arma consigo al salir.
- MÁXIMO: ¿Y de dónde tomaba su esposa otra igual para dispararle?
- FISCAL: Eso es lo que trato de aclarar.
- MÁXIMO: (*Mostrando con violencia una pistola a Jacobo.*) ¿Reconoce usted esta pistola? ¿Es la que usted vio?
- JACOBO: Parece la misma.
- MÁXIMO: (*Al Fiscal.*) ¿No es la falta de premeditación la mejor atenuante? (*A Jacobo.*) ¿Y cuánto tiempo permaneció usted en la terraza?
- JACOBO: No sé; no podría decirlo. Pudo haber sido un momento, pero a mí me pareció un siglo.
- MÁXIMO: Comprendo. Díganos lo que vio desde su escondite.
- JACOBO: Vi entrar a esta señorita. Luego oí un ruido cerca de mí y tuve que escapar... me agazapé tras un arbusto, junto a la reja... Después salieron los dos. La señorita tomó un coche y se marchó “me consta”, luego...
- MISS GRANDELL: ¿Qué... qué...?

- JACOBO: Él regresó hacia la terraza. Era mi oportunidad. La oportunidad de vengarme. Le grité: “Hey... canalla, ven, insúltame ahora.” Se volvió al oírme. En ese momento oí dos disparos...
- FISCAL: Fíjese usted bien en lo que dice.
- JACOBO: Sí, fueron dos disparos. Se detuvo, sin duda pensó que era yo quien disparaba. Trató de correr. Unos disparos más y cayó sin vida. Eso es todo.
- FISCAL: Hay muchas cosas sospechosas en lo que usted nos dice, amigo. ¿Sabe usted el delito en que incurre un testigo falso? ¿Cree usted que somos tan ingenuos como para tomar en cuenta una historia que parece urdida para salvarla?
- MÁXIMO: (A *Liana*.) Señora, hable usted, se lo ruego, defiéndase, diga lo que sintió, qué razón la impulsó a matar...
- LIANA: (*Débilmente al principio, exaltándose luego.*) No hubo deseo de venganza, lo juro... No hubo rencor, celos, odio; todo eso que dijo el señor Fiscal. Fue sólo un dolor inmenso, un desgarramiento interior... ofuscación... delirio. Aquella pistola reluciente me atraía. No veía nada, nada más. Era como un punto luminoso en un abismo de oscuridad. Una voz inmensa, como venida de todos los rumbos del cielo, me gritaba: ¡Te engaña, se burla de ti, merece la muerte!... Y una fuerza superior a mi fuerza; una voluntad más poderosa que mi voluntad me decía: ¡Mata!... ¡Mata!... Pero si la pistola no hubiera estado

- allí en ese momento, yo juro a ustedes que no hubiera matado...
- MÁXIMO: ¿Comprende usted, señor Fiscal? La herencia, el atavismo fatal que hizo al padre matar y que renace en la hija. ¿Quién puede culparle de esto?
- YOLLY: ¡Qué hermosa novela! Primero la madre y el hijo puestos de acuerdo para deshacerse de ella y, luego, la inocente señora obrando bajo un impulso ajeno a su voluntad. Todo eso suena más falso que un tostón de hojalata.
- MÁXIMO: Hay aquí alguien que va a demostrarnos todo lo que hay de verdad en esa novela. (*A Eulalia.*) Señora, ahora le toca el turno de hablar.
- EULALIA: (*Temblando.*) Yo... ¿Qué quiere usted que diga?... no sé de qué se trata; no conozco a nadie.
- MÁXIMO: ¿Con que a nadie, eh? ¿No me reconoce?
- EULALIA: ¿A usted?... No lo he visto nunca.
- MÁXIMO: Es inútil mentir. Usted me recuerda perfectamente. Sabe que puedo enviarla a la cárcel por toda la vida.
- EULALIA: Yo, señor... no puedo decir nada. He sido perseguida, amenazada; varias veces intentaron matarme. Tuve que vivir escondida, como un perro acorralado, hambriento. Va mi vida de por medio, señor, no puedo hablar.
- FISCAL: ¿Quién es esta mujer? ¿De qué habla?
- MÁXIMO: Es la buena tía de la señora Gándara; la que generosamente la “preparó” para el matrimonio. ¿No es verdad, señora? (*A Liana.*)
- LIANA: (*Angustiada.*) Es verdad.

- FISCAL: ¿Es usted la mujer que, según declaraciones de testigos, la “amaestró” a latigazos antes de presentarla a la junta de médicos?
- EULALIA: (*En un murmullo.*) Sí, señor...
- MISS GRANDELL: ¡La harpía!...
- MÁXIMO: ¡Vaya! Todo eso ya no importa. Ahora sólo quiero que nos diga si eran Sergio y su madre capaces o no de intentar deshacerse de la señora Liana.
- EULALIA: (*Viendo hacia todos lados con temor.*) ¿Me asegura usted que nada me pasará?
- MÁXIMO: Se lo garantizo a usted.
- EULALIA: Sí, eran capaces de eso y de mucho más. Urdieron la comedia. Yo... sólo les ayudé y luego me robaron mi parte... Se fueron a Europa, yo no podía acusarlos por estar complicada en el asunto. Cuando volvieron, fui a verlos. Sergio mandó que me... me arrojaran de su casa. Por aquel entonces, Madariaga murió. Una muerte misteriosa que no pudo aclararse. Yo... sabía que sólo Sergio podía tener interés en matarlo. Me llegaría el turno si hablaba. Callé... y desde ese día no he tenido un solo momento de tranquilidad. He pagado, señor... he pagado con creces.
- FISCAL: ¿Cree usted que haya habido tortura mental para la señora Liana?
- EULALIA: Sí... sí, señor.
- MÁXIMO: ¿Cree usted que Sergio era el canalla que todos dicen y que merecía la muerte?
- YOLLY: Señor Fiscal, esa pregunta es absurda...
- JACOBO: (*Impulsivamente.*) Señor Fiscal, yo aseguro que ese hombre tuvo un fin mejor del que merecía.

- FISCAL: Admitiendo la tortura mental y el delito de culpa al casar a esta señorita sin su voluntad, queda aún en pie la premeditación. ¿Cómo puedo saberlo, sin comprobarlo antes, si las declaraciones de este hombre (*refiriéndose a Jacobo*) fueron arrancadas a la fuerza o fue empleado el soborno? Es inverosímil que haya ido a matar por una cuentecilla cualquiera; así como no es posible que el señor Sánchez haya tenido necesidad de sacar una pistola para amedrentarlo por razón de tan poca monta.
- YOLLY: Ellos sólo tratan de salvarla. Tienen mucho dinero para comprar cualquier declaración.
- MÁXIMO: Muy bien. Su cinismo me obliga a ir mucho más adelante. A ver, Jacobo Ayala, díganos cómo y dónde conoció a esta señorita.
- JACOBO: He dicho ya que no la conocía y estoy dispuesto a jurar que no la he visto nunca.
- MÁXIMO: Señora Carmen Ayala, diga usted cómo y dónde conoció usted a este hombre...
- YOLLY: ¡Yo!... ¡Yo!... ¡No lo conozco! ¿Y por qué me llama usted Carmen Ayala?
- MÁXIMO: (*Sacando de su bolsa un papel que muestra al Fiscal.*) Aquí tiene usted copia del acta de matrimonio entre Carmen García y Jacobo Ayala Rangel.
- YOLLY: ¡Carmen García yo!... ¡Y esposa de este hombre!...
- JACOBO: (*Simultáneamente.*) ¡Mentira!... ¡Mentira!...
- YOLLY: (*Al Fiscal.*) Exija a este señor que pruebe lo que dice.
- MÁXIMO: Con mucho gusto. Usted es Carmen García de Ayala. Aquí están las pruebas. (*Entrega al Fiscal dos fotografías.*)

- FISCAL: ¡Huellas digitales!...
- MÁXIMO: Sí, señor. Aquí están las de su matrimonio y éstas son las que se le tomaron el primer día que compareció como testigo.
- FISCAL: ¡Idénticas! ¡Idénticas!...
- MÁXIMO: (*Dando al Fiscal una lente.*) Sin lugar a dudas, puede examinarlas.
- YOLLY: ¡No es verdad! ¡Este hombre miente!..
- MÁXIMO: Tengo además esta cartita. (*Lee una carta que entrega luego al Fiscal.*) “No nos hemos conocido nunca. Recuérdalo. J.” (*A Jacobo.*) ¿Conoce usted esta letra?
- YOLLY: (*Con enorme ansiedad, mientras Jacobo baja la cabeza sin contestar.*) ¡Es falsa! ¡Es falsa!
- MÁXIMO: Señora, la compré a su propia doncella que me confesó haberla recibido un día después del crimen. Así es que, señor Fiscal: acuso a este hombre de haber rendido un testimonio falso en este proceso, y a esta señora, como su cómplice y encubridora. Jacobo Ayala fue a reclamar a Sergio por las relaciones que existían entre él y su mujer. Así tiene usted explicado por qué estaba allí, “tan oportunamente”, aquella pistola. Queda pues probado, hasta la evidencia, que no hubo premeditación por parte de la señora Gándara. Ahora sí, pueden ustedes retirarse.
- FISCAL: (*Tendiendo la mano a Máximo.*) Mi enhorabuena, compañero, sólo resta el fallo del juez. Lo felicito de antemano.

(Mutis de Yolanda y Jacobo. Eulalia titubea un poco, trata de acercarse a Liana. Ésta, sin poderlo evitar, vuelve la espalda, refugiándose en los brazos de Miss Grandell. Eulalia, avergonzada, sale también.)

LIANA: (A Máximo.) Gracias, muchas gracias.

MISS GRANDELL: Es usted admirable. Nunca lo creí capaz de hacer una defensa tan valiente, tan brillante.

MÁXIMO: (Tímido otra vez.) No vale la pena... no es nada notable... *(Mutis.)*

MISS GRANDELL: ¿Qué te pasa, te sientes mal?

LIANA: Parece que mi cerebro estalla.

MISS GRANDELL: Traeré algo para calmarte. ¡Si procuraras no pensar!

LIANA: ¡Imposible! A menos que volviera a ser la de antes y no quiero... no quiero...

MISS GRANDELL: Calma... calma, hija mía.

LIANA: Y yo que ansiaba saber qué era el amor, la felicidad, la vida. Y era “esto”; diez, veinte años en una prisión, lo que la vida tenía reservado para mí.

MISS GRANDELL: Espera... todo llega oportunamente... el amor.

LIANA: Qué tarde es ya ¿Quién puede amarme? ¿De qué parte del mundo es el hombre que pueda comprenderme, que no me tenga miedo, que no se avergüence de mí?

MISS GRANDELL: ¡Si trataras de olvidar!

LIANA: Y si olvidara yo, ¿crees que olvidarían los demás? ¿Olvidarían que soy una procesada por homicidio, que he matado a un hombre?

MISS GRANDELL: Gozas atormentándote. ¿Quieres cambiar de asunto?

LIANA: Cambiemos. Te pregunté cierta vez: “¿Has amado, Dama Blanca? ¿Has sufrido?” ¿Por qué no quisiste responderme?

MISS GRANDELL: No me hubieras podido comprender entonces. Ahora sí. Fui joven. Amé. Tuve tres hijos: los dos mayores murieron en Francia, en la guerra. La pequeña era impresionable, no pudo soportar aquellos horrores... perdió la razón. Estuve con ella en un sanatorio, la cuidaba yo misma hasta que... hasta que murió. Quedé allí mismo de enfermera y después de haber sido maestra por doce años aprendí en ese lugar lo que no enseñan los libros: el valor del dolor humano, de la miseria, de la locura... ésa es toda mi historia.

LIANA: Dama Blanca... es verdad... ahora te comprendo.

MISS GRANDELL: (*Con arrebató.*) ¿Pero a quién le importa si los hijos de Ana Grandell fueron tragados por un monstruo o murieron al nacer? ¿A quién le importa? ¡ja... ja... ja...! (*Con la voz empañada por las lágrimas.*)

LIANA: (*A Máximo, que entra despacio.*) Quiero darle las gracias, Max. ¿Cómo tuvo valor para decir todo eso?

MÁXIMO: No sé; yo mismo me sorprendo. Todo mi valor se reduce a un poco de conocimiento de los demás. Sé de qué barro estamos hechos; adónde nos lleva la bestia que llevamos dentro. A lo que nos obliga el ansia eterna de justicia. Yo, en el lugar de usted, hubiera hecho lo mismo. Cuando la justicia divina no viene en nuestro auxilio y la humana ríe

de nosotros, hacemos justicia por nuestras propias manos. ¿Le parece a usted extraña mi manera de pensar?

LIANA: ¡No!... ¡No!... Yo también siento como usted. Comprendo cada uno de sus pensamientos de sus “locuras”, como dicen los demás.

MÁXIMO: ¡Liana!... ¡Liana!... ¿Puedo creer que hay algo más profundo detrás de esa simpatía? ¿Puedo creer que me recuerda usted?

LIANA: (*Tendiéndole las manos.*) Sí... mi buen amigo; mi amigo de siempre.

MÁXIMO: ¿Recuerda, Liana? Iba usted con su tía; yo las seguía a distancia. De pronto se vieron arrolladas por una multitud en desorden que pasaba gritando. Usted tropezó; cayó, hubiera sido destrozada, si yo no me hubiera abierto camino entre ellos arrancándola del tumulto arrollador... ¿Recuerda esto, Liana?

LIANA: Como un sueño. De ese día parten todos mis recuerdos. Quizás bajo el terror empecé a recuperar la razón.

MÁXIMO: Ese día era usted ya esposa de aquel hombre. Desde ese día he pensado en usted con extraña tenacidad. He sentido que...

LIANA: ¿Qué? Siga... ¿No puedo saberlo?...

MÁXIMO: Una alegría amarga, un placer doloroso cuando la veo. A su lado no me siento pequeño y miserable como ante los demás. Yo, el inútil, el cobarde, me creo invencible para protegerla; para quererla, para rodearla de paz y alegría; para no permitir que nadie la toque, que nadie se acerque; que la roce la mirada audaz ni el

pensamiento bajo de un solo hombre; el desdén o la torpeza de una sola mujer.

LIANA: (Extasiada.) ¡Máximo!... ¡Máximo!...

MÁXIMO: Yo la rodearía de ternura, de una ternura suave como seda, impenetrable como roca. Yo la encerraría donde no llegara el sufrimiento; donde no la hiriese la luz del sol demasiado viva; la oscuridad demasiado traidora. La guardaría escondida como un ídolo sagrado, hasta el cual sólo pudiera llegar yo, de rodillas. Sería mía, sólo mía... para mí todo su encanto, para mí toda su dulzura...

LIANA: ¿Puede usted amarme... tal como soy?...

MÁXIMO: ¡Sí!... ¡Sí!...

LIANA: Con una mente extraviada; una mano homicida; un corazón dañado...

MÁXIMO: Amo esa mano... y esa mente y ese corazón enfermo.

LIANA: Gracias, Máximo... no soy de este mundo, usted lo sabe; no pertenezco a él; no debí haber venido nunca. Necesito otro, un mundo distinto... Un mundo para mí... ¿Dónde podré encontrarlo? ¿Quién me enseñará el camino para llegar a él?

MÁXIMO: Yo... Yo, nadie más. Ellos están llenos de aristas que cortan, de púas envenenadas, que emponzoñan. Le ofrezco el mundo que usted necesita. Liana... amada... amada...

AGENTE: (Desde la puerta.) Licenciado Gavaldón, lo llaman por teléfono.

(Máximo sale tan aturdido que casi se lleva de encuentro a Miss Grandell.)

MISS GRANDELL: (Dándole un vaso de agua.) ¿Vas a explicarme?

LIANA: Máximo me ama... me ama...

MISS GRANDELL: ¿Y el licenciado Roldán? ¿Sabes que sólo espera la terminación del proceso para pedir tu mano? ¿Te has dado cuenta de la diferencia que hay entre los dos? El licenciado Roldán es guapo, arrogante, distinguido; en tanto que ese pobre muchacho es feo, desgarbado, insignificante...

LIANA: ¡Oh... si supieras! Máximo parece hermoso... ¡Tan hermoso!...

MISS GRANDELL: El licenciado es inteligente, de gran porvenir.

LIANA: Max es bueno y me ama como yo quiero ser amada,

MISS GRANDELL: Sí, con un amor loco, capaz de cometer un crimen por pasar el resto de su vida en la prisión contigo.

LIANA: ¿Verdad que sí?... ¿Verdad que sí?

MISS GRANDELL: Verdad. (Aparece Roldán.)

ROLDÁN: Liana, Liana, imagine mi desesperación. Un estúpido accidente me detuvo. Venía de hablar con el Juez, con los peritos en balística.

MISS GRANDELL: ¿Y qué dice la jauría?

ROLDÁN: (Sin oírla.) Será usted absuelta, será absuelta, Liana.

LIANA: ¡Absuelta! ¡Absuelta!... ¿Pero cómo puedo dejar de ser culpable, de haber cometido un delito, porque ellos lo dicen? ¿Qué clase

de justicia es la suya? Yo debo pagar...
debo pagar...

ROLDÁN: Deseche esas ideas. Desde ahora todo cambiará. Estará usted en otro ambiente, rodeada de cariño. Correrán los años. Será como si pasara una esponja sobre ellos y volviera a empezar.

LIANA: No podré... no podré...

ROLDÁN: Liana, ¿quiere usted ser mi esposa?...

LIANA: ¡No!... ¡No!... ¡Imposible!...

ROLDÁN: ¿Por qué imposible? Olvidará usted, a mi lado, estas horas de horror. Vendrá a la vida conmigo, poco a poco. La conocerá, la aceptará con nuestras costumbres absurdas, con nuestros vicios ancestrales. Aprenderá, guiada por mí, a saber vivir.

LIANA: ¿Y no podré ser nunca yo, yo misma, plenamente? ¿Tendré que ser siempre como los demás?

ROLDÁN: (*Cubriéndole los ojos.*) ¡Fuera, fuera todos esos pensamientos! La vida es buena, sólo exige que se sepa vivir y amar, para compensar todos los dolores...

LIANA: Y quizá también saber olvidar... (*Pausa.*) Lo siento, licenciado, pero yo no soy de su mundo: no sé vivir... no sé olvidar...

(*Entra Máximo con expresión radiante, se dirige a Miss Grandell hablando con volubilidad sin ver a Liana.*)

MÁXIMO: Será absuelta, será absuelta. Hay que considerar ganado el pleito. Creo que estoy loco, loco de alegría.

MISS GRANDELL: ¿Qué ha hecho?... ¿qué ha pasado?...

MÁXIMO: No sé, no comprendo. Todos me felicitan, dicen que ha sido una defensa formidable... que ahora podré si quiero ser famoso, rico, ¿pero qué me importa a mí todo eso...? (*De pronto se fija en el licenciado y en Liana que hablan muy cerca el uno del otro. Pausa.*) Está bien... ¿Así debía ser, verdad? Así debía ser... Es lo mejor... Y ahora yo ¿qué iba a hacer? No recuerdo... ¡Ah, sí! Ahora me marchó. (*Se acerca y dice tímidamente.*) Hasta luego, licenciado. Adiós, Liana... No olvidaré que... ¡Nada! ¡Nada! (*Temblando recoge los papeles, inicia el mutis.*)

LIANA: (*Acercándose lentamente a él.*) No, Máximo, no se irá usted, no se irá solo... (*Apoya su cabeza en el pecho de Máximo que la acaricia con infinita ternura.*)

MÁXIMO: ¡Liana!... ¡Liana!... ¿Es verdad? ¿Es verdad?

ROLDÁN: ¿Qué significa esto?

MISS GRANDELL: Que ellos se aman con el mejor de los amores, se lo digo yo, la loba mayor. Déjelos usted, construirán un soberbio manicomio para los dos... y serán felices...

TELÓN

MARÍA LUISA OCAMPO

ARTEMISA TÉLLEZ

El México postrevolucionario era el escenario de una boyante experimentación artística en busca de una moderna y renovada identidad nacional. La pintura, la poesía, la danza, el cine y -desde luego- el teatro se convirtieron en laboratorios desde los cuales construir, a un tiempo, la tradición y utopía de esa patria nueva, apegada a los valores nacionalistas que imperaban en el mundo y a su propia raíz milenaria.

María Luisa Ocampo nació a finales del decadente y conflictivo siglo diecinueve en Chilpancingo, Guerrero y, a pesar de las turbulencias de la revolución, pudo estudiar una carrera universitaria y abrirse camino como dramaturga, novelista y traductora. En 1947, su novela *Bajo el fuego* fue ganadora del premio Ignacio Manuel Altamirano.

Junto con el grupo de los siete, llamado también “Los Pirandellos”, publicó, montó y tradujo decenas de obras de teatro que tenían como tema central una crítica al teatro burgués, servil a los intereses de una clase media corrupta e impreparada. Años más tarde ganó el premio mayor de la lotería nacional y mediante éste financió cien representaciones de dramaturgos mexicanos en el Teatro Fábregas.

Su vasta narrativa, sus traducciones literarias, sus textos, adaptaciones, montajes y críticas teatrales fueron y son un referente para la cultura e identidad de nuestro país, como puede apreciarse en *Al otro día*, obra escrita y montada en 1955 y última de su producción. En ella, Ocampo aborda los

problemas del ámbito rural a partir de una tensa anécdota familiar ambientada en el Michoacán de los años cuarenta. Rencillas, problemas de autoridad y de dinero, creencias en torno al amor y el honor ponen a una familia al borde del resquebrajamiento. En el centro del conflicto se encuentra el abandono de la tierra y la crítica a las ambiciones de un futuro mejor en la ciudad.

En un principio, los protagonistas parecen estar maniqueamente divididos entre buenos y malos, sin embargo al irnos adentrando en el drama podemos comprender la complejidad de los personajes y sus relaciones, así como los alcances de su compromiso mutuo y recíproco con la raíz, la madre y la tierra.

La protagonista de la obra es la madre. Una madre tradicional e incansable que acoge las necesidades de todo un pueblo. Una madre que abraza a otras mujeres y que sigue imparables motivando a los suyos a hacer vida, aún cuando la propia se está acabando. Y, lejos de lo que podría pensarse, esta madre, que es la patria, no es la imagen chantajista de una llorosa madrecita mexicana, sino el motor, exigente, brutal, del instinto y la naturaleza, pero sobre todo de la intrínseca identidad nuestra: indígena, mujer y trágicamente superviviente.

AL OTRO DÍA

COMEDIA EN TRES ACTOS

MARÍA LUISA OCAMPO

PERSONAJES

MAYORDOMO, 60 años

VIEJA, edad indefinida

PASCASIO NÚÑEZ, edad indefinida

CECILIO RAMOS, edad indefinida

MADRE, 60 años

ABUELO, 80 años

RAYMUNDO, 40 años

BENJAMÍN, 30 años

GABRIELA, 20 años

PEPE, 18 años

ANGELINA, 35 años

HOMBRES Y MUJERES CAMPESINOS

VOCES DE HOMBRES

VOCES DE MUJERES

La escena se desarrolla en un viejo rancho del estado de Michoacán. Época actual.

PRIMER ACTO

El escenario representa, en el fondo, en diagonal, a la derecha, el zaguán de un viejo rancho del estado de Michoacán, que da acceso a un pasillo perpendicular con la boca del escenario.

A la derecha de ese pasillo, en primer término, una puerta que tiene escrito con letras negras de tipo grosero un rótulo que dice: "Escritorio". A la izquierda del zaguán un arco que se supone conduce a un corredor interior que corre de derecha a izquierda y que es invisible para el espectador. En el frente del escenario, ocupando sus tres cuartas partes, de frente a la boca del escenario, la cocina, que tiene puerta a la derecha para el pasillo.

Es una tarde gris. Llueve. Arde un viejo farol mortecino en el pasillo de la derecha y otro en la cocina. Sentado en primer término, junto a la puerta del escritorio, el abuelo termina con un cigarro apagado entre los labios. Junto al arco del corredor y el zaguán, un grupo de hombres y mujeres sentados en el suelo o en cuclillas parece esperar. En la cocina la madre va y viene en los menesteres caseros. Una pausa. Se abre la puerta del escritorio que está alumbrado por la llama de una vela y sale el mayordomo. Grita.

MAYORDOMO: ¡Pascasio Núñez!

(Uno de los hombres del grupo se levanta.)

PASCASIO NÚÑEZ: Ave María...

MAYORDOMO: Vaya por sus centavos. *(Entra Pascasio en el escritorio.)* ¡Matías Rojas! *(Se levanta una vieja.)* ¿Qué quiere?

VIEJA: Matías está malo. Le pegó calentura.

MAYORDOMO: Está bien, vaya por sus centavos. *(La vieja entra en el escritorio. Sale Pascasio contando el dinero se va por el zaguán, no sin antes hacer ademán de calarse el sombrero por la lluvia.)* ¡Cecilio Ramos! *(Otro hombre se levanta.)*

CECILIO RAMOS: Ave María...

MAYORDOMO: Vaya con el amo por sus centavos.

CECILIO RAMOS: Pa'luego es tarde. *(Sale la vieja, entra Cecilio.)*

VIEJA: *(Al mayordomo.)* Que usted se conserve bien.

MAYORDOMO: Mil gracias.

(La vieja sale por el zaguán haciendo ademán de cubrirse con el rebozo, por la lluvia. Así van entrando y saliendo los hombres del grupo, hasta que se va el último. Mientras tanto continúan las demás escenas. Sale la madre de la cocina, sacude al abuelo.)

MADRE: Padre, no se duerma.

ABUELO: ¡No, no! Gotea y gotea... no tengo ánimos.

MADRE: ¿Está ahí Ray? *(Señala la puerta del escritorio.)*

ABUELO: Sí. Él es el único que me hace conservar el ánimo en este gotear sin fin. Hace diez días que llueve.

MADRE: Entre en la cocina, aquí hace frío.

ABUELO: Espero a Ray. Él me da ánimos. Es todo un hombre.

MADRE: Dice usted bien. Un nieto así no lo merece usted.

ABUELO: *(Enojado.)* Cuando tuve su edad fui también como él.

MADRE: ¿Y la pobre de mi madre? ¿Qué me dice de usted? Dios la tenga en su santo reino.

ABUELO: Amén. *(Da algunos pasos trabajosamente.)*

MADRE: *(Cogiéndolo de un brazo.)* Venga usted, hay aquí mucha humedad.

ABUELO: *(Desasiéndose violento.)* ¡Déjame sólo!
¡Deja! ¡Deja!

MADRE: Está usted tieso del frío.

ABUELO: Tengo ánimos todavía... Tú tienes un montón de años y yo todavía vivo. ¡Calcula!

MADRE: Voy al pozo por agua.

ABUELO: Gabriela debiera ayudarte.

MADRE: Está muy avanzada en su gravidez. ¿Para qué quiere que le busqué tres pies al gato?

(El abuelo entra en la cocina. La madre sale por el fondo. El abuelo abre una alacena que hay en la cocina, saca una botella y bebe. Vuelve a dormitar con los codos sobre la mesa. Raymundo sale del escritorio que cierra con llave.)

MAYORDOMO: ¿No manda otra cosa l'amo?

RAYMUNDO: Ten cuidado de la presa. En cuanto aumente más de la señal que pusimos, me avisas.

MAYORDOMO: Está bien.

(Mutis por el zaguán. Raymundo va a entrar a la cocina cuando entra la madre con un cubo con agua. Raymundo corre a quitárselo.)

RAYMUNDO: ¡Madre! ¿Por qué carga usted esto? ¿No hay ningún hombre que la ayude?

MADRE: Todos están ocupados.

RAYMUNDO: ¿Y Pepe?

MADRE: No sé dónde está.

(El abuelo se levanta y trabajosamente va a la puerta de la cocina).

ABUELO: Pepe está tocando la guitarra allá arriba; en cuanto a Benjamín...

(Durante todo este tiempo se ha escuchado el rumor monótono de la lluvia.)

MADRE: *(Angustiada.)* ¡No deja de llover! ¿Qué vamos a hacer, Dios mío?

RAYMUNDO: Todavía puede resistir. Si no llegan crecientes grandes de la sierra, saldremos con bien.

ABUELO: Tengo carne de gallina; y sin embargo, yo anduve en la revolución.

MADRE: Ya, ya, es cuento viejo.

RAYMUNDO: Déjelo hablar, madre. *(Entra en la cocina con la madre y el abuelo.)* No se enoje, que le va a hacer daño.

(El abuelo tropieza.)

MADRE: *(Tomándolo de un brazo.)* Tenga cuidado que se va a caer. Oh, ha vuelto a beber.

ABUELO: ¡No es verdad!

MADRE: Le huele el aliento.

ABUELO: *(Obstinado.)* ¡Mentira! ¡Te gusta levantar falsos!

RAYMUNDO: Un traguito no le cae mal a nadie.

ABUELO: *(Satisfecho.)* Tú te das cuenta.

MADRE: *(Yendo a la alacena.)* ¿Un traguito? Mira que le ha bajado a la botella.

(El abuelo se sienta y oculta la cabeza entre las manos.)

RAYMUNDO: Hay mucha humedad, ¡déjelo!

MADRE: *(A Raymundo.)* ¿Quieres café?

RAYMUNDO: Sí.

(Se sienta a la mesa mientras la madre le sirve. Entran por el corredor Gabriela y Benjamín, muy juntos, cogidos de la mano. Se detienen y miran hacia afuera por el zaguán, luego vienen más al centro de la escena.)

- BENJAMÍN: ¡Cochina vida! Todo escurre agua.
- GABRIELA: Por salir a buscarte me empapé. Me va a hacer daño.
- BENJAMÍN: *(Fastidiado.)* ¡No seas aprensiva! Una mojada no importa.
- GABRIELA: Es por el niño, ¿sabes? *(Se toca el vientre.)* Ya se mueve... Hoy lo he sentido moverse... Tengo una ilusión por él... ¿no la tienes tú?
- BENJAMÍN: Sí, sí, pero no hay que preocuparse tanto *(Pausa.)* Si sigue lloviendo no podrás ir conmigo a Morelia.
- GABRIELA: *(Vivamente.)* No, ¡no! Tú no irás sin mí.
- BENJAMÍN: Te he dicho que iré aunque sea en medio de una tempestad.
- GABRIELA: ¿Y me dejarás? ¿Tendrás el valor de dejarme?
- BENJAMÍN: Sólo se puede ir corriendo muchos riesgos. Tú no podrías hacerlo. Tienes que esperar...
- GABRIELA: No podré vivir sin ti. No, ¡no! Sería horrible. Estar todo el día pensando qué haces, qué dices, en qué te ocupas... Aquí, aunque no te guste trabajar en el campo, por lo menos estamos juntos siempre.
- BENJAMÍN: Ya me cansé de no hacer nada. Quiero trabajar, pero en Morelia.
- GABRIELA: No tienes dinero. Mientras encuentras trabajo, ¿qué harás?
- BENJAMÍN: Llegaré a casa de mi tío el fotógrafo. Cuando encuentre trabajo mandaré por ti.

- GABRIELA: ¿Y será pronto?
- BENJAMÍN: No lo sé.
- GABRIELA: ¿Tú qué crees?
- BENJAMÍN: Creo que no será muy pronto. Necesito buscar una casita. No estaría bien que llegaras a casa del tío fotógrafo.
- GABRIELA: Qué bonito tener una casa para nosotros dos. Le pondré cortinas... Iremos los domingos al cine, ¿verdad?
- BENJAMÍN: ¡Claro que sí! Y yo beberé cerveza cada vez que me dé la gana, sin estar viendo la cara de piedra de tu hermano.
- GABRIELA: Ray es bueno. ¿Por qué dices eso?
- BENJAMÍN: Bueno para trabajar. Es una bestia de carga y quiere que todos seamos como él. Yo no nací para peón. Soy fino, mira mis manos...
- GABRIELA: (*Acariciándole las manos.*) Me gustan tus manos...
- BENJAMÍN: Yo soy hombre de la ciudad.
- GABRIELA: ¿Estás seguro de que no podré ir contigo desde luego?
- BENJAMÍN: ¿Ves cómo llueve? ¿Cómo podrías? Te faltan dos meses.
- GABRIELA: ¡Ah! He sentido que se mueve otra vez. ¿Será por el frío que he cogido?

(*La madre sale de la cocina.*)

- MADRE: ¿Dónde andabas, Gabriela?
- BENJAMÍN: (*En secreto a Gabriela.*) No le digas...
- GABRIELA: Salí un poco, nada más que un poco...
- MADRE: ¿Con este tiempo? ¡Pero estás empapada! (*A Benjamín.*) ¿Por qué la dejas que se moje? En su estado le puede hacer mal.

- BENJAMÍN: (*Encogiéndose de hombros.*) Sería preferible que este asunto pasara cuanto antes.
- GABRIELA: ¿Qué has dicho?
- MADRE: Nada, no ha dicho nada. Vete a cambiar.
- GABRIELA: (*Plañidera.*) ¿Estás enojado, Benjamín?
- BENJAMÍN: Sí, porque no puedes venir conmigo.
- MADRE: (*Empujando a Gabriela por el corredor.*) Anda, vete a cambiar.

(*Mutis de Gabriela. La madre se encara a Benjamín.*)

- MADRE: ¿Por qué la mortificas? ¿No te importa tu hijo?
- BENJAMÍN: Estoy harto de oír hablar de eso a todas horas.
- MADRE: ¿Sigues con la idea de irte?
- BENJAMÍN: Sí.
- MADRE: Los caminos están intransitables. Tendrás que esperar.
- BENJAMÍN: Me iré a pie o a caballo, me es igual. No quiero estar más tiempo aquí.
- MADRE: ¿Tan mal te hemos tratado?
- BENJAMÍN: ¡No digo eso!
- MADRE: Entonces, ¿por qué quieres irte?
- BENJAMÍN: El trabajo del campo no me gusta.
- MADRE: Ray te ha prometido...
- BENJAMÍN: ¡Al diablo sus promesas! Ya me cansé de verle su cara de piedra todo el día y de ser hijo de familia.
- MADRE: (*Enfadada.*) ¿Qué tienes que decir de Ray? Vergüenza habías de tener de estar pegado todo el día a las faldas de tu mujer.
- BENJAMÍN: No es por mi gusto.
- MADRE: ¿Entonces por qué? Si no fuera por Ray, el rancho sería un erial.

- BENJAMÍN: Si a él le gusta, que trabaje. Yo me voy.
- MADRE: ¿Con qué dinero cuentas para irte? ¿Ya tienes allá trabajo?
- BENJAMÍN: Ah, a propósito, quiero hablar con usted respecto al dinero.
- MADRE: ¿Qué vas a decirme?
- BENJAMÍN: Necesito que me adelante una parte de la herencia de Gaby.
- MADRE: No es posible por ahora.
- BENJAMÍN: Eso no lo estoy discutiendo, ¡me ha entendido usted!
- MADRE: Te digo que no es posible.
- BENJAMÍN: ¿No?, ¿por qué?
- MADRE: Se han perdido las cosechas... apenas si hay un poco de dinero para las rayas...
- BENJAMÍN: ¿Y a mí qué me importa?
- MADRE: Pero a mí sí, y óyelo bien, no voy a sacrificar a nadie porque tú estés contento.
- BENJAMÍN: (*Alzando la voz.*) ¡Eso es un robo!
- MADRE: ¿Qué dices? ¿Un robo? ¡Te falta vergüenza! Te hemos mantenido como hijo ocho meses sin que tus manos se ensuciaran de tierra.
- BENJAMÍN: (*Cínico.*) Gaby me quiso como soy y ustedes lo aceptaron. No es culpa mía.
- MADRE: Gabriela es una muchacha caprichosa y hubiera sido peor oponerse.
- BENJAMÍN: Entonces hay que aguantar las consecuencias. Ya he dicho que me iré, y por la paz de su casa le pido que me dé una parte de la herencia, si no...
- MADRE: ¿Me amenazas? ¡Tú me amenazas!

(Raymundo aparece en la puerta de la cocina.)

RAYMUNDO: ¿Qué pasa?

MADRE: *(Conteniendo su enojo.)* Nada, discutíamos Benjamín y yo...

RAYMUNDO: ¿Se permite Benjamín discutir contigo, madre? Oí que levantaba la voz.

BENJAMÍN: ¿Vas a darme el tono de voz con que debo hablar?

RAYMUNDO: Puedes hablar en el tono que te dé la gana, pero mi madre es cosa aparte. ¿Entendido?

MADRE: Benjamín se exalta a veces sin fijarse.

RAYMUNDO: Ya es lo bastante crecido, para darse cuenta de lo que hace.

BENJAMÍN: ¡Claro que sé lo que hago!

RAYMUNDO: Madre, déjanos solos.

MADRE: Pero Ray...

RAYMUNDO: ¡Déjanos!

BENJAMÍN: Sí, entre hombres se entiende uno mejor.

(El abuelo se asoma.)

ABUELO: *(Tartamudeando por efecto del alcohol.)* ¿Qué es? ¿Quién se enoja?

MADRE: Nadie. Venga usted conmigo. Aquí hace mucha humedad y hace frío. Lo voy a llevar a su cama.

ABUELO: *(Hipando.)* Apriétale las tuercas a ese bribón, Ray.

BENJAMÍN: *(Desafiante.)* No le tolero...

MADRE: ¡Cállese, padre! Venga usted, deme el brazo.

ABUELO: ¿Para qué el brazo? Yo soy fuerte, lo bastante fuerte para subir la escalera por mi pie. *(Al caminar da un traspie.)*

MADRE: ¡Eso se saca por beber! Vergüenza había de darle... *(Se lo lleva del brazo por el corredor.)*

RAYMUNDO: Ven al escritorio. Allí hablaremos mejor.

BENJAMÍN: Es poco lo que tengo que decir. *(Se dirigen al escritorio.)* Necesito dinero.

(Entran y cierran la puerta. El ruido de la lluvia se escucha sobre los tejados; luego, de pronto, gritos y voces. Por el zaguán entre un grupo de mujeres y hombres que hablan al mismo tiempo con el mayordomo. Algunas mujeres lloran.)

VOCES DE HOMBRES: ¡La presa! La presa. Se está cuarteando la cortina. ¡Va a reventarse! El agua está subiendo aprisa. Se están aflojando los bordos.

VOCES DE MUJERES: ¡Dios mío! ¡Del peligro líbranos, Señor! ¡De la mala muerte protégenos! ¿Qué hacer?

(Raymundo sale violentamente a la puerta del escritorio seguido por Benjamín.)

RAYMUNDO: ¿Qué pasa?

MAYORDOMO: ¡La presa! *(Confusión.)*

RAYMUNDO: *(Imponiéndose.)* ¡Calma! *(Un rápido silencio.)* Necesito voluntarios que vengán conmigo.

VOCES DE HOMBRES: ¡Yo, yo, yo! ¡Cuente conmigo! ¡A la orden!

RAYMUNDO: El que quiera venir, que me siga. Vamos a reforzar la cortina y los bordos. *(Se dirige a hacer mutis por el zaguán. A Benjamín.)* Llama a Pepe. Llévate unos hombres y abre los bordos del canal que da para las tierras barbechadas.

(Mutis seguido de los hombres. Benjamín entra en la cocina, saca la botella y bebe. Hay un rumor sordo entre las mujeres; lloran a gritos.)

MUJERES: Nuestros jacaes, madrecita... Nuestros animalitos... ¡Se revienta la presa!

MADRE: No perdamos la fe. El Señor no ha de permitirlo.

MUJERES: Recemos. Sí. Vamos a rezar.

MADRE: *(Arrodillándose con las mujeres.)* Señor, ten piedad de nosotros... te ofrecemos nuestra oración para que nos salves de la desgracia...

(Sale Gabriela por el corredor, con el rostro demudado.)

GABRIELA: ¡Benjamín! ¡Benjamín! Mamá, ¿dónde está Benjamín?

MADRE: No lo sé. Debe estar con los hombres en la presa.

GABRIELA: ¡No quiero que vaya a la presa! ¡Puede ahogarse! ¡No! ¡No quiero que vaya a la presa!

(Las mujeres se levantan y forman un grupo amenazador.)

MADRE: Debe cumplir con su deber, como todos. Si la presa revienta...

GABRIELA: ¿Qué me importa? ¡Iré a llamarlo! *(Se dirige al zaguán. La madre la detiene.)*

MADRE: ¿Qué vas a hacer?

GABRIELA: ¿No oyes que voy a llamarlo?

MADRE: ¡No lo harás! Tus hermanos están allá también, corriendo el mismo peligro que todos.

GABRIELA: ¡Mis hermanos no son Benjamín! ¡Déjeme ir, mamá! *(Benjamín sale a la puerta de la cocina.)*

- ¡Ah, estás aquí! (*En el colmo de la alegría.*) ¿No has ido a la presa?
- BENJAMÍN: ¿Yo? ¿Por qué he de ir yo?
- MADRE: (*Furiosa.*) ¿Dejas que los demás arriesguen la vida, mientras tú te quedas en lo seguro?
- BENJAMÍN: No soy el único. También Pepe está allá arriba.
- GABRIELA: (*Acariciándolo.*) Qué miedo he tenido... Imaginaba verte ahogado...
- BENJAMÍN: (*Fatuo.*) Bah, no es para tanto.
- MADRE: (*Gritando.*) ¡Pepe! ¡Pepe! ¿Estás ahí? ¡Baja enseguida! (*Gabriela, muy pegada. Benjamín, se dirige al corredor. Rumor amenazante de las mujeres que están en el zaguán.*) ¡Pepe! ¿Me oyes?

(*Entra Pepe, con la guitarra en la mano.*)

- PEPE: ¿Quién me llama?
- MADRE: Yo, ¿no te da vergüenza estar tocando mientras tu hermano Ray lucha en la presa?
- PEPE: No lo sabía.
- MADRE: Ve inmediatamente a ayudarlo.
- PEPE: Voy a dejar la guitarra.
- MADRE: ¡Déjamela! Yo la guardaré. ¡Anda, vete!
- PEPE: Pero me voy a poner hecho un asco. No cesa de llover.
- MADRE: ¿Crees que tienes algún privilegio para no mojarte?
- PEPE: Ya voy, ya voy. No grites tanto.

(*Sale por el zaguán. La madre va a la cocina. Las mujeres hablan entre sí.*)

- MUJERES: ¡Llueve y llueve! ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Y ella? ¿Han oído lo que dijo? ¡La muy cochina! Todo el tiempo pegada al hombre.
- GABRIELA: *(Separándose de Benjamín y yendo a ellas.)* ¿Qué dicen?
- UNA MUJER: Decimos lo que te mereces.
- BENJAMÍN: No hagas caso.
- GABRIELA: ¡Fuera de aquí! ¡Ésta es mi casa!
- MUJER: ¡Tu casa!
- BENJAMÍN: *(Tratando de llevarse a Gabriela.)* ¡No contestes! ¡Déjalas! ¡Están locas!
- MUJER: Sí, sí, ¡locas! Locas de miseria, de lluvia, de frío, mientras tú te regodeas con tu mujer. ¡So puerco!
- GABRIELA: *(Furiosa.)* ¿Qué dices? Voy a romperte la cara por lo que has dicho.
- MUJER: ¡Atrévete, si eres hembra de corazón! ¡Anda!

(Rumor amenazante entre las mujeres. La madre sale de la cocina.)

- MADRE: ¿Qué pasa?
- GABRIELA: ¡Estas mujeres me insultan!
- MADRE: ¿En mi casa? ¿Insultan a mi hija en mi propia casa?
- MUJER: ¡Ella empezó!
- GABRIELA: Han insultado a Benjamín, y eso no lo tolero.
- BENJAMÍN: *(Encogiéndose de hombros.)* ¡Bah!
- MADRE: ¿No te importa? Claro, otra cosa sería lo que te importara. *(A las mujeres.)* ¿Qué hacen aquí amontonadas, mientras los hombres trabajan en la presa? ¡Vamos! ¡A su casa todo el mundo!

- Hay mucha humedad y el café cae bien en estos casos.
- MUJER: Yo no tengo café.
- VOCES: Ni yo. Ni yo.
- MADRE: Ya les mandaré. ¡Vamos! La mucha conversación trae cosas malas. Se enredan las palabras y viene el malentendimiento. A su casa todo el mundo.
- MUJER: A ti, madrecita, te obedecemos, porque eres como una de nosotras; pero a tu hija dile que se ande con cuidado...
- GABRIELA: ¿Ves?
- MADRE: ¡Cállate! (*Las mujeres se van.*) Saca café de la alacena y que lo lleve Benjamín.
- BENJAMÍN: ¿Yo?
- MADRE: Tú, sí, ¡tú! Yo voy a ver si padre apagó la vela. (*Mutis por el corredor.*)
- BENJAMÍN: ¡Al diablo con ella! Yo no llevo nada.
- GABRIELA: Se enojará si no lo haces.
- BENJAMÍN: ¿Qué me importa? Estoy harto de esta vida... (*Mientras hablan, entran en la cocina.*) Dame una taza de café. Hace un frío...
- GABRIELA: Nos iremos a acostar pronto. ¿Quieres? Acurrucada junto a ti, se me pasan las horas sin sentir. (*Lo acaricia.*) De veras que eres guapo...
- BENJAMÍN: (*Bromeando.*) ¿Hasta ahora lo echas de ver?
- GABRIELA: Siempre lo he dicho. Eres de los hombres que las mujeres nos peleamos con manos y dientes.
- BENJAMÍN: ¡Psé! Depende de cómo lo quieran a uno. ¿Tú me quieres?
- GABRIELA: ¿No lo sabes? Estoy loca por ti. ¡Si alguien quisiera quitarte de mí, le sacaría los ojos con las

uñas; le arrancaría el corazón a mordidas! ¡No me conoces! Tú has despertado en mí cosas que a veces me asustan. Por conservarte me siento capaz de todo.

BENJAMÍN: *(Recalcando.)* ¿De todo?

GABRIELA: Pruébalo y verás.

BENJAMÍN: *(Distraído.)* He hablado con Raymundo del asunto de la herencia.

GABRIELA: ¿Y qué te ha dicho?

BENJAMÍN: Ni que sí ni que no. Vinieron con el asunto de la presa y se fue.

GABRIELA: Tienes que volverle a decir...

BENJAMÍN: Tú debes ayudarme. *(Señalando la alacena.)* Dame un trago. *(Gabriela saca la botella y le sirve.)* Debes decirle a tu madre que necesito, cuando menos, una parte.

GABRIELA: Se lo diré.

BENJAMÍN: Hoy mismo.

GABRIELA: ¿Por qué tanta prisa?

BENJAMÍN: Porque necesito irme.

GABRIELA: ¡Ah no! ¡Tú no te irás sin mí!

BENJAMÍN: No puedes salir de aquí hasta que nazca el muchacho. Aquí tendrás todas las atenciones y los cuidados; fuera de aquí, sería otra cosa.

GABRIELA: ¿Pero qué hago yo sin ti? ¿Cómo podré dormir yo sola en una cama fría y grande? ¡No, no puede ser!

BENJAMÍN: *(Con ademanes estudiados le toma la cabeza por los cabellos, le levanta la cara, la mira fijamente a los ojos.)* Tú te quedarás, ¿verdad que te quedarás? ¿Verdad que esperas a que nazca el muchacho?

- GABRIELA: Pero... *(Benjamín la besa en los labios. Ella desfallece.)* Sí, sí... lo que digas... ¿pero verdad que no te irás pronto?
- BENJAMÍN: No lo sé. Eso depende...
- GABRIELA: ¿De qué?
- BENJAMÍN: Del dinero. Debes hablar con tu madre hoy mismo.

(Entra la madre, por el corredor.)

- MADRE: ¡Gabriela! ¡Gaby!
- BENJAMÍN: *(En voz baja.)* Allí está. Haré el sacrificio de llevar el café y mojarme... ¡Todo por ti! ¡Háblale!
- MADRE: Gaby, ¿dónde estás?
- GABRIELA: Aquí, en la cocina.
- MADRE: *(Entrando en la cocina. A Benjamín.)* ¡Tan pronto llevaste el café!
- BENJAMÍN: No. Ahora lo llevo.
- MADRE: ¿Pero es que tienes plomo en los pies?
- BENJAMÍN: Tengo mala gana para hacer trabajos que no me gustan; pero en fin, ya que usted lo quiere, haré el sacrificio. *(A Gabriela.)* Dame el café. *(Gabriela saca de la alacena varios paquetes y se los da. A ella en voz baja.)* Háblale, hazlo por mí.
- GABRIELA: *(Mismo tono.)* Sí... sí...
- MADRE: *(De mal humor.)* Con la prisa que te das para hacer las cosas, el día que me toque morirte te mandaré por la muerte. *(Benjamín se encoge de hombros y sale por el zaguán. La madre presta atención.)* Parece que llueve menos.
- GABRIELA: *(Sin fijarse.)* Sí.

- MADRE: Dios quiera que deje de llover. La presa no aguanta más. *(Gabriela no responde.)* Estoy cansada, he tenido mucho trabajo hoy... La leña estaba mojada y no quería arder... Cuando nazca tu hijo haremos buñuelos en cantidad, para que coman todos. *(Gabriela no responde.)* ¿En qué piensas?
- GABRIELA: Pienso en que... Benjamín quiere irse.
- MADRE: ¡Déjalo! Ya que no quiere trabajar en el rancho, que busque su vida en otro lado.
- GABRIELA: Sí, eso está bien, nadie dice lo contrario para eso es hombre. Lo malo es que quiere irse solo.
- MADRE: En tu estado es conveniente que no andes de aquí para allá. Es cuestión de unos días más.
- GABRIELA: ¿Pero quién me asegura que volverá por mí?
- MADRE: ¿No le tienes confianza?
- GABRIELA: A Benjamín se le puede tener amor, pero confianza... *(Torturada.)* Madre, desde que lo conocí me ha entrado un mal raro. No hay para mí paz; no hay descanso si él está lejos, ¿por qué es esto?
- MADRE: Porque te has enamorado de él. Te domina los sentimientos y estás convertida en su esclava.
- GABRIELA: No te permito que lo digas... ¿por qué si esa es tu opinión dejaste que me casara con él?
- MADRE: ¿Querías que me opusiera?
- GABRIELA: Lo que sucede es que no quieres a Benjamín.
- MADRE: *(Súbitamente dulce.)* Gaby... cuando nazca tu hijo, si Dios quiere, comprenderás mis palabras. Deja que Benjamín se vaya. Si te

quiere, volverá. Ahora sólo debe preocuparte tu hijo. No le des leche amarga de celos y rencores.

GABRIELA: Benjamín me ha dicho que mandará por mí, tan pronto como nazca el niño y encuentre trabajo. Buscará una casita para los tres; iremos al cine los domingos y... Mamá, quiero pedirte un favor. Habla con Ray para que me dé una parte de mi herencia.

MADRE: (*Violenta.*) ¡Eso no!

GABRIELA: ¿Por qué no? ¿No tengo derecho a ella?

MADRE: Nadie te lo quita. Lo que sucede es que las cosechas han sido malas y no se podrá hacer un desembolso, de pronto.

GABRIELA: (*Irritada.*) ¡Esos son cuentos!

MADRE: Me faltas al respeto.

GABRIELA: Lo que sucede es que encubres a Ray para que se quede con la herencia de Pepe y la mía.

MADRE: ¡Gabriela!

GABRIELA: Somos todos dueños del rancho y, sin embargo, Ray se ha hecho el amo. Él ordena y todo el mundo obedece.

MADRE: ¿Y quién, si no él, se echó a cuestras el trabajo del rancho después de que murió tu padre que en paz descansa?

GABRIELA: Eso no le da derecho a guardarse lo que no es suyo.

MADRE: ¡Silencio!

GABRIELA: (*Lloriqueando.*) ¿Es así como nos quieres a Pepe y a mí? ¿Evitándonos que podamos tener un porvenir? Yo en Morelia viviría de otro

modo. Benjamín trabajaría. Él me ha dicho que el campo no le gusta y que en la ciudad encontraría manera de hacer algo.

(Entra por el zaguán Raymundo. Viene con una manga de hule chorreando agua. Camina cabizbajo. Se detiene en la entrada de la cocina.)

- MADRE: ¿Cómo está la presa?
- RAYMUNDO: *(Lentamente.)* Por ahora, no pasa nada.
- MADRE: ¿Qué tienes?
- RAYMUNDO: Uno de los hombres cayó en ella y se ahogó...
- GABRIELA: *(Desolada.)* ¡Dios bendito!
- RAYMUNDO: Nada pudimos hacer por él.
- MADRE: Pobre madre.
- RAYMUNDO: *(A Gabriela.)* ¿Y tú por qué lloras?
- GABRIELA: No es nada... Le decía a mamá... Oye, Ray, tú siempre has sido bueno. Sabes bien que Benjamín no le tiene afición a la vida del campo. Necesita que le des una parte de mi herencia para que se vaya.
- MADRE: *(Enérgica.)* ¡Eso no! Apenas hay para pasar hasta que lleguen las cosechas que, si el agua sigue, se perderán. Benjamín puede esperar un poco.
- GABRIELA: ¡Quiere trabajar! ¿Por qué se lo impiden?
- RAYMUNDO: Nadie se opone. Aquí hay trabajo para todos.
- GABRIELA: ¡Entiéndeme! Él quiere irse a Morelia. Allí es donde piensa trabajar.
- MADRE: ¡Que se espere!
- GABRIELA: *(Volviendo a lloriquear.)* Siempre he dicho que no me quieres.

RAYMUNDO: No digas tonterías. Una madre es para todos sus hijos.

GABRIELA: No, ¡tú eres el preferido! ¡Ella sólo mira por ti! ¡Ve por tus ojos, oye por tus oídos, piensa con tu cabeza! ¡Está loca por ti!

RAYMUNDO: ¡Cállate!

GABRIELA: Yo tengo que soportar que mi marido sea aquí un hijo de familia, y cuando en mi derecho pido lo que es suyo, sí, suyo, porque es mío y yo soy su mujer, entonces ella... (*Señala a su madre.*) piensa sólo en las conveniencias del rancho; es decir, en las tuyas, y los demás que revienten.

RAYMUNDO: (*Tratando de dominarse.*) Mejor es que te calles. Estás diciendo tonterías.

GABRIELA: Pues sepan que Benjamín se irá a la hora que quiera; para eso es hombre, para tener voluntad. Empeñaré mi ropa, venderé lo que es mío, para tener dinero, y a todo el mundo le diré que ustedes no quisieron darme nada. Debe saberse lo que sucede en esta casa.

(*Va a hacer mutis rápidamente. Raymundo la detiene.*)

RAYMUNDO: ¿A dónde vas?

GABRIELA: ¿Qué te importa?

(*Se deshace de él y hace mutis por el corredor. Raymundo, abatido, se sienta junto a la mesa.*)

MADRE: (*Después de un momento, dulcificando la voz.*) No le hagas caso. Es una muchacha sin experiencia.

- RAYMUNDO: No es sólo ella, madre. También Pepe me mira con ojos rencorosos y espía mis actos.
- MADRE: Pepe es un niño. Te confieso que me preocupa. Se pasa el día entero tocando la guitarra. Si tú le hablaras...
- RAYMUNDO: ¿Para qué? Siempre que hablamos, terminamos de mala manera. Dime, madre, ¿es que soy un hombre sin corazón?
- MADRE: (*Con ternura entusiasta.*) Ya quisieran todos tener el corazón que tú tienes.
- RAYMUNDO: Entonces, ¿por qué me odian?
- MADRE: Te envidian.
- RAYMUNDO: Sin embargo, mi vida nada tiene de envidiable. Vivo en la soledad.
- MADRE: ¿Por qué no te casas de nuevo?
- RAYMUNDO: ¿Para qué? Mi mujer murió al nacer nuestro primer hijo y la que ahora quiero...
- MADRE: Yo aceptaría a Angelina.
- RAYMUNDO: No, madre. Su pasado sería la vergüenza de esta casa, y la quiero en forma tal, que no podría tolerarlo.
- MADRE: Pobre Ray.
- RAYMUNDO: (*Después de un momento.*) ¿Qué te ha dicho Gabriela?
- MADRE: Quiere su herencia para Benjamín.
- RAYMUNDO: ¿Y tú qué le has dicho?
- MADRE: Que ahora es imposible.
- RAYMUNDO: Tienes razón. No se puede gastar un solo peso, a riesgo de hundirse. ¿Dónde está el abuelo?
- MADRE: Lo llevé a su cama. Tenía mucho frío.
- RAYMUNDO: Voy a recostarme un poco. Esta noche la tarea será dura.

- MADRE: Parece que ya no llueve.
- RAYMUNDO: Pero el río está muy crecido y amenaza desbordarse.
- MADRE: Dios proteja a todos.
- RAYMUNDO: Habla otra vez con Gaby; dile que Benjamín puede esperarse. No podemos darle dinero en este momento.
- MADRE: Sí, tienes razón. ¿Cenarás más tarde?
- RAYMUNDO: Ya veremos. *(Raymundo sale de la cocina seguido por la madre.)* Pobre vieja... *(La acaricia con mano ruda.)* Cuántas penas te damos.
- MADRE: *(Sonriente.)* ¿Pero quién tiene un hijo como tú?
- RAYMUNDO: Vamos...

(Hacen mutis por el corredor. Una pausa. El ruido de la lluvia ha cesado. Entra por el zaguán Pepe sacudiéndose las ropas mojadas, lleno de lodo. Se dirige a la cocina, abre la alacena, se sirve una copa. La guitarra está sobre la mesa. La coge, se sienta y empieza a tocar algunos acordes. Por el zaguán entra Benjamín y se dirige a la cocina.)

- BENJAMÍN: Ya no llueve. *(Pepe no contesta.)* Si esto sigue así, mañana me iré.
- PEPE: ¿A dónde?
- BENJAMÍN: A Morelia.
- PEPE: ¡Ah!
- BENJAMÍN: ¿Y tú qué harás?
- PEPE: *(Encogiéndose de hombros.)* Nada.
- BENJAMÍN: ¿No tienes aspiraciones?
- PEPE: Sí. Me gusta tocar la guitarra.
- BENJAMÍN: En Morelia podrás tocarla.
- PEPE: ¿En dónde?
- BENJAMÍN: Entrarás como músico en una orquesta.

- PEPE: ¿Tú crees?
- BENJAMÍN: Yo puedo arreglar eso fácilmente.
- PEPE: ¿Estás seguro?
- BENJAMÍN: Claro que al principio costará trabajo. Nadie te conoce; pero te aseguro que pronto...
- PEPE: Para eso hace falta dinero.
- BENJAMÍN: Pide tu herencia.
- PEPE: Ray no me la daría.
- BENJAMÍN: ¿Con qué derecho se queda con lo que no es suyo?
- PEPE: No me arriesgo a pedírsela.
- BENJAMÍN: ¡Hay que ser hombre!
- PEPE: ¿Pero estás seguro de que tocaría en una orquesta?
- BENJAMÍN: ¡Por ésta! (*Hace la señal de la cruz.*)
- PEPE: (*Pensativo.*) Mamá se enojará... ¡La conozco! pero creo que tienes razón. El trabajo del campo no me gusta.
- BENJAMÍN: ¡Naturalmente! Sólo a Ray se le ocurre estar pegado a la tierra.
- PEPE: Él es el único que trabaja.
- BENJAMÍN: Y se coge lo que no es suyo.
- PEPE: Eso lo dices de mala fe
- BENJAMÍN: Pongamos por caso que sí. ¿Y qué? Yo no quiero a Ray ni tú tampoco.
- PEPE: Pero es mi hermano.
- BENJAMÍN: ¿Te ha valido de algo? ¿No te trata mal? ¿No quiere que trabajes como un peón? ¿Por qué no te da tu herencia, para que hagas con ella lo que te dé la gana?

(*Entra la madre.*)

- MADRE: (A Pepe.) ¿Vas a cenar?
- PEPE: No. Me duele la cabeza.
- BENJAMÍN: Claro, con la mojada que te has dado...
- MADRE: Bebe un trago, eso te hará bien. (Saca la botella de la alacena. La mira.) Apuesto a que ya han bebido.
- BENJAMÍN: Sí, ¿y qué? ¿También me lo va a echar en cara?
- MADRE: Benjamín, cada día estás peor. Un día no voy a estar de humor y te pesará.
- BENJAMÍN: ¿A mí? A quien le pesará será a usted, porque yo me iré.
- MADRE: ¿Por qué no lo haces cuanto antes? ¿No es eso lo que quieres? Aquí no te retenemos. Me has cambiado a Gabriela. Por momentos siento que me odia.
- BENJAMÍN: ¿Por qué no le da su herencia y la deja que se vaya? A Pepe tampoco le gusta el campo, ¿no es eso, Pepe?
- PEPE: La verdad... yo.
- BENJAMÍN: ¿Por qué no le da también su parte, para que se vaya, como quiere?
- MADRE: ¡Eso no es cierto!
- BENJAMÍN: ¡Yo digo la verdad!, cueste lo que cueste. Estamos hartos de Ray.
- MADRE: (Con angustia.) ¿Tú también, Pepe? ¿También?
- PEPE: (Echándose a llorar.) No, no, yo no digo eso ¿pero por qué quieren que esté aquí? No me gusta trabajar en el campo. Lo único que quiero es tocar la guitarra... eso es lo que quiero...

(Benjamín lanza una carcajada.)

MADRE: (*Furiosa.*) ¿Por qué te ríes? ¿De sus lágrimas? Él es un muchacho bueno. ¡Tú eres el que tiene el alma envenenada! (*Acariciando a Pepe.*) No llores. Yo haré que todo se arregle lo mejor posible. Anda, ve a cambiarte.

(*Pepe se levanta sin saber qué hacer.*)

BENJAMÍN: Eso para Pepe, y para mí, ¿qué? ¿Se ha creído usted que me voy a esperar indefinidamente? (*Entra Gabriela por el corredor.*) He dicho que tiene usted que darme mi parte.

GABRIELA: (*Entrando en la cocina.*) ¿Qué pasa, Benjamín? Te he esperado, ¿por qué no fuiste? ¿Eres capaz de dejarme sola tanto tiempo?

BENJAMÍN: ¿Qué me importa que estés sola? Estoy harto de hacer carantoñas. Te dije que hablaras con tu madre sobre lo de la herencia y no lo has hecho.

GABRIELA: Claro que sí. ¿Qué te ha dicho ella?

MADRE: Nada, no le he dicho nada.

GABRIELA: Entonces, ¿estás de acuerdo, mamá?

BENJAMÍN: ¿De acuerdo en qué? Ella no quiere que Ray nos dé nada.

GABRIELA: (*Fuera de sí.*) ¡Ah! Él es sólo tu hijo, ¿no es eso?

MADRE: (*Trémula.*) No seas injusta, Gaby.

GABRIELA: Vente a acostar, Benjamín. Me siento mal... Si mi madre fuera justa, se sentiría orgullosa de que yo tuviera un hijo tuyo.

MADRE: ¡Gabriela! ¡No digas eso!

GABRIELA: Pero está loca por Ray. ¿No lo has visto, Pepe? ¿No te da rabia? Ven, ven Benjamín, vámonos a costar.

(Lo coge de la mano y se lo lleva por el corredor. La madre se deja caer sobre una silla, con la punta de delantal se enjuga sus lágrimas.)

PEPE: Mamá... ¿qué tienes?

MADRE: Nada, nada, hijo, vete a acostar.

(Pepe camina lentamente y hace mutis por el corredor, mientras la madre permanece inmóvil meditando. Se escucha rumor de voces en el zaguán. Entran atropelladamente varios hombres y mujeres hablando al mismo tiempo. Entre ellos viene Angelina, llena de barro, mojada.)

MUJERES: Se salió el río en la parte de abajo. Todo se inundó. *(Señalando a Angelina.)* La pobre lo perdió todo.

MADRE: *(Asomándose a la puerta de la cocina.)*
¿Qué pasa?

MUJERES: El río... Se llevó los jacales y hasta las casas de adobe. Se ahogaron los animales.

ANGELINA: *(Adelantándose.)* Señora... perdón por haber venido, pero no tengo a dónde acogerme. Mi casa... se la llevó el río... No tengo adónde ir.

MADRE: Este techo la cubrirá.

MUJERES: ¡La recibe! Dios la bendiga.

HOMBRES: Los bordos no pudieron aguantar. Se inundaron todas las tierras de labor.

MADRE: *(Yendo rápidamente al corredor. Grita:)*
¡Ray! ¡Raymundo!

ANGELINA: Me subí a un bordo y allí esperé la muerte. Estaba rodeada de agua... He tenido tanto miedo...

- HOMBRES: Tuvimos que echarle reatas. Por poco se la lleva el río.
- ANGELINA: Yo no hubiera venido por mi voluntad, pero estoy desamparada.
- RAYMUNDO: *(Entrando.)* ¡Me llamas, madre!
- ANGELINA: *(Yendo a él.)* ¡Raymundo!
- RAYMUNDO: *(Sorprendido.)* ¿Qué haces aquí?
- ANGELINA: El río se desbordó, se llevó la casa y cuanto tenía. Estas buenas gentes me salvaron y me trajeron aquí.
- MADRE: ¡La pobre! ¡Mira cómo está!
- RAYMUNDO: *(A la madre.)* Madre... ¿no es mucho pedirte que le abras tu puerta?
- MADRE: Tú mandas.
- RAYMUNDO: ¿Pero tú? ¿Qué dices tú?
- MADRE: *(Cogiendo afectuosamente a Angelina por un brazo y llevándola a la cocina.)* Hija mía, venga usted.
- RAYMUNDO: Gracias, madre. *(A los hombres.)* Es necesario desviar las aguas.
- HOMBRES: Sí, sí. Pero les tocará a las tierras sembradas. Pobre gente. Se ahogaron todos los animales.
- RAYMUNDO: Sí, pero hay que salvar a la gente de abajo. Vamos.
- HOMBRES: Sí, vamos.

(Mutis. Las mujeres se sientan mientras tanto y se escucha un rumor como de rezos. La madre le sirve una copa a Angelina. Ésta la bebe y le coge las manos. Se las besa.)

- ANGELINA: Gracias, señora. Pensé que era el último día de mi vida. Todo se lo llevó el río. Me quedé desamparada.

MADRE: No, mientras viva Ray.
ANGELINA: Señora...
MADRE: Ahora le serviré café. Se salvó de la muerte y con eso ya es bastante. Demos gracias a Dios. (Angelina solloza.)

TELÓN

SEGUNDO ACTO

La misma decoración del acto anterior. En el corredor que lleva al zaguán, mujeres y hombres, formando un grupo, aparecen sentados con algunos enseres de casa. Han pasado tres horas del final del acto anterior. En la cocina no hay nadie.

MUJERES: Si no ha sido por el amo Raymundo, a estas horas no la contáramos. Y nos ha dado asilo en su casa. Bendito sea Dios.
HOMBRES: Todo se lo llevó el río. No quedó nada de las tierras de labor. ¡Maldita sea!

(Viniendo del corredor entra Pepe con la guitarra en la mano. Apenas se digna mirar a los refugiados. Va a la cocina, se sienta y toca algunos acordes, mientras se escucha el murmullo de las conversaciones de hombres y mujeres. Del escritorio sale Benjamín y entra en la cocina.)

BENJAMÍN: Pepe...
PEPE: ¿Eh? ¿Qué quieres?
BENJAMÍN: (En voz baja.) ¿Dónde están los demás?
PEPE: No lo sé.

- BENJAMÍN: He estado con Ray en el escritorio. ¿Y Gabriela?
- PEPE: Creo que se ha acostado.
- BENJAMÍN: ¡Ah! *(Pausa.)* ¿Sabes? He estado con Ray...
- PEPE: *(Distraído.)* ¿Sí?
- BENJAMÍN: Es necesario que hoy mismo nos vayamos.
- PEPE: ¿En la noche?
- BENJAMÍN: Sí. Hay que arriesgarse a todo. Está ensillado un caballo. Iremos al pueblo y de ahí... ¿Entiendes?
- PEPE: *(Sin comprender.)* ¿Qué vamos a hacer?
- BENJAMÍN: Nos llevaremos el dinero que tiene Ray en el escritorio. Lo he visto.
- PEPE: Ese no lo da, dice que es lo único que hay para el rancho.
- BENJAMÍN: Se lo quitaremos.
- PEPE: ¿Pero cómo?
- BENJAMÍN: Hay que obrar rápidamente. Toma las llaves. *(Se las entrega.)* Cuando salga Ray, entras y abres el escritorio. El dinero está en una caja de madera. ¿Has comprendido?
- PEPE: Sí...
- BENJAMÍN: Yo lo entretendré, mientras tú trabajas. No te preocupes.
- PEPE: ¿Y cuando tenga el dinero?
- BENJAMÍN: Lo llevas a tu cuarto y lo guardas en la alacena, después bajas y te pones a tocar la guitarra, para alejar sospechas. Yo te avisaré para que nos vayamos.
- PEPE: Entendido.
- BENJAMÍN: Espera. *(Se dirige a la puerta del escritorio.)* Ray, ¿estás ocupado?
- RAYMUNDO: *(Dentro.)* No, ya acabé. *(Sale.)*
- BENJAMÍN: ¿Dónde vas a acomodar a esa gente?

- RAYMUNDO: Te dije que vieras la troje grande.
- BENJAMÍN: ¿Qué gano con verla? Eres tú el que debe decidir.
- RAYMUNDO: *(Llamando.)* ¡Pepe!
- PEPE: *(Con voz temblorosa.)* Aquí estoy...
- RAYMUNDO: Dile a madre que es necesario hacer café, para esta gente. Si alguna cosa le hace falta, la ayudas en lo que sea necesario, incluso ir al pueblo. El mayordomo tiene ensillado mi caballo, en él puedes ir. *(A Benjamín.)* ¿Has visto a Angelina?
- BENJAMÍN: Tu madre la mandó acostar.
- RAYMUNDO: Vamos.

(Benjamín tose significativamente. Pepe los mira irse por el corredor del fondo, con terror. Nervioso, abre la alacena y se sirve una copa que apura de un trago. Vacila un momento, luego entra al escritorio y cierra la puerta. Pausa. Llegan la madre y Angelina de las habitaciones interiores, por el corredor del fondo. Entran en la cocina.)

- MADRE: ¿Ya se siente mejor?
- ANGELINA: Completamente. El descanso me ha hecho mucho bien. Oh, señora, ¿cómo puedo agradecerle sus bondades?
- MADRE: No es más que obligación con el prójimo,
- ANGELINA: ¿En qué puedo ayudarla? Esas pobres gentes van a quedarse aquí... sus hogares han sido destruidos, como el mío... no tienen a dónde irse y...
- MADRE: Ray se ocupa de acomodarlos.
- ANGELINA: No hay miseria que lo deje indiferente.
- MADRE: Es verdad.

- ANGELINA: Hay que servirle de rodillas para agradecerle sus bondades.
- MADRE: Él merece que le quieran con todo el corazón, con el alma y la entraña. Si usted lo quiere así, bendito sea Dios.
- ANGELINA: Por lograr su felicidad, sería capaz de todo.
- MADRE: Si usted se lo propone, todo saldrá bien.
- ANGELINA: Ojalá...
- MADRE: Ahora, a casarse.
- ANGELINA: ¡Casarnos!
- MADRE: Sí, como hombre y mujer que se quieren a la vista de todos.
- ANGELINA: Usted sabe que... mi pasado...
- MADRE: A los muertos se les entierra y a otra cosa.
- ANGELINA: Si él pudiera olvidar...
- MADRE: Que lo intente.
- ANGELINA: Pero hay cosas que un hombre no puede o no quiere olvidar, por mucho que ame. Hay circunstancias que no puede sostener con la mirada en alto, aun cuando tenga la seguridad de ser amado.
- MADRE: Yo la he recibido en mi casa. ¿No es esto una aceptación?
- ANGELINA: Usted es una de las pocas mujeres que comprenden.
- MADRE: No quiero que sigan viviendo fuera de la ley, ocultándose como malhechores. *(Las dos trajinan en la cocina.)*
- ANGELINA: Gracias, señora.

(Sale Pepe del escritorio y entra precipitadamente en la cocina. Angelina lanza un grito.)

- MADRE: ¿Qué pasa? (*A Pepe, que las mira asustado.*) Siempre entras como si te persiguieran. ¿Qué te pasa?
- PEPE: (*Tartamudeando.*) Nada... nada... Dejé aquí mi guitarra... Sí, aquí está. Me la llevo. (*Sale y hace mutis por el corredor del fondo.*)
- MADRE: Pepe es un muchacho raro; siempre pienso que algo malo le va a suceder.
- ANGELINA: Es demasiado joven.
- MADRE: Y es bueno como el pan; pero débil y caprichoso. Sólo piensa en la música, y por ella sería capaz de hacer muchas tonterías.

(*Entran Raymundo y Benjamín.*)

- RAYMUNDO: ¡Madre!
- MADRE: ¿Se te ofrece algo, hijo?
- RAYMUNDO: (*Dulcificando la voz.*) Gracias, madre, por lo que has hecho por ella. (*Señala a Angelina.*) Perdona que te moleste de nuevo. Tienes tanto trabajo que no sé cómo todavía estás de pie.
- MADRE: ¿Qué quieres que haga?
- RAYMUNDO: Esta gente lo ha perdido todo. Está atendida a nosotros. Te mandé decir con Pepe que hicieras café, para darles. Voy a acomodarla en la troje grande.
- MADRE: Ya me ocupo de eso, con Angelina.
- RAYMUNDO: (*A Angelina.*) No sabes lo que me gusta verte ayudarla.
- ANGELINA: No tengo otra manera de demostrarle mi gratitud.
- BENJAMÍN: (*Cínico a la madre.*) No puede usted quejarse de mí ahora. Estoy trabajando.

- MADRE: ¿En qué? ¿En ir de un lado para otro? Gabriela está negra de enojo porque la has dejado sola.
- BENJAMÍN: ¡Al diablo! ¿Cómo entender?
- MADRE: Tú entiendes. Lo que sucede es que finges no entender.
- BENJAMÍN: Si busco a Gaby, dice usted que vivo prendido a sus faldas, y si la dejo por un rato, me llama cínico.
- MADRE: No hablemos más. (A Raymundo.) ¿Qué es lo que quieres?
- RAYMUNDO: Que veas cómo acomodo a la gente.
- MADRE: Vamos.
- BENJAMÍN: No te molestes en volver, Ray. Ya sé lo que quieres. Yo iré con ella.
- MADRE: (De buen humor.) Ganas me dan de pensar, Benjamín, al verte, que tramabas una picardía.
- BENJAMÍN: Supongamos que sí. ¿Por qué lo piensa?
- MADRE: Nunca has estado tan amable conmigo.
- BENJAMÍN: A veces, en el momento de tomar una resolución definitiva, se tienen complacencias.
- MADRE: ¿Quieres decir que tú has tomado alguna resolución?
- BENJAMÍN: Pudiera ser.
- MADRE: No creas que voy a preocuparme. Vamos a la troje.

(Salen por el corredor del fondo.)

- RAYMUNDO: Te miro en esta casa, Angelina, y apenas lo puedo creer.
- ANGELINA: Yo tampoco.
- RAYMUNDO: (Pensativo.) Tal vez sea un designio del cielo,

el que tu casa haya sido arrasada y hayas venido aquí. Santa madre la mía que ha sabido comprender la situación.

ANGELINA: (*Emocionada.*) No esperaba tanto. Me ha tratado como a una hija.

RAYMUNDO: ¿Y qué piensas ahora?

ANGELINA: Lo que tú dispongas.

RAYMUNDO: Temía traerte aquí, te lo confieso, por miedo a lo que opinaran los demás. Los hombres somos cobardes, y no nos decidimos a arros-trar una situación como era la nuestra, cara a cara con el mundo. Me avergüenzo de haber sido cobarde. Mi madre, con un gesto sencillo, me ha enseñado el camino que debo seguir. Perdóname.

ANGELINA: No me pidas perdón.

RAYMUNDO: Nosotros los hombres tenemos un amor propio que ustedes no entienden. Nuestra seguridad de macho la antepone-mos a todo sentido humano.

ANGELINA: Ray, ¿es posible que tú hables así?

(*Entra el abuelo, por el corredor del fondo, cojeando y quejándose.*)

ABUELO: ¡Maldita sea!

RAYMUNDO: Tú me comprendes, ¿no es verdad, Angelina?

ABUELO: (*Entrando a la cocina.*) Me quedé dormido como un tronco. Dime Ray, ¿qué hace toda esa gente aquí?

RAYMUNDO: Se desbordó el río y arrasó sus casas.

ABUELO: ¡Ah! (*Mira a Angelina.*) ¿Y esta mujer qué hace aquí?

RAYMUNDO: Esta mujer es mi mujer.

- ABUELO: Ya lo sabía. ¿Pero qué hace aquí?
- RAYMUNDO: El agua destruyó todo lo suyo.
- ABUELO: ¡Ah! (*Se sienta, apoya los codos sobre la mesa y se hunde en sus reflexiones.*)
- RAYMUNDO: ¿Te sientes mal, abuelo?
- ABUELO: No, ya no llueve. Ha escampado.
- RAYMUNDO: Angelina, sírvele de cenar.
- ABUELO: (*Vivamente.*) ¡No quiero! No quiero que me sirva esta mujer.

(Entran la madre y Benjamín. A los hombres y mujeres.)

- MADRE: Vamos, es tiempo de descansar. Cuando estén acomodados les llevaremos la cena.
- VOCES: Muchas gracias, madrecita. Vamos, vamos. Que Dios te lo pague. (*Se van.*)
- RAYMUNDO: (*Saliendo a reunirse con la madre.*) Ven, Angelina.
- ANGELINA: ¿Llevamos la cena de una vez?
- MADRE: No. Primero que se acomoden.

(Mientras hacen mutis todos, el abuelo se levanta trabajosamente, va a la alacena, se sirve una copa y vuelve a sentarse. Entra Pepe sumamente nervioso, con la guitarra en la mano.)

- ABUELO: ¿Qué haces?
- PEPE: (*Sin saber qué decir.*) Bajé con la guitarra.
- ABUELO: ¡Ah! (*Pepe tiembla.*) ¿Qué tienes? ¿Por qué tiemblas? Siéntate.
- PEPE: No tengo nada.
- ABUELO: (*Con voz estropajosa.*) Yo estoy triste. Toca algo, para alegrarme.

PEPE: No tengo ganas. *(Para sí mismo.)* Quisiera beber...

ABUELO: ¿Para qué? Yo lo hago porque soy viejo, pero tú...

PEPE: Para darme valor. *(Titubea.)* Mañana estaré en Morelia.

ABUELO: ¿Mañana?

PEPE: Sí. Hoy en la noche me iré.

ABUELO: *(Riendo.)* ¡Bah! ¿Y qué vas a hacer en Morelia?

PEPE: Tocaré en una orquesta.

ABUELO: ¿Tú? *(Vuelve a reír.)*

PEPE: ¿Por qué te ríes, abuelo? Tú has dicho que los hombres debemos conocer el mundo.

ABUELO: Cierto... ¡Los hombres!

PEPE: Soy capaz de hacer lo mismo que hace Ray.

ABUELO: Ya lo creo, como que hace sandeces intolerables. ¿Has visto cosa igual? Traer a esta casa a esa mujer.

PEPE: Sí, también por eso me voy.

ABUELO: No, no es por eso. Y aun cuando así fuera, ¿es eso todo lo que se te ocurre? ¿Irte? ¿Por qué no afrontas la situación? Tienes tu parte en el rancho, reclámala.

PEPE: ¿Para quedarme a trabajar aquí?

ABUELO: *(Furioso.)* ¡No eres mi nieto! Yo soy de la raza de los que se pegan a la tierra. Somos como ella, duros... como ella. ¡Tú eres un descastado! ¡Lárgate!

PEPE: ¿Por qué he de irme? Estoy muy bien aquí.

ABUELO: *(Fuera de sí.)* ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí!

(Entra Benjamín.)

BENJAMÍN: *(Con su mejor sonrisa.)* ¿Qué le pasa abuelo?

ABUELO: *(Mirándolo con ira.)* Tú eres la cabra mala que echa a perder mi rebaño.

BENJAMÍN: No lo discuto.

ABUELO: Antes te odiaba por cínico; ahora tendré que odiar a Ray porque es más cínico que tú. *(Benjamín encoge de hombros.)* Parecía un hombre honrado... y ahora trae a esa mujer a esta casa que fue mía... *(Se atraganta con un sollozo.)* Llévame a mi cama... no puedo más... Estoy cansado... muy cansado... los años pasan... Llévame, hijo.

(Benjamín lo coge por un brazo.)

BENJAMÍN: Yo lo llevaré a usted.

ABUELO: *(Asombrado.)* ¿Tú? ¿Tú?

BENJAMÍN: Sí, yo.

(Lo lleva del brazo. Antes de salir de la cocina hace seña a Pepe y éste le contesta afirmativamente. Pepe pasea inquieto. Pausa. Entra Gabriela.)

GABRIELA: ¿Has visto a Benjamín?

PEPE: Fue a llevar al abuelo a su cama.

GABRIELA: ¡Él! ¡Qué raro! Sin embargo, parece que ha cambiado. *(A Pepe, con ternura.)* Falta un mes para que nazca el niño. Después nos iremos... Pondremos nuestra casa con cortinas y los domingos iremos al cine.

PEPE: *(Sin fijar la atención.)* Sí... sí...

GABRIELA: Quiero tanto a Benjamín.

PEPE: Sí. Dame de cenar.

- GABRIELA: Llamaré a Benjamín. Cenemos nosotros antes de que venga esa mujer.
- PEPE: ¿Qué ganas con eso? Ray la quiere y aquí se hace lo que él manda.
- GABRIELA: Y tú te cruzas de brazos.
- PEPE: ¿Qué quieres que yo haga?
- GABRIELA: Ni tú ni yo debemos sentarnos con ella, por decoro.
- PEPE: Te digo que no importa. Además, unas horas de más o de menos no significan nada.
- GABRIELA: ¿Unas horas?
- PEPE: Sí. Nos iremos a Morelia.
- GABRIELA: ¿Quiénes?

(Pepe se da cuenta de que ha cometido una indiscreción.)

- PEPE: Es decir; me voy yo.
- GABRIELA: ¡Tú te vas con Benjamín!
- PEPE: No, no.
- GABRIELA: *(Furiosa.)* ¡Quieren irse!
- PEPE: No quise decir eso.
- GABRIELA: Yo haré que no te dejen ir.
- PEPE: No, no hagas eso. Benjamín y yo necesitamos irnos. Es preciso. Él te ha prometido que vendrá por ti, ¿no es eso?
- GABRIELA: ¿Y quién tiene confianza en lo que promete Benjamín? Nos iremos los tres.
- PEPE: Pero no es posible que tú te vayas con nosotros ahora mismo.
- GABRIELA: Pues de mi cuenta corre que no se va nadie. *(Entran Benjamín y Angelina. Furiosa a Benjamín.)* ¡Quieres irte hoy mismo!

(Benjamín fulmina a Pepe con una mirada.)

- BENJAMÍN: Pienso irme, pero no lo he resuelto todavía.
GABRIELA: Tú me engañas, Benjamín.
BENJAMÍN: Tonta, anda, ven, vamos a acostarnos.
GABRIELA: Pepe me ha dicho...
BENJAMÍN: Pepe no sabe lo que dice. Anda, ven.

(La abraza y se van muy juntos. Angelina, que ha estado trajinando en silencio, mira a Pepe que no sabe qué hacer.)

- ANGELINA: ¿Qué tiene? Lo miro muy inquieto.
PEPE: No es nada.
ANGELINA: ¿Toca usted?
PEPE: Sí...
ANGELINA: Me gustaría oírlo.
PEPE: Me gusta mucho tocar.
ANGELINA: ¿No quiere tocar algo para mí? Digo, sí es que yo...
PEPE: ¿Por qué no había de tocar para usted? Aunque... no tengo ánimos.
ANGELINA: ¿Por qué?
PEPE: No sé. Tal vez esté triste. *(Coge la guitarra y da algunos acordes.)*
ANGELINA: ¿Triste? ¿A su edad? Eso déjelo usted para mí. Usted es un niño; no sabe lo que son las penas de la vida. Míreme usted a mí, he pasado por pruebas bien amargas y sólo una cosa he aprendido: a no estar triste nunca.
PEPE: Yo estaba disgustado por la venida de usted a esta casa.
ANGELINA: Lo comprendo. Si no hubiera sido por las circunstancias nunca hubiera venido.

- PEPE: Perdóneme. En principio sentía repugnancia por usted. Soy franco. Pensaba que una mujer que se entrega a todo el mundo...
- ANGELINA: Sus palabras no me ofenden, me duelen.
- PEPE: Pero ahora que la he oído hablar, siento un no sé qué de confianza.
- ANGELINA: ¿Es posible?
- PEPE: Quiero hablarle así. Si usted sigue con nosotros, sabrá que mi vida es triste, es árida, es inútil.
- ANGELINA: No lo diga. A su edad no es posible eso.
- PEPE: Y sin embargo... si usted supiera la causa de mi tristeza...
- ANGELINA: Creo adivinarlo.
- PEPE: ¡No! ¡Imposible!
- ANGELINA: Usted no se entiende con Ray.
- PEPE: Sí, eso; además, me voy.
- ANGELINA: ¿Está decidido?
- PEPE: Completamente decidido.
- ANGELINA: Temo que le vaya mal.
- PEPE: Cualquier cosa es mejor que estar aquí.
- ANGELINA: Ray merece que se le ayude. Un sólo hombre no puede hacerlo todo.
- PEPE: Tal vez. Pero yo nunca trabajaré en el campo.
- ANGELINA: Haga un esfuerzo. No es tan mala la tierra. Da recompensas inesperadas.
- PEPE: Nada me convencerá; además, ya es tarde.
- ANGELINA: Se arrepentirá.
- PEPE: Mi vida aquí es un tormento. A mí me gusta la música, trabajar en una orquesta es mi ideal. Quiero vivir en otra forma. *(Pausa.)* ¿Oyó usted que esta noche nos iremos Benjamín y yo?
- ANGELINA: ¿Y Gabriela?

- PEPE: Tendrá que esperar. El temporal nos ha retrasado. Ya deberíamos estar en Morelia. A estas horas tendría mi puesto en alguna orquesta. *(Pausa.)* Tengo un miedo terrible.
- ANGELINA: Si tiene miedo, no se vaya.
- PEPE: *(Siguiendo su pensamiento.)* Es como si alguien tuviera los ojos fijos en mí.
- ANGELINA: ¿Qué puede motivar ese miedo?
- PEPE: *(Obsesionado.)* Es como si los tuviera clavados en la frente y me adivinaran los pensamientos.
- ANGELINA: En ese estado de ánimo es difícil tomar una resolución importante.
- PEPE: Angelina, esto no lo debe saber Ray.
- ANGELINA: Lo que usted quiere hacer no es malo; es simplemente una locura.
- PEPE: Es algo más que una locura.
- ANGELINA: Él comprenderá las razones de usted. Si se opone a que usted se vaya, es porque teme por usted, a causa de sus pocos años; pero no puede obligarlo a quedarse. Si quiere irse, si está decidido, estoy segura de que él dará su consentimiento
- PEPE: Si se enoja, me golpeará.
- ANGELINA: *(Después de un momento.)* ¿No toca usted algo?
- PEPE: *(Fuera de sí.)* ¡No puedo! *(Mirando la botella que está sobre la mesa.)* Voy a beber.
- ANGELINA: ¡No! ¡No beba!
- PEPE: Sólo bebiendo me doy ánimos.
- ANGELINA: *(Seriamente.)* ¡Algo le sucede! ¡Hable! ¡Dígame!
- PEPE: No puedo decir nada.
- ANGELINA: Si algo puedo hacer por usted, lo haré con gusto.
- PEPE: Gracias.

- ANGELINA: ¿Ha hecho algo malo?
- PEPE: Si hubiera matado a alguien, no me sentiría peor.
- ANGELINA: Tenga confianza en mí. Es natural que tenga sus reservas para conmigo porque no me conoce bien, pero le aseguro...
- PEPE: *(Estallando.)* ¡Es horrible! ¡Horrible! Al principio creí que era cosa sencilla, pero luego...
- ANGELINA: ¿Qué ha hecho?
- PEPE: *(En voz baja.)* He robado.
- ANGELINA: ¡Pepe!
- PEPE: Ahora ya lo sabe usted. Estoy en sus manos; pero no me importa. Haga lo que quiera.
- ANGELINA: ¿Pero es verdad eso? ¿Por qué lo hizo?
- PEPE: Necesitábamos dinero y lo hemos tomado.
- ANGELINA: ¿Usted... y Benjamín?
- PEPE: Sí. ¿Pero usted no va a delatarme, verdad? Necesito que me ayude. Necesitaba decírselo a alguien. Saberlo yo sólo me ahogaba. Ahora usted me ayudará a callar. Ray no debe saberlo porque me mataría.
- ANGELINA: ¡Dios mío! ¿Pero cómo pudo hacerlo? ¿No pensó en las consecuencias que le puede acarrear esta acción?
- PEPE: No, no pensé en nada. Necesitaba el dinero, eso es... todo. Ray no debe saberlo sino después de que me haya ido, ¿comprende usted?

(Entra Raymundo por el corredor.)

- RAYMUNDO: ¡Angelina!
- PEPE: *(A media voz.)* Ni una palabra. *(Empieza a tocar.)*

- ANGELINA: *(Turbada a Raymundo.)* ¿Me hablas?
- RAYMUNDO: *(Entrando en la cocina.)* ¿No me oyeron que hablaba?
- PEPE: *(Con una pobre sonrisa.)* No. Como estoy tocando...
- RAYMUNDO: Madre subió a acostarse. La pobre vieja estaba muy cansada. Ya se están acomodando esas gentes, después les repartiremos el café.
- ANGELINA: Lo que deba hacerse, yo lo haré.
- RAYMUNDO: Lo haremos entre todos, ¿no es verdad Pepe? *(A Pepe.)* Me parece que tienes razón en desear cambiar de vida. No todo el tiempo se debe trabajar duramente. Si Dios nos ayuda, dentro de unos meses podremos darnos un paseíto.
- PEPE: *(Tartamudeando.)* Es que yo...
- RAYMUNDO: Sí, ya sé que quieres irte, pero no puede ser por ahora. No tengo dinero que darte. Lo poco que hay es para los gastos nada más. *(Angelina lo mira angustiado.)* Es preciso que esperes un poco. Debes ser razonable y no hacer escenas, como Gabriela. A ella se le perdona por su estado y porque Benjamín la azuza.
- PEPE: *(Con audacia.)* ¿Y qué harás con él? A toda costa quiere la parte de Gaby.
- RAYMUNDO: No sé... no sé... no he encontrado la solución a este problema.
- PEPE: ¿Y por qué no piensas en mí? Estoy en el mismo caso.
- RAYMUNDO: Tú eres otra cosa. Eres como mi hijo, yo sé lo que mejor te conviene.
- PEPE: *(Resuelto.)* Yo no trabajaré en el campo.
- ANGELINA: Estoy segura de que si él quiere irse tú no te opondrás.

- RAYMUNDO: Claro que no. Lo que sucede es que no quiero que haga locuras. ¿No es verdad que tengo razón, Angelina?
- ANGELINA: *(Torturada.)* Sí... sí...
- RAYMUNDO: *(Acariciándola.)* Tú me comprendes. Tú y mi madre son las únicas que me comprenden en esta casa. Qué linda eres. ¿Te has fijado, Pepe?
- PEPE: *(Con voz ronca.)* ¡No!
- RAYMUNDO: ¿Estás disgustado? ¡Bah! Ten calma. Yo no quiero quedarme con el dinero de nadie. Tendrás tu parte; ya hablaremos.
- ANGELINA: Sí. De ese modo se entenderán mejor.
- PEPE: Pero mañana...
- RAYMUNDO: ¿Mañana qué?
- PEPE: No, nada.
- RAYMUNDO: Cuando el tiempo mejore, Angelina, iremos al pueblo a arreglar nuestros asuntos.
- ANGELINA: Como tú quieras.
- RAYMUNDO: No parece darte alegría.
- ANGELINA: Me siento conmovida hasta la raíz de mi alma.
- RAYMUNDO: Lo dices de un modo...
- PEPE: ¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que te lo agradezca?
- RAYMUNDO: *(Dando un puñetazo sobre la mesa.)* ¡No es ningún favor, para que me lo agradezca!
- ANGELINA: No te exaltes.
- RAYMUNDO: Ya estoy cansado de este juego que se traen con Angelina tú y todos los demás. Aquí la única razonable es mi madre. ¿Por qué nos molestan?
- PEPE: ¡Yo no!
- RAYMUNDO: ¡Tú también! ¿Qué es lo que quieres?

- ANGELINA: Me apena que mi venida a esta casa promueva estas discusiones. Si no hubiera sido por las circunstancias, yo no...
- RAYMUNDO: No tienes por qué dar explicaciones, ni yo tampoco. Te quiero, me quieres. Lo que ha sucedido me ha enseñado a comprender que nuestro orgullo es una tontería.
- ANGELINA: Te lo agradezco, Ray, pero Pepe no quiso decir nada ofensivo. ¿No es verdad, Pepe?
- PEPE: Es verdad. *(Los tres se miran sin saber qué decir.)* Voy a mi cuarto. *(Sale rápidamente y sale por el corredor.)*
- RAYMUNDO: No hagas caso, Angelina, de las tonterías de Pepe.
- ANGELINA: No hago caso. Ten la seguridad.
- RAYMUNDO: ¿En verdad quieres ser mi esposa? Respóndeme: ¿quieres tener un hijo mío? Ya lo ves, necesito que alguien, después de mí, quiera esta tierra como yo la quiero.
- ANGELINA: Un hijo tuyo sería la satisfacción más grande de mi vida, pero...
- RAYMUNDO: ¿Pero qué?
- ANGELINA: ¿No se avergonzará de mí algún día?
- RAYMUNDO: La madre nuestra es sagrada siempre. No podemos, no debemos juzgarla... No sé cómo explicarte. El dolor la redime de toda culpa, si como en tu caso es sincera. Tú has nacido a una nueva vida. El río, al destruir tu casa, llevó entre sus aguas tu pasado.
- ANGELINA: Cómo me gusta oírte hablar. Te quiero porque, a pesar de que eres fuerte y rudo, cuando me hablas tu voz se vuelve caricia.

Tu voluntad es mi voluntad y lo que tú mandes, yo lo haré.

RAYMUNDO: Estoy seguro de que nuestra unión será perfecta.

ANGELINA: Esta felicidad que siento me llena de una alegría intensa.

RAYMUNDO: Quiero que nos casemos pronto, para que pueda presentarte a los ojos de todo el mundo. Bueno, no hablemos más. Voy a poner en orden mis papeles.

ANGELINA: *(Turbada.)* ¿Adónde?

RAYMUNDO: Al escritorio.

ANGELINA: No, no vayas.

RAYMUNDO: ¿Por qué?

ANGELINA: Has trabajado mucho; debes descansar.

RAYMUNDO: *(Riendo.)* Yo no me canso nunca.

ANGELINA: La cuerda que siempre está tensa se rompe. Recuérdalo.

RAYMUNDO: Tonta... *(Va a hacer mutis.)*

ANGELINA: *(Fuera de sí.)* ¡No! ¡No entres!

RAYMUNDO: ¡Vaya una ocurrencia!

ANGELINA: Vamos, mejor, a inspeccionar el alojamiento de esas pobres gentes. *(Trata de detenerlo casi, a la fuerza.)*

RAYMUNDO: *(Testarudo.)* Te digo que no me gusta dejar mis papeles revueltos.

ANGELINA: Después los arreglarás, anda, ven.

(Se lo lleva por el corredor. Se cruzan con Gabriela y Benjamín que vienen también del corredor. Gabriela le lanza una mirada de reto a Angelina. Raymundo se encoge los hombros.)

GABRIELA: *(A Benjamín.)* ¿Has visto?

BENJAMÍN: *(Preocupado.)* Déjalos. *(Entran en la cocina, Gabriela se deja caer sobre una silla.)*

GABRIELA: Ven, siéntate junto a mí.

BENJAMÍN: Tengo algo que hacer.

GABRIELA: *(Riendo.)* ¿Qué tonto es Pepe verdad?

BENJAMÍN: *(Inquieto.)* Quédate aquí, enseguida regreso.

(Hace mutis por el corredor. Gabriela se pone a tejer canturreando. Entra la madre, por donde se fue Benjamín.)

MADRE: Angelina... *(Entra en la cocina.)* ¿Te has levantado, Gaby?

GABRIELA: ¿Buscas a esa mujer? Salió hace poco con Ray... iban como un par de tórtolos.

MADRE: Es natural. Se quieren.

GABRIELA: ¿Ahora te parece natural? Cuando yo lo hago con Benjamín, rezongas.

MADRE: ¿Quieres buscar camorra?

GABRIELA: No, ¿para qué? Esa mujer es muy lista y te ha conquistado.

MADRE *(Conciliadora.)* No seas tonta, Gaby.

GABRIELA: Sabe lo que hace, te ha dominado en un momento. Apuesto a que serías capaz de cualquier cosa, por ella.

MADRE: ¿Qué quieres decir?

GABRIELA: Después de todo, nada me importa. Pero es triste que sobre una casa honrada haya caído la deshonra.

MADRE: ¡Mira lo que dices!

GABRIELA: ¿No es ella una perdida? ¿No la recogió Raymundo de la calle? ¿No es su amante?

MADRE: ¡Gabriela!

- GABRIELA: Cierras los ojos, para no ver.
- MADRE: Ray ha hecho de ella otra mujer.
- GABRIELA: (*Riendo a carcajadas.*) Como si lo que otros tiran pudiera levantarse sin hacer el ridículo.
- MADRE: No eres la más apropiada para censurar los actos de tu hermano.
- GABRIELA: ¡Claro! Tú lo defiendes y transiges con todo.
- MADRE: Sólo he tratado de no ser injusta.
- GABRIELA: ¿Quieres decir que soy injusta con esa mujer-zuela?
- MADRE: Gaby, no me obligues a decir cosas que no quiero.
- GABRIELA: ¡Dilas! ¡Dilas! Poco he de oírte ya. La partera dice que es cuestión de días, y después que haya nacido el niño nos iremos Benjamín y yo.
- MADRE: Criatura, no te llenes la boca de veneno cuando deberías tenerla rebosante de dulzura, por tu hijo que va a nacer. Yo, cuando ustedes iban a venir al mundo, estaba loca de alegría y daba gracias a Dios por todo.
- GABRIELA: Quiero a mi hijo, pero quiero más a Benjamín. Si él me faltara, yo...
- MADRE: No digas, no digas. La suerte es dura e implacable, cuando golpea...

(*Llega Benjamín por el corredor con un bulto que deja junto al zaguán. Entra en la cocina.*)

- GABRIELA: (*Radiante.*) ¿Verdad que no te irás sin mí? ¡Dilo!
- BENJAMÍN: Me voy hoy mismo, en este momento.
- MADRE: ¿Así como están los caminos?

- GABRIELA: *(Sin creer lo que oye.)* ¿Nos vamos tú y yo?
¿Ahora mismo?
- BENJAMÍN: No. Tú te quedas. Mandaré por ti, cuando haya nacido el niño.
- GABRIELA: ¡No, no! ¡No quiero! ¡No quiero!
- MADRE: ¿Pero qué vas a hacer?
- BENJAMÍN: Ya veremos. Lo principal es salir de aquí.
- GABRIELA: *(Llorando desesperadamente.)* ¡No, no quiero que te vayas! ¡No quiero!
- BENJAMÍN: *(A la madre.)* Dígale usted que debe conformarse; que soy hombre y tengo que probar mundo. Dígaselo usted.
- MADRE: *(Tratando de calmar a Gabriela.)* No llores no te desesperes. Todas las cosas tienen remedio, si se saben comprender.
- GABRIELA: *(Abrazándose convulsa a Benjamín.)* No, no. ¿Qué haré sin ti?
- BENJAMÍN: *(Luchando por desasirse.)* Déjame, ya te escribiré.

(Rápidamente sale de la cocina, recoge el bulto y se va por el zaguán. Gabriela corre a la puerta de la cocina haciendo a un lado a la madre, que trata de detenerla.)

GABRIELA: ¡Benjamín! ¡Benjamín! ¡No te vayas! ¡Benjamín!

(Se deja caer sobre una silla sollozando histéricamente. La madre la acaricia.)

- MADRE: Hijita... cálmate... Benjamín volverá pronto por ti. Lo primero es tu hijo, cálmate.
- GABRIELA: *(Rechazándola con rabia.)* ¡Déjame!
- MADRE: Gaby, por favor. *(Entra Raymundo.)*

- RAYMUNDO: ¿Qué pasa?
MADRE: Se fue Benjamín.
RAYMUNDO: ¿A dónde?
GABRIELA: A Morelia. Se ha cansado de decírtelo, y yo iré a juntarme con él.
RAYMUNDO: Tuvo mucha prisa por irse.
GABRIELA: Su vida aquí era intolerable.
RAYMUNDO: ¿Por qué? Yo no le exigía nada. Supongo que tendrá dinero para los primeros gastos.
GABRIELA: ¿Qué sé yo? Tal vez pidió prestado... tal vez lo consiguió...
RAYMUNDO: *(Con un pensamiento súbito se dirige al escritorio.)* ¿Dices que consiguió dinero?

(Hay un momento de expectación. Entra Pepe.)

- PEPE: ¿Dónde está Benjamín?
MADRE: Se fue.
PEPE: ¡Cómo! ¿Sin esperarme?

(Raymundo sale del escritorio con los puños apretados y el rostro descompuesto.)

- MADRE: ¡Ray! ¿Qué tienes?
RAYMUNDO: ¡Nos ha robado!
MADRE: ¿Quién?
RAYMUNDO: ¡Benjamín!
GABRIELA: *(Loca de rabia.)* ¡Mentira! ¡Mentira!
RAYMUNDO: ¡No es mentira! Forzó la caja en que tenía el dinero. Madre...
MADRE: ¿Qué vas a hacer?
RAYMUNDO: ¡Voy a detener a ese sinvergüenza! ¡Ven, Pepe!

- PEPE: (Trastornado.) No... no puedo...
- RAYMUNDO: ¿Por qué no puedes?
- PEPE: Yo también me voy...
- RAYMUNDO: ¡Ah, tú también! ¡Tú! (Cogiéndolo por los hombros.) ¡Mírame!
- PEPE: (Temblando.) ¡No me veas así!
- RAYMUNDO: ¡Tú también!

(Lo estruja y lo arroja al suelo. Gabriela lanza un grito. La madre trata de interponerse.)

- MADRE: ¡Raymundo!
- RAYMUNDO: (Fuera de sí.) ¡Han robado todo el dinero! ¡El pan de esta casa!
- MADRE: Pepe, no es más que un pobre muchacho sin experiencia.
- RAYMUNDO: ¡Voy a alcanzar a Benjamín! ¡Si es preciso lo mato! Voy a hacer que devuelva ese dinero. ¡En cuanto a ti, ya nos veremos!

(Pepe solloza abrazándose a las piernas de la madre.)

- MADRE: Tienes razón, Ray, mucha razón; pero ten en cuenta que Pepe es también mi hijo, y por muchos que sean sus pecados, cualquier mal que le hagas me dolerá a mí en el alma. Oblígalo, sí, oblígalo a trabajar. Por tu complacencia y la mía ha resultado esto. Pero no lo maltrates, no le pegues.
- PEPE: Perdón, madre, perdón, yo no quería hacerlo... yo no quería, fue Benjamín...
- GABRIELA: (Hecha una fiera.) ¡Ahora le echas la culpa!

RAYMUNDO: ¡Cállate!

PEPE: Yo quería irme a Morelia y trabajar en una orquesta... Me sentía muy triste aquí... Tú, Ray, no querías darme dinero... Perdón, madre... perdón, Ray... no me pegues... no me pegues...

(Raymundo se deja caer en una silla, con aspecto sombrío.)

MADRE: Vete a tu cuarto, Pepe.

PEPE: Sí... sí... ¡perdón, perdón!

MADRE: Vete a tu cuarto.

RAYMUNDO: *(Decidido.)* No. Coge la carabina y sígueme.

GABRIELA: ¡Asesino! *(Sufre un desmayo.)*

MADRE: *(Atendiendo a Gabriela.)* Déjalo, hijo. Después de todo, tal vez sea mejor que se haya ido. Anda, Pepe, vete a tu cuarto.

PEPE: Sí, madre.

(Sale de la cocina y paso a paso se va por el corredor.)

MADRE: *(A Gabriela.)* ¿Te sientes mejor?

(Gabriela no contesta, permanece inmóvil, con los ojos cerrados. Entra Angelina.)

ANGELINA: *(Solicita.)* ¿Se ha puesto mal?

RAYMUNDO: *(Con voz ronca.)* ¡Tú lo sabías! ¡Tú sabías que me habían robado! Por eso no quisiste que entrara en el escritorio hace un rato. ¿No es eso? *(Angelina está a punto de caer.)* ¡Contesta!

ANGELINA: *(En voz baja.)* Sí, lo sabía. Me lo dijo Pepe. Tuve miedo por él y callé.

- RAYMUNDO: ¡Y callaste!
- ANGELINA: *(Mismo tono.)* Sí.
- RAYMUNDO: ¿Es así como correspondes a las bondades que recibes en esta casa?
- ANGELINA: No podía hacer otra cosa. Pepe me lo confesó y yo no sabía qué hacer.
- RAYMUNDO: ¡Fuiste su cómplice!
- MADRE: ¿Qué dices?
- ANGELINA: Si ésa es la opinión que te merezco, es inútil que hablemos más.
- MADRE: Ella es incapaz de eso. Compréndelo, Ray.
- ANGELINA: La confianza se tiene o no se tiene, todo lo demás es inútil. *(Se dirige a hacer mutis.)*
- RAYMUNDO: ¿Adónde vas?
- ANGELINA: Me voy de esta casa.
- MADRE: ¿Pero adónde va usted?
- ANGELINA: No lo sé. Cualquiera parte es igual.
- RAYMUNDO: *(Después de un momento de vacilación.)* Angelina, perdóname. Quédate.

TELÓN RÁPIDO

TERCER ACTO

La misma decoración de los actos anteriores. Es el día siguiente, de madrugada. Se escucha el "Alabado", cantado por hombres y mujeres que se supone están alojados en la troje. La escena está desierta, alumbrada pálidamente por la luz del nuevo día.

Llega por el corredor la madre, que viene envuelta en una capita tejida de estambre. Se le mira encorvada y próxima a derrumbarse por el cansancio. Entra en la cocina; enciende

una lámpara y se ocupa en los menesteres de preparar el desayuno. Una pausa, en que se escuchan los cantos. Llega también por el corredor Angelina; camina con paso incierto, se frota las manos y tiritita de frío. Entra en la cocina.

MADRE: ¡Ah, es usted! ¿Por qué se ha levantado tan temprano? Debe estar deshecha con la emoción de lo que sucedió ayer. Tiembla de frío. Tome mi capita.

ANGELINA: No, señora, ya se me pasará poniéndome a hacer algún quehacer. ¿Me permite usted que la ayude?

MADRE: Encienda la lumbre, mientras yo voy por agua.

ANGELINA: Mejor yo iré por el agua. El sacarla del pozo es buen ejercicio.

MADRE: Como quiera.

(Angelina coge una cubeta y sale. Lllaman al zaguán. Va la madre y lo abre. Entra el mayordomo.)

MAYORDOMO: Buen día, señora, alabado sea Dios.

MADRE: ¡Alabado sea! Demos gracias de que no ha llovido más.

MAYORDOMO: Ha amanecido limpio, madrecita. Bendito sea Dios que la presa aguantó. Mientras el amo baja, iré a ver que ordeñen las vacas.

MADRE: Está bien.

(Hace mutis el mayordomo por el patio. La madre vuelve a la cocina. Entra Angelina con el agua.)

- ANGELINA: Está limpio el cielo, sólo quedan nubes por el lado de las montañas. Si sale el sol, pronto se secará la tierra.
- MADRE: (*Prestando atención a los cantos.*) Se han despertado ya las pobres gentes. Ojalá no vuelva a llover, para que empiecen de nuevo con sus casas y sus siembras.
- ANGELINA: Da gusto ver el nuevo día, el cielo parece un espejo.
- MADRE: Gracias a Dios sean dadas. (*Entra Raymundo por el corredor y va a la cocina.*)
- RAYMUNDO: Buenos días. ¿Ya estás levantada, madre, tan temprano? Y tú, Angelina, ¿qué tal dormiste?
- ANGELINA: Muy bien, espléndidamente, y con este día que apunta hoy, me siento muy bien.
- MADRE: Todos estamos contentos porque ya no llueve. Te espera el mayordomo; se fue al establo. Si no dispones de otra cosa, creo que habrá que darles desayuno a esas pobres gentes...
- RAYMUNDO: Prepara suficiente café. Mandaré a Pepe por el pan al pueblo.
- MADRE: Voy a levantar a Pepe.
- RAYMUNDO: Ese holgazán y yo tenemos que ajustar cuentas.
- MADRE: No olvides que es un muchacho; no seas con él demasiado duro.
- RAYMUNDO: Ahora que me he tranquilizado, hablaré con él.
- MADRE: Sobre todo, recuerda que es mi hijo, y que te pido encarecidamente que no seas cruel con él. Debemos tener comprensión para sus faltas.
- RAYMUNDO: Soy también tu hijo, madre, y que yo recuerde, nunca has apartado de mi pie la piedra con que podía tropezar.

MADRE: Eres fuerte, y cualquier ademán de esos que yo hubiera hecho lo habrías tomado como una ofensa a tu dignidad y hombría. Te conozco bien.

RAYMUNDO: Tienes razón, madre. Dime, Angelina, ¿quieres que vayamos hoy al pueblo a arreglar los papeles para nuestro matrimonio?

ANGELINA: No sé... tengo escrúpulos de conciencia...

MADRE: ¿Cómo es eso? ¿Se niega a ser la esposa de Ray? ¡Qué más quisieran otras mujeres!

ANGELINA: ¡Eso es! ¡Qué más quisiera yo! No es que me niegue, pero me parece que mi pasado... Ray lo ha dicho: "Los hombres nos sentimos heridos por el pasado de la mujer que amamos". Temo que de este movimiento generoso que hoy tiene pueda arrepentirse mañana.

RAYMUNDO: ¿Arrepentirme? No temas, lo he meditado bien. ¿Qué valemos con nuestros escrúpulos, cuando algo más fuerte que nosotros se interpone en nuestro camino? Ayer por la mañana podía no sentirme obligado contigo, porque, aunque estábamos unidos por el amor, tú hacías tu vida lejos de la mía; en cierta forma, eras independiente. Pero ahora la desgracia ha caído sobre ti. Has perdido tu hogar. Fuera de mí no hay nadie que se preocupe por ti sin cobrar su contribución, bien cara... (*Angelina se cubre el rostro con las manos.*) Ahora mi deber es...

ANGELINA: ¡El deber!

MADRE: ¿Y el amor? No debes dudarlo. Ray es un hombre cabal; un hombre duro, pero que sabe querer de verdad.

- RAYMUNDO: Gracias, madre, tú me comprendes.
- MADRE: Voy a levantar a Pepe. (*Va al corredor del fondo y llama en voz alta.*) ¡Pepe! ¡Pepe!
- PEPE: (*Dentro.*) ¿Quién me habla?
- MADRE: Baja enseguida, que necesitas ir al pueblo. (*Vuelve a la cocina.*) Gabriela debe dormir un poco más. (*Pausa.*) Después de todo, pienso que la ida de Benjamín fue lo mejor que pudo suceder. Nos estaba echando a perder a Pepe y tenía envenenada a Gabriela.
- ANGELINA: ¿Usted no cree que regrese?
- MADRE: Benjamín no es de los hombres que regresan.
- RAYMUNDO: Si volviera, lo mataría.
- MADRE: Tampoco eres tú de los hombres que matan.
- RAYMUNDO: Nos ha dejado en la calle. Tendremos que hipotecar la finca.
- ANGELINA: Queda el terreno de mi casa que arrasó el río. Véndelo...
- RAYMUNDO: No tocaré nada de lo que es tuyo.
- MADRE: Mientras tengamos brazos y voluntad para moverlos, no está perdido todo.

(*Entra el mayordomo.*)

- MAYORDOMO: Ya están ordeñando las vacas. ¿Qué manda el señor amo?
- RAYMUNDO: No podemos trabajar en el campo, pero sí revisar la presa. Vamos.
- MAYORDOMO: Dejé a Pancho Fuentes vigilando toda la noche, con la consigna de que avisara si algo sucedía.
- PEPE: (*Entrando.*) ¿Me llamas, madre?
- MADRE: Necesito que vayas por pan al pueblo.

- PEPE: Está bien.
- RAYMUNDO: Después te harás cargo de los peones que van a desazolvar el canal de arriba.
- PEPE: Pero...
- RAYMUNDO: No hay pero que valga, ¿me entiendes? (*Al mayordomo.*) Releve a Pancho Fuentes y allá nos vemos.
- MAYORDOMO: Está bien, amo. (*Mutis por el zaguán.*)
- MADRE: Ray tiene razón: es necesario trabajar, Pepe, para salvarnos de la ruina. Tú eres razonable y comprendes que has agravado la situación con tu proceder. ¿No es verdad?
- PEPE: (*Sin convicción.*) Sí... sí... pero...
- MADRE: (*A Angelina.*) Voy a levantar al abuelo; por favor sírvalos el café, mientras regreso...
- ANGELINA: Sí, señora. (*Mutis la madre por el corredor. Angelina sirve el café.*) El café está bien caliente.
- RAYMUNDO: Es lo que se necesita para este frío.
- ANGELINA: (*A Pepe.*) ¡Le gusta con mucha azúcar!
- PEPE: No, gracias, no quiero nada.
- RAYMUNDO: ¿No quieres nada? El que trabaja necesita comer, y tú vas a trabajar ahora. Tienes que pagar lo que se llevó Benjamín por tu culpa.

(*Pepe inclina la cabeza.*)

- ANGELINA: Por favor, no lo avergüences.
- RAYMUNDO: Sí, debe sentir vergüenza, y mucha. Ese dinero lo gané con sudor y lágrimas de sangre, sobre los surcos.
- PEPE: El verdadero culpable huyó, ¿y ahora yo tengo que pagar por él?

RAYMUNDO: Tú cometiste el hurto y te habrías guardado tu parte. Si hubieras podido tú también te habrías escapado. ¿Por qué quieres hacerte el inocente? Tú y Benjamín nos han puesto al borde de la ruina, ahora debes ayudar a salvarnos.

ANGELINA: Yo creo que Pepe tiene voluntad para hacerlo; pero no debes ser demasiado duro, Ray, Pepe es joven, muy joven, y me consta que estaba arrepentido de lo que hizo.

MADRE: *(Dentro.)* ¡Ray! ¡Raymundo! *(Con angustia.)*

RAYMUNDO: *(Yendo a la puerta de la cocina.)* ¿Qué quieres, madre?

MADRE: Ven, ayúdame, a Gaby le ha dado un desmayo. *(Sale rápidamente Raymundo y se va por el corredor.)*

PEPE: *(A Angelina.)* Usted tiene influencia con Ray, ruéguele que me deje ir. Yo no soporto la vida aquí; el campo me agobia, me entristece...

ANGELINA: Estoy segura de que Ray sabrá comprender.

(Entra el abuelo, por el corredor, cojeando y tosiendo.)

ABUELO: Esta pierna condenada... No se me ha quitado la humedad de los huesos... *(Entra en la cocina. A Pepe, mirando a Angelina.)* ¿Qué hace esta mujer aquí?

PEPE: *(Irritado.)* ¿Qué le importa lo que haga, abuelo?

ABUELO: En esta casa han perdido la vergüenza.

PEPE: Cállese, abuelo, no debe hablar así.

(Entra por el corredor la madre y Raymundo que vienen sosteniendo a Gabriela quien camina como autómatas. Tiene los ojos enrojecidos y el gesto duro. Trae el cabello suelto.)

- ANGELINA: (*Solícita mostrando una silla.*) Pueden sentarla aquí.
- GABRIELA: (*Haciendo a un lado a la madre con ademán hosco.*) ¡Déjeme usted!
- MADRE: ¿Te sientes mal, Gaby? Mi Gaby... (*La acaricia sin saber qué hacer.*)
- ANGELINA: ¿Qué le ha pasado?
- MADRE: Iba a tirarse por la ventana. Hija, hijita, ¿por qué quieres morir? ¿No te importa nada tu hijo? ¿No te interesa nuestro cariño?
- GABRIELA: ¡No quiero el cariño de ustedes! ¡Odio a todos! ¡Odio a Benjamín, odio a mi hijo!
- RAYMUNDO: ¡Yo también odio a Benjamín! ¡Nos ha dejado en la ruina!
- GABRIELA: ¡Mientes! ¡Él no fue el ladrón!
- ABUELO: (*A Raymundo.*) ¡Te han robado! ¡A ti! (*Ríe por lo bajo.*) ¡Hasta que hubo alguien más listo que tú!
- RAYMUNDO: ¡Basta! Usted no sabe lo que dice, abuelo.
- ABUELO: Abuelo... es decir: el viejo tonto que ya no sirve para nada.
- RAYMUNDO: Pones veneno en todo lo que dices.
- ABUELO: (*Colérico.*) ¡Me faltas al respeto! Ya se lo faltaste antes con haber traído a esta mujer, (*señala a Angelina*) y ahora...
- RAYMUNDO: ¡No te faltó! Y te exijo que respetes a Angelina.
- ABUELO: (*Casi ahogado por la cólera.*) ¿Yo? ¡Yo respetar a esa! (*Trata de serenarse.*) ¡Pepe, Pepe, ven, hijo mío! ¡Llévame a mi cuarto, pronto, pronto, vámonos de aquí, tú y yo!
- RAYMUNDO: ¡Pepe no se va de aquí!
- GABRIELA: ¿Es tu esclavo?

- RAYMUNDO: Por desgracia es mi hermano.
- PEPE: (*Titubeante.*) Quiero irme a Morelia... desde ahí podría pagarte...
- GABRIELA: (*Lanzando una carcajada.*) ¡Otro que quiere irse a Morelia!
- RAYMUNDO: ¡Tú no te vas de aquí! Tienes que ayudar, tienes que sudar sangre, hasta que pagues lo que por tu culpa se llevó Benjamín.
- ABUELO: (*En el colmo del asombro.*) ¿Pero es que se ha ido Benjamín?
- GABRIELA: (*Hecha una furia.*) Sí, se ha ido, con el dinero de Ray; es decir: con nuestro dinero. Después de todo, tengo que darte las gracias de que no le hayas dado mi parte de herencia, Ray. (*Ríe.*)
- RAYMUNDO: ¿Ves cómo tenía razón? Y todavía me llamas bruto y chacal.
- GABRIELA: Bruto, sí, porque con tu modo hiciste que Benjamín odiara el campo y Pepe también. ¡Tú no eres hombre! ¡No eres humano! La tierra te ha dado su dureza, su insensibilidad.
- MADRE: Te equivocas, Gabriela. La tierra es dura en apariencia; pero no es insensible. Ray tampoco lo es.
- PEPE: Si yo trabajara en Morelia, estoy seguro de que podría pagarte, Ray; en cambio sí me quedo aquí...
- ABUELO: ¡Todos se han vuelto locos, todos!
- RAYMUNDO: Lo que sucede es que nadie se da cuenta de la situación. Yo soy el único que veo venir la catástrofe, y ustedes me quieren atar manos y pies, con el pretexto de que no tengo corazón.

- ANGELINA: Tú triunfarás, Ray, estoy segura. Aun en los peores momentos, siempre queda un rayo de esperanza,
- GABRIELA: Sí, pero para provecho de ustedes.
- RAYMUNDO: No me ofendas, que soy hombre honrado.
- GABRIELA: ¿Sí? ¿Tan honrado como Benjamín?
- MADRE: ¡Silencio! No es el momento de hacer recriminaciones. Deberíamos dar gracias a Dios porque hemos escapado con vida de las aguas, y en vez de eso, nos empeñamos en atacarnos unos a otros como si fuéramos enemigos irreconciliables y no miembros de una familia. (*El abuelo trata de hablar.*) No me interrumpa, padre. Hasta hace un momento pensaba que usted y yo éramos demasiado viejos para hablar, pero tengo que hacerlo ahora, porque ninguno de mis hijos tiene la actitud que debiera.
- RAYMUNDO: ¿Qué actitud quiere usted que tenga? Yo he trabajado de sol a sol sin quejarme nunca, y me han robado el producto de mi trabajo.
- MADRE: ¿Qué importa? ¿No te daba gusto trabajar? ¿No era tu vida? ¿No te sentías fuerte como los árboles y sereno como la tierra? ¿Por qué te alteras cuando empiezan las dificultades? No todo es alegría en la vida. Tú amas la tierra y es justo que con ella goces y sufras. Angelina también es como tú y será el completo de tu vida.
- ABUELO: ¿Y su historia? ¿Y su pasado?
- MADRE: Sólo importa el presente. De los pecados pasados, el único que puede pedirle cuentas es Dios.

- RAYMUNDO: Estamos en la ruina...
- MADRE: Sí, se ha ido el dinero, pero quedan los brazos para trabajar
- PEPE: Yo quisiera... no sé... pero preferiría...
- MADRE: Tú no sabes lo que quieres... Tienes la inquietud de lo que ignoras. Si te fueras, te perderías como una burbuja en un mar de espuma, y si te quedas aquí indefinidamente, serás profundamente desdichado. Pero tienes que ganar la oportunidad; todo en este mundo es cuestión de oportunidad. Nada es sencillo, todo cuesta lágrimas y sudores de agonía.
- PEPE: Perdóname, madre, perdóname.
- ABUELO: Ah, ah, ahora comprendo.
- MADRE: ¿Qué es lo que comprendes, padre? (*Prestando oído a los cantos de los refugiados.*) ¿Esos cantos no te dicen nada, Ray?
- ANGELINA: Oh, señora, habla usted de un modo...
- MADRE: La tierra está esperando, esas gentes también te esperan, Ray. ¿Qué importa que no tengamos dinero por el momento? Pasaremos miserias y trabajos, pero todo se hará. La tierra es como la madre que recibe por uno y paga por mil.
- RAYMUNDO: Me has convencido, madre. Tú comprendes.
- MADRE: Hoy es un nuevo día, el día siguiente del desastre. Hemos escapado y tenemos esperanza. Sólo tú, Gabriela, me preocupas. Si tu instinto no sabe responder al llamado de tu hijo, es que estás podrida hasta el alma, envenenada hasta la médula por ese hombre.
- GABRIELA: ¿Qué me importa? Desde que se fue Benjamín, me falta una razón para vivir.

MADRE: No, no, hijita, es necesario levantarse por encima del desastre, apretarse el corazón y seguir adelante.

GABRIELA: No quiero seguir adelante. ¿Con qué objeto? Los hijos no importan cuando no se desean y yo no quiero que venga, si he de vivir sin Benjamín. No quiero oírte más

(Se levanta y se dirige a hacer mutis. La madre se interpone, agigantada y enérgica.)

MADRE: ¡No eres mi hija, si flaqueas! ¡No eres mi sangre, si te doblegas!

GABRIELA: ¡Déjame en paz!

MADRE: ¡Toma tu paz! ¡Toma! *(La abofetea.)*

GABRIELA: *(Asustada.)* ¡Madre! *(Se cubre el rostro con las manos y solloza.)*

RAYMUNDO: *(Conmovido.)* Madre...

MADRE: *(A Raymundo.)* ¡Cállate! ¡Ea! ¡A trabajar! Te esperan tus hombres.

RAYMUNDO: Sí, madre; Pepe, ensilla el caballo que queda y vete al pueblo por pan para la gente. Yo iré a la presa.

MADRE: ¡Así! ¡Así! ¡Manda! ¡Tú eres el amo!

ABUELO: ¡El amo! *(Riendo por lo bajo.)* Era necesario que tú se lo dijeras, tú... Te estás cayendo de vieja y quieres imponerte.

MADRE: Sí, una mujer como yo, que no ha tenido más mérito que haber llevado en las entrañas a mis hijos y acompañado a ti y a mi marido en la lucha por la vida. ¿No es bastante? *(A Pepe.)* Anda, hijo, ve al pueblo; y tú, Gabriela, sube

a tu cuarto y arréglate un poco. (*Gabriela va a hablar.*) ¡No! ¡Ni una palabra! Ya lo sabes.

(*Gabriela y Pepe hacen mutis, en silencio; la primera, por el corredor, y el segundo, por el zaguán.*)

RAYMUNDO: (*A Angelina.*) Por la tarde iremos al pueblo a arreglarlo todo para nuestro matrimonio. ¿Estás de acuerdo?

MADRE: No le preguntes, sí está de acuerdo. ¡Mándalo! ¿Es tu deseo, no es eso? ¿No es verdad, Angelina?, ¡que cuando una cosa se desea ardientemente, no es necesario preguntarle! Ella manda.

ANGELINA: Gracias, señora, nunca olvidaré lo que hace usted por mí.

ABUELO: (*Levantándose trabajosamente.*) Bueno, no tengo nada qué hacer aquí.

MADRE: Sí, mucho tienes que hacer (*A Angelina.*) Todavía nos queda tarea para usted y para mí. Llévalo Ray, llévalo a que se dé cuenta del desastre.

ABUELO: (*Protestando.*) Hace frío... hace humedad...

MADRE: ¡No importa! ¡No le hará mal!

RAYMUNDO: Hay que obedecer, abuelo. (*Lo toma del brazo.*)

ABUELO: (*Renegando.*) ¡Maldita sea!

(*Se van por el zaguán. La madre se deja caer sobre una silla.*)

ANGELINA: (*Alarmada.*) ¡Señora! ¿Se siente usted mal?

MADRE: Sí, muy mal; estoy deshecha.

ANGELINA: Voy a llamar a Ray.

MADRE: ¡No! ¡Se lo prohíbo! Voy a acostarme un poco. Esto pasará pronto, y si no, ya lo sabe usted: hija mía, siempre hay esperanza al otro día de un desastre, y hay que ser duros para que todo marche bien.

ANGELINA: Está usted muy pálida.

MADRE: Dame un trago. (*Angelina le sirve de la botella; la madre bebe un sorbo.*) Gracias. (*Se escuchan los cantos de los refugiados.*) ¡Oiga usted! ¡Oiga! ¡No siente alegría! Cantan al nuevo día, al nuevo sol, a la tierra que es siempre buena lo mismo para los vivos que para los muertos. Deme usted la mano para levantarme. Gracias... Voy a acostarme un poco. ¡Ah! Qué cansada estoy... (*Camina lentamente.*)

ANGELINA: ¿Quiere usted que la acompañe?

MADRE: No. Desde hoy ocupará usted mi sitio, yo ya no puedo más. Y no se olvide: hay que ser duros... duros... y esperar, esperar siempre...

TELÓN

MARGARITA URUETA

ARTEMISA TÉLLEZ

El llamado “medio siglo mexicano” es la etapa comprendida desde finales de los años cuarenta hasta el 2 de octubre de 1968, en que la intelectualidad nacional se polarizó a tal grado que se fragmentó. Lo que caracteriza a los intelectuales de esta época es su apertura a nuevas formas de expresión y experimentación artísticas, alejadas de la obsesiva necesidad de sus predecesores por retratar, definir y elevar la identidad nacional. Esto —junto con la enorme bonanza económica y cultural— permitió a los creadores de este tiempo alejarse del tema indigenista y revolucionario para poder dialogar con movimientos internacionales y también para mirarse a sí mismos como generación de ruptura.

Margarita Urueta es una escritora e intelectual perteneciente a este grupo de vanguardia. A lo largo de su vida incursionó en la creación de novela, biografía y ensayo, aunque es mucho más conocida por sus textos dramáticos y numerosos montajes.

En 1963 abrió el teatro Jesús Urueta, llamado así en honor a su padre, político y periodista revolucionario. En él pudo montar gran parte de su producción dramática, dirigida en su mayoría por Alejandro Jodorowsky y protagonizada por María Teresa Montoya, Carlos Ancira y otros grandes de la época.

Experimentó tanto con obras realistas como de vanguardia, inspiradas principalmente en el teatro europeo. *El señor perro* es una de sus obras más conocidas y fue la primera que estrenó en su teatro.

En *El señor perro*, Urueta se permite trabajar con el género del absurdo y logra una magistral pieza en tres actos en la que el miedo, la intriga y las imposibilidades van generando un ambiente claustrofóbico de la que el lector/espectador se vuelve otra víctima. El deseo de ver resuelto el misterio y un ansia incontrolable de escapar, construyen un drama de límites borrados y pegajosos en el que la distancia crítica en la que se desarrollan los personajes se desdibuja y nos envuelve.

Además, esta apasionante pieza nos ofrece un panorama tétrico de los temores y paranoias distintivos de cada sexo; dejando entrever, de manera tan sutil como contundente, cómo estamos las mujeres a merced de los hombres y viceversa.

Aunque Margarita Urueta pasó los últimos años de su vida retirada de los montajes y las publicaciones, y el teatro que fundó es hoy día una iglesia cristiana, su aportación a la dramaturgia seguirá siendo esa capacidad única de dialogar con una realidad problemática para transformarla por medio de la inteligencia y la fuerza de la palabra.

EL SEÑOR PERRO

OBRA EN TRES ACTOS

MARGARITA URUETA

PERSONAJES

FÁTIMA

NAPOLEÓN

BELLA

EL SEÑOR PERRO

LICENCIADO DIAMANTE

JIMÉNEZ

PRIMER ACTO

Es un atardecer gris rosa. Música de feria lejana. Luces de colores que pasan reflejadas en la pared. La escasa ventana dará casi al ras de una callecita larga por donde llegarán algunos personajes. Hincadas tras los vidrios de la ventana, como dos matrices grises que dejan asomar su triste fruto, una mujer y una niña, envueltas en mantas grises, miran hacia afuera el espectáculo de la feria, pegadas a los vidrios imaginarios, inmóviles, como adheridas a ello desde hace siglos, esperando algo. Sus voces serán lo único vivo y entusiasta. Un gran perro lanudo sobre el marco de otra ventana, tan inmóvil como las mujeres, cariñosamente las acompaña. A lo lejos se oye un coro de niñas, como si un colegio o iglesia estuvieran cercanos. La voz de la madre se oye:

FÁTIMA: Ahora Napoleón, acompaña. Será la última vez que lo toquen. Después llegará la esperada tormenta.

(La niña comienza a cantar y su voz, adolescente, entona el más puro canto gregoriano.)

Canta, Napoleón, que así le gusta al licenciado Diamante.

(Poco a poco va terminando el canto y se van acabando las luces y se oyen anuncios de tormenta: rayos, truenos y luces.)

NAPOLEÓN: ¡Y así, así, con esta fuerte lluvia vendrá!

FÁTIMA: ¡Tu padre siempre es puntual! En estas fechas.

NAPOLEÓN: Pero hoy, en este día tan cercano al otro, si apenas hace un año...

FÁTIMA: Así vamos dentro del tiempo... hace un año aún estaba la feria cuando él vino, y como nosotros sólo pensábamos en eso, solamente en eso, en eso, en eso...

NAPOLEÓN: En eso, eso, eso... La feria fue mucho más hermosa...

FÁTIMA: Mucho más... la rueda era más grande y muy peligrosa... ¡Oh, la rueda de la fortuna!

NAPOLEÓN: ¡De la peligrosa fortuna! ¿Recuerdas al pobre señor perro? ¡Jo, jo! Queriéndonos seguir tras los columpios, y al vernos desaparecer su ansiedad. ¡Gua, gua! ¡Guao! ¡Qué ansiedad de cuadrúpedo! Jo, jo.

FÁTIMA: El señor perro es muy sabio. En su mirar, vemos una inquietud sincera por la humanidad, su humanidad... nosotros...

- NAPOLEÓN: Nosotros... un perrito es un menor. Para pensar en el hombre, olvida su pequeña humanidad, viene al mundo a querernos... nos ha dejado mirar por sus ojos, porque los nuestros... los nuestros...
- FÁTIMA: Los nuestros... Y, ¿no será ningún hombre tan completo? Como un hombre y su perro o su ave o su árbol o su dinero... Su complemento.
- NAPOLEÓN: Él no conoce las palabritas. No, solamente sabe decir: sí, sí, con el rabo y con sus dos ojos tiernos... No habla porque se lo prohíben... sabe demasiado...
- FÁTIMA: Sin embargo, cuando los hombres aman ya solamente a sus perros, la humanidad decae en una bestialidad ciega...
- NAPOLEÓN: Fidelidad, los perritos son fieles, dicen es un verbo de perros... ¡llegará!

(Sigue la lluvia y al fondo de la callejuela se ve venir a una mujer hermosa, con un paraguas y un impermeable. El paraguas se ha vuelto ya del revés por culpa del viento, ella se protege con el brazo y se apresura a llegar a la puerta en donde busca algún título. Napoleón y su madre se entusiasman.)

Parece que sí... madre. ¡Eso! ¡Eso! ¡Eso! ¡Eso!

- FÁTIMA: Lo buscan. Eso, eso, ¡eso! Vienen... ¡ya, ya, ya!
- NAPOLEÓN: ¿Qué busca con tanto cuidado... entre la lluvia?
¿Qué busca madre?
- FÁTIMA: Una señal... ¡El título del licenciado Diamante!
¡Hoy! ¡Hoy! Alguien debía de venir a través del tiempo... ¡Encuentra! ¡Niña, encuentra!

NAPOLEÓN: ¡Encuentra! ¡Encuentra! ¡Muchacha, encuentra! ¡Ángel encuentra!

(Bella saca del fondo de su abrigo una linternilla, un papel y compara con lo que lee en el muro y dice:).

BELLA: ¡Oh, al fin, es aquí...! *(Lee.)* ¡Licenciado Diamante!

NAPOLEÓN: ¡El nombre de mi Padre, lo ha dicho! ¡Es ella! ¡Oh! *(Canta.)*

FÁTIMA: Una hermosa clienta... ¡Ángel de la Justicia! Nosotros tan importantes en nuestro pequeño tiempo. ¡Jo! *(La joven busca el aldabón y toca.)*

NAPOLEÓN: ¡Ya toca!

(Las dos figurillas saltan de alegría en el interior, la luz se enciende y ellas se develan de aquellos hábitos grises; aparecen con hermosos trajes de niña y de mujer de una época pasada, pero hermosos. Fátima abre la puerta y la pared se descorre con la puerta. El perro desde su rincón, inmóvil, ladra de contento.)

FÁTIMA: Adentro... ¡Uf, qué tiempo, qué destino tan hermoso la trae! El agua conducto.

BELLA: *(Quitándose el impermeable y sacudiéndolo un poco.)* Creí que me llevaría el viento. Otra tormenta nueva se avecina y vengo de tan lejos. Aquí me detuve. Por mera casualidad en la carta venía su dirección... y creo que en esta noche tan negra...

FÁTIMA: ¡Sí, sí, tan negra, tan hermosa...!

NAPOLEÓN: Sí, sí. *(Encantadas.)* ¡Hermosas!

BELLA: ¿Hermosas? *(las dos, encantadas, asienten.)* ¿El licenciado Diamante?

FÁTIMA: ¡Sí, aquí, aquí! (*Le quitan el abrigo y lo cuelgan. El paraguas lo toma Napoleón y sonríe.*)

BELLA: Sólo en último recurso venga usted a mi casa, me dijo... y me miró... Todo el mundo ofrece su casa... pero él, no se imaginó que yo vendría. Ella me trajo, la tormenta... Pido mil perdones...

FÁTIMA: ¡Oh, es tan gran placer! Caída del cielo. ¡Esposo mío tan querido!

BELLA: Debe ser un muy buen hombre, aunque yo lo preferiría astuto. Necesito su ayuda como litigante.

FÁTIMA: Oh, ¡es un gran litigante! Aquí, aquí... Siéntese o...

NAPOLEÓN: O quédese de pie, lo que más le guste...

BELLA: Mi paraguas se ha roto, tendré que repararlo...

NAPOLEÓN: ¡Hermoso paraguas, se rebela contra el viento! ¡Rebelde!

BELLA: (*Se sienta y descansa.*) Seguramente con este tiempo llegará en breve... Uf, qué cansancio, la lluvia me cegaba, era como llorar con el llanto del cielo, ¡con su mismo disgusto!

FÁTIMA: ¡Probar un poco del universo y de su cólera eléctrica!

NAPOLEÓN: ¡Eléctrica, eléctrica!

BELLA: Era una lluvia muy triste, como sin consuelo, ¡chas! ¡chas! ¡Traigo un legajo... dentro del impermeable y se ha mojado!

(*Van y lo sacan Fátima y Napoleón. Lo extienden sobre la mesa.*)

FÁTIMA: Un gran legajo... lleno de hermosas palabras...

- BELLA: (Descubriendo al perro.) ¿Y el perrito?
- NAPOLEÓN Y FÁTIMA: ¡Descansa! ¡Descansa!
- FÁTIMA: ¿Algún bien perdido y usted espera por justicia recuperarlo?
- BELLA: Me divorcio...
- FÁTIMA: ¿De su amado?
- BELLA: Odiado...
- FÁTIMA: ¿Del verbo odiar? Es un sentimiento que no conozco. No lo veo reverberar en usted... ¡Usted no sabe odiar!
- BELLA: ¿Debería sentir envidia? Como él.
- NAPOLEÓN: ¡Eso es gris y lo sienten las arañas del techo! ¡Oh, enorme telaraña! Tiene los ojos fijos. Cambia de color al ver al pajarillo o a la pequeña hormiga, y todo lo apaga, lo envuelve, lo hipnotiza...
- BELLA: Estoy tan ofuscada, y temo que él se dé cuenta... ¿El licenciado será eficiente?
- FÁTIMA: ¡Eficientísimo, cuando hace algo a conciencia!
- NAPOLEÓN: ¡A conciencia, conciencia! ¡Ja!
- BELLA: ¿No tardará mucho? No deseo ser inoportuna, no...
- FÁTIMA Y NAPOLEÓN: ¡Así somos felices, felices!
- BELLA: ¿Felices? Por... (Señalándose una a otra.)
- FÁTIMA Y NAPOLEÓN: ¡Sí, sí, mm!
- BELLA: Gracias. (Quiere besarlas, pero ellas se retiran y se abrazan.) ¿Qué no debo?
- FÁTIMA: ¡No! (Napoleón aun secándose las lágrimas niega con las manos.)
- BELLA: Bueno, ¿a qué hora vendrá?
- FÁTIMA: ¡Busca una hora en el reloj, señor perro, y dale una hora a la joven hermosa!

(El perro se levanta de su sitio y rascando en un rincón saca un reloj y se lo entrega a la joven.)

BELLA: ¡Oh, pero qué entendido perrito y qué hermoso reloj! (Examinándolo.) Es antiguo y tiene alarma, además de unos hermosos brillantes... Aquí parecen ser las doce. Nunca pensé que fuese tan tarde. ¡Oh, qué oscuridad! (Mira hacia fuera. El perro toma el reloj y lo guarda en el mismo sitio.)

FÁTIMA: Entonces mi esposo querido llegará hoy.

BELLA: ¿Qué no siempre viene? ¿Por qué...?

FÁTIMA: ¡Hoy vendrá! Todos vamos tras de los ángeles...

NAPOLEÓN: Mi buen padre cuando es malo lo es sin querer...

BELLA: Y volverá... ¡Estoy tan fatigada!

FÁTIMA: ¡Él la llevará sin duda, es tan galante! ¡Tan bueno!

BELLA: Ustedes son los buenos... Gracias. ¡Tenía miedo!

NAPOLEÓN: Nosotros también. Antes de que usted llegara... Ahora, seremos tan felices...

FÁTIMA: Qué gran optimismo, ¿nada ambicionan?

BELLA: Descansar... descansar. ¡Como el perrito! (Lo acaricia.)

NAPOLEÓN: ¿Tiene usted madre?

BELLA: No, la he perdido... (Fátima y Napoleón rompen a llorar.) No se apenen, no es reciente, ya me he curado del dolor... ¡No se apenen por mi culpa! Qué personas más cariñosas...

NAPOLEÓN: En realidad no es nada, es más lógico...

FÁTIMA: Sí, sí.

(Ahora se controlan y ríen. El perro baila alrededor del cuarto. Napoleón lo sigue... y luego Fátima. Se detienen.)

FÁTIMA: Dentro del refrigerador hay dos pedazos de alimento. Tómelos usted, señorita, le gustarán mucho y nosotros oiremos crujir sus tripitas y sus dientes tan llenos de sangre...

BELLA: *(Sorprendida.)* ¿Qué dice? Es que no tengo mucha hambre, la pena me rinde...

FÁTIMA: Diviértela, Napoleón, qué hay en Australia, Napoleón...

NAPOLEÓN: Osos llamados pandas, blancos, gordos y cariñosos. ¡Les corren por el cuerpo unos cinco litros de sangre!

BELLA: ¿Vendrá pronto el licenciado?

FÁTIMA: Prontísimo; la mujer tiene tanto en común con su esposo amado, que lo llama y viene, es mejor que de la otra forma...

BELLA: ¿Cuál otra forma?

FÁTIMA: Quise decir el teléfono...

NAPOLEÓN: ¡El teléfono! ¡El teléfono! Sí, me había olvidado del teléfono. ¿Puedo hablar, Fátima? *(Va hacia el aparato.)*

FÁTIMA: ¡No! ¡No! Yo lo llamaré... sin teléfono *(Cierra los ojos.)*

BELLA: ¡Qué feliz, en cambio a mí nada me liga con él, nada!

FÁTIMA: ¡No lo abandone! ¡Qué será de él sin usted, tan hermosa! Cómo brilla usted alrededor de su cuerpo...

BELLA: Un divorcio, decía mi madre, es el trámite que firma una sentencia en contra de los hijos...

- FÁTIMA: Tenía razón su madre, si no existiera el hermoso cordón que nos une a la fuente de su vitalidad... sería diferente...
- NAPOLEÓN: Yo estoy unida...
- BELLA: Hábleme del licenciado Diamante, es una persona ¿maravillosa? Quisiera creer en él.
- FÁTIMA: Adorable. El día de mi santo, cuando yo dormía tranquilamente, en mi lecho de sueños, lo pensaba a mi lado, de pronto sobresaltada lo busqué y no estaba, palpé la cama y algo extraño tocaron mis manos...
- BELLA: ¿Sí?
- FÁTIMA: Pétalos de rosas regados a mi lado en su ausencia, y una carta...
- BELLA: ¡Oh, qué hermoso! ¿Y una carta? ¡Oh!
- FÁTIMA: De amor: “Era el día de tu santo, como aquel día en que juntos, bajo los tilos, caminábamos al principio de nuestro romance...”
- BELLA: Adorable, simplemente adorable...
- FÁTIMA: Eso no es todo, me quedé en un sueño agradecido, mis plegarias iban a Dios pidiendo su salud y su bienaventuranza... cuando de pronto él...
- BELLA: ¡Claro, algo horrible!
- FÁTIMA: No, no, me traía una música que bajo mi ventana alegraba a pesar de mis tres hijos...
- BELLA: ¿Tres hijos?
- FÁTIMA: Perdón, tengo un hijo. Pero yo deseaba tener dos más. Pero fue imposible, no alcanzó el tiempo...
- BELLA: ¿Y él, deseaba tener más hijos?
- FÁTIMA: ¡Sí! A Napoleón, que es una niña, le puso

este nombre para compendiar en ella todo lo hermoso de un hombre y de una mujer, ¡lo amaba tanto!

BELLA: ¿Y ya no lo ama usted?

NAPOLEÓN: ¡Sí, sí lo amo!

FÁTIMA: Lo quiere sin fin; el día de Noche Buena le traje ese caballo enorme y una ventana para ver el carrusel de la esquina. El niño tenía fiebre y eso es lo que deseaba... (*Señala la ventana.*)

BELLA: ¿El niño?

FÁTIMA: ¡Niña! ¿Conoce usted la casa de bombones que hay en el centro, la más hermosa, una llena de luces, de hermosas sillas, de cráneos... de azúcar?

NAPOLEÓN: ¡La bombita!

FÁTIMA: La misma... Él nos vendaba los ojos y nos hacía saborear todo lo que queríamos... Su vida era para nuestra alegría... ¡Es! ¡Es! ¡Es...! (*Rien.*)

NAPOLEÓN: Es, es, es.

BELLA: Debe ser un buen abogado...

FÁTIMA: Hace procesos que sólo Dios debe hacer... ¡Es brillante!

NAPOLEÓN: Mmmmm... ¡Filoso como un diamante!

FÁTIMA: Nos gusta visitar el despacho cuando está vacío. Hay en el ambiente un olor mezclado de goma, de tinta, de cigarrillos, de papel y nos dejamos caer sobre un enorme montón de papeles de China, él me besa, y yo de reojo puedo ver el Artículo número 123 o el 39.

BELLA: Adorable, y lleno de recursos. Yo he visitado su despacho, adornado con pájaros disecados. Pedazos de mármol, aparatos fotográficos, el busto de Napoleón, etcétera, etcétera.

- NAPOLEÓN: Mmm, una serie de hermosas señoritas van y vienen con asuntos y legajos...
- FÁTIMA: Es un gran dictador, un gran artista. Su madre lo adora; dice ella que, cuando niño, componía con un dedito en el piano cosas tan sentimentales, que temían fuese un bebé prodigio.
- BELLA: ¿Temían...?
- FÁTIMA: Sí, había siempre temores, como se teme lo inesperado... el presagio...
- NAPOLEÓN: Hermosas, de circulación perfecta, sus corazones palpitan rellenos... y su alegría, su alegría de vivir... ¡artista de apreciación y de castigo!
- BELLA: ¿De castigo?
- FÁTIMA: ¿Acaso no se castiga a la humanidad cuando hay perfección acumulada? ¡Oh, amado mío!
- NAPOLEÓN: *(Tocándose la sien con un dedo.)* Está loca...
- BELLA: ¡No hables así de tu madre, niña! *(La niña va y viene tocando todo.)*
- FÁTIMA: Ella no lo ama tanto, su cariño es fraterno. Sí, sí, porque lo he visto girar.
- NAPOLEÓN: Como una peonza en su asiento giratorio con una mirada hacia el universo. Se le puede ver de frente, de espaldas y de perfil. ¡Oscuro!
- FÁTIMA: Se diría que nada prepara, que todo es verdad... ¡Oh mi amado! ¡No desea ser nadie más! ¡Se ama él mismo!
- BELLA: ¿No me tendrá en larga espera?
- FÁTIMA: Si la hace esperar es porque piensa en usted. Premedita. *(Se detiene.)*
- NAPOLEÓN: ¿Ahora qué dice...? *(Haciendo una seña.)* Loca... ¡completamente loca...!
- FÁTIMA: ¡El amor a los niños tiene un color! ¡Sabe

usted, a mi amado no le gusta que yo quiera a nadie más!

BELLA: ¿Y tardará mucho?

FÁTIMA: ¡Él vendrá, aunque al llegar a la esquina ya sufre!

BELLA: ¿Sufre?

FÁTIMA: Aquí están latentes todas sus emociones.

BELLA: Es verdad. ¡Qué vida más espiritual!

FÁTIMA: Galletas especiales. (*Señalando al perro.*) Y para él, huesos de hule y de sabor, cama de mimbre y un cariño para el perro: ¡un cariño! (*sonríe.*) Se diría zoofilia...

BELLA: Ese perro tan serio y tan bueno... Ven, perrito... ¿Cómo se le dice?

NAPOLEÓN: El señor perro... También en francés monsieur le chien.

(Bella lo acaricia y saca de la bolsa una galleta, se la da. El perro la toma entre los dientes y la lleva a un rincón...)

BELLA: ¿Qué hace?

NAPOLEÓN: La esconde, no le gusta comer en público. ¡Tiene sus modales!

BELLA: ¡Oh, qué adorable! ¿Usted lo educó...?

FÁTIMA: Mi esposo, mi adorable esposo. ¡Él lo educó!

NAPOLEÓN: Has sido tú, madre, quien lo ha educado...

FÁTIMA: Oh, Napoleón, no me interrumpas... ¡Quiere quitarme el gusto de ensalzarlo!

BELLA: Un buen hombre...

FÁTIMA: ¡Dilo tú, hijo!

NAPOLEÓN: ¡Eres tú la que quieres decirlo!

BELLA: ¿Y tardará mucho?

- NAPOLEÓN: Por lo regular cuando...
- BELLA: Dime...
- FÁTIMA: Es de hijos honrar a sus padres, y Napoleón se desborda en elogios de él, pelea por él, le hace sus composiciones en la escuela. Ella es también una hija modelo...
- NAPOLEÓN: ¡Es ella quien quiere decir! ¿Por qué me puso Napoleón? ¡Yo soy una mujer! (*Se levanta las faldas.*)
- FÁTIMA: ¡Niña!
- NAPOLEÓN: ¡Niño!
- FÁTIMA: Mi bien amado ha dicho, todo lo bueno, todo lo ingenuo, lo único noble y sabio es monsieur le chien. Yo podré ser un perro, pero él es todo un señor, un señor perro. Desdeña la malicia, y clavado en el quicio de la ventana me espera sin fin... fiel, ¡fiel!
- BELLA: Mmm.
- NAPOLEÓN: El día de mi santo me regaló una escopeta, un lente ultrarrojo, unos botines de montar, una flecha, un arcón... Todo lo guarda... la juguetería recogió los juguetes al día siguiente... ¡Eran juguetes a vistas! ¡Vistas!
- FÁTIMA: ¡Es de hijos honrar a sus padres! ¡Qué circunstancias, qué tragedia encierran esas palabras! El deseo de un padre. El sueño de un padre, es regalar a su hijo todo lo que desea al no poder pagarlo. ¡Oh, qué épocas aquéllas, qué dolor para el padre!
- NAPOLEÓN: ¡Fui, fui, fui!
- BELLA: ¿Vendrá?
- FÁTIMA: Su coche estará por llegar, cuando él llegue

yo prepararé su merienda. Eso es con lo que él sueña, con lo que yo le preparo para este instante de remanso, de cercanía.

NAPOLEÓN: Mamacita... (*Se levanta de hombros fastidiada.*)

FÁTIMA: ¿Tienes algo qué decirme?

NAPOLEÓN: No, nada; se lo dije, señorita... (*Hace señas para indicar que está loca.*)

BELLA: En realidad, tu nombre es hermoso, pero extraño para una niña.

NAPOLEÓN: Es que...

FÁTIMA: Es que si hubiera sido hombre se habría llamado Napoleón. ¡Él hubiera querido ser Napoleón! (*Ríe.*) ¡Tan adorable, tan fiel! (*Ríe.*)

NAPOLEÓN: Le dije...

FÁTIMA: ¡Déjame ser feliz, niña! Él es apasionado de tan cruel. Tonto de tan malo. Dulce de tan amargo ¡Sabio de tan envidiosillo!

NAPOLEÓN: ¡Te desenredas, madre! ¿Quién quiere oírte?

FÁTIMA: (*Bailando y cantando.*) Es que hacía mucho que...

BELLA: Bueno, nos cae la noche ¿y la hora de su llegada no llega?

NAPOLEÓN: ¡Dísela, perrito mío, dísela! ¡Ella lo merece!

(*El perro va al rincón en donde guardó su galleta y trae de nuevo el reloj.*)

BELLA: ¿Todavía son las doce? (*Ríe histéricamente.*)
¡Puede ser que no funcione...!

NAPOLEÓN: A nosotros el tiempo nos tiene sin cuidado, pero ese reloj es de mi padre aunque esa hora le gustaba a mi madre.

- FÁTIMA: Llévate-lo, monsieur le chien. Llévalo. El tiempo no existe, es nuestro corazón el que lo marca. Tiempo de amar, tiempo de odiar, tiempos de venganza... tiempos de justicia, de ligereza, de luz. *(El perro lo devuelve a su sitio.)*
- BELLA: *(Un poco asombrada.)* Me tendré que ir, pediré un coche. O esperaré uno, o tal vez tú puedas ir por uno...
- NAPOLEÓN: No conozco las calles, señorita, perdóname usted...
- FÁTIMA: No se vaya, ¡usted significa tanto para nosotros! ¡No se vaya! ¡Oh, le moriremos agradecidas... por haber venido!
- BELLA: Por teléfono...
- FÁTIMA: No sabemos los números... Dios mío, ¡no se vaya!
- NAPOLEÓN: ¡No, no, no se vaya!
- BELLA: Pero yo vine aquí porque me urge ver al licenciado...
- FÁTIMA: Espere, siento que él debe llegar. Una ternura inusitada me invade, un bienestar, un consuelo... *(Efectivamente se oye un ruido lejano de coche.)* Sí... sí... Usted lo ha querido, señorita. ¡Nosotros éramos felices con usted, pero ya lo he llamado!
- NAPOLEÓN: Sí... sí... señorita, no le diga nada a mi padre, de que nos ha visto en realidad. ¡Se disgustaría como un loco si lo supiera!
- FÁTIMA: *(Temblando.)* ¡Prometa que no dirá nada a mi adorado! Es celoso, celosísimo. ¡Prometa! *(Rogándole casi de rodillas.)* ¡Prometa!

BELLA: Prometo... *(El perro corre a la ventana y todo permanece inmóvil.)*

NAPOLEÓN: No le hable de nada. *(Con voz en sordina.)* No le hable del perro... ni del reloj. Sea discreta.

(La luz se apaga. El ruido se oye más cercano y Fátima y Napoleón, con gritos de espanto controlados, vuelven a arrebujarse en sus grandes cobijas grises, como si fueran dos grandes papeles grises arrugados desde hacía años... todo se queda en silencio. Bella tiembla y se encoge de miedo. El coche se detiene frente a la casa, la luz se apaga. Bella ahoga un grito. La puerta rechina, un rayo de luz entra de la calle mientras una telaraña se balancea... se ve la sombra de un hombre que entra y Bella da un grito de horror.)

TELÓN

SEGUNDO ACTO

(El mismo sitio. Al levantarse el telón, aún prevalece el grito del final. El perro aúlla. La puerta de entrada está abierta y una mano busca el switch para encender. Bella se cubre los ojos cuando brilla la luz. Aparece el licenciado Diamante que corre hacia ella y la abraza.)

DIAMANTE: ¡Vamos, señorita, reaccione usted!

BELLA: *(Retirándose.)* ¡Déjeme! *(El perro se interpone entre los dos.)*

DIAMANTE: *(Retirándose.)* Calma... *(Va hacia la puerta.)*
¡Puf! Qué frío, me quitaré el sombrero y el abrigo. ¿Cómo llegó usted aquí? *(Sonriendo.)*
Regalo de la noche, saldo de la tormenta...

(Bella, mirándolo con ojos desorbitados, y viendo hacia el rincón en donde estaban la mujer y la niña.)

BELLA: ¡Se han ido! ¡Me han dejado sola!

DIAMANTE: ¿Quiénes? ¿Sus familiares? ¿Su esposo?

BELLA: No tengo familiares... y él... *(lo dice acariciando al perro que sigue junto a ella.)*

DIAMANTE: *(Acercándose a ella después de haber dejado sus ropas.)* Le agradezco tanto que haya venido... Pero yo no siempre vengo...

BELLA: Aquí estoy bien... señor licenciado... Es que, lo esperé tanto tiempo en su despacho, y de pronto se fueron los empleados; me iba embargando un miedo, un delirio y como si hubiera soñado... me lancé a la calle, buscaba un refugio... y ahora aquí... así...

DIAMANTE: En esta oscuridad, no era para menos... Venga usted. *(Le extiende una mano, ella rechaza.)* Deseo consolarla; parece usted una chiquilla asustada... No hay nada que la perturbe... Véalo usted misma...

BELLA: *(Acercándose.)* Es que temía que usted no llegara, que me quedara aquí, así, así... como... así...

DIAMANTE: Pero ¿y si no hubiera llegado...? Porque —¿sabe usted?— no siempre llego... ¿por qué no llamó usted?

BELLA: Usted me dijo: “En caso de peligro extremo, venga usted a mi casa. Yo la protegeré”... ¿No es así?

DIAMANTE: Sí, es una forma de cortesía, pero aquí pues... tiene usted razón. Tomaremos una copita. *(Se pone de pie, ella lo detiene.)*

- BELLA: No, licenciado. Escúcheme primero, tengo prisa... Temía irme sola en la oscuridad... Su... su... (*Arrepintiéndose.*) La calle...
- DIAMANTE: No sé cómo se me ocurrió decirle... aunque realmente no pensé que vendría. Es claro, todos deseamos tener un domicilio, un hogar... y como yo...
- BELLA: Usted también lo tiene... (*Pausa de silencio en que él la mira. Ella, cohibida, baja los ojos.*) Traigo aquí lo legajos y el certificado de matrimonio. Mi esposo llegará esta noche o mañana. Le temo, creo que ya está en casa... (*Se los da.*)
- DIAMANTE: (*Mirándolos a la volanda.*) Mm. Parece que no son auténticos. Pero mañana los veremos.
- BELLA: Oh, licenciado. Qué más quisiera, no se imagina usted el infierno de mi vida; bueno, ya se lo he contado antes. Ahora me urge estar protegida. ¡Le temo terriblemente!
- DIAMANTE: Muy bien... ¿usted podría pasar la noche con sus parientes? Yo la llevaré...
- BELLA: Están en la provincia y si ellos saben que me he casado y ahora me divorcio, a pesar de lo que les desagradó... no me recibirán... ¡jamás!
- DIAMANTE: (*Dejando los papeles sobre la mesa.*) ¡Jamás? Qué absurda palabra, es como detener la tierra... Todos añoramos un poco de consuelo. (*Se le acerca. El perro ladra.*) Vamos, señor perro, cállate un poco, si no te clavaré a la ventana... (*Riendo.*) ¡Y cuando lo hago se pone tan furioso! (*Acariciándolo deja de ladrar.*) ¡Pobrecillo! Sabe usted, que yo solía decir: me casaré

- con una muchacha de provincia. (*Riendo.*)
¿Sabía usted? (*El perro gruñe.*) Se lo decía a un gran amigo, cuando éramos niños...
- BELLA: Horrible experiencia la del matrimonio. Sola en manos de un desconocido...
- DIAMANTE: Más bien era un enemigo íntimo que me odiaba por no lograr imitarme, calcarme... absorberme...
- BELLA: ¿Podríamos hablar de mi asunto? Debo irme, ya tengo menos miedo a la tormenta... Debería irme a un hotel...
- DIAMANTE: Solía decirle a mi amigo...: “Tú no tienes idea, las gentes de provincia, huelen a campo, a flor... a limpio”... (*Se acerca. Ella se retira. El perro gruñe.*)
- BELLA: Si usted entendiera mi problema...
- DIAMANTE: (*Vanidoso y queriendo galantearla.*) Y no pudo usted ir al despacho... ¿eh? (*Cariñoso.*) Y en una noche de tormenta, ¿eh? (*Ella se aleja. El perro, nervioso, la sigue.*)
- BELLA: Ya le he dicho porque estoy aquí. Deseo su protección, no su galantería. De día, es usted diferente.
- DIAMANTE: Es usted muy ingeniosa...
- BELLA: Si vuelvo con él, por una sola noche, pierdo todos los privilegios... Usted me lo ha dicho así. Iré a un hotel.
- DIAMANTE: ¿Un hotel...? No, no conviene... Diremos que estuvo usted con sus familiares...
- BELLA: Pero ¿y si no hubiera llegado? (*Miedosa de nuevo.*) Oh, tal vez pueda volver a mi casa. (*Va al teléfono.*)
- DIAMANTE: Podría llegar...

- BELLA: Por eso vine, una fuerza extraña me guiaba. Mi decisión está hecha. Tengo que llevarla hasta el final...
- DIAMANTE: Fuerza de voluntad, señorita... *(Sonriendo.)* Pero ¡es usted hermosísima!
- BELLA: Le suplico, licenciado. ¿Qué hacer...? *(Acaricia al perro y se pasean.)* ¿Qué hacer?
- DIAMANTE: Vamos, mañana será otro día... Yo le arreglaré una recámara aquí mismo... ¿Nadie sabe que está usted aquí...?
- BELLA: El perro y yo... Él lo sabe todo. ¡Es adorable!
- DIAMANTE: ¡Si hablara, Dios mío, si hablara ese perro tan bueno! *(Pausa.)* O tan infame...
- BELLA: Su mirada es tan dulce... ¡Expresa su fidelidad!
- DIAMANTE: ¡Un testigo que nada dice!
- BELLA: ¿Y su familia, licenciado?
- DIAMANTE: Acariciando al perro y enseñándolo... Mire usted qué expresión, a veces me imagino que algo me dice... pero es inútil... será mi propia conciencia buscando un espejo.
- BELLA: *(Reponiéndose.)* Me moría de miedo y él...
- DIAMANTE: ¿Entonces, tomaremos algo...? *(Se pone de pie.)*

(El perro la ve y meneaba la cabeza en señal de descontento de lo que ha dicho Diamante.)

- BELLA: No, por mí no se moleste, ya estoy más tranquila. No tengo ni sed ni hambre.

(El perro siempre parece escuchar y dormir, escuchar y dormir. Ellos se miran.)

- DIAMANTE: ¡Hmmm! Qué hermosa coincidencia si usted fuera mi esposa... ¡La haría tan celestialmente feliz!
- BELLA: *(Tomando su bolsa.)* He venido aquí, para un asunto legal. Y creo que será mejor...
- DIAMANTE: Vamos, la soledad lo vuelve a uno medio loco. Usted es hermosa y es natural que... no me haga usted caso... Veamos... ¿por qué teme usted a su marido?
- BELLA: Le temo, me destruye, es inhumano, mentiroso, vanidoso, ¡a veces temo que me mate!
- DIAMANTE: Muy bien. ¡Para todo mal, lo mejor es el divorcio! ¡Y un buen abogado del cielo no es dado! *(Ríe.)*
- BELLA: Licenciado, temo que me encuentre, es como un sabueso, ¡me perseguirá! Un hotel no sería seguro. Él no me cree capaz de consultar a un licenciado. ¡Lo hice desesperada!
- DIAMANTE: Claro, la cree ignorante...
- BELLA: Y lo soy.
- DIAMANTE: ¡No, qué va! ¡Éste es un lugar bastante solitario! *(Riendo.)* ¡Casi se diría que está poblado de fantasmas!
- BELLA: *(Acercándose a él.)* ¡Oh! ¡No!
- DIAMANTE: Es usted hermosísima... más aun así, temerosa...
- BELLA: *(Se retira.)* ¡Usted tiene una mujer encantadora!
- DIAMANTE: ¿Ha visto usted su retrato? Así parece, pero es una verdadera harpía, una malvada, una mujer sin alma... Yo también he sufrido muchísimo...
- BELLA: Se me hace extraño... ¡Con ella, debería usted ser totalmente feliz!

- DIAMANTE: Señorita... usted tiene un gran sentido del humor... ¡Yo feliz! ¡Ah, si me hubiera casado con usted! (*Va hacia ella.*)
- BELLA: Señor licenciado, basta... Saldré aunque...
- DIAMANTE: (*Interceptándola.*) ¡Mi mujer enseñó el odio a mi hija para odiarme a mí! ¡Me odiaba!
- BELLA: ¡Debo irme!
- DIAMANTE: ¡No! ¡No!
- BELLA: No he venido para...
- DIAMANTE: (*Retirándose tímido.*) He vuelto a darle miedo... Yo no debo maldecir a mi mujer pero...
- BELLA: ¡Licenciado!
- DIAMANTE: Vamos, un licenciado no debe contar sus penas, sino escucharlas. Créame, señorita, soy un caballero y le brindo mi triste casa. Puede usted dormir aquí, o en la recámara de... ella. (*El perro da de vueltas.*) ¡Puede usted quedarse con el señor perro! Él la cuidará. (*El perro aúlla.*) ¿Qué sucede, ingrato amigo?
- BELLA: Entiende usted mi situación, licenciado... ¡No tengo a nadie! ¡No me haga daño!
- DIAMANTE: Perdóneme, pero sería grosero desconocer su belleza, y yo soy muy infeliz. Hubo un instante en que... (*Como ahuyentando una idea.*) Pero pase usted al cuarto de mi esposa... Si usted lo desea, yo me iré a un hotel... Vamos, valor... entre y descanse... ¡El señor perro estará aquí de guardia... frente a su puerta! (*Ella lo mira con recelo.*) ¡Mi palabra de honor!
- BELLA: (*Recargándose.*) Estoy tan cansada de repente...
- DIAMANTE: Vamos...

(Caminan hasta la puerta. Él la abre y ella entra. Al ver la llave en la puerta él la quita.)

BELLA: Licenciado, la llave...

DIAMANTE: Aquí está, pensaba entregársela...

(Bella entra y la puerta se cierra lentamente, mientras ella dice:)

BELLA: Buenas noches...

DIAMANTE: *(Tras la puerta.)* Descanse... ¡Descanse! ¡No tema!

(Al quedarse solo, se pasea por el cuarto. El perro lo sigue.)

Ahora me sigues, ¡infiel! Qué te parece... ¿puede uno pensar bien de una joven que se refugia así en la casa de uno a media noche, y con esta tormenta...? Lo menos que puedo hacer es actuar como un hombre. Y ella, ¿dirá la verdad? Tú por supuesto no contestas... ¡no dices nada! Nunca lo dirás, infame señor perro... ¡Si hablaras me salvarías! Bueno, dormiremos aquí... *(Se quita los zapatos y se queda en calcetines.)* Es bellísima... Caramba, se me antoja tomarla en mis brazos y... *(El perro aúlla.)* ¡Cállate, idiota! Si fueses más discreto... ¡menos ruidoso! *(Va hasta la puerta con sigilo, pero un segundo antes de llegar a ella, tocan... El perro y él se vuelven. Diamante trata de ver por la ventana.)* No veo nada, ¡la noche está como la boca de un lobo! *(El perro está inquietísimo. Va y viene.)* Quién puede ser. ¡Tú alerta! ¡Si es un intruso, lo ahorcas!

(Comienza a abrir con sigilo. La puerta es empujada desde afuera y el perro se para de manos.)

- JIMÉNEZ: ¡Diamante!
- DIAMANTE: ¡Jiménez! *(Tratando de evitar su entrada.)*
- JIMÉNEZ: *(Metiéndose.)* Ábreme dame un trago... *(El perro salta encima. Él lo retira con desagrado.)*
¡Señor perro!
- DIAMANTE: ¡Estaba a punto de retirarme! *(El perro se refugia frente a la puerta de Bella. Se echa tristemente.)*
- JIMÉNEZ: ¡Eres odioso! ¡Dale un trago a tu antiguo, único, gran amigo!
- DIAMANTE: Te aviso que pensaba retirarme...
- JIMÉNEZ: Hace lo menos cinco años que no nos vemos.
¡Caramba, olvidas nuestra gran amistad, nuestras parrandas, nuestros gustos idénticos...!
- DIAMANTE: *(Mirándolo con sospecha.)* Idénticos, no. Tendríamos que discutir, tú te empeñas en...
- JIMÉNEZ: Antes de discutir. ¡Un trago! Con esta noche. De ese licorcillo de Rusia que tanto nos gusta... *(Diamante, con disgusto, va a un armario y le ofrece una copa.)* ¿Cómo, una sola copa? ¿Y tú?
- DIAMANTE: Ya no bebo como antes, me afecta la úlcera...
- JIMÉNEZ: *(Tomándose el vientre.)* ¡Caramba, tal vez eso sea lo que yo tengo! ¿Qué síntomas tienes...?
- DIAMANTE: Vamos, hombre, bebe. ¿No querías beber?
- JIMÉNEZ: *(Dejando el vaso.)* Caramba, no sabía yo lo que me sucedía. Hasta para saber lo que me sucede, tengo que verte. ¡Somos como dos gotas de agua!
- DIAMANTE: ¡Bebe! Me fastidia tu eterna frase: “Sí, somos idénticos”...
- JIMÉNEZ: No entiendo por qué te niegas a ser mi amigo, a nuestra edad ya no se encuentran amigos de infancia, sólo conocidos o desconocidos...

- DIAMANTE: Bueno, hombre, está bien... Cambiemos de tema. ¿Qué es de tu vida?
- JIMÉNEZ: Antes, cuando éramos inseparables, tú me servías un poco de guía. Pero ahora, ¡caramba!, me he metido en una de líos.
- DIAMANTE: Y ahora quieres que te ayude... Mm, dílo, ¡y acabemos!
- JIMÉNEZ: Sí, hombre y además me ahuyenté yo tanto de ti, desde... que... tú...
- DIAMANTE: ¡Bueno, hablemos de tu vida, no de la mía!
- JIMÉNEZ: Se trata de una mujer, ya sabes que siempre hemos tenido los mismos gustos. Vivo con ella, sí, pero a pesar de ser una mujer atractiva, muy atractiva... Sabes el tipo que a ti y a mí nos gusta... Me llena de ira... ¿ves? Hay mujeres así, lindas, pero...
- DIAMANTE: ¿Le has hecho daño? Tus líos tienen algo de exageradamente difíciles y éste es el último en que me metes. En realidad, no podría soportarlo... ¡No!
- JIMÉNEZ: Como es tan hermosa, me lleno de envidia o de celos. Quisiera... no sé. Ella me dijo una mentira y quisiera...
- DIAMANTE: ¡Destruirla!, ¿no?
- JIMÉNEZ: Precisamente... ¿verdad que tú también... te sientes así, con ellas?
- DIAMANTE: ¡No, no! Basta... toma tu trago y al punto. ¿Qué deseas? Tengo un sueño tremendo. *(Bosteza.)*
- JIMÉNEZ: *(Bebe y se sirve otra.)* Quiero saber primero de ti. ¿Qué planeas, qué crees que es lo mejor en esta época de caos: morirse?

- DIAMANTE: ¡Vamos, hombre, estás desbarrando! Claro que eso es lo mejor... *(Trata de ahorcarlo. El otro se escapa.)* ¡Idiota!
- JIMÉNEZ: Sabes que soy muy ágil. ¿Tú sabes lo que gana un cirquero?
- DIAMANTE: ¡Hombre, verdaderamente me tiene sin cuidado!
- JIMÉNEZ: ¿No te gustaría volar por los aires, sostener a una chica por las piernas... volar juntos?
- DIAMANTE: No creo que estemos en la flor de la edad para hacer esas tonterías. ¿Piensas hacer un contrato con un circo, para matarte o para qué?
- JIMÉNEZ: Bueno, sí, ¿por qué no...?
- DIAMANTE: Bueno, hagamos el contrato y punto. ¿Cuándo entras al circo?
- JIMÉNEZ: *(Saca de la bolsa un recorte pequeño de periódico.)* Mira, aquí lo subrayé con rojo: «Gran Circo, se necesita un trapequista arriesgado»
- DIAMANTE: *(Mirando el anuncio.)* Mm. Efectivamente, y lo subrayaste, tu vieja manía, en rojo, ¡un rojo de muerte! *(Se lo guarda en la bolsa.)*
- JIMÉNEZ: *(Riéndose.)* ¡Caramba, cómo me haces reír! Ya me siento de buenas, a pesar del tiempo...

(Mira los papeles de Bella, los toma distraído. Diamante se los arrebató. Jiménez ríe de su nerviosidad. Diamante los guarda.)

- DIAMANTE: Pues tú a mí no me haces reír. ¡Dime qué quieres y vámonos!
- JIMÉNEZ: ¿Me corres? ¡No lo repitas... porque me voy!
- DIAMANTE: Me haces perder el tiempo... Tengo que trabajar mañana en asuntos menos estúpidos que

- los tuyos... conquese... nada te sucede, ¡vete! ¡Y déjame dormir!
- JIMÉNEZ: Bueno, si no me corres te diré. (*Muerto de risa.*) ¡Fíjate que la pobre corderita cree que la persigo para matarla!
- DIAMANTE: ¿Y qué tiene eso de gracioso? ¿Cuál corderita?
- JIMÉNEZ: La mujer con quien vivo, ¡imbécil!
- DIAMANTE: ¿Es cirquera?
- JIMÉNEZ: ¡Un poco! (*Muerto de risa.*) ¡Un poco!
- DIAMANTE: ¡Se te ha subido... el licor!
- JIMÉNEZ: ¡Es que tu seriedad siempre me ha parecido graciosísima!
- DIAMANTE: ¡Bah! Sólo vienes a reírte y tomar una copa... ¿no es así?
- JIMÉNEZ: ¡Eso quisiera! ¡Eso quisiera...! (*Derrama algunas lágrimas.*)
- DIAMANTE: ¿Ahora lloras...?
- JIMÉNEZ: (*Poniéndose cada vez más dramático.*) Es que no tienes idea, yo he venido sufriendo muchísimo...
- DIAMANTE: Bueno, yo no me opongo ni a una cosa ni a la otra, pero... dime, al fin, de qué se trata... Piensa que no te veo desde...
- JIMÉNEZ: ¡Lloro por tu mujer! (*El perro parece enloquecer y salta por sobre los sillones, etcétera.*)
- DIAMANTE: Basta, señor perro, o te clavo en la ventana. Demonio, tienes además la desventaja de enloquecer a este perro, que parece ser menos fuerte que yo para soportarte...
- JIMÉNEZ: ¡Aborrezco a ese perro, con su cara de fidelidad!
- DIAMANTE: No hay razón para aborrecerlo, es la dulzura misma. Te aseguro que él sufrió mucho más por ella y, en último caso, explícame

de una vez por todas por qué sufres tú por ella, cuando yo trato de olvidar su espantosa... perfidia.

JIMÉNEZ: ¿Perfidia? ¡Si era la mujer más buena de la tierra!

DIAMANTE: Yo te suplico, mira, no toquemos ese tema. Porque... te diré la verdad: ¡Sospecho de ti...! *(Lo sorprende.)* ¡Sí, señor!

JIMÉNEZ: ¿De mí? ¿Cómo? ¿De qué? El día que...

DIAMANTE: ¡Precisamente!

JIMÉNEZ: ¿Te importaría mucho reconstruir los hechos?

DIAMANTE: ¡Mucho...!

JIMÉNEZ: ¡A las volandas... me urge! No puedes sospechar de mí, tu mejor amigo.

DIAMANTE: ¡Idiota! No se habla de eso a las volandas...

JIMÉNEZ: ¡Es que soy gracioso, qué quieres, pero también puedo ser grave!

DIAMANTE: No sé cómo te soporto...

JIMÉNEZ: *(Cambiando.)* No sabes, amigo del alma, lo que sufrí. Recuerdas, íbamos de cacería... ¡yo todo vestido, mi escopeta al hombro!

DIAMANTE: ¡Sí... quedamos de vernos en la gran calzada! ¡Íbamos de cacería!

JIMÉNEZ: Dejaste el coche en el estacionamiento, era temprano, no había nadie...

DIAMANTE: Fui a recoger las muestras. Dejé a mi mujer y a mi hija en el coche...

JIMÉNEZ: Yo llegué y vi el coche...

DIAMANTE: ¿Tú llegaste?

JIMÉNEZ: Nunca te lo dije, pero...

DIAMANTE: ¿Tú llegaste? ¡Mientes! ¡Yo llegué y las encontré como tú las encontraste!

JIMÉNEZ: ¡Yo llegué y vi el coche!

DIAMANTE: *(Yendo hasta él.)* ¿Tú las viste? ¡Dilo, malvado... dilo! *(Lo sacude. El perro vuelve a enloquecerse.)* ¡Calma, señor perro! O te...

(La inquietud del perro hace que Diamante detenga sus impulsos de lanzarse contra Jiménez.) ¡Habla, amigo ingrato, mi deseo de saber es mayor que mi deseo de matarte!

JIMÉNEZ: *(Protegiéndose tras de una mesa.)* Mira, yo soy tu amigo fiel, nunca he fallado... ¡Somos idénticos! ¡Te soy más fiel que ese perro, mucho más!

DIAMANTE: ¡Nada! ¡Habla o te mato! *(Golpea sobre la mesa.)*

JIMÉNEZ: Bueno... Tú habías dejado la escopeta de cacería en el coche. Y cuando yo llegué ahí estaban...

DIAMANTE: *(De pronto muy exaltado.)* ¡Tendrás que confesar frente al juez! ¡Fuiste tú!

JIMÉNEZ: ¡Se creería que fui yo, pero no! *(Corriendo hacia la puerta.)*

DIAMANTE: *(Corre tras él.)* Eras su amante... ¡y en un ataque de celos...! ¡Ya! ¡Ya! *(El perro ladra.)*

(Jiménez, corriendo y abriendo la ventana, salta, y desde afuera:)

JIMÉNEZ: No es cierto... Se diría, pero no es cierto... ¡lárgate al cuerno!

(Diamante, gritando, sale tras él y desaparecen por la callejuela. El perro se acerca a las mantas y aúlla. Bella entra asustada de no ver a nadie. Abraza al perro que la recibe cariñoso.)

- BELLA: Explicame todo esto, señor perro, explicame...
 ¿Con quién discutía tan acaloradamente? ¿Por
 qué atrás de esa puerta nada pude oír? ¿En dón-
 de están tus queridas y dulces amas? ¿Por qué se
 esconden? Ven, acompáñame... *(El perro va y le
 entrega un periódico. Lo mira.)* No tengo deseos
 de leer el periódico... *(Lo mira a la ligera.)* ¡Un
 periódico muy viejo además y subrayado en
 rojo! *(Lo deja en el sillón.)* ¡Ven! *(Bella va sigilo-
 samente hasta las cobijas y las levanta con cuida-
 do; debajo no hay nada, solamente dos cirios: uno
 pequeño y otro grande. Bella se lleva las manos a
 la boca y ahoga un grito. El licenciado Diamante
 viene de regreso por la calle y se dirige a la casa.
 Bella abraza al perro y dice:)* ¿Están muertas? *(El
 perro se acuesta en los cirios y parece acariciar las
 cobijas. Aúlla.)* Me iré... *(Más quedo.)* Me iré...
*(Trata de abrir la puerta, pero está cerrada por
 fuera. Se oyen los pasos. Espera.)*
- DIAMANTE: *(Hablando solo.)* ¡Este idiota, corre como
 un gamo! ¡Pero tendrá que declarar, él es el
 culpable! ¡Y si era su amante, quiero saberlo!
(Imitando la voz de su esposa.) ¡Te seré fiel, fiel
 como un perro! ¡Ja! *(Llega a la casa.)*
- BELLA: ¡Alguien llega...! *(Diamante abre la puerta y ella
 ahoga un pequeño grito.)* Le suplico que me
 deje ir...
- DIAMANTE: ¡Vamos, señorita, un poco de calma! ¡Cada vez
 que me ve usted grita! ¡Veamos su asunto y
 terminemos ya!
- BELLA: *(Valerosa, toma los cirios y se los entrega.)*
 ¿Y esto?

- DIAMANTE: *(Arrebatándoselos y dándole una patada al perro.)* ¿Has sido tú? *(El perro aúlla.)* Sí, señorita, mi esposa y mi hija fueron asesinadas por un malvado. ¿Por qué no se conformó con matarla a ella... por qué tuvo que matar a mi hija?
- BELLA: Yo no entiendo... sólo quiero irme... ¡Déjeme ir!
- DIAMANTE: Tratemos su caso y punto, no voy a dejarla ir así. Desea mi ayuda, y la tendrá...
- BELLA: No tengo con qué pagarle...
- DIAMANTE: No importa... quiero saber lo que son las mujeres de una vez por todas. Tal vez usted me explique por qué una mujer engaña al esposo que tanto la ama, ¡Jum!
- BELLA: Mi esposo no me ama, ni yo le soy infiel...
- DIAMANTE: Muy bien, pero mi esposa sí... *(Toma los papeles y lee.)* A foja tantos... Este sello no parece muy legítimo pero, en fin, sigamos...
- BELLA: Devuélvamelos usted...
- DIAMANTE: ¡Si fuesen falsos!
- BELLA: ¡Oh, Dios quisiera...!
- DIAMANTE: De acuerdo con todos los derechos de la Ley, etcétera, el señor Ismael Jiménez y la señorita Bella Gregory... ¡Oh! *(Señala a la puerta.)* ¡Oh...!
- BELLA: ¿Qué le sucede? ¿Qué mira! *(Tratando de ver.)*
- DIAMANTE: Es el hombre que se acaba de ir...
- BELLA: ¿Cuál hombre?
- DIAMANTE: ¡Ismael Jiménez!
- BELLA: ¡Estoy perdida, me ha encontrado! ¿Ha venido?
- DIAMANTE: Puede usted describirlo. ¡Hay mil Jiménez!

(Bella, ad libitum, lo describe, como sea el actor.)

Oh, mi querido, mi fiel amigo... *(El perro vuelve a enloquecer.)*
¡Calma, señor perro!

BELLA: Explíqueme, señor licenciado, qué ha sucedido. Él supo que yo había venido, él ha hablado con usted... me buscaba... ¿Dónde está? ¡Cómo averiguó, me persigue!

DIAMANTE: ¡Calma! Seguramente la buscaba, pero no aquí. Quería que yo le ayudara, pero las circunstancias cambiaron el giro de las cosas. ¡Él dijo vivir con una mujer, pero no dijo estar casado con ella!

BELLA: ¿Qué? ¡Habría de alguna otra; yo, soy su legítima esposa! Ojalá y no lo fuera. Y quiere matarme, ¿verdad?

DIAMANTE: ¡Efectivamente, así parece! No sería...

BELLA: *(Llorando.)* ¡Oh, Dios mío, qué hacer!

DIAMANTE: Usted y mi esposa tienen el mismo gusto. ¡Él gustaba de una y la mató, y ahora piensa matarla a usted!

BELLA: ¡Oh, señor licenciado, sálveme! Pero, y usted mismo... ¿qué dice de su esposa? ¡Oh, qué miedo tengo! ¿Él mató a su esposa? *(Ahoga un grito.)*

DIAMANTE: ¡Lo sospecho!

BELLA: ¿Y usted lo estima, a pesar de ese pequeño suceso?

DIAMANTE: ¿Hm? Él niega todo. Somos amigos de infancia, idénticos según él... Precisamente hablábamos usted y yo de eso cuando a poco llegó él. Es aburridísimo tener un eco, un doble... ¡Y un doble odioso, quiere siempre estar dentro de

- nuestros zapatos! Y resulta que ahora, ahora, se ha casado o vive con usted. ¡Bah!
- BELLA: ¿Y por qué no está en la cárcel?
- DIAMANTE: ¡Qué más quisiera yo, pero no ha sido posible tener pruebas...! (*El perro aúlla.*)
- BELLA: ¡Pero si usted lo sabe, ahora le temo más aún! ¡Tal vez serán dos! (*Grita, imaginándose víctima de ellos.*)
- DIAMANTE: Sí, pienso ocuparme de los dos casos a la vez. Lo acusaré de mala conducta, y como prueba daré el caso de mi esposa, ¡aunque me duela revivirlo! ¡Lo arruinaremos entre los dos!
- BELLA: Muy bien, muy bien...
- DIAMANTE: ¿Quiere usted irse a un hotel? Este amigo es capaz de volver... aunque me tiene miedo, también puede tardarse cinco años en volver...
- BELLA: Entonces él no supo que yo estaba aquí...
- DIAMANTE: No. Tomó el papel, por casualidad; yo se lo arrebaté de cólera. Y quiero darle mi palabra de abogado que ya no la molestaré con mis galanteos... pero ahora conoce usted mi soledad...
- BELLA: ¡Qué desagradable! ¡Qué terrible, sospechar de un gran amigo y ese amigo resulta ser mi esposo! (*Aparte.*) ¡Ahora sí lo entiendo, sólo deseo salir ilesa!
- DIAMANTE: Lo de esposo está por verse, ¡y ésta será otra causa para castigarle!
- BELLA: ¿Y no teme que después nos mate a los dos?
- DIAMANTE: ¡Cualquier cosa que yo hiciera con usted me gustaría, aunque fuese morir juntos!
- BELLA: Señor licenciado... ¡le suplico! Yo no soy de esa opinión...

DIAMANTE: ¡Perdóneme usted, señorita! Acepte la casa de un pobre hombre solitario. Ya no la molestaré más... Si quiere usted tomar un baño, aquí están unos periódicos, mi calentador es antiguo. La leña está dentro...

(Señala los periódicos que ha traído el perro, éste los toma en el hocico y se va a refugiarse a un rincón.)
Ve usted, el señor perro la ayudará...

BELLA: Gracias... ¿Usted se irá a su despacho?

DIAMANTE: *(Encantado.)* Sí, saldré...

BELLA: ¿Y su esposa?

DIAMANTE: Mi esposa, ¡mmm! *(Contento se acerca al perro, que le gruñe. Él sonríe.)* Mire usted qué gracioso y qué sabio, se diría que lee los periódicos. Es tan sabio que le aseguro que ése en especial, ya lo ha leído... *(Sonríe acercándose.)* ¡Dame tu viejo periódico, monsieur! *(El perro gruñe.)* Se diría que lo relee todo el tiempo... *(Acercándose.)* Dáselo a la señorita, quiere tomar un baño. *(El perro gruñe más.)* ¡Ja, ja! Bueno, está en su casa... Hablaremos mañana... Hay cosas incomprensibles... monsieur le chien, cuídala bien.

(Va hacia la puerta y sale. El perro no se mueve. Apenas ha salido Diamante, ella cierra bien todas las puertas y se acerca al teléfono. Ve a todos sitios y finalmente llama a su casa; escuchando con miedo, se dirige al perro.)

BELLA: Sí, sí, ha llegado.

(Cuelga. Da de vueltas... Llama al perro, que fielmente se acerca a ella. Ve su reloj, el perro le trae los periódicos viejos y se los entrega de nuevo jaloneando otros más de atrás del tapete, hasta sacarlos todos. Ella se sienta y los deja distraídamente sobre la mesa. Acaricia al perro y dice:)

Mi querido señor perro, ahora podemos descansar... tu amo ¿es bueno o es malo?

(El perro se pasea inquieto y le entrega otra vez los periódicos. Ella los vuelve a tomar sin hacerles caso.)

Sabes, perrito, que yo amo a tu raza. Cuando era niña recogía todos los perros callejeros, los bañaba, los alimentaba y me duraban solamente un día; de noche huían dando de saltos para continuar su vida de vagabundo: Yo debí tener un perrito como tú, bueno, cariñoso... *(Se recuesta y trata de descansar.)* No, es inútil, no podré dormir, estoy demasiado excitada. Me gustaría mucho poder ver de nuevo a tus amas. ¿Las vi o las soñé? Pero seguramente se habrán ido... ¿Las vi o las soñé?

(Da de vueltas y tira el periódico. El perro lo recoge y lo mete debajo del sillón. Ella cierra los ojos, el perro se acurruca junto a ella en el suelo. Se oyen ruidos de todas clases: de viento, de lluvia, de pájaros, de aleteos. Bella abre los ojos de nuevo.)

Oh, si pudiera hablar con ellas, me lo dirían todo...

(Se oye como el ruido de un extraño pájaro, y el perro salta sobre la ventana y aúlla largamente... Bella se sienta en la cama.)

¿Qué has visto? No permitas que nadie entre... *(Corre a la ventana y espía.)* No hay nada. Perrito, baja de ahí y ya no me pongas más nerviosa, ven conmigo, veo que eres tan miedoso como yo... *(El perro baja de la ventana y la sigue. Ella lo abraza.)* Los dos estamos temblando... Será mejor que me digas en dónde están tus amas, después de todo el licenciado se ha ido, no tenemos nada que temer.

Tal vez estén aún vivas, ¿pero en dónde? ¿Emparedadas? ¡Oh, qué horror!

(El perro vuelve a sacar el periódico de abajo del sillón y se lo entrega.)

Perrito, no esperes que lea yo el periódico. Eres muy gentil, pero no puedo concentrarme... *(Se oye el viento.)* Oh, ese viento, qué bueno que no partí... *(Abraza al perro.)* Tengo un miedo... *(El perro le pone la pata sobre las rodillas.)* Tú piensas lo mismo... *(Otro gemido del viento.)* Trataré de cerrar los ojos. Es inútil torturarme. ¿Vendrán de nuevo?

(El perro le entrega de nuevo el periódico, que ella rechaza y finalmente va hacia el rincón y trata de gritar contra el muro.)

¡Señora... señora Diamante...!

(Sigue palpando y finalmente palpa el otro, tira de uno de ellos y aparecen dos cofres, uno junto al otro, los dos vacíos. Bella da un grito.)

¡Estoy loca!

(Toma los periódicos y los lee. El perro la tira del vestido y meneas la cabeza. Bella, haciendo un gran esfuerzo:)

Está bien, leeré el periódico.

(Dejándose caer en el sillón, estruja el periódico y dice, gimiendo en silencio:)

Leer de política cuando me... me... *(Fijándose al fin en los retratos.)* ¡Aquí están, son tus amas! *(Lee el periódico:)* “Espeluznante crimen. El único superviviente un perro. El señor perro. ¡Se sospecha del licenciado Diamante!” ¡Oh, el licenciado Diamante es un criminal! *(Se pone de pie, horrorizada. El perro aúlla.)* ¡El criminal es él!

TELÓN

TERCER ACTO

(La misma escena. Media luz. Ruido de viento. Bella y el perro, en una actitud de terror, como si una película estática fuese a ser tomada: ella a punto de gritar y el perro a punto de aullar. Un minuto. Cambian a una actitud de pensar. Una sombra se refleja en el muro y quieren otra vez gritar, pero seguramente es alguien que pasa y su sombra se refleja. Bella se abraza del perro y dice:)

BELLA: Es inútil, monsieur le chien. Gritar o aullar tienen un mismo objeto: ser oídos por alguien, despertar compasión, hacer un drama de preguntas y respuestas, obtener la explicación de otro a nuestro misterioso sentir, oír el eco de nuestro ruido humano. Pero estamos solos, sin ayuda, sin eco, no gastemos nuestra alarma y reflexionemos un poco...

PERRO: *(Gruñe suspirando.)* ¡Grrrr! ¡Grrrr!

BELLA: ¡No! Tampoco vamos a disgustarnos, podemos morir en manos de alguien. Ahora son dos los que amenazan. Se sospecha que el licenciado mató a su esposa. ¿La quería o no la quería?

PERRO: ¡Brrrrr! ¡Brrrrr!

BELLA: Y el licenciado supone que mi esposo mató a su esposa, que ellos se...

PERRO: *(Aúlla, quedito. Bella lo acaricia.)*

BELLA: Tú lo sabes todo, amigo, pero no me puedes decir nada...

(El perro va hasta su rincón y trae de nuevo el reloj y se lo entrega. Ella lo mira por todos lados, y lo lleva abajo de la lámpara. Toca la superficie del reloj.)

¡Rasposo! ¡Manchado! (*Ahoga un gemido.*) ¡Sangre...!

(*El perro da vueltas por el cuarto y vuelve a traer el periódico.*)

Es cierto, constatemos... “La gente sospecha que el licenciado es culpable. Pero aun así nada ha podido probarse”. La angustia y la vecina pueden ser nuestras peores consejeras. (*Abraza al perro.*) Toqué a su puerta para pedir consejo, no tengo a nadie, ¡nadie!

(*El perro le pone una pata en la pierna y le lame el cabello, que cae al agachar ella la cabeza.*)

Mi hermoso perrito, mi querido perrito, por qué algunos nacemos con tan extraño destino... Tú y yo que somos buenos y fieles. (*Pensando.*) ¡Ah! Preguntaré a mi vecina si él ha llegado... (*Toma el teléfono.*) ¿Bueno? ¿Ágata? Habla la señora del cinco. Hágame un favor. ¿Llegó mi esposo? ¿Sí? ¡Uy... uy! ¿Se paseó por el cuarto... y le pidió café...? ¿Y por qué me recomendó usted con este abogado tan extraño? (*Azorada escucha.*) ¿Porque mi marido se lo recomendó a usted? (*Agobiada toma las llaves que están junto al teléfono.*) ¡Oh, Ágata...! Estoy en casa de una tía... ¡gracias! (*Vuelve a dejar las llaves.*) Oh, monsieur le chien, tú ves, ¡ella me ha enviado a la guillotina!, tal vez... No, no... pero ¿quién protege a una mujer? ¿La policía? ¡A una mujer sola y sin influencias! ¡Nunca...! (*Abraza al perro.*) Que Dios me acompañe. Vivimos en una ciudad de hombres y para hombres. (*Tocan a la puerta. El perro se pone alerta. Ella lo abraza.*) Sigamos, amigo, morir no es lo peor.

DIAMANTE: (*Desde afuera.*) ¡Soy yo, he olvidado las llaves!

(*El perro y ella ven las llaves, el perro las toma con el hocico y las esconde en el mismo sitio en que tenía el reloj. Bella lo mira*

asombrada, espera y no abre la puerta hasta que el perro vuelve con ella.)

BELLA: ¡Ajá, señor perro, hemos desperdiciado el tiempo, pero ahora lo recuperaremos! (*Abre la puerta.*)

DIAMANTE: (*Entra y acaricia al perro.*) No me va usted a creer, señorita, este perro debería estar muerto desde hace mucho, pero no pierdo las esperanzas de que hable. Me creerá usted loco, pero es verdad... (*Admirándola.*) Está usted hermosísima, ¿qué ha hecho?

BELLA: Absolutamente nada, esperarlo y desear poner todo en regla, para huir si fuera posible a mi pueblo, borrar a ese hombre de mi vida, ¡totalmente!

DIAMANTE: Eso será difícil. Por ahora le traigo un pastel. (*El perro se para de manos.*) Para Bella... no para ti, ¡gran hipócrita!

BELLA: (*Sonriendo.*) Gracias. Yo te daré un pedacito...

DIAMANTE: ¡Pastel para una joven miedosa! (*Poniendo el pastel precisamente encima del periódico mira hacia el teléfono y lo ve mal colgado. De pronto cambia, como si enloqueciera.*) ¿Con quién hablaba usted? ¿Con quién? (*La estruja. El perro gruñe.*)

BELLA: Con... con mi... mi portera. ¡Quería saber si realmente había llegado... mi... mi esposo!

DIAMANTE: ¿Desconfía usted de mí? (*El perro ladra. Diamante le lanza una patada. El perro chilla.*) ¡A la ventana o te clavo en la pared!

BELLA: ¡Déjeme, que me hace usted daño!

DIAMANTE: *(Soltándola.)* Perdón, señorita, pero me pone usted nervioso. Debe tenerme confianza y si no me la tiene... ¿Qué es esto...?

(Mirando el periódico. Bella, horrorizada mira hacia la puerta. Él va y cierra un candado interior.) No, señorita, necesitamos hablar... *(El perro vigila todo.)*

BELLA: Tengo miedo... un gran miedo. *(Se muerde los labios.)*

DIAMANTE: Señorita, soy su abogado, y usted no puede sospechar de mí. Lo que dice este periódico es una infamia. Este periódico lo estoy buscando desde hace años. ¿En dónde lo encontró?

(Bella mira disimuladamente al perro, que se tira al suelo y se tapa las orejas.)

BELLA: De... debajo del sillón...

DIAMANTE: Dios mío, cómo puedo estar distraído y no encontrarlo. ¡Era urgente! ¿Y lo ha leído todo? Bueno, pues son calumnias, no han podido probar nada. ¡Y ya le he dicho que me temo que su marido... y mi esposa...!

BELLA: Y yo temo que usted... usted...

DIAMANTE: *(Sacudiéndola.)* Señorita, no me acuse, usted no es como ella, como todas. ¡Le he tomado cariño, ahora más que nunca al saberla casada con ese idiota!

BELLA: Pues él dice ser idéntico a usted, ser su mejor amigo... y ése es...

DIAMANTE: ¡Señorita! Usted me... *(Se pone de pie.)*

BELLA: Oh, está bien, máteme; estoy dispuesta a morir. La vida no me atrae, no me ofrece nada. Mi familia me repudia, no tengo ni casa ni nada. ¿Entiende?

DIAMANTE: Ah! ¿Y usted cree que yo deseo matarla? ¿Y qué espera usted de Jiménez? ¡Al fin y al cabo caerá usted en sus brazos!

BELLA: Licenciado Diamante, ¡ha perdido usted la cabeza!

DIAMANTE: (*Riéndose.*) ¡Ja, ja, ja! Me hace usted reír. Le daré una pastilla para que se calme.

(Va a la cocina y trae un frasco de pastillas y un vaso de agua. El perro y la joven lo miran entrar y salir. Y cuando ella va a tomar la pastilla, el perro le salta sobre el brazo y se caen el vaso y las pastillas.)

Lo ve usted, el señor perro se opone a que usted las tome. Mi esposa tomaba cantidad de pastillas para dormir y... (*Para sí.*) ¿Será posible que se haya envenenado? (*Toma al perro y mirándolo a la cara le dice:*) ¡Malvado, dímelo! ¿Tomó algún veneno? ¿Se mató? (*El perro se suelta y se esconde detrás del sillón.*) Señorita, yo vivo en continua zozobra... la gente me cree culpable y tendré que justificarme algún día. Tal vez con motivo de su divorcio, lo haré. (*Gritando.*) Estoy cansado. ¡Ya no quiero sufrir más!

BELLA: ¡Pero yo sólo quiero estar libre de ese mal hombre!

DIAMANTE: ¡Calma! ¡Calma! ¿Por qué hemos perdido la cabeza? Sentémonos un instante... (*Se sienta.*) Ha visto usted el artículo (*Ella asiente.*) Subrayado en rojo. (*Ella asiente.*) Yo mismo

debí esconderlo... ¿Ha visto usted la cara de mi esposa, de mi hija...? Ella es culpable y podía morir. ¿Pero mi hija? (*Se encorva de tristeza Ella lo mira compasiva. El perro se queja.*)

BELLA: No la creo culpable, era una buenísima mujer. ¡Ella lo amaba!

DIAMANTE: ¡Es usted muy bien intencionada! ¡Ah, pero yo no podré perdonarla!

BELLA: En realidad no he venido a investigar su crimen sino a...

DIAMANTE: ¡No hable usted así! ¡Yo no soy culpable! ¿Entiende? (*Va hacia ella, pero el perro se atraviesa y él rueda por el suelo. Luego, en cuatro patas, al perro:*)

Y ahora, ¿qué quieres de mí, cuadrúpedo?

BELLA: (*Horrorizada.*) ¡Auxilio! (*Gritando.*) ¡Auxilio!

DIAMANTE: (*Se pone de pie, tapándose los oídos. El perro también.*) ¿Otra vez gritando? Jiménez llegará en breve. Hablaremos de su asunto y del mío, porque están íntimamente ligados. Él siempre ha deseado a mis mujeres. ¡Si es ese tipo de íntimos amigos que quisieran estar siempre dentro de nuestros zapatos!

BELLA: ¡Pero ahora es usted el que...!

DIAMANTE: ¿El que la galantea? Oh, jo, jo. (*Histérico.*) ¡Ji, ji! Qué diera yo por un poco de paz. Si fuese culpable al menos, ya habría muerto, pero ¡ni muero ni vivo, señorita! (*Tocan a la puerta.*) ¡Mis llaves! (*El perro vuelve a inquietarse. Es Jiménez.*) ¡Calma, perro, o te mato! (*El perro se esconde.*) ¡Eres tú el que alborota!

- JIMÉNEZ: *(Desde afuera.)* ¡Ábreme! ¡Diamante! ¡Diamante!
- BELLA: ¡Es él! ¡Es él!
- DIAMANTE: Entre usted al cuarto de mi esposa. ¡Yo la llamaré!
- BELLA: ¡Pero deme usted la llave, no quiero que me encierre!
- DIAMANTE: He perdido las llaves... ¡y no tengo tiempo de buscarlas!
- JIMÉNEZ: ¡Diamante!
- DIAMANTE: *(Tomándola del brazo.)* Ahí están las mantas con que las cubrió el asesino... Y yo la quería después de todo, era mi esposa. ¿Entiende usted? *(Se le acerca.)* ¡Estoy tan solo!
- JIMÉNEZ: ¡Abre, Diamante! *(Ella quiere soltarse.)*
- DIAMANTE: ¿Lo ama usted?
- BELLA: ¡No, no! ¡Les temo, a él y a usted!
- DIAMANTE: *(Triste.)* Vaya usted, pues; arreglaremos las cosas. ¡Créame!
- BELLA: *(Abre la puerta.)* ¡Haré lo posible si usted lo demuestra! *(Entra y cierra.)*
- JIMÉNEZ: ¡Diamante! ¡Ábreme!
- DIAMANTE: *(Abriendo la ventana.)* Tropa, no encuentro las llaves...
- JIMÉNEZ: Yo tengo una llave, pero no es de la puerta, ¡es del candado!
- DIAMANTE: ¿Tienes tú una llave del candado? ¿Cómo es eso?
- JIMÉNEZ: ¡Has olvidado cuántas veces he cuidado tu casa, en tu ausencia!
- DIAMANTE: Lánzala, pues... *(Jiménez la tira por la ventana.)* Ajá, una llave para cerrar por dentro. Muy bien, esto se aclara *(Dice esto mientras va hacia la puerta.)*

- JIMÉNEZ: *(Trae en la mano unos papeles y le dice:)* ¿Qué quieres decir con este citatorio? ¿Te has vuelto loco? ¿Crees que van a culparme de un crimen que yo no he cometido, cuando ellos sospechan de ti?
- DIAMANTE: Ellos sospechan de mí, yo de ti. ¡Ah!
- JIMÉNEZ: ¿De tu mejor amigo?
- DIAMANTE: Este citatorio tiene otro propósito. Tu conciencia te hace pensar que se trata del crimen. ¡Ah! La sociedad me ha condenado, pero yo soy inocente. Mi hijo es inocente... ¡pero tú!
- JIMÉNEZ: ¿De qué puedes acusarme...? ¿Tienes pruebas?
- DIAMANTE: ¡Ah! Primero, ¡tu esposa pide el divorcio!
- JIMÉNEZ: ¿Mi esposa?
- DIAMANTE: *(Sacando el acta.)* Aquí lo dice *(Lee un poco.)*
- JIMÉNEZ: *(Riendo.)* ¡Caramba, eso es todo falso! Me conseguí un amigo en el juzgado. Hay cosas para las que tengo un gran esprit: ¡me la robé! *(Ríe.)* ¡Jo, jo!
- DIAMANTE: ¡Ajá! ¡Entonces has robado a una joven menor de edad!
- JIMÉNEZ: ¡Qué te importa, no es la primera!
- DIAMANTE: ¡Yo soy el abogado de Bella! ¡Ahora lo sabremos todo!
- JIMÉNEZ: ¿Tú? ¿Y cómo la conociste? La llamas Bella, ¡ah, la malvada me abandona...! ¿Acaso por ti? ¡Infiel! ¡La mataré!
- DIAMANTE: No será posible. Son demasiados crímenes, ¿no crees?
- JIMÉNEZ: ¿Y cómo dio contigo?
- DIAMANTE: ¡Casualidades!

- JIMÉNEZ: ¿En dónde está?
- DIAMANTE: En casa de una tía...
- JIMÉNEZ: No tiene a nadie, te digo que me la robé...
- DIAMANTE: ¡Te crees el muchacho alegre!
- JIMÉNEZ: Y tú, le hacías el amor en mi ausencia, para vengarte de una culpa que nunca he cometido...
- DIAMANTE: ¡Pruébame lo contrario!
- JIMÉNEZ: Entonces tú no niegas que le hacías el amor, que la conocías, que como siempre te gustan las mismas mujeres que a mí, que tu mujer pudo ser mi novia.
- DIAMANTE: ¡Mientes! ¡No la conocías!
- JIMÉNEZ: Bueno, sí miento; pero me hubiera sido muy grato haberla conocido antes que tú, pero... te juro que nunca...
- DIAMANTE: ¿Que nunca qué?
- JIMÉNEZ: ¿A quién?
- DIAMANTE: Bueno, pongamos los puntos sobre las íes... Estoy dispuesto a escucharte, pero deseo aclarar mi situación...
- JIMÉNEZ: Cuál...
- DIAMANTE: ¡Demonios, ya no entiendo nada!
- JIMÉNEZ: Déjame leer esto, que al verlo y ver tu nombre pensé que se trataba de lo que me habías dicho el otro día, por lo que nos habíamos disgustado... (*Lee murmurando ininteligiblemente.*) En primera instancia, el acta es falsa... punto número dos, ¡discusión inútil!
- DIAMANTE: ¡Magnífico!
- JIMÉNEZ: ¡Ajá!, entonces tú... ¿piensas casarte con ella?
- DIAMANTE: Creo que eso lo decidirá ella, ¿no?
- JIMÉNEZ: Por supuesto. Pero te aviso que ella me ama...

¿Por qué crees que se fugó conmigo? Además tú... tú...

DIAMANTE: ¡Cállate! No olvides que yo sospecho de ti...

JIMÉNEZ: ¡Y yo de ti!

DIAMANTE: Ah, y tú sospechas de mí... Entonces ¿qué?

JIMÉNEZ: ¡Necesitamos un juez!

DIAMANTE: ¡Eso es, volveremos a revivir el asesinato!
¡Quiero vivir tranquilo!

JIMÉNEZ: ¿Nos conviene?

DIAMANTE: Tú has cometido un delito, es mi deber decírtelo. Si no lo sabes, uno muy seguro de probar: ¡te has robado a una muchacha!

JIMÉNEZ: Y en el caso de tu esposa, se sospecha de ti. Entonces, ¡NO conviene!

DIAMANTE: Tú eres el culpable y si no, eres testigo según me dijiste el otro día...

JIMÉNEZ: (*Riendo.*) ¡Vamos, hombre, no seas molesto!
¡Si te cuento las cosas tal como sucedieron, tú no me vas a creer!

DIAMANTE: ¡Necesitamos un juez... o un testigo!

JIMÉNEZ: ¡Nos meteremos en líos los dos... si yo te acuso!

DIAMANTE: ¡Y si yo te acuso a ti!

JIMÉNEZ: Bueno, entonces nos escucharemos uno al otro, y decidiremos como buenos amigos...

DIAMANTE: (*Pensando.*) Se me ocurre una idea, ¡si tú te portas como un caballero!

JIMÉNEZ: ¿De qué otra forma puedo portarme?, ¿canalla?

DIAMANTE: ¡Ah, bueno, qué sucede! (*Se le encara.*)

JIMÉNEZ: ¡Me exasperas!

DIAMANTE: Quería decirte algo, pero tú... (*El perro ladra.*)
Lo ves, acabará por venir la policía...

JIMÉNEZ: (*Sentándose.*) Me siento pues. Pero, demonios,

- tú sabes en dónde está la ingrata. Dímelo. Yo le había puesto su departamento, su máquina de coser, ¡todo! ¿Y ahora? ¿Se divorcia?
- DIAMANTE: ¡No te preocupes, no es válida el acta!
- JIMÉNEZ: ¡Pero de tanto decirlo llega uno a creerlo, caramba!
- DIAMANTE: Se me ocurre una idea: ¿y si ella fuese nuestro juez?
- JIMÉNEZ: No me lo digas... ¡qué gracioso! ¡Ella no sabe nada de lo tuyo! ¡Y no vendrá, la tengo aterro-
rizada para que me sea fiel! Es una tonta.
- DIAMANTE: Miserable... ¡Aquí está ella!
- JIMÉNEZ: (*Poniéndose de pie.*) ¿En dónde? ¡La mato! ¿Vi-
viendo contigo...?
- DIAMANTE: Calla... ¡calma! (*La puerta se abre y entra Bella.*)
- BELLA: Sí, aquí estoy, a su merced. Comprendo que me he metido en la boca del lobo, ¡pero la vida nada me importa!
- JIMÉNEZ: ¡Mujer infame! ¿Qué haces aquí? (*El perro la
protege y ladra.*)
- DIAMANTE: ¡Cállate o te clavo en la ventana!
- BELLA: ¡Busqué un refugio!
- JIMÉNEZ: ¡Voy a pedirte el divorcio!
- BELLA: ¿Qué?
- JIMÉNEZ: ¡Así es, quiero divorciarme...!
- BELLA: ¡Qué suerte la nuestra, señor licenciado!
(*Sonriente.*)
- DIAMANTE: Tenemos que pedirle un favor, señorita. Sea usted juez y parte. ¡No deseamos hacer un escándalo público!
- JIMÉNEZ: Todos diremos la verdad y nos creeremos...
- DIAMANTE: Bien difícil, pero no tenemos otra salida.

- BELLA: ¡Muy bien, señor licenciado!
- JIMÉNEZ: ¡Bella! *(Se le acerca. Ella se retira y Diamante la protege.)*
- DIAMANTE: ¡Un momento! ¡Haremos lo que dijimos!
- JIMÉNEZ: Es que yo no permitiré...
- DIAMANTE: Soy yo el que no lo permite...
- BELLA: ¡Te has portado como un desalmado!
- JIMÉNEZ: Cuando yo llegué, ¿en dónde estabas?
- BELLA: ¿Crees que porque soy pueblerina debo soportar...?
- DIAMANTE: ¡Silencio!
- JIMÉNEZ: Un hombre en México tiene todos los derechos y la mujer...
- DIAMANTE: ¡Silencio!
- BELLA: Y la mujer, debe ser víctima eternamente del...
- DIAMANTE: ¡Silencio!
- JIMÉNEZ: ¡Debe ser sufrida!
- BELLA: ¿Oye usted, licenciado?
- JIMÉNEZ: ¡Tú ya no eres de pueblo!
- BELLA: ¡Conozco el Código Civil!
- DIAMANTE: ¿Usted, señorita...?
- BELLA: ¡Lo leí aquí mismo!
- JIMÉNEZ: ¿Cómo?
- BELLA: ¡Comencé desde anoche!
- JIMÉNEZ: ¿Desde anoche estás aquí? *(A Diamante.)* ¡Los mato! *(Corre hacia él, pero el perro se atraviesa.)* Malvado perro, acabarás por...
- DIAMANTE: Nos alejamos de nuestro propósito. ¡Ella debería juzgar, no acusar!
- JIMÉNEZ: Confiamos en ti, no hay otra...
- BELLA: Y yo en ustedes...
- DIAMANTE: ¡Así es que hagamos la paz y hablemos en serio!

- JIMÉNEZ: Hago estipular que eso no quiere decir que yo confíe...
- DIAMANTE: Ah, ni yo tampoco...
- BELLA: Bueno, ustedes me dan la impresión de mentirosos, ¡los dos!
- JIMÉNEZ: ¡Bella!
- DIAMANTE: ¡Mira, tú no digas nada! ¡Ella lo sabe todo!
- JIMÉNEZ: Bueno, ¡la paz aceptada!
- DIAMANTE: Yo, como licenciado, llevaré el debate... Me interesa revivir el crimen de mi esposa, como primer punto.
- JIMÉNEZ: Si tú me crees...
- DIAMANTE: No me quedará más remedio...
- BELLA: Como eso tomará mucho tiempo, quiero estipular que yo he pedido el divorcio irrevocable.
- JIMÉNEZ: ¡Lo he pedido yo!
- DIAMANTE: ¡Concedido! ¡El acta no es legítima!
- JIMÉNEZ: ¡Podría hacerla legal y pedir...!
- DIAMANTE: No sea usted vanidoso, señor. ¡Soy su licenciado!
- JIMÉNEZ: Comencemos.
- DIAMANTE: ¡El viernes decidimos ir de cacería!
- JIMÉNEZ: ¡El viernes en la tarde fuimos a comprar las municiones, los perdigones y las balas expansivas!
- DIAMANTE: ¡Éramos tres y tres escopetas, una con municiones, otra con perdigones, otra con balas expansivas!
- JIMÉNEZ: ¡Pájaros, liebres y venados!
- DIAMANTE: O asaltantes...
- JIMÉNEZ: Nos quedamos de ver en la tienda y, por supuesto, llevé las escopetas para estar seguro de que el parque era correcto.

- BELLA: Entonces, ¿no eran cazadores expertos?
- DIAMANTE: Habíamos soñado ir de cacería...
- JIMÉNEZ: ¡Sí, desde niños soñábamos en ir de cacería! ¡O en un safari!
- DIAMANTE: ¡Hasta el señor perro se entusiasmaba cuando lo planeábamos!
- JIMÉNEZ: Bueno, prosigue... Nos quedamos de ver en la tienda...
- BELLA: ¿En dónde están las escopetas...?
- DIAMANTE: Un momento... *(Sale a buscarlas.)*
- JIMÉNEZ: Bella, ¿por qué me has sido infiel?
- BELLA: ¡No te he sido infiel y no quiero volver a verte...!
- JIMÉNEZ: Bella... te amo ahora más que nunca, pero me temo que él también...
- BELLA: ¡Habermme engañado, habermme robado de mi hogar... el acta es falsa, igual que tú!
- JIMÉNEZ: Pero Bella, ¡la haremos legítima! *(Se acerca. Ella lo retira.)*
- DIAMANTE: *(Entrando con dos escopetas.)* Aquí está la de perdigones y la de municiones...
- JIMÉNEZ: Pero ¿y la otra?
- DIAMANTE: Es un misterio, la he perdido... En verdad, en realidad me revolví el hígado mirarla...
- JIMÉNEZ: Eso es un poco raro, ¿no, Bella?
- BELLA: ¡Sí, un poco, precisamente haber perdido esa!
- DIAMANTE: Dos serán suficientes, y hemos prometido creernos...
- JIMÉNEZ: Es cierto, pero es una evidencia...
- DIAMANTE: Llegamos a la tienda y probamos los perdigones, las municiones, etcétera...
- BELLA: ¿Y la señora?
- DIAMANTE: Fue conmigo, pero ella permaneció en el coche,

- en el estacionamiento, con mi hijo. ¡Oían la comedia en el radio!
- BELLA: ¿Cómo sabe usted que oían el radio?
- JIMÉNEZ: Es verdad, ¿cómo lo supiste?
- DIAMANTE: Era una costumbre, lo supe...
- BELLA: Ah, ¿y en dónde estaba usted, señor Jiménez?
- JIMÉNEZ: Yo había llegado tarde...
- DIAMANTE: Sí, como de costumbre había llegado tarde, pero en realidad...
- BELLA: Bueno, entonces usted fue a comprar los perdigones...
- DIAMANTE: Bueno, yo llegué, bajé dos de las escopetas, pesaban mucho y, como él no había llegado, pensé en venir por la otra después... y así esperar su llegada...
- JIMÉNEZ: ¿No tendrías pensado matarla desde antes?
¿No se habían disgustado?
- DIAMANTE: ¡Idiota!
- BELLA: Calma... usted estaba en la tienda y la señora afuera, en el estacionamiento... con el niño, el radio y...
- DIAMANTE: ¡La tercera escopeta!
- BELLA: ¿La de balas expansivas?
- JIMÉNEZ: ¡Sí, precisamente!
- BELLA: Ah, ¿cómo lo sabe usted?
- JIMÉNEZ: Ya expliqué...
- DIAMANTE: Yo contaré, y después tú y ella juzgarán...
- BELLA: Comience usted, licenciado...
- DIAMANTE: Después de ajustar las dos primeras, volví al coche para traer la tercera... (*Atormentado.*) El cuadro era horrible: mi mujer y mi hijo estaban en el coche ¡muertos! (*Gime.*)

- BELLA: ¡Oh, Dios mío! ¿Y usted, señor Jiménez?
- JIMÉNEZ: Diré la verdad y sea por Dios. ¡Créanmelo o no, me tiene sin cuidado! Llegué tarde a la cita, dejé mi coche y me dirigí al coche de Diamante, que se disponía a partir... *Monsieur le chien* asomaba la cabeza por la ventana... (*El perro aúlla.*) Se oye una música de feria.
- DIAMANTE: ¡Cállate!
- BELLA: ¿De feria?
- JIMÉNEZ: ¡Tienes que creerme!
- DIAMANTE: ¡Bah!
- BELLA: Prosigan...
- JIMÉNEZ: Llegué al coche. (*A Diamante.*) Tu esposa, sonriente, me dijo: "Está en la tienda". Yo metí la mano para saludarla y este idiota perro, celoso, me lanzó una tarascada. De pronto se oyeron disparos, lo menos cuatro. Yo me agaché y me volví a levantar, para encontrar a tu esposa y a tu hijo muertos... ¡El perro aullaba!
- DIAMANTE: Vamos, ¿y no viste a nadie?
- JIMÉNEZ: No vi a nadie, pero partí a la carrera, ¡temí verme metido en un lío!
- BELLA: ¿Y nadie más te vio?
- JIMÉNEZ: Era un estacionamiento que se vaciaba después de las cinco, tú lo sabes, ¡estábamos clandestinamente!
- BELLA: ¿Y cuál es tu versión?
- JIMÉNEZ: (*Señala a monsieur le chien.*) Ahí está el culpable... (*Todos ríen.*)
- DIAMANTE: Bah, qué historia. Tomó el rifle y ¡chas!
- BELLA: ¡Pudo haber brincado sobre... la escopeta!
- DIAMANTE: ¡Es una idea descabellada!

BELLA: ¿Por qué?

DIAMANTE: ¡Se habría herido el perro! ¡O se habría muerto!

(*De pronto se oye una música, la misma del principio, y una voz que dice:*)

Voz: ¡Gracias, Bella, gracias! ¡Dile al señor perro, dile que entregue la escopeta!

BELLA: ¿Oyeron?

DIAMANTE: ¿Qué?

JIMÉNEZ: ¿Qué?

BELLA: ¡Una música de feria!

DIAMANTE: ¿Música? ¡Hay un silencio espantoso de muerto y un frío!

JIMÉNEZ: Bueno, ¿no me creen? (*Bella sonríe.*)

DIAMANTE: No lo creo, estaría muerto el perro, la escopeta estaba en el asiento de enfrente y...

JIMÉNEZ: *Monsieur le chien...* trae la escopeta. (*A Diamante.*) Tú la has escondido, ¡tráela! ¡Debemos hacer justicia!

DIAMANTE: Juro que no la tengo yo, yo también tuve miedo y la escondí. ¡Para mi sorpresa ha desaparecido!

BELLA: *Monsieur le chien...* ¿En dónde está la escopeta...?

JIMÉNEZ: ¡Además, ese perro ingrato me arrancó mi reloj, mi hermoso reloj de familia!

BELLA: (*Abriendo la bolsa.*) ¡Ese lo tengo yo, está cubierto de sangre!

DIAMANTE: Infame, yo te mataré. (*Se lanza sobre él.*) Mi hijo, qué te había hecho. ¡Ella había sido infiel, pero él...!

BELLA: ¡No! ¡No!

DIAMANTE: ¡Señorita! ¡Auxilio!

BELLA: ¡No! ¡No! Por favor...

(Mientras tanto monsieur le chien va a su rincón y con gran cuidado saca la escopeta del rincón... Bella la toma y amenaza a Diamante.)

Suelte usted, señor licenciado.

DIAMANTE: ¡La escopeta!

JIMÉNEZ: ¡La escopeta!

DIAMANTE: Monsieur le chien la tenía...

BELLA: ¡Si tienen calma y se detienen uno a otro, yo la examinaré!

(Bella se acerca a la escopeta. El perro se acurruca en un rincón y aúlla. Se oye la música.)

Aquí, aquí está lleno de pelo, aquí... (Mete el dedo y saca algo.) ¡Un pedazo de oreja del perro!

(Corre a ver al perro, que huye. Entre Diamante y Jiménez lo detienen. El perro pega un salto feroz y sale a la cocina, ellos tras él.)

¿Se han vuelto locos? ¿Piensan matarlo?

(Jiménez y Diamante vuelven. El perro engulle las pastillas que habían rodado por el suelo sin que ellos lo adviertan.)

JIMÉNEZ: ¡Es verdad!

DIAMANTE: ¡Es posible, todo es posible!

JIMÉNEZ: ¡Su mujer era una santa...!

BELLA: ¡Se oye la música...!

VOCES: ¡Ven, monsieur le chien, ven!

(Monsieur se arrastra hasta Bella y cae muerto a sus pies, sobre el tapete.)

BELLA: *(Lo abraza.)* Pobrecillo, era culpable... ¡y también inocente! *(Se oye la música del principio y las voces que lo llaman.)*

FÁTIMA Y NAPOLEÓN: Monsieur le chien, ven, vámonos. Nosotros te hemos perdonado. Gracias, Bella, Ángel de justicia. Adiós...

TELÓN

Gabriela Ynclán. Profesora de Lengua y Literatura Españolas. Egresada de la Escuela Normal Superior de México (1984) y de la Escuela de Escritores de México de la SOGEM (1991). Ganadora del IV Concurso Nacional de Escritores de Teatro, SOGEM (1992), con la obra *Coreografía*. Premio de Cuento Mexicano y Chicano “Culturas en contacto” (1988), Colegio de México/Colegio de la Frontera Norte/Instituto Nacional de Bellas Artes. Ha escrito más de 40 obras de teatro y dos espectáculos poéticos. Está incluida en 17 antologías de teatro. Sus obras han sido montadas en diferentes estados del país, en la Ciudad de México y en Francia, con un total de 43 montajes. Promotora cultural: organizadora de la Bienal de Dramaturgas Latinoamericanas (2000) junto con la SOGEM, Bellas Artes y la Universidad Nacional Autónoma de México, así como coordinadora del Encuentro Nacional de Dramaturgas.

DRAMATURGAS MEXICANAS DEL SIGLO XX TOMO II

La obra compila ocho textos de dramaturgas de la comedia mexicana del siglo xx (1920 a 1950). Ellas son las escritoras de teatro más destacadas en nuestro país y cuyas obras ponen de manifiesto la visión de las mujeres de la clase media y las diferentes formas de escribir teatro en su época. Actualmente, muchas de estas obras, si no es que todas, no se consiguen, y es importante no solo para la historia del teatro, sino para la historia de México, que se den a conocer y que el lector ubique el contexto social e histórico en que se escribieron. De ahí que cada obra lleva una breve ficha en donde se menciona la época y los datos de cada autora.

SDC

